
El Juramento
Desty Moore

El Juramento

DESTY MOORE



©DESTY MOORE

Primera edición, 2024

Novela Histórica

Todos los derechos reservados.



Sinopsis

Él era el enemigo que debía destruir, sin importar cuánto lo amara...

Todo lo que a Maire le quedaba era su hogar, y lo defendería con coraje hasta el final. No esperaba que su adversario fuera un Normando fiero en la batalla y diestro en el amor que volvería su mundo del revés.

Bastian creía que su misión se cumpliría fácilmente hasta que se encuentra con su adversario cara a cara: una mujer exquisita con un rostro dulce y una voluntad tan férrea como la espada que empuña.

De repente, Bastian descubre que está librando una nueva y peligrosa guerra... dirigida a las defensas de una feroz belleza sajona que amenaza con conquistar su corazón de guerrero.

Índice

Prólogo

Parte I

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Parte II

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Notas

Prólogo

Mayo de 1067

-Si eres demasiado cobarde para desafiar a los Normandos, yo iré a luchar en tu lugar.

Las palabras colgaban en el aire repentinamente quieto como espadas desenvainadas: un desafío. Todo movimiento y conversación cesaron; las miradas se volvieron hacia la esbelta mujer rubia de pie en el centro de la sala. Permanecía de pie, con la barbilla firme, la mirada azul hielo fija bajo un barrido de pestañas marrones insolentemente largas. Ningún errante tañido de laúd o lira por parte de un juglar descuidado, ningún comentario casual, se oía en la sala inundada de la luz de la lámpara y la antorcha. Los que estaban sentados en los bancos o apoyados en las paredes de piedra parecían contener la respiración colectiva. Maire, hija del señor sajón de Cresshawe, esperaba con nervioso desafío la respuesta de su padre.

A algunos les gustaría verla caer, ella lo sabía bien. Pero a ella no le importaba lo que pensaran. Lo único que le importaba ahora era la venganza y el orgullo, pues era lo único que le quedaba.

Derian ha muerto, y con él se han ido la risa y la esperanza....

Vio rabia en las llamas puntiformes que iluminaban los brillantes ojos azules de lord Creoffrey. Ella no apartó la mirada. Sus miradas estaban casi niveladas, pues ella era tan alta

como la mayoría de los hombres, incluso los enemigos Normandos que violaron sus tierras.

Maire levantó la barbilla y su pelo largo y suelto flotó sobre un hombro descubierto, fresco y suave contra su piel. La gunna y el kirtle[1] que llevaba eran de su propio estilo -pagano, decían algunos, aunque no normalmente los hombres que miraban su atuendo acortado con astuta apreciación. Tontos lascivos. Alrededor de su cintura, en lugar de un cinturón de eslabones de oro o tejida, llevaba una espada; no una simple daga para comer, sino una espada romana legado de un antepasado celta muerto hacía mucho tiempo. El arma se había transmitido a través de su familia durante cientos de años. Y sabía utilizarla con gran agilidad, de modo que ningún hombre se atrevía a acercarse a ella sin una buena razón.

Una espada tintineó contra la piedra. Alguien tosió y un leve murmullo fue rápidamente acallado. Vaharadas de humo recorrían el vestíbulo, arrastradas por una brisa errante que agitaba indiscriminadamente las llamas y los brillantes tapices tejidos. La luz de una antorcha parpadeante doraba de plata el pelo de su padre y jugaba con sus rasgos escarpados. ¿Siempre había tenido arrugas tan profundas en la cara?

—Hice un juramento a William. —La voz envejecida de Lord Creoffrey mostraba un tono ronco—. No reniego de mis juramentos.

—Los juramentos hechos bajo coacción no están hechos para ser cumplido.

—¿Y qué sabrá una mujer de lealtad? —Su boca se torció en una sonrisa irónica que hizo subir el calor a las mejillas de Maire.

—Más que la mayoría de los hombres, me atrevería a decir, aunque no es la suerte de una mujer decidir su propio destino. —Inspiró profundamente con sabor a humo e incienso y a los residuos de mil cenas, con la fría mirada clavada en su padre aunque su corazón había empezado a golpearle contra las costillas—. ¿Siempre tenemos que llegar a esto? ¿No puedes escuchar mi consejo como escuchaste el de Derian?

Creoffrey se inclinó hacia delante.

—No. No puedo. Tú no eres Derian. Él está muerto, y a mí me queda una hija que es más voluntariosa que obediente. Apenas te quedan dieciséis inviernos, Maire. Seguramente, no pensaste que podrías reemplazar el sabio consejo de Derian.

Las palabras pronunciadas en voz baja cayeron sobre ella como duros golpes. Al responder, su propia voz tembló ligeramente, pero la estabilizó con feroz resolución, sus uñas clavándose profundamente en las palmas de sus manos.

—No, por supuesto que no puedo. Derian era un hombre, mientras que yo no soy más que una hembra ingenua, destinada a sentarse ante ollas y telares en lugar de consejos de guerra.

—Sí, pero parece que has olvidado eso.

—No, ni por un momento he olvidado cómo deseas mantenerme en un rincón, desapercibida y sin ser escuchada. Sin embargo, en tiempos pasados, las voces de las mujeres eran tan escuchadas como las de los hombres. Ahora, los Normandos han hecho más daño que los romanos o incluso que los vikingos. Han asolado todo el país y nos han convertido en siervos arrastrándonos a sus talones, ¡y sin embargo usted se jacta de lealtad a su rey bastardo como si fuera una cuestión de honor deponer las armas y cumplir sus órdenes como tamelings!

Cuando ella hizo una pausa, la ira haciéndola temblar como por un escalofrío, su padre levantó una mano para hacer señas a dos de sus hombres para que se acercaran. La flanquearon rápidamente. Su barbilla se alzó ante este insulto, pero no hizo ningún movimiento para huir.

—Serás escoltada a tu cámara hasta que hayas reconsiderado tus precipitadas palabras —dijo Creoffrey con frialdad, pero unas llamas iluminaron sus ojos con el calor de cien antorchas.

Maire le miró fijamente. Cobardes. Todos ellos. Incluido Creoffrey, aunque era su padre y señor de sus tierras. Derian nunca habría cedido.... Sí, pero Derian ya no estaba, se recordó a sí misma. Y por todo lo sagrado, ningún hombre la obligaría a jurar una lealtad que no sentía.

Dirigiendo a los dos hombres una mirada mordaz, Maire cruzó los brazos sobre el pecho. Su sonrisa burlona se estiró hasta convertirse en una mueca tensa.

—Envejeceré y me marchitaré en mi cámara antes de plantearme ceder ante el duque bastardo de Normandía.

Finas líneas blancas grabaron los ojos de Creoffrey mientras la miraba con desprecio; giró bruscamente sobre sus talones y se alejó. Vestía la túnica y los ropajes forrados de piel de un barón -un señor sajón- aunque desde la llegada de los Normandos, la piel no era tan gruesa y los ropajes estaban cada vez más raídos. Creoffrey cruzó lentamente el hermoso suelo de baldosas, el antaño vibrante dibujo de la luna y las estrellas bajo sus pies ahora desvaído. Subió al estrado para tomar su acostumbrado asiento en la silla de piedra de alto respaldo, hecha cómoda con almohadones de plumas y pieles disecadas.

—Eres insolente, hija mía.

Maire permitió que una leve sonrisa rozara su boca.

—Sí, milord, aprendí insolencia en tus rodillas. Pero sabes que tengo razón además de ser insolente.

Creoffrey la estudió detenidamente.

—¿Quieres que huya a Malcolm en busca de socorro? ¿Debo ceder al rey de los escoceses lo que el rey Normando aún no ha tomado? ¿Cuál es, entonces, la diferencia?

—La diferencia está expresada en tus propias palabras: Es mejor dar libremente que ser tomado.

Creoffrey se inclinó hacia delante, sus palabras un suave silbido entre labios apretados.

—No pongas contra mí, mis propias palabras, nunca.

—Entonces nos condenas a…

—¡No! Si trato justamente con el rey William, él tratará justamente conmigo. Cresshawe necesita un hombre que sea tan fiero como un lobo para resistir a los invasores, no una loba que gruña y gruña por cualquier cosa. Ahora vete. Piensa en todo lo que podrías perder con una acción precipitada sólo por una venganza insensata.

Creoffrey la despidió con un leve movimiento de cabeza. Escocida por sus afiladas palabras, Maire giró sobre un pie calzado con sandalias. Su pelo suelto se balanceó alrededor de sus hombros y contra su cintura cuando se detuvo a unos metros del estrado y chasqueó los dedos.

—Saskia, a mí.

Cerca, medio agachada, una enorme perra-lobo blanca se levantó con un ágil movimiento, los ojos castaño dorados vigilantes. Nadie se movió mientras Maire abandonaba el vestíbulo, la loba blanca pisándole los talones y sus acompañantes siguiéndole los talones.

Maire sintió sus ojos clavados en ella mientras recorría el vestíbulo con paso medido, continuando a través de los arcos romanos con columnas hasta el largo pasillo que conducía a su cámara. La hiedra trepaba por las paredes exteriores del corredor, metiendo sus dedos verdes y espinosos por las ventanas abiertas. Al pasar, arrancó una hoja de tres lóbulos para la buena suerte y se la metió en el cinturón de cuero de la espada que rodeaba su cintura.

Su mano se dirigió al colgante que colgaba de su cuello, herencia de su madre, con piedra de ámbar resplandeciente y plata intrincadamente labrada. Su único adorno. Lo único de valor que le quedaba desde la llegada de los Normandos, salvo el orgullo y la confianza en sí misma. Sí, la señora de Cresshawe había dejado a su hija un legado de espíritu que no decaería ante las dificultades o el peligro, y era eso, pensó, lo que más aguijoneaba a su padre.

Cuando Lady Shelley murió, se había llevado la luz de los ojos de su marido. Maire había observado impotente, rabiando contra el destino que se había llevado a su madre y había dejado a su padre como un hombre cambiado. Pero también la había cambiado a ella.

Antes había estado cerca de su padre, su amada princesa, siempre a sus talones o a su lado, adorando y adorada. Ahora se sentía tan sola, aislada de todos salvo de Saskia. La perra-lobo era todo lo que le quedaba de amor y lealtad incondicionales.

Detrás de ella, las enormes patas de Saskia reptaban sobre la piedra con débiles chasquidos de sus garras. Los hombres se mantenían a una distancia saludable de la perra-lobo, un respeto bien ganado cuando un individuo imprudente se atrevió una vez a poner una mano sobre la peluda cabeza. El mordisco había sido profundo, la lección rápida.

Maire sonrió. Sí, era cierto que era como la perra-lobo que la mayoría nombraba, pero llevaba el epíteto con orgullo. Era un cumplido glorioso llamarse como la bestia ágil y feroz. Y se parecían en que ninguna toleraba de buen grado a los tontos ni a los cobardes. El mero olor del miedo bastaba para levantarle los pelos de punta, y a Maire le llenaba de rabia que a su padre le importara más su pellejo que su honor.

Un escalofrío la recorrió y Maire giró sobre sus talones en la puerta abierta de su cámara. Sus escoltas se detuvieron bruscamente y la miraron con recelo. Ella levantó una ceja.

—Como incluso vosotros, zoquetes, podéis ver, he llegado sana y salva. Volved a la sala de mi padre, y a las pechugonas mozas que puedan desear vuestra patética compañía.

Uno de los hombres le lanzó una mirada de resentimiento.

—Tenéis una lengua malvada, milady, a pesar de lo hermosa que sois. Se dice que sois consorte del Oscuro, y yo mismo estoy dispuesto a creerlo.

El ceño de Maire se frunció ante el tono áspero del hombre. Saskia vino a colocarse protectoramente a su lado, el espeso pelaje blanco erizándose bajo los dedos de la mano izquierda de su ama. El animal percibió su tensión, y vio que los ojos del hombre bajaban nerviosos. Ahora ella sonreía.

—Créelo, Godric. Susurro con los viejos de los árboles de una noche. Bailo con los

demonios bajo los robles sagrados, y puedo librarme de hombres insignificantes como tú con un simple chasquido de mis dedos.

Levantando una mano, chasqueó el pulgar y el dedo juntos y Saskia se agachó, con un gruñido grave emanando de su garganta. Godric dio un precipitado paso atrás, luego otro, manteniendo una mano en la empuñadura de su espada y ambos ojos en la loba.

—Sois malvada —ahogó—, ¡las das!

Godric tropezó con el otro hombre cuando ambos abandonaron el pasillo poco iluminado. Maire escuchó el sonido de su rápida retirada con satisfacción. Tontos. No sentía más que desprecio por ellos. Sin embargo, tantos eran todo lo que quedaba desde que el rey Harold perdió ante el duque bastardo y tantos hombres buenos murieron con él. Ahora sólo unos pocos servían a Creoffrey, cuando antaño había habido muchos guerreros valientes llenando los salones. Se giró inquieta, incapaz de soportar pensar en aquellos días.

Una pequeña lámpara de preciado aceite ardía irregularmente sobre la mesa baja, cerca de la cama de cuerda en la que había dormido desde que era pequeña. No utilizaba aceite de pescado como combustible en su lámpara, pues apestaba y llenaba la habitación de un humo repugnante. Abrió los postigos que cubrían sus ventanas y respiró el aire especiado con la promesa atrayente del mar. La corriente de aire agitó el wahrift, el popurrí de colores brillantes que decoraba la pared. Entonces llegaría la primavera, y la tierra daría nueva vida, pequeños brotes verdes surgiendo de los campos dormidos. ¿Dónde estaría ella entonces?

Saskia le dio un codazo en la mano, gimoteando por lo bajo en su garganta, una pregunta y un recordatorio. Maire cerró los postigos y se apartó de la ventana. Un pequeño trozo de carne, una ronda de queso y una hogaza de pan plano yacían sobre una bandeja de madera, y a su lado había una jarra de peltre tallada con hidromiel. Vertió el rico líquido en una pequeña taza. Luego lanzó a Saskia un trozo de cordero, que la loba engulló de un solo trago. Maire sonrió ligeramente.

—Tripa codiciosa.

La lengua de Saskia se movía de un lado de su boca, despreocupada, alegremente, y sus ojos eran brillantes y atentos, lanzándose hacia la carne restante, y luego de vuelta a Maire con un parpadeo esperanzado.

Maire se arrodilló y acarició suavemente el suave pelaje, con la boca cerca de la oreja de la loba.

—Sólo estamos nosotras dos para luchar contra William. ¿Qué haremos sin Derian? Por todo lo sagrado, ¿qué haremos sin él? —Enterró la cara en el grueso abrigo blanco mientras Saskia le dirigía un ansioso golpe en la mejilla.

El futuro se extendía ante ella con oscuras promesas. Había pocas esperanzas de supervivencia para los vencidos. Pero ella había hecho el voto de que nunca se rendiría voluntariamente al enemigo, y tenía la intención de cumplirlo, aunque le costara todo lo que poseía.

Parte I



Capítulo 1

Yorkshire, Inglaterra Octubre de 1069

—¡Maldito viejo traidor! —William, duque de Normandía y rey de Inglaterra, dirigió una mirada feroz al tembloroso mensajero. La rabia ardía en sus ojos oscuros, y el grueso estante de sus cejas bajó en un ceño atronador, pero estaba demasiado bien educado para ceder el control ante un sirviente—. ¿Cuántos hombres que acompañaban a Sir Roberts fueron asesinados?

El mensajero tragó saliva con dificultad.

—Cerca de cuatro veintenas, señor. Y los caballos tomados, los que aún estaban en forma.

—Un gran botín para el rebelde sajón, se lo garantizo. —William respiró con dureza y miró más allá del mensajero. Alto e imponente, el rey era imponente incluso cuando estaba complacido. La boca de William estaba fruncida, y profundas líneas tallaban surcos a cada lado de sus finos labios—. ¿Qué opinas de esta nueva rebelión, Louvat?

Bastian Louvat se encogió de hombros.

—Creo que el tonto sajón necesita que le den una lección, como es seguro que Sir Roberts acaba de aprender una.

La risa de William fue cortante.

—Sí, es cierto que Sir Roberts debe recibir la severa lección que le han dado los rebeldes sajones. Lord Creoffrey de Cresshawe me hizo un juramento de lealtad y, hasta ahora, lo ha cumplido. Que se levante contra mí cuando tengo a todo York hirviendo como anguilas es o una planificación cuidadosa o una fortuna maldita.

Bastian sonrió ligeramente.

—Todos saben que usted hace su propia fortuna, sire. Se ha dicho que usted podría convertir el agua en vino si cualquier hombre mortal pudiera.

—Blasfemia, Louvat. Guarda tu lengua.

Pero una leve sonrisa acechaba en los ojos de William y en las comisuras de su boca, y Bastian supo que no estaba del todo disgustado por el comentario.

William despidió al nervioso mensajero y se dirigió a una mesa en la que había jarras de vino y cuencos de fruta. Eligió una pera madura. Una brisa helada se insinuaba entre los resquicios de los muros de madera recién levantados del castillo, pero el rey parecía no sentirla mientras miraba pensativo a Bastian.

—Estoy acosado por todas partes. Una guarnición entera y dos castillos han sido destruidos por estos malditos yorkshire. Ahora la rebelión en el norte roe mi paciencia. No me atrevo a permitir a los sajones ni un momento de control cuando están tan cerca de los bárbaros del norte. Crearía más problemas si tuvieran tiempo de reforzar sus efectivos. —Mordió la pera y el jugo goteó sobre sus dedos sin que se notara mientras fruncía el ceño hacia el espacio vacío. Al cabo de un momento se volvió hacia Bastian con la sugerencia de una sonrisa en el rostro—. Se dice que Cresshawe es una tierra fértil cerca del mar, aunque poblada de churros que comprenden poco. Este Lord Creoffrey es viejo, y sus efectivos pocos. Me asombra que hayan podido vencer a Sir Roberts, pero tal vez se descuidó. Necesito un caballero fiable para meter en cintura a Cresshawe.

Bastian no respondió. Esperó, sabiendo que cuando el rey estuviera listo para continuar, lo

haría. Pero se movió inquieto, no estaba nada seguro de que le gustara la dirección del pensamiento de William. Ya era bastante malo cabalgar con William para retomar castillos que habían sido conquistados antes; no tenía ningún deseo de unirse a Sir Roberts en los confines septentrionales de esta tierra bárbara. Había poco de Inglaterra que le gustara y, de hecho, no estaría aquí en absoluto si no fuera porque ya no podía permanecer en Normandía.

William dio otro mordisco a la pera antes de decir:

—Es apropiado que seas el caballero que aplaste al sajón rebelde de Cresshawe, ya que incluso vuestros nombres traducidos se parecen.

Louvat o joven-lobo, un nombre que le dio William cuando el rey aún era sólo duque; una broma en aquel momento, ya que el padre de Bastian se había referido a él como un cachorro de lobo. El epíteto había sido humillante al principio, pero con el tiempo se había acostumbrado a él. Ahora era su único nombre, pues no le quedaba ningún otro.

—Sí, sire. —Asintió con rigidez.

—Hablas su lengua, y sólo eso es una gran ventaja. Los condes de Northumbria han huido de York por el momento y los daneses se han ido a sus barcos en el río Humber, pero hay una nueva revuelta cerca de Stafford. ¡Por el Santo Rood! Veré este país arder hasta las cenizas antes de permitir que los sajones se levanten y lo recuperen. —Frunció el ceño ante el núcleo de pera aplastado que tenía en la mano—. Cospatric y Edgar han huido al rey escocés en busca de socorro, pero si Lord Creoffrey se une a estos condes, sus fuerzas podrían darme muchos problemas. Quiero al viejo rebelde sajón vivo y traído a mí encadenado. Necesito hacer de él un ejemplo.

La sonrisa de William no disminuyó la amenaza de su comentario final, y Bastian hizo una reverencia.

—Partiré al amanecer, sire.

—Su éxito será bien recompensado. Tráeme a lord Creoffrey y te traspasaré sus tierras y su título.

Bastian miró fijamente a William.

—¿Sire? ¿Debo entender que quiere que me quede con las tierras de Cresshawe?

—Sólo si puedes tomarlas —dijo secamente el rey.

—Pero Sir Roberts…

—Me ha fallado. —La voz de William era inflexible—. Y no por primera vez. No consiento la ineptitud de mis comandantes por mucho tiempo. Creo que sería una doble lección legarte estas tierras. Un recordatorio tanto a Normandos como a sajones de que un hombre digno hace su propia fortuna. ¿Aceptas?

No hubo cuestión de negativa. Nunca Bastian había pensado ganar tanto al servicio de William, no después de la debacle de su pasado.

Inspirando profundamente, con sabor a esperanza por primera vez en cuatro años, Bastian se encontró directamente con la mirada del rey.

—Le traeré al señor de Cresshawe encadenado, sire, y acabaré con la rebelión en su nombre.

—Lo espero, Louvat.

Pero no fue hasta más tarde, cuando Bastian había preparado a sus hombres y reunido provisiones para la marcha hacia el norte, que reconoció la oportunidad más allá de la promesa del rey. Fue Robert de Brionne, su amigo desde hacía muchos años, quien abordó el tema, acercándose a él en la penumbra de los establos con una sonrisa de satisfacción.

—Así que pronto serás señor. ¿Necesito doblar la rodilla ante ti? —Hizo una profunda reverencia.

Bastian le dio una ligera palmada en el hombro.

—Sólo si estás dispuesto, amigo mío.

La sonrisa de Robert se desvaneció mientras se enderezaba y asentía solemnemente.

—Estoy muy dispuesto. Te lo mereces, Bastian.

—Aún no he tomado Cresshawe, Robert.

—Lo harás. Has prestado al rey un servicio leal en Normandía y ahora en Inglaterra, y ya es hora de que te recompense por ello.

Bastian se encogió de hombros.

—Sólo últimamente me he liberado del pasado. Haber recibido tierras antes daría lugar a demasiadas especulaciones, y no quería esa mancha sobre mí, así como…

Cuando no terminó, Robert asintió suavemente y dijo:

—Esto aplastará todos los rumores sobre ti, Bastian. Te devolverá todo lo que te fue arrebatado. Ya no serás un caballero sin tierras, sino un conde por derecho propio.

Era cierto.

—Cuando regrese con el barón rebelde encadenado, celebraremos mi éxito, Robert.

—Ah, ojalá fuera contigo.

Bastian sonrió.

—El rey no te perdonaría, y lo sabes bien. Además, demasiadas damas encantadoras tendrían camas vacías si fueras conmigo.

—Ah, tan cierto. —Robert besó las puntas de sus dedos en una amplia floritura—. No podría soportar decepcionarlas, así que me quedaré aquí para mantener el castillo para el rey, con profundo pesar por no haber podido presenciar tu conquista del necio sajón que se ha atrevido a

desafiar a William.

—Este señor de Cresshawe lamentará el día en que intentó tomar una de las posesiones de William. Fue su perdición.

Robert miró el estandarte de Bastian, un lobo negro sobre campo rojo.

—Le compadezco.



—Sir Roberts ha muerto.

Bastian miró fijamente a su capitán. El sudor manchaba la cara de Tremont, filtrándose por debajo de la protección de la nariz de su casco cónico para gotear de su barbilla.

—Hemos perdido —añadió Tremont miserablemente, y señaló hacia los muros de piedra de Cresshawe con la punta de su espada—. Estamos deshechos.

—No, no lo estamos. —La negación de Bastian fue tan feroz que su fornido capitán dio un paso atrás dando tumbos—. Ningún torpe guerrero sajón puede vencer a entrenados soldados Normandos, Tremont. Retiraremos a nuestros hombres de la lucha pero no de la batalla. Dé la orden de retirarse al bosque y reagruparse. Y, capitán Tremont, no vuelva a hablarme de derrota.

Ante las nítidas órdenes de Bastian, el rostro de Tremont se arrugó de alivio.

—De inmediato, Sir Bastian.

—Me reuniré con usted en breve.

Cuando Tremont asintió en silencio y se retiró, Bastian dio la vuelta a su montura, Drago, para estudiar los imponentes muros de piedra que se alzaban desde el acantilado calcáreo. Desde la retirada Normanda, los sajones se habían esfumado, sin duda para saborear su triunfo. Bastian

maldijo en voz baja. Malditos fueran, no cedería, no permitiría que este viejo señor le tomara el pelo. El fracaso de Sir Roberts no era suyo.

Sin embargo, Cresshawe fue una sorpresa. Había esperado encontrar la familiar fortaleza de madera con muros de empalizada y edificios agrupados, no este impenetrable edificio de piedra con puertas fuertemente cerradas, hierro recubriendo la madera haciéndola resistente a las flechas de fuego. Ni una sola vez se habían abierto esas puertas, y sin embargo habían aparecido hombres fuera de los muros para enfrentarse a las tropas de Sir Roberts y con la misma facilidad parecían desaparecer en una espesa niebla que se aferraba obstinadamente al suelo.

Bastian sacudió la cabeza. La estructura no parecía tener estilo, pero pudo ver nichos tallados entre la corona irregular de rocas dentadas que proporcionaban a los defensores muescas para las flechas. El musgo y el liquen enverdecían las piedras, y una antigua ornamentación surcaba las paredes con nudos celtas intrincadamente tallados. A gran distancia alrededor del castillo, los árboles habían sido arrasados para permitir una fácil visión de la aproximación del enemigo. Se trataba de una fortaleza bien planificada que le recordaba a los antiguos fuertes romanos. En el camino hacia el norte habían pasado por largos tramos de muros de tierra y piedra, construidos siglos antes y ondulantes sobre el terreno como los huesos grises de una serpiente gigante: una prueba más de la ocupación romana.

Y aquí, cerca del límite de la tierra de los escoceses, Cresshawe se encaramaba como una bestia depredadora en lo alto de un promontorio que caía abruptamente sobre la agitada espuma del Mar del Norte. Los altos y calcáreos acantilados no permitían ninguna esperanza de invasión desde el lado del mar. Ya había media docena de sus hombres empantanados en el terreno pantanoso, con los caballos hundidos a un metro de profundidad.

El señor sajón tenía de su lado el elemento de las fuerzas atrincheradas: una fortaleza casi inexpugnable. Aunque se pudiera talar un árbol lo bastante robusto y utilizarlo como ariete contra las puertas de madera, la subida era demasiado empinada para blandirlo con eficacia.

Bastian apretó la mandíbula con gesto adusto. Estos malditos defensores debían de creerse invencibles, encerrados en su fortaleza de piedra para hacer llover flechas sobre el enemigo a su antojo. Exasperantemente, parecía bastante cierto.

Recorrió el perímetro del castillo lentamente, justo fuera del alcance de las flechas. La hierba tachonaba el suelo arenoso en algunos lugares, y pequeños parches de matorral brotaban en ondulantes barreras que inquietaron a Drago. Cuando una rama ondulante se acercaba demasiado a su línea de visión, el destrier[2] sacudía la cabeza en un tintineo metálico de bocados de brida y traíllas. La espesa crin azotó la cara de Bastian mientras los cascos de Drago se hundían en la arena con un sonido áspero. Maldiciendo, Bastian impulsó al sudoroso destrier hacia un terreno más sólido.

Echó la rienda al caballo sobre un pedregal y se inclinó para acariciar el húmedo cuello del animal.

—Qué vergüenza, Drago, dejar que unas hojas te asusten. ¿O es porque son hojas sajonas?

El caballo resopló. Un ave marina revoloteó sobre su cabeza con un grito agudo, un barrido oscuro contra el quebradizo azul del cielo. Bastian se enderezó en su silla de montar, sintiéndose de repente como si le estuvieran observando. Nada se movía a lo largo de los muros del castillo, por encima o por debajo, salvo el golpeteo de las hierbas altas contra la piedra. Una sombra parpadeó sobre el suelo, pero una mirada hacia arriba sólo reveló el vuelo en círculos de un ave marina. Débil ahora, su inquietante grito se dirigía en espiral hacia el agua, casi perdido en el estruendo del oleaje y el quejido de los vientos marinos.

Los mismos vientos marinos golpeaban la cara de Bastian y le escupían arena en los ojos. Mientras se quitaba la arena de las pestañas, volvió a oír el grito, burlón esta vez, y más fuerte. Su cabeza se inclinó hacia atrás de modo que su mirada recorrió la cima de los empinados muros de piedra.

Allí, con los pies separados y la espada alzada en alto en un gesto de desafío, un joven

había salido al escarpado parapeto. La luz del sol destellaba de su acero y su broquel en cegadoras astillas que bailaban sobre el rostro de Bastian. Drago se puso de lado, resopló y sacudió la cabeza de forma que el látigo de su melena azabache volvió a alcanzar a Bastian en la cara. Éste maldijo y se aferró con fuerza al caballo y al control mientras el inconfundible sonido de una risa descendía de las paredes.

—Perro Normando —desafió el muchacho en lengua sajona—, ¿has venido a luchar o a huir?

Silencioso, Bastian miró fijamente al audaz joven. Una escasa armadura cubría el pecho y los hombros del muchacho, y una túnica corta terminaba a medio muslo, al estilo de los antiguos atuendos romanos. Unas botas de cordones le llegaban casi hasta las rodillas, pero el resto de las piernas estaban desprotegidas. Bastian sonrió sombríamente. Si todos los guerreros iban vestidos así, la victoria estaría asegurada una vez que él consiguiera entrar.

Empujando a Drago hacia delante, Bastian ignoró al joven. El viento y el oleaje ahogaron cualquier otro desafío, pero el encuentro había reforzado su determinación de apoderarse de Cresshawe. Quizá Sir Roberts había perdido, pero él no lo haría. Tampoco pretendía ser derrotado como lo habían sido las fuerzas Normandas en York un mes antes.

Otra derrota Normanda semejante podría debilitar el dominio de William sobre Inglaterra. Y además, no eran sólo tierras y un título lo que Bastian pretendía ganar al hacer retroceder a esos sajones rebeldes: era la reivindicación.

Instó a Drago a avanzar. La tierra se inclinaba bruscamente hacia arriba allí, alrededor de una curva de arena y mogotes de hierba. El destrier trepó por la orilla, con la espuma goteándole de la boca y espumando su musculoso cuello a pesar del agudo mordisco del viento marino. Sus enormes pezuñas se hundieron profundamente en la arena antes de lograr finalmente afianzarse en una roca más sólida, sus musculosos flancos se amontonaron bajo el peso del caballero armado y sus arreos.

Cuando llegaron a la cima de la colina, Bastian recompensó al sudoroso destrier con una palabra murmurada y una palmada en el cuello. Cuando se inclinó hacia delante, un zumbido que sonaba como el recorrido de una gran abeja pasó cerca de su cuello, y oyó el sólido chasquido de una punta de flecha rebotando en la roca. Drago patinó hacia un lado, y Bastian tuvo que refrenarlo con fuerza mientras volvía a mirar hacia el castillo. Habían aparecido arqueros en los altos muros donde se había parado el joven, y el cielo se oscureció de repente con flechas voladoras.

Bastian espoleó a Drago para que bajara de la roca en un revuelo de cascos contra la piedra caliza. Con las flechas siseando a su alrededor, esquivó las púas emplumadas para ponerse de nuevo fuera de alcance. Frustrado, estudió la fortaleza. Tenía que haber un resquicio en las defensas de Cresshawe. Largos tramos de antigua muralla formaban terraplenes fortificados sin rastro de puertas o ventanas en las piedras desiguales. Hierbajos, arbustos y macizos de hierba dispersos bordeaban los cimientos desordenados de roca. Pero no había signos de debilidad.

Detuvo a Drago en el borde afilado del acantilado de tiza, fuera del alcance de las flechas, maldiciendo en voz baja. El sol caía a plomo, brillante para principios de noviembre. La andanada de flechas había cesado. Entrecerró los ojos contra el resplandor, pensó en quitarse el casco y decidió no hacerlo. Su cota de malla tintineó suavemente mientras se pasaba un brazo por la frente para sombrearse la cara. Un brillo llamó su atención cuando lo hizo y se detuvo, con un brazo aún sobre la cara. En algún lugar de la extensión de piedra, la luz del sol brillaba en el metal. Quizá no fuera raro, en una pared tachonada de formas retorcidas y tallada con antiguos nudos celtas, pero un recuerdo le asaltó. Años atrás, jugando entre las ruinas de una fortaleza similar, había visto precisamente este tipo de ornamentación en la primitiva cantería. Y entre los verticilos y surcos de la roca había descubierto accidentalmente una cerradura muy antigua, de metal, que parpadeaba al sol desde su escondite. Le había llevado un mes dominar el secreto para abrirla. Pero había dominado el secreto.

Ahora sus ojos entrecerrados distinguían el mismo tipo de ornamentación en estas paredes

de roca. Y metida hábilmente entre las rocas, casi imperceptible a menos que se supiera dónde mirar, había una puerta. Una pequeña puerta de postigo construida en una grieta y semioculta por una ondulante mata de hierba marina.

Bastian sonrió. Bajó los brazos y miró hacia el mar. Ahora, había una posibilidad de éxito.



La primera luz era aún sólo un tenue resplandor en el horizonte, que iluminaba la costura del cielo y el mar con un brumoso resplandor mientras Bastian llevaba a una pequeña tropa de avezados soldados a la puerta que había encontrado el día anterior.

Se movían en silencio, con sólo la armadura más fina para cubrirlos, para que ningún resquicio de cota de malla o arma delatara su presencia. Bastian tardó más de lo debido en orientarse en la resbaladiza oscuridad y, finalmente, desmontó y se abrió paso pasando una mano por la escarpada pared de piedra hasta chocar con un pequeño obstáculo: la cerradura que aseguraba la pequeña puerta de la posterna.

Con los dedos desnudos, deslizó una fina ganzúa de metal en el mecanismo, tanteando el terreno hasta que oyó el familiar chasquido de los bombines. El hierro estaba frío y resbaladizo y cada sonido parecía resonar en la quietud de la madrugada. De repente, la cerradura se separó con un chirrido, soltándose de la aldaba. Abrió la puerta de un tirón.

Dentro, él y una docena de sus hombres se arremolinaron sobre un bailey[3] abierto. La pequeña fuerza de centinelas sajones se vio rápidamente superada en número. Bastian contempló los muros cubiertos de hiedra y las columnatas que se alzaban en delicados arcos. Por un momento se sintió como si hubiera tropezado con una antigua villa romana, pero entonces se dio la voz de alarma y esa impresión quedó rápidamente eclipsada por la muy real resistencia sajona

que invadía las murallas con las armas en alto y gritos desaforados.

La lucha fue encarnizada, pues los sajones defendieron su hogar contra los invasores con desesperada determinación, pero pronto los Normandos, bien armados y acorazados, les hicieron retroceder. Cuando se abrieron las puertas delanteras, la victoria estaba asegurada, ya que el resto de los hombres de Bastian entraron a raudales. La cacofonía ahogó todos los pensamientos excepto la necesidad imperiosa de vencer al enemigo cuando Bastian se encontró enzarzado en un feroz combate cuerpo a cuerpo.

La batalla se desencadenó en un patio central marcado por la desmoronada evidencia del abandono. Una fuente en ruinas yacía seca, salvo por la sangre de los que caían en ella, y las piedras caídas hacían peligroso pisar para los incautos. La lucha campal terminó rápidamente. Los sajones que no murieron y aún pudieron huir abandonaron las salas de piedra y azulejos con una rapidez que Bastian encontró tan divertida como cobarde. Había ocurrido lo mismo en la colina de Senlac, cuando entrenados caballeros Normandos cayeron sobre la chusma sajona y la hicieron dispersarse en el crepúsculo como gansos asustados. Sin embargo, ahora no era el momento de preocuparse por los que habían huido a los bosques. Había otros asuntos más importantes.

Le hizo una seña a Tremont, y su capitán llegó con la cara roja y respirando con dificultad. Bastian señaló a los heridos de ambos bandos.

—Atiendan primero a nuestros hombres. Haced lo que podáis por los demás, pues se necesitarán sajones para labrar estas tierras. Perdonaré a aquellos que me juren lealtad a mí y a William. Pero ahora me gustaría encontrar al viejo señor de Cresshawe.

Tremont barrió el desordenado patio con una mirada oscura.

—Uno de los prisioneros dice que su líder se ha refugiado en una cámara de piedra al este. ¿Debemos derrotarlo?

—Yo me ocuparé de eso, mientras usted atiende a los cautivos y a los heridos. —Bastian

convocó a varios hombres y juntos se dirigieron hacia la cámara de piedra que Tremont indicó. Estaba enclavada en una espesa arboleda de árboles medianos, un almacén ordinario por su aspecto, con una sola puerta. Sin duda, el señor de Cresshawe se refugió allí antes que ceder su feudo al conquistador. La boca de Bastian se curvó en una sonrisa de desprecio. La victoria sabía dulce. Cresshawe era suyo.

—Creoffrey de Cresshawe —gritó en la súbita quietud dejada por el final de la batalla—, sal y entrega las armas. El día está perdido para usted, pero no su vida. Si deponéis las armas, podéis acompañarme ante el rey para presentar vuestra defensa.

Las palabras en inglés se desvanecieron en el silencio, pero no hubo respuesta desde el almacén. Bastian esperó, luego repitió su demanda. Silencio.

Perdiendo la paciencia, Bastian se dirigió hacia la puerta. De repente, un guerrero sajón apareció en la oscura abertura, blandiendo una espada corta romana en una mano y un escudo redondo en la otra. Bastian se detuvo en seco. Era el joven alto de las murallas que se había burlado de él el día anterior.

La espada romana del muchacho silbaba en el aire, tan amenazadora y tentadora como su fría burla sajona:

—Ven, Normando, prueba mi habilidad si te atreves.

—Yo no lucho contra niños —gruñó Bastian en inglés—. Ni siquiera con niños fanfarrones con espadas más grandes que ellos. Hazte a un lado y llama a Lord Creoffrey.

—Ah, pero yo estoy aquí en lugar de Creoffrey, Normando. —La espada se balanceó en el aire, y el muchacho saltó ágilmente sobre un árbol caído para equilibrarse sobre el ancho tronco —. Es mi padre.

Bastian observó al joven. Ataviado con una antigua armadura de placas de bronce en el pecho, un delantal de cuero tachonado de latón y botas de cuero atadas hasta la rodilla, conseguía

parecer un gladiador romano en lugar de un guerrero sajón.

La paciencia de Bastian menguó.

—No te hagas el tonto. Llévame ante tu padre. La batalla ha terminado, como debes saber, y estás perdido.

—No, Normando, no está perdida hasta que me rinda. —Moviéndose más rápido de lo que Bastian había previsto, el joven saltó hacia delante. La punta de la espada romana alcanzó a Bastian en el bíceps en un tajo oscilante que podría haberle costado el brazo si no hubiera reaccionado con su instinto de guerrero.

Bastian esquivó el golpe y lanzó una estocada a su enemigo, gruñendo sorprendido por la ferocidad del ataque de respuesta. Debería haberlo esperado, debería haber sentido la desesperación tras la bravuconada. Pero no lo hizo. Para asombro de Bastian, el joven se deslizó hábilmente bajo su guardia y le clavó la punta de la espada romana en la garganta. Bastian se aquietó al instante.

Los ojos azules como el hielo que le atravesaban a lo largo de la hoja no tenían piedad, sólo una sombría determinación mezclada con exultación.

—Ríndete, Normando.

—¿Y si no lo hago?

—Morirás.

La hoja presionó con más firmeza, obstruyendo el paso del aire de Bastian. Pequeño tonto, sin duda este sajón estúpido debía saber lo rápido que moriría si era tan imprudente como para matar a Bastian.

—Retira a tus perros, Normando —dijo fríamente el joven cuando dos caballeros se dirigieron hacia ellos con las armas desenvainadas—. O sufrid las consecuencias.

Bastian levantó una mano de advertencia y los caballeros se detuvieron a poca distancia.

—¡Zut alors!

—Quel con, ce mec!

Las maldiciones de los caballeros Normandos de Bastian fueron duras, pero ninguno se atrevió a moverse por miedo a ganarse la muerte de su líder. Aunque puede que no entendieran el idioma que hablaban Bastian y el joven sajón, comprendían claramente el peligro. Ni siquiera la cota de malla más resistente podría desviar la punta de una pesada espada clavada con fuerza en su garganta. Por el momento, la cota de malla de Bastian amortiguó el intento de punzada. Pero si tan sólo levantaba la espada, sin duda el sajón le ensartaría como a un capón. Bastian se sintió un tonto y peor por no prestar a este muchacho la misma cautelosa atención que habría prestado a un soldado curtido. Su falta de atención aún podía costarle la vida. Su mirada bajó hasta la corta longitud de la espada romana.

Una risa suave y burlona rizó el aire entre ellos, y la hoja de la espada vibró levemente cuando el sajón agarró la empuñadura con ambas manos para estabilizarla. Los músculos de Bastian se tensaron.

—¿Quieres ganarte la muerte tan rápidamente, joven sajón? Porque eso es lo que ocurrirá si me matas.

—Mi vida bien vale la pérdida de un caballero Normando, creo.

—Dudo que tu padre esté de acuerdo. —Por un momento pensó que su dardo verbal había dado en el blanco cuando los ojos claros del sajón se nublaron, entonces, con un suave juramento, la espada se clavó más profundamente en la cota de malla de Bastian. Un cálido hilillo de sangre bañó su garganta bajo la cadena.

—Mi padre y yo no siempre hemos estado de acuerdo, Normando. Y así hemos llegado a esto: te tengo a la punta de mi espada. ¿Compraría mi propia vida con una rendición cobarde?

La voz bajó, dolorosamente ronca, y ahora Bastian vio la fatiga en el rostro bajo el yelmo, las tenues ojeras azuladas y el adusto giro de una boca curiosamente vulnerable. Ah, este muchacho era demasiado joven para ir a la guerra, aunque sin duda no mucho más joven de lo que Bastian había sido la primera vez que había entrado en combate.

Y fue ese conocimiento lo que dio ventaja a Bastian, su experiencia y los años de entrenamiento que le habían mantenido quieto le permitían ahora calibrar a su oponente. Su apertura llegó rápido, más rápido de lo que esperaba, mientras el sajón seguía mirándole fijamente. La espada se movió ligeramente cuando unas manos desnudas y delgadas se apretaron contra la pesada empuñadura.

Sostener en alto incluso la espada corta sería agotador para un joven inexperto.

Bastian dio un repentino giro hacia atrás de su cuerpo, evadiendo una estocada sorprendida mientras barría su propia espada hacia arriba en un movimiento relámpago, atrapando la empuñadura de la espada del chico con la punta de su hoja. Impulsándose hacia delante, giró la muñeca, enganchando el arma del sajón y enviándola por los aires. La espada del joven cayó estrepitosamente al suelo a varios metros de distancia, apoyada contra una nudosa raíz de roble enroscada entre las hojas caídas.

Ahora llegaba el momento de la verdad, y Bastian pretendía enviar a este joven cachorro corriendo en busca de su padre. Apretando la punta de su espada contra el pecho acorazado del muchacho, dio una orden a sus hombres para que registraran la cámara de piedra. A su cautivo le dijo:

—Ríndete o muere, sajón.

—Que sufras la viruela, cerdo Normando.

Las palabras del sajón salieron entre jadeos de aire, y bajo el casco de metal liso, unos ardientes ojos azules se entrecerraron con determinación. Una luz gris brilló en la mano del muchacho y dio a Bastian un instante de advertencia. Rápidamente giró hacia un lado, y la daga

que el joven había lanzado se clavó profundamente en el tronco del roble que tenía detrás, vibrando con la fuerza de su vuelo.

Furioso ahora, Bastian se movió con una resolución veloz que cogió desprevenido al muchacho. Golpeándole en el pecho, Bastian le presionó contra el suelo con su mayor peso, tentado de degollar al cachorro por las molestias que le había causado. Sólo su evidente juventud le salvó. ¿Esos rebeldes nunca admitían la derrota? Tonto, resistirse cuando el resultado era obvio, y sin embargo siempre lo hacían.

A horcajadas sobre el muchacho, Bastian lo inmovilizó contra el suelo con sus rodillas y, utilizando la punta de su daga, cortó la correa de cuero que sujetaba el casco del muchacho. Se lo quitó bruscamente, pero frunció el ceño cuando una nube de pelo dorado como el trigo se soltó. Una plaga para estos sajones que llevaban el pelo largo como el de una mujer, negándose a cortárselo incluso por orden de William.

—Tal vez debería recortarte este pelo así como la garganta, cachorro sajón —murmuró mientras tiraba el yelmo a un lado—. Puedes vestir a la moda Normanda esta temporada.

—¡Mátame y acaba con esa cháchara sin sentido! —Unos ojos azules le fulminaron con la mirada y el esbelto cuerpo bajo las rodillas de Bastian tembló violentamente.

—Oh, no —gruñó Bastian cuando el chico torció la cabeza hacia un lado, y alargó la mano para enredar un puño en la larga melena, dando un fuerte tirón—. Te enfrentarás al destino que te has buscado hoy.

—Que los demonios te lleven de vuelta a donde perteneces.

Doblándose bajo él, el joven luchó por zafarse. Bastian rio despectivamente.

—No, no es probable que una criatura enclenque como tú pueda desbancarme. Eres tan escuálido como un gallo hambriento, y ni de lejos tan fuerte. Si no fuera por tu armadura, no serías más grande que una cría.

Bastian se puso en pie y tiró del joven derrotado hacia arriba con él, con una mano aún enredada en la espesa masa de pelo. Frunciendo el ceño, sus ojos se entrecerraron ante su ligero peso. Giró al muchacho para estudiar su atractivo rostro, la exuberante boca y los ojos de largas pestañas que se negaban a encontrarse con los suyos.... Una horrible sospecha se encendió y agarró la barbilla suavemente redondeada con el otro puño, sujetando con fuerza.

Un rubor tiñó los altos pómulos cuando Bastian inclinó el rostro de su cautiva hacia la luz gris que se filtraba entre las pesadas ramas de roble que daban sombra al patio. Deliberadamente, Bastian desplazó la mano hacia abajo, sobre la garganta y el hombro, el dorso de los dedos rozando las placas redondas de latón de la antigua armadura pectoral hasta las cinchas entre ellas. Unos ojos amplios sostuvieron los suyos en una mirada firme, sin pestañear incluso cuando Bastian deslizó la mano bajo la armadura para tocar el sherte de lino que había debajo. Su mano exploradora encontró lo que sospechaba, y maldijo en voz baja.

Bastian miró fijamente a su adversario, su furia desvaneciéndose en asombro. No era posible... pero la prueba llenaba su palma, suave y tentadora, e inconfundiblemente redondeada. Sacó lentamente la mano de debajo de la armadura, con voz áspera:

—No eres un mozalbete.

La ceja de la muchacha se arqueó en fingida sorpresa, y su boca llena se curvó en una sonrisa desdeñosa:

—Tu intelecto es superior a tu destreza en el campo de batalla, Sir Caballero. Superado por una simple doncella... ¿cómo te irá ahora a tu reputación en la corte de William?

—Ten cuidado con el temperamento de quién y ten en cuenta que esta vez es mi daga la que está en tu garganta. Tu batalla está perdida.

—No podría olvidarlo. No con los hombres de mi padre muertos a mi alrededor. —La amargura tiñó su voz ronca mientras su mirada recorría la escena que les rodeaba, y sus ojos azules se oscurecieron de dolor. Por primera vez, se dio cuenta de que goteaba sangre de un corte

poco profundo en su frente.

Bastian envainó su daga y recogió su espada, extendiéndola con la punta baja para indicar su inclinación a la piedad.

—Eres mi rehén. Llévame ante tu señor, para que pueda aceptar su rendición.

Una suave carcajada respondió a su demanda.

—Eso es imposible.

—Por tu bien, mejor que no lo sea. —Las palabras de Bastian fueron cortantes—. Trato con dureza a quienes rechazan mis órdenes.

—Tú y William estáis cortados por el mismo patrón, entonces.

—No te quejes ante mí de malos tratos. Quéjate en cambio a tu padre, que hizo el juramento de William sólo para romperlo. Hubiera sido mejor que no lo hubiera tomado en absoluto que deshonrar su palabra jurada. Al menos entonces habría podido conservar el respeto del rey.

—El duque bastardo de Normandía no merece ningún respeto. No, y Lord Creoffrey nunca rompió un juramento en su vida, así que no hables mal de él ahora.

Impaciente, Bastian sacudió la cabeza.

—Agitas las palabras, cuando es Creoffrey quien debería ofrecer su propia defensa. Llévame ante Lord Creoffrey inmediatamente, o seré duro contigo y con todos en el castillo.

Tras un momento de tenso silencio, la muchacha se encogió de hombros. Una ráfaga de viento acarició el cabello dorado que ondulaba por su espalda y sobre sus brazos. Una leve sonrisa jugueteó en sus labios. Si no fuera por sus evidentes atributos femeninos, aún podría pensar que era un joven muchacho, pues el timbre de su voz era grave y rico.

—Ya que insistes, valiente caballero, te llevaré hasta él.

Se volvió, con la cabeza alta, para indicar el estrecho camino que se alejaba de la bóveda. Poseía la gracia confiada de una joven cierva, una criatura salvaje de pie en medio de los enmarañados árboles y piedras. Cuando Bastian no se movió inmediatamente, ella le devolvió la mirada por encima del hombro. Su voz ronroneó, sensual y provocativa.

—Pobre caballero Normando: ¿temes la traición? Si pensara que me serviría, te llevaría a una trampa, pero sé que tienes razón y que la batalla está perdida.

—No es el miedo a la traición lo que me retrasa, sino la bondad la que me obliga a advertirte que no me lleves a una trampa, o lo lamentarás.

Su respuesta fue una carcajada gutural y un elocuente encogimiento de hombros mientras decía:

—Creo que son los traidores los que más temen a la traición.

—Milord —dijo Tremont en voz baja—, no vaya solo. No confío en ella.

—Yo tampoco, Tremont. Registrad los terrenos y luego uníos a mí. No creo que queden suficientes sajones para tender una trampa, pero tampoco confío ciegamente en ellos.

Bastian siguió a la doncella por un sendero estrecho y lleno de maleza hasta un pequeño mojón de piedra escondido bajo una enramada de árboles jóvenes. Allí ella se giró para mirarle con una expresión ilegible en sus encantadoras facciones. Se detuvo bruscamente, echando un vistazo a la arboleda desierta. Las hojas caídas abarrotaban el suelo y crujían secamente bajo sus pies, y el olor rancio de la muerte impregnaba el aire a su alrededor.

—¿Qué es esto, demoiselle? ¿Una treta para retrasarme mientras tu padre escapa?

Su suave risa sonó más amarga que divertida.

—No, ya ha escapado de los invasores Normandos. Pero eres bienvenido a seguirle. De hecho, te ruego que lo hagas. —Cuando él frunció el ceño y dio un paso hacia ella, ella extendió un brazo para indicar el montón de piedras—. Lord Creoffrey espera su compañía, Sir

Caballero.

Bastian se quedó mirando su rostro burlón, la leve sonrisa que torcía sus labios, y de repente comprendió.

—¿Cuánto tiempo lleva muerto el señor?

—Tres lunas han crecido y menguado desde que Creoffrey se unió a sus padres.

—Entonces me dirás quién es el lord en su lugar. Quiero al responsable de la muerte de Sir Roberts y de esta rebelión contra William.

Recostando su esbelto cuerpo contra el mojón de piedra, la mirada de la muchacha no abandonó su rostro.

—Esa persona está ante ti, Normando.

Capítulo 2

Se había acabado. Todos sus planes, sus esperanzas, se habían esfumado. Si no se hubiera detenido a ayudar a Rudd -pero eso era irrelevante. No podía haber dejado a un muchacho asustado y herido enfrentarse solo a los Normandos, como estaba haciendo ahora.

A pesar de su muestra de desafío, Maire estaba más aterrorizada de lo que había estado nunca en su vida. Sin embargo, no le daría a este caballero alto y brutal la satisfacción de saber que la había hecho sentir tan vulnerable. Era todo lo que podía hacer para mantener la voz calmada, la barbilla alzada con orgullo y la mirada firme bajo su mirada despiadada.

—Dime —repitió el caballero Normando, con sus ojos oscuros intensos—, ¿quién heredó a Cresshawe?

Ya le había hecho la pregunta dos veces, aparentemente incapaz de creer que ella -una simple mujer- fuera capaz de dirigir a los hombres que habían derrotado a los caballeros Normandos. Ella levantó una ceja.

—¿Por qué te importa, Normando? Cresshawe es tuyo ahora por derecho de conquista.

—Porque así sabría quién más se levantaría para intentar arrebatármelo —gruñó.

—¿Tanto miedo tienes, entonces? ¿Tú, un valiente Normando?

Chispas furiosas difuminaron la oscuridad en unos ojos que ella había creído negros puros.

Su puya había dado en el blanco. Ah, así que no era tan invulnerable como parecía. Sin embargo, este caballero sólo llevaba una cota de malla y una túnica de cuero como armadura, como si despreciara a los guerreros sajones a los que había combatido tan salvajemente. Ella lo había visto antes en el patio, asestando sobre él malvados tajos que derribaban a los hombres en una amplia franja. Fue entonces cuando reconoció al hombre del que se había burlado desde las murallas, el líder de esta chusma Normanda. De pie ante él ahora, luchó contra la oleada de desesperación que amenazaba con deshacerla. Acostumbrada a los hombres altos, se sentía sin embargo superada por la estatura de este caballero. Era más alto que la mayoría y más ancho de hombros, pero no era su altura lo que la había derrotado. Debajo de su túnica de cuero había músculos delgados y poderosos y una hábil eficacia que la habían vuelto terriblemente inadecuada. Toda su práctica y destreza no le habían servido de nada, aunque había estado más cerca de lo que jamás había soñado. Fue una pequeña victoria, pero una para saborear: el recuerdo de cómo había sostenido brevemente a un caballero Normando a punta de espada. De no ser por la espantosa debilidad de sus agotados miembros, tal vez aún habría triunfado.... Pero ya estaba hecho, y debía responder ante ese temible enemigo con su vida y su libertad, y la de su pueblo.

Un curioso crujido en la parte posterior de sus rodillas amenazó con hacerla caer, pero se armó de valor con obstinada determinación. No se acobardaría ante esos Normandos, no avergonzaría a su linaje mostrando debilidad ante el enemigo.

Estaban bajo los árboles que rodeaban la tumba de su padre, y las hojas otoñales se agitaban desde las ramas casi desnudas con un crujido como de huesos viejos, cubriendo el suelo a sus pies. Era apropiado que la muerte de la estación marcase la muerte de Cresshawe.

Apartando la mirada de él, Maire carraspeó y se concentró en el bajo muro de piedra que los romanos habían construido hacía tanto tiempo. Una fría ráfaga de viento sopló contra su cara y sus brazos desnudos, oliendo a mar y a lugares lejanos que nunca vería.

—El legado es mío, Normando.

—Imposible. Ninguna mujer hereda las tierras y títulos.

Su mirada se desvió de nuevo hacia él.

—¿No? Cuando mi padre murió a causa de las heridas mortales infligidas por los Normandos en la colina de Senlac, el título y las tierras pasaron a mis manos. Es nuestra manera de ser. En tiempos pasados, las mujeres luchaban junto a los hombres.

—Si tu padre murió por heridas infligidas en Hastings, tardó mucho en hacerlo, pequeña sajona.

La respuesta burlona siguió ignorando su reclamo, y su barbilla se alzó.

—Sí, así fue. Lord Creoffrey sufrió mucho a manos Normandas.

—Y has jurado vengarlo.

—Tal vez. —No pudo evitar una sonrisa amarga—. ¿Crees que por eso he levantado un ejército? ¿Por qué no tolero que los cerdos Normandos hurgueteen en mis tierras? Ah, eres un hombre mezquino, a pesar de lo astuto que eres, Normando.

—Lo soy. —Era más una afirmación que una pregunta, y la fina curva de su boca carecía de humor. Se movió, y sus ojos oscuros eran tan penetrantes que ella apartó la mirada cuando dijo—: Pero puedo reconocer la venganza, incluso disfrazada de fidelidad.

Maire se puso rígida de irritación. ¿Cómo hablaba tan bien la lengua sajona este cerdo Normando? La mayoría de los Normandos sólo hablaban francés, desdeñando como demasiado bárbara la lengua nativa del país que habían conquistado. Manejando una calma que no sentía, se enfrentó a su mirada con firmeza.

—Es ciertamente la lealtad lo que me empuja. Quizá a Cresshawe más que a mi país, pero por razones que un Normando bárbaro nunca entendería.

—¿No lo haría? —Se enderezó de su postura perezosa y se volvió para hacer señas a los hombres que se les habían unido en el claro. Cambiando de nuevo al francés Normando, ordenó a los hombres—: Buscad a fondo al caudillo sajón, ya que el viejo señor ha muerto. Deben estar escondiendo a su nuevo líder.

Maire bajó la mirada para ocultar la ira en sus ojos. ¿La creía tan tonta como para no molestarse en aprender la lengua del enemigo? Desde debajo de sus largas pestañas, observó a aquel caballero de pie, con los pies bien separados y apoyado con despreocupada confianza en la empuñadura de su larga espada. Parecía demasiado seguro de sí mismo, como si ella no le hubiera vencido delante de sus hombres.

—No —dijo en voz alta en inglés—, no entenderías la lealtad a un legado. Tu comprensión parece limitarse a la herencia de la espada, y ni siquiera eso muy hábilmente. No conozco a ningún guerrero sajón que haya tenido mi espada en su garganta tan rápidamente.

Por un instante, pensó que había ido demasiado lejos. El Normando se volvió hacia ella, y en su sombrío semblante vio una intención despiadada que la hizo retroceder un paso a trompicones contra las piedras del mojón de Creoffrey. Los bordes dentados de la roca se clavaron en su espalda blindada y rozaron sus muslos desnudos. El caballero cerró el espacio entre ellos, tan cerca ahora que su aliento agitó un mechón suelto de su pelo donde yacía contra su mejilla. Su voz era suave:

—Guarda tu lengua, demoiselle. Hay entre mis hombres quienes entienden tu idioma, y podrían tomarlo a mal si oyeran tu jactancia.

—¿Lo niegas? —Ella se recostó contra el mojón y cruzó los brazos sobre el pecho para ocultar su temblor furioso. Sintió la mirada del Normando recorrerla, oscura y especulativa tras el protector nasal de su casco metálico.

Algo parecido a la diversión parpadeó por un momento en su rostro y negó lentamente con la cabeza.

—No, no niego que me hayas superado. Pero mira quién tiene ahora la ventaja. No volverás a cogerme desprevenido.

—Pensé que era más habilidad que suerte lo que... —se detuvo. El humor de sus ojos se había desvanecido y ella no estaba dispuesta a presionarle. Si la fortuna estaba con ella ya habría otra ocasión.

Uno de los soldados Normandos se les acercó entonces, un hombre corpulento de rostro joven y ojos viejos. Sus modales eran respetuosos pero no sumisos, y esperó a tener la atención de su líder antes de hablar.

—Registramos el almacén y aseguramos el terreno, Sir Bastian.

—Ah, capitán Tremont, dígame qué ha encontrado.

El capitán vaciló, sus ojos miraron a Maire antes de volver al caballero.

—Encontramos a un niño pequeño escondido bajo una pila de pieles en el almacén. Después de engatusarle un poco, nos dijo que la hija del viejo señor lideró el levantamiento, señor… milord. Su nombre es Lady Maire.

Ella casi se rio de su pronunciación manoseada de su nombre, el ceceo franco borrando la r en lugar de enfatizarla. Sir Bastian no era tan ignorante y le dirigió una mirada pensativa mientras repetía su nombre con más propiedad.

—¿Es Keera? ¿Y se dice que la dama ha guiado a hombres en la batalla? No lo creo. O es una treta para permitir que el verdadero líder escape o un plan para confundirnos, Tremont. A ver si puedes sonsacarles la verdad a estos sajones testarudos.

Tremont sonrió, sus rasgos escarpados se relajaron.

—Descubriré la verdad. No hace falta mucho para asustar a los sajones, señor… milord.

—No se exija por llamarme por el título adecuado, Tremont. Será tan difícil para mí

acostumbrarme al nuevo rango como lo será para usted. Y hasta que William lo confirme, aún no soy el nuevo señor de Cresshawe.

—El rey cumple su palabra, y usted ha cumplido la suya tomando la fortaleza y sometiendo a los rebeldes. Los documentos son sólo una formalidad.

Maire se puso rígida. No se atrevía a traicionar su comprensión de su lengua, pero cada vez le resultaba más difícil no expresar su indignación. Pobre Rudd. Ella había esperado que no lo encontraran, pero los Normandos habían sido minuciosos. Sólo tenía doce años, se asustaba con facilidad, como había señalado tan despectivamente aquel capitán. Seguramente no le harían daño, pero hablaban tan a la ligera de «someter a los rebeldes». Los hombres que habían sometido tenían nombres, familias, vidas propias. ¿Les importaba eso?

No, no les importaba, respondió amargamente a su propia pregunta. No a los guerreros conquistadores que sólo pensaban en la victoria, no a lo que estas tierras significaban para quienes las amaban. La mayor parte de Inglaterra yacía violada y carbonizada bajo la bota Normanda, un erial donde antes habían yacido fértiles páramos y bosques. Poco se había perdonado, y pueblos enteros habían muerto de inanición aquel primer invierno tras la invasión Normanda. Incluso los monasterios habían sido arrasados y los sacerdotes asesinados. Cresshawe se arriesgaba ahora a correr la misma suerte, como había sabido desde el principio. Era la apuesta que había hecho para liberarse del yugo Normando.

Todo para nada.

—¿Caminarás voluntariamente conmigo, o prefieres que tu gente te vea arrastrada? —preguntaba Sir Bastian, y Maire se recuperó de sus cavilaciones con un sobresalto.

—Soy una princesa celta. No necesito que me arrastren a la muerte como a un buey en Samhain[4], Normando.

Sus labios se curvaron ligeramente.

—Nadie ha hablado de la muerte. Aún.

A pesar de su creciente temor, mantuvo la voz fría y firme:

—Ya conozco la justicia Normanda. ¿La aplicas a los niños pequeños con la misma dureza que a las mujeres?

—Si es merecida. —Su mirada era aguda—. Si hablas del niño que escondió en el almacén, está a salvo. Y lo estará mientras obedezcas. Es una lección que podrías considerar, demoiselle, para mantenerse a salvo de cualquier daño.

—No creas engañarme con palabras melosas, pues conozco tu intención.

—Creo que no —fue la suave respuesta, y levantó su espada para indicar la dirección de la sala—. La realeza sajona debe preceder incluso a un caballero Normando, así que puedes caminar delante de mí, princesa.

Un sofoco le calentó las mejillas. Se estaba burlando de ella, por supuesto. Reprimió el impulso de desafiarle, incluso en esto, y mantuvo la cabeza alta mientras pasaba junto a él. Casi esperaba sentir el afilado empujón de una espada en su espalda.

Le dolía todo el cuerpo, magullado y ensangrentado, agotado por los extenuantes esfuerzos de la batalla del día, y caminaba despacio. No puedo mostrar debilidad, pensó entrecortadamente, no delante de los Normandos, y desde luego no delante de mi propia gente. Derian, deberías estar aquí ahora... sabrías qué hacer, cómo evitar que estos Normandos nos destruyan....

Tropezó con una piedra rota y se agarró, aprovechando la distracción para limpiarse una lágrima de rabia del ojo. Derian nunca volvería a dar consejos, nunca se acercaría a ella con la risa en los ojos, burlándose de ella y enfureciéndola a veces, pero siempre allí. Se había ido para siempre. Todos se habían ido. Si tan sólo su padre la hubiera escuchado antes de que fuera demasiado tarde. Pero no lo había hecho. Mantuvo su juramento hasta el final, y los había

destruido a todos.

Pero ella había hecho su propio juramento....

El salón estaba sembrado de cadáveres y soldados Normandos. Maire se armó de valor. Debía ignorar los rostros familiares cubiertos por la máscara de la muerte, pues ello daría a sus enemigos otra arma que utilizar contra ella.

Sin embargo, le resultó más difícil de lo que había previsto. Incluso los desarmados e indefensos habían sido asesinados. Un anciano sirviente se desparramó justo al otro lado de la puerta, sus ojos sin vista miraban el alto techo y las vigas ennegrecidas del vestíbulo. Apartó la mirada.

Detrás de ella, Sir Bastian la empujó hacia delante con la parte plana de su espada.

—Avanza hasta el estrado, demoiselle. Te quiero cerca de mí.

Maire se sacudió hacia delante. La respuesta que pretendía ser ligera y burlona salió en un gruñido ahogado:

—No pensé que te enamorarías de mí tan rápidamente, Normando.

—Alimentas falsas esperanzas, demoiselle.

—¡Eres tú quien alimenta falsas esperanzas si piensas retener lo que has matado a tantos para tomar! La justicia vencerá, y recogerás los frutos del asesinato que has sembrado, vil Normando, ¡lo juro!

Su mano se cerró sobre el brazo desnudo de ella, los dedos se clavaron profundamente para cortar sus acusaciones.

—No te dejes engañar por mi naturaleza gentil. No soportaré por mucho tiempo tus palabras mordaces. —La fría amenaza de su voz heló a Maire hasta los huesos, pero de algún modo le permitió recuperar la compostura.

Permitió que Bastian la empujara hacia el estrado donde antaño había dominado lord Creoffrey. Su pesada mano la presionó contra el borde embaldosado de la tarima, pero ella se resistió lo justo para señalar su continua rebelión antes de hundirse en el suelo. Sólo entonces se dio cuenta de lo completamente cansada que estaba, de cómo sus miembros temblaban de fatiga. Los días habían sido largos, las noches cortas y sin dormir.

Maire observó entumecida cómo los soldados Normandos retiraban los cadáveres de la sala, desprendiéndose de la dolorosa visión y del conocimiento de que Cresshawe ya no era suyo para mandar.

Retiraron los bancos y las mesas de madera destrozados, derribaron los tapices rasgados y barrieron el suelo de escombros. Maire no habló, no protestó ni siquiera cuando le exigieron su armadura, sino que se la entregó en silencio. Vestida sólo con una túnica corta, se sentó en el frío suelo y observó cómo los Normandos lo despojaban todo. Los tejidos sajones que decoraban las paredes fueron retirados con poca consideración por su belleza de colores brillantes, dejando la piedra que había debajo yerma y fría.

Un soldado preguntó a Sir Bastian por juncos limpios, ya que no se encontraba ninguno. Señalando el suelo, el Normando se quejó en francés nasal:

—Estos bárbaros sajones ni siquiera saben cubrir decentemente un suelo, milord.

Maire se erizó en silenciosa repugnancia. Se apresuró. En su salón, ¡cubriendo la exquisita belleza de los antiguos suelos de baldosas! Asno ciego, estaba demasiado empeñado en la destrucción como para ver las obras maestras que habían perdurado a través de los tiempos. Confirmó su creencia de que todos los Normandos eran bárbaros y toscos.

Pero Bastian la sorprendió.

—No, Alain, no cubras estos suelos. Sería una pena ocultar tanta artesanía y belleza con paja.

—¿No usar juncos? —Alain frunció ligeramente el ceño, luego miró a Maire con un rápido escrutinio que la inquietó. Tenía los ojos avellana entrecerrados y un rostro que muchos habrían calificado de apuesto, pero que a ella le hacía pensar en una serpiente enroscada. Pero su sonrisa era sosa, sus modales cordiales mientras inclinaba la cabeza con deferencia—. Como desee, Sir Bastian… milord. ¿Qué usaremos entonces para cubrir los suelos?

—Nuestros pies. —Bastian agitó una mano en señal de impaciente despido, y observó con acritud que no se le debía molestar con pequeños detalles domésticos—. Informe al capitán Tremont de que debe supervisar la distribución de tareas, ya que fue su incapacidad para controlar a sus hombres lo que causó la muerte de sirvientes desarmados.

—Inmediatamente, milord. —Alain retrocedió, pero no tan deprisa como para que Maire se perdiera el brillo de triunfo en sus ojos. ¿Podría haber luchas entre estos Normandos?

Quiso sonreír satisfecha, pero no se atrevió... no todavía, cuando mantener su entendimiento con los Normandos aún podía hacerle ganar la libertad. Así que mantuvo la cabeza gacha, su atención en sus manos cruzadas, apretadas con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos por la tensión mientras su hogar se transformaba en una morada Normanda.

Cuando Maire pudo soportar levantar de nuevo la vista hacia el vestíbulo, completamente cambiado ahora, con los muebles cambiados de sitio y las colgaduras familiares desaparecidas reconoció a Godric, uno de los esclavos de su padre, al que los Normandos habían puesto a su servicio. Aunque nunca le había caído bien, no pudo evitar un sentimiento de lástima por el hecho de que ahora fuera esclavo de los caprichos Normandos. Así como ella lo era....

Se estremeció y Bastian se inclinó hacia delante, con la boca cerca de su oído mientras murmuraba en inglés que pronto se encendería un fuego para calentarlos. Su aliento se caldeaba contra su mejilla, su presencia demasiado cercana, demasiado inmediata, de modo que a ella le

resultaba difícil responder, o incluso respirar. ¿Creía él que unas palabras amables reemplazarían los actos del día? Imposible. Y ella se negó a reconocer su pretensión de cortesía.

Tras un momento de obstinado silencio, él rio suavemente.

—Ah, pequeña sajona —dijo en francés—. Te han cortado las alas, pero no admitirás la derrota... tal vez no sea un viaje tan aburrido como había pensado, entregar a un rebelde a William encadenado. Y tal vez aún descubras que ser conquistado no es todo lo que temes.

¿Cadenas? Maire se tensó, esa palabra destacándose de las demás, resonando ominosamente en su cerebro. Iba a ser encadenada. El odio se encendió de nuevo. ¿Pensaban humillarla? Ella no lo permitiría. Lucharía contra él, escaparía o moriría antes que ser presentada al rey Normando lastrada por las cadenas y la vergüenza.

Escaparé, juró en silencio, sus dedos se curvaron en puños tan apretados que sus manos empezaron a doler. Sí, huiría al bosque más allá de Cresshawe si le daban la más mínima oportunidad, recuperaría a su amado lobo y dejaría atrás esta tierra. Cresshawe ya no era suya, pronto sería engullida por la horda Normanda y se convertiría en algo desconocido. Ah, todo lo que había hecho estaba mal, salvo enviar a Saskia a un lugar seguro. Pero, ¿cuán a salvo estaría el animal con los Normandos merodeando por pantanos y bosques? Lo masacraban todo, estos salvajes invasores, sin dejar nada vivo para uso de los habitantes sajones. Ni siquiera se libraban de los sirvientes ancianos, y menos aún de los que les desafiaban con la espada y el odio. Si ella no escapaba, también moriría.

Pareció una eternidad antes de que Bastian se echara hacia atrás y se alejara de ella, aunque mantuvo una mano en su hombro, sus dedos jugueteando con su pelo suelto. ¿No se cansaba nunca? Aún no se había sentado, sino que permanecía de pie detrás de ella como un ángel vengador mientras sus hombres mantenían a los prisioneros sajones trabajando en la limpieza de la sala.

Maire no traicionaba la agitación de su interior ni con palabras ni con gestos, pero la

carcomía mientras permanecía sentada en silencio a los pies del Normando. El tiempo transcurría interminablemente. Tampoco traicionó su angustia cuando los cautivos sajones fueron llevados ante Sir Bastian cargados con pesadas cadenas. A los hombres, ensangrentados y aún hostiles, se les ofreció elegir entre jurarle lealtad a él y a William, o la muerte.

—Saber —advirtió Bastian—, que si me juráis fidelidad, mantendréis vuestro juramento o sufriréis las consecuencias. No tolero la traición, y respetaría más a un hombre por la verdad inoportuna que por un juramento falso.

El silencio que se apoderó de la sala era opresivo, cargado de presentimientos. Maire contuvo la respiración, suplicando en silencio a cada hombre que no cediera ante el enemigo Normando.

Pero se sintió decepcionada, ya que cada hombre dobló la rodilla ante Sir Bastian y le juró lealtad a él y a William, jurando empuñar las armas sólo para los gobernantes Normandos. Ninguno se abstuvo, ni siquiera Kerwin, el canoso capitán que había sido el mejor comandante de su padre.

—Habéis tomado una sabia decisiones —dijo Bastian a los sajones de rostro adusto—. Necesito buenos hombres que me sirvan, y os recompensaré justamente por un servicio leal. Ir ahora y que os quiten las cadenas y os rapen la cabeza al modo Normando, para que todos sepan de vuestra libre elección.

Maire cerró los ojos, enferma del corazón. Éste, pues, era el final.

La enfermedad permaneció con ella mucho después de que los hombres fueran conducidos lejos. Ellos regresarían a sus hogares y familias, mientras que ella debía enfrentarse sola a su destino. ¿Pero no lo había sabido desde el principio? Sí, lo había sabido cuando tomó las riendas del mando y convenció a los hombres de Creoffrey para que siguieran a su hija, que ella arriesgaba más que ellos si fracasaba.

Por fin Bastian tomó asiento, y una mesa fue arrastrada hasta el estrado y colocada con

fuentes de carne, pan y queso, así como jarras de cerveza. Ella no tocó la trinchera que le pusieron delante, pero miró con tal desdén a Bastian cuando le ordenó comer que éste no insistió.

—Sajona rebelde. Muérete de hambre si te place, entonces.

Una pequeña sonrisa tocó las comisuras de su boca, y a ella le sorprendió lo mucho más joven que parecía entonces. Sin el casco y la cofia, pudo ver que su cabello oscuro era más largo que el de la mayoría de los Normandos, con mechones despeinados que le cubrían las orejas y casi rozaban sus anchos hombros. Unas fuertes cejas negras se alzaban sobre sus ojos de tinta como alas de halcón, y un áspero rastrojo de sombra de barba oscurecía sus mejillas y mandíbula. A pesar de una fina cicatriz en la comisura de una ceja y otra a lo largo de la línea cuadrada de su mandíbula, era un hombre bien parecido. Sin embargo, seguía siendo Normando —seguía siendo el enemigo— y, por tanto, detestable a sus ojos.

Su desdén no tuvo en él el efecto inquietante que ella hubiera deseado. Por el contrario, él parecía encontrar diversión en su silencio distante, y aprovechaba cualquier oportunidad para acosarla con comentarios hechos al capitán Tremont en inglés, para asegurarse de que ella comprendía. Pero ella comprendió el juego, y controló su temperamento con un inmenso esfuerzo.

Las antorchas ardían a fuego lento, las chispas penetrantes parpadeaban en el suelo de baldosas mientras los Normandos comían y bebían, celebrando su victoria sobre los sajones que ahora se veían obligados a servirles. La mayoría de los obligados a servir eran jóvenes y carecían de entrenamiento, y parecían aterrorizados mientras tropezaban torpemente en un intento desesperado por satisfacer a los vencedores. El humo acre de la leña verde llenaba la sala en capas a la deriva y picaba la parte posterior de su garganta. El olor a carne quemada se mezclaba con el hedor de los cuerpos sin lavar y la cerveza derramada. Las mesas que no estaban destrozadas se habían colocado a lo largo de la sala, y los bancos de madera flanqueaban las largas losas de roble. El enemigo llenó la sala de Cresshawe con risas y jactancias y el relato de

su victoria hasta que Maire quiso taparse los oídos con las manos.

Pero el agotamiento la dejó casi tambaleante. Ansiaba su cama, pero temía la noche que se avecinaba. Ya había visto desaparecer a las pocas mujeres de la casa, y sólo podía imaginar sus destinos a manos de aquellos rudos hombres. No menos sería su destino, estaba segura. Bastian había mantenido una mano sobre ella toda la noche, jugando con su pelo y acariciando ocasionalmente su mejilla con el dorso de sus dedos, como si ella ya le perteneciera. Inquietante de por sí, pero unido al conocimiento de lo que seguramente estaba por venir, fue casi suficiente para desquiciarla.

El momento llegó demasiado pronto. Se puso en pie, con una mano descuidada aún sobre el hombro de ella. Sus dedos presionaron su carne.

—Ven, demoiselle. Quisiera buscar descanso esta víspera, pues el día siguiente llega temprano. Acompáñame a una cama.

La terquedad y el miedo la mantuvieron sentada, y la tensión le afiló la lengua.

—Es costumbre que los perros duerman en la puerta, Normando. Busca allí tu descanso.

—¿Tienes intención de acompañarme? —Su tono era suave, pero sus dedos se clavaron dolorosamente en su hombro—. Puede que una vez fueras la señora aquí, pero Cresshawe ya no es tuyo para mandar. Para que no desees dormir tú también sobre piedra, me acompañarás a una cama blanda en vez de a un frío portal.

Ella logró un encogimiento de hombros que no le hizo soltarse de su agarre.

—Cresshawe es mío desde hace mucho tiempo, y prefiero mi propia cámara.

—Pequeña pagana tonta. Si me pones a prueba, será para tu malestar, pues mi paciencia está a punto de agotarse y te trataré con dureza. Ahora levántate. No tengo intención de discutir contigo delante de toda la sala. Tengo en mente pasatiempos más agradables para esta víspera.

Maire se puso rígida. Lo último lo dijo en voz lo bastante alta como para que su gente lo

oyera, su claro inglés recorriendo toda la sala. Ella levantó la vista. La consternación parpadeaba en los rostros familiares de los sajones, mientras que los Normandos miraban con suficiencia su difícil situación. El capitán Tremont tuvo la temeridad de reír, una sonrisa arrugando su rostro, y levantó su copa en un saludo a su señor.

La furia temeraria la invadió y forzó una sonrisa serena mientras se levantaba obedientemente con un grácil movimiento. Incluso cuando se puso, por fin, a la misma altura que Bastian, él era mucho más alto que ella. Sin embargo, no se dejaría intimidar. No para su satisfacción, ni para el entretenimiento de sus hombres.

Se apartó un mechón suelto de pelo mientras se encontraba con los ojos oscuros de Bastian con mirada firme, y luego alzó deliberadamente la voz para que todos los que los que aún quedaban en la sala pudieran oírla:

—Sí, es muy posible que hayas tomado la sala, Normando, pero no lo has conquistado todo. En cuanto a búsquedas placenteras, mi linaje es puro y no sufriré de buen grado el toque de un bastardo Normando.

Era una burla, como aquellas con las que la había estado pinchando toda la tarde, pero ella vio enseguida que esta puya era rápida y verdadera. El capitán Tremont bajó de golpe su copa y gruñó un juramento, y hubo una agitación incómoda entre los Normandos antes de que se hiciera un pesado silencio.

En la súbita quietud, el chisporroteo de las antorchas sonó sobrecogedor a sus oídos, al igual que el salvaje golpeteo de su corazón palpitando en su pecho. Una llama ardiente saltó a los ojos de Bastian; sus cejas bajaron como halcones en picado y su furia se hizo visible en las crispadas líneas blancas a cada lado de su boca.

Las manos de Bastian relampaguearon para agarrar la parte superior de sus brazos y levantarla, colgándola por encima del suelo. No era una tarea fácil, pues no era una mujer pequeña y ningún hombre había sido capaz de manejarla así desde que no era más que una niña

pequeña. Maire se dio cuenta, cada vez más alarmada, de que había ido demasiado lejos, pero ya era demasiado tarde para retractarse aunque el orgullo se lo permitiera.

—Perra sajona —gruñó suavemente—, ten cuidado con el temperamento de quién provocas con palabras imprudentes, porque no soy conocido por mi ternura con las mujeres.

La advertencia era evidente en el feroz apretón de sus manos y en el torvo brillo de sus ojos. Había tanto silencio a su alrededor que ella podía oír el roce de los pies calzados moviéndose incómodamente sobre el suelo de baldosas, y el débil tintineo de la cota de malla cuando los caballeros Normandos se movían para tener una mejor visión.

Amargamente, reconoció que seguir alardeando de su desafío sólo le valdría más humillaciones de las que ya había sufrido. Así que asintió secamente, con un breve movimiento de la barbilla para reconocer su advertencia. Su agarre no se aflojó. Un músculo se crispó en su mandíbula, y sus ojos oscuros se entrecerraron y ahumaron de rabia.

Maire se las arregló para no gemir cuando por fin la soltó, incluso al caer con un golpe seco al suelo, ni intentó esquivarlo cuando él enroscó los dedos alrededor de su muñeca izquierda en un apretón dolorosamente fuerte y la arrastró bruscamente del estrado. Ella tuvo una visión borrosa de rostros boquiabiertos mientras era arrastrada junto a observadores Normandos y sajones. Un rostro destacaba, los rasgos pálidos y pecosos del joven Rudd que observaba horrorizado cómo su dama era arrastrada a su lado. Intentó tranquilizar al muchacho con la mirada, pero fue arrastrada tan rápidamente que apenas tuvo tiempo de lanzarle una mirada.

Tropezó y apenas se salvó de caer de rodillas, pero Bastian no le prestó atención, avanzando implacablemente. Sus pies rozaron el duro suelo de baldosas en una tambaleante carrera pisándole los talones, y ella se sintió tonta y asustada al mismo tiempo. Él la arrastró más allá de los guardias armados de las puertas del vestíbulo y hacia el largo pasillo.

Estaba vacío, el silencio era sofocante. Sus pasos resonaban inquietantemente en la piedra. Santa María y todos los santos: ¿pretendía matarla por el insulto? Debía mantener la calma,

conservar la cordura o estaba condenada.

Sin embargo, toda su cordura se desvaneció cuando él abrió de golpe la puerta de una cámara vacía y la arrojó al interior con un suave balanceo de un brazo, soltándola en el último momento para que volara como un pájaro atado hacia la cama de cuerdas contra una pared. Aterrizó mitad en el borde de la cama, mitad en el suelo, balanceándose hacia atrás para mirarle fijamente a través de la red suelta de su pelo. Él se cernía sobre ella, oscuro y amenazador, una amenaza y una promesa, aterrador en su furia.

Maire se tragó el impulso de pedir clemencia. No habría piedad de este Normando, estaba claro. La miró fijamente, metiendo los pulgares en el ancho cinturón de cuero que llevaba a la cintura, con las cejas poblando unos ojos negros despiadados.

Aunque Bastian no levantó la voz, la ira vibraba en sus palabras con sombría intensidad:

—Ahora aprenderás quién es el amo de esta fortaleza.

Capítulo 3

Maire le miró con los ojos muy abiertos, ensombrecidos por el odio y el miedo. Su pecho se agitaba con la respiración rápida y suave de un zorro cazado mientras se aferraba a la cama medio agachada. Una lámpara de latón llenaba la habitación de luz maloliente y enturbiaba el aire con una penumbra opresiva.

Bastian luchaba por controlarse, pero la furia le punzaba con fuerza. Durante toda la velada la había observado, su creciente admiración por su negativa a ceder ante las abrumadoras probabilidades se mezclaba con la irritación de que ella se negara a reconocer su derecho a ser Lord, ganado con tanto esfuerzo. Si no hubiera sido por su insulto, aún podría haberse inclinado a la clemencia.

Normando bastardo.

Así era, y le hirió profundamente que incluso este sajón pagano pudiera verlo. Era como si hubiera una marca visible en él, alguna señal que todos pudieran ver que lo tildaba de hijo bastardo, sin valor salvo como forraje de batalla. Incluso su padre lo había dicho, aunque había sido hacía años. Tanto tiempo ya que habría sido olvidado por la mayoría, pero no por el hijo al que había sido dirigido. No, aquellas palabras rencorosas le habían herido profundamente, una herida mortal, había pensado una vez. Sin embargo, vivía. Qué poderosas podían ser las palabras, pronunciadas con desprecio, o alegría, o anhelo, más poderosas incluso que la acción. Tenían un mayor poder para curar que las medicinas más hábiles. Y un mayor poder para herir que una

espada.

Sin embargo, la promesa de William le había dado lo que ninguna otra cosa le había dado: lo que nadie le quitaría, ni siquiera el desprecio de su padre. O la perfidia.

Traidor...

Fue esa palabra la que había derribado a su padre, y derribaría a muchos más lo bastante tontos como para desafiar a William. Como esta sajona rebelde que le miraba tan amotinada, su odio algo palpable entre ellos.

Respiró hondo y le tendió la mano.

—Levántate, demoiselle.

Cuando ella dio un despectivo movimiento de cabeza que envió un revoltijo de pálidos cabellos a sus ojos y cayeron en cascada alrededor de sus hombros, su férreo control vaciló.

—Levántate —repitió con un suave gruñido. Ella no se movió, sino que permaneció en su media cuclillas como una bestia salvaje, una gata de ojos cautelosos, preparada para la huida... o el ataque. ¿Cuánto tiempo creía que podría desafiarle sin represalias?

Agachándose, la levantó del suelo de un tirón, sujetándola con fuerza cuando ella intentó zafarse. Le agarró la barbilla con un puño.

—No, no pienses en huir. Estás bien atrapada, y debes ceder ante mí lo quieras o no.

—¡Nunca!

Su agarre se tensó. Manchas blancas aparecieron en su pálida piel donde sus dedos presionaban.

—Sí, lo harás. Me lo jurarás a mí, y se lo jurarás a William, o tu vida bien puede ser confiscada. No creas que el rey dudará en verte deshecha, pues no es un hombre amable.

—No hay necesidad de decirme eso: es Normando, ¿no es así?

—Y tú piensas que todos los Normandos son poco amables.

—¿Puedes negarlo?

Bastian casi sonrió.

—No. Ni querría hacerlo. La amabilidad es una debilidad cuando se trata con sajones que reniegan de los juramentos.

Los ojos azules como el hielo se volvieron aún más gélidos, un frío invernal que le heló incluso cuando la obligó a echar la cabeza hacia atrás para que le mirara. Los labios de ella temblaban, y su mirada se vio inexplicablemente atraída hacia su boca. Unos labios exuberantes se entreabrieron, revelando unos dientes blancos apretados en un leve gruñido. Era una erizada muestra de desafío, como la de un gatito asustado.

Bastian le soltó la barbilla y la estudió hasta que su piel cremosa enrojeció de color, y sus pestañas marrón oscuro bajaron para velar unos ojos anchos brillantes de hostilidad. Incluso arañada y magullada, era encantadora. Antes, con la inconfundible curva de su pecho contra su palma, su cuerpo había respondido con una previsible contracción de su ingle. Había sido molesto que reaccionara así ante una mujer que había intentado matarle, aunque no muy sorprendente. El calor de la batalla hacía brotar la sangre, al igual que el calor de una caricia femenina.

—Ríndete —dijo bruscamente, irritado aún más por su excitación—. Ríndete ante mí, demoiselle.

En ese momento, no supo si se refería a que ella se rindiera a su autoridad, o a que entregara su cuerpo. Nunca se había enfrentado a una mujer sajona con sus largas piernas desnudas y tentadoras. Y sin su armadura, sus esbeltas curvas se distinguían fácilmente bajo la sencilla túnica que terminaba justo por encima de sus rodillas; las sandalias atadas hasta media pantorrilla y las ataduras de cuero que envolvían sus piernas y pies desnudos no hacían sino acentuar su torneada figura. Era tentadora de un modo primitivo, y él había visto a más de uno de

sus hombres mirarla con lujuriosa curiosidad durante la velada. Eso le había llevado a sentarse a su lado con la mano en su hombro o enredada en su pelo, declarando su propiedad sobre ella con el ocasional roce en su mejilla.

Ahora ella le rechazaba con una curvatura despectiva de los labios, la sacudida de la barbilla hacia arriba y el rastrillo mordaz de su mirada, como si supiera bien que él no era lo que pretendía: no el nuevo señor de esta finca, sino un hijo hecho bastardo por su propio padre, despreciado por su propia sangre.

Impulsivamente, sus dedos se retorcieron en la tela de su túnica y la arrastró con fuerza contra él, impulsado a aplastar su rechazo y la burla en sus ojos. La alarma sustituyó rápidamente a su desprecio, y su boca se curvó en una mueca de satisfacción.

—Sí, bien deberías temerme. No tengo paciencia para sajones testarudos demasiado tontos para ceder cuando no hay otra opción.

Sus manos en puño empujaron inútilmente contra el pecho de él, y ella se debatió desesperadamente en su agarre.

—Es todo lo que los sajones hemos hecho desde que vuestro maldito rey puso un pie en nuestra tierra: ceder tierras y orgullo e incluso nuestras vidas a William el Bastardo y sus caballeros merodeadores. Se espera lealtad, pero ¿debo ceder también mi cabeza de doncella para satisfacer a la justicia Normanda?

Detrás de su jadeante desafío, él reconoció el miedo. Esperaba ser violada. Tentador, admitió, pero no tenía intención de obligarla. Prefería a sus mujeres cálidas y dispuestas, no mordiendo, arañando y agotando a un hombre de forma que se destruyera cualquier posibilidad de placer. Pero, ¿por qué decirle eso cuando le convenía dejarla temblando de aprensión?

—¿Une pucelle? —Se rio suavemente y cambió de nuevo al inglés—. Aunque seas realmente virgen, te valoras demasiado como para pensar que tu virginidad es un pago adecuado por el daño que has causado. —Ella le siseó, intentando zafarse, pero él la sujetó con fuerza—.

No, no pienses en escapar de mí. Cuando te desee, te tomaré. Por ahora, tu juramento servirá a mis necesidades.

Sus ojos eran afilados como dagas mientras le miraba fijamente.

—No juraré por ti ni por William, y tendrás que matarme antes de poder tomarme.

—¿Estás segura? Ni siquiera puedes liberarte de mí agarre. ¿Puedes impedir que haga lo que yo quiera?

—Sí.

Provocado tanto por alguna oscura emoción como por su agrio desafío, Bastian enroscó una mano en su pelo para tirar de su cabeza hacia atrás, inclinando su rostro hacia arriba. El pánico nubló sus ojos.

—Dijiste que sólo querías mi juramento…

—Sí, y también dije que te tomaría cuando quisiera, princesa.

—¡No me llames así! Maldito seas… —Las palabras salieron en un sollozo ronco y estrangulado—. No vuelvas a llamarme así nunca más....

La rodilla de ella se levantó de un tirón y él esquivó el golpe por los pelos. Su mano se extendió contra la parte baja de su espalda para apretarla contra él. Podía sentir los músculos de ella anudándose bajo su palma. Sus labios se deslizaron por la boca de ella en un beso castigador, y la sangre empezó a latir caliente y rápida por sus venas. Era un concurso de voluntades que pretendía ganar, pero ¡por el Rood! empezó a preguntarse si había subestimado el efecto que ella tenía sobre él. Se había acostado con bastantes mujeres en el pasado, pero no como ésta. Ninguna le había superado en nada. La mayoría de las mujeres de su experiencia eran más bien criaturas pálidas y simpáticas que le crispaban los nervios con suspirantes profesiones de amor eterno, agotándole con sus expectativas.

Ésta no. Ella era fuego y hielo, desafío y odio, una contradicción y un desafío que agitaría

a cualquier hombre. Aun así, no esperaba la potencia de su respuesta a ella, una necesidad furiosa que nublaba el recuerdo de otras mujeres.

Su boca era suave, dulce como la miel y tan ardiente como el fuego que lo atravesaba. Todo su cuerpo era un dolor palpitante. La deseaba. Quería empujarla hacia la cama que le esperaba y extenderla bajo él, sumergirse en su interior hacia esa dulce liberación que sólo una mujer podía darle. Sin embargo, no lo haría, y lo supo incluso mientras la besaba hasta dejarla flácida, sintiendo cómo su peso se hundía en sus brazos y su cuerpo se dejaba caer en esa curiosa conformidad sin huesos que a menudo precedía a la rendición de una mujer.

Sólo entonces Bastian levantó la cabeza y permitió que ella se alejara de él dando un paso atrás a trompicones. El color ardiente manchaba sus altos pómulos, pero sus labios estaban extrañamente exangües, sus ojos como amplios moratones azules bajo cejas rectas. Temblaba y se rodeó el cuerpo con los brazos como si tuviera frío.

Con voz temblorosa, soltó:

—Veo que los Normandos son tan bestias como dice su fama.

—Así es. Y ya verás lo bestia que puedo llegar a ser si no me juras como tu nuevo señor, demoiselle. —Lentamente, comenzó a desabrochar el ancho cinturón de cuero que rodeaba su cintura.

—¡Tú... tú no lo harías!

—Mejor el cuero que el acero, pero no te engañes creyendo que retendría mi mano de impartir justicia Normanda donde se justifique.

—¿Justicia o tiranía?

Cuando él no dijo nada, sino que enredó el largo del cinturón de cuero en sus manos, el rubor carmesí de ella aumentó y apartó la mirada de él, mordiéndose el labio inferior entre los dientes.

El silencio se prolongó entre ellos durante un largo momento antes de que Maire volviera a mirarle, con expresión amotinada pero voz apagada.

—Parece que tienes razón: no puedo detener tu mano. Y aunque me fastidia, reconozco que luchasteis bien y limpiamente contra nosotros. Cresshawe está ahora bajo tu mando.

Su capitulación fue demasiado repentina y evasiva para ser creída. Bastian no dijo nada, esperando con las cejas alzadas, golpeando el cinturón con el lazo contra su palma abierta.

Los hombros de Maire se alzaron en un leve encogimiento de hombros.

—Debe sonarte falso. Lo comprendo. Pero estoy tan cansada, y ahora que todo ha terminado, tengo poco que ganar ganándome tu odio. Sería mejor tener tu amistad que tu enemistad, creo.

—Una sabia decisión. ¿A qué debo este repentino -aunque incompleto- cambio de opinión?

—Al miedo.

La franca admisión fue inesperada, y él sonrió.

—¿Miedo de lo que yo pueda hacer, o miedo de lo que tú puedas hacer, demoiselle?

Ella apretó la boca y le lanzó una mirada irritada desde debajo de las pestañas.

—Eres muy grosero, señor. No te hagas ilusiones de que me arrojaré a tus brazos con abandono. Simplemente pensé en complacerte en agradecimiento por tu misericordia de hoy.

—Misericordia... ¿Mi misericordia?

—Sí. Mientras me escoltabas fuera del vestíbulo, vi al muchacho que estaba escondido antes en el almacén. Rudd está ileso.

—No tengo motivos para hacer daño a los niños. O a mujeres que no me atacan con espada o daga.

Otro destello de irritación cruzó su rostro y respiró hondo.

—Sí, ya veo. No me malinterpretes, no profeso amor ni devoción, sólo gratitud.

Era el turno de Bastian de irritarse.

—No quiero tu gratitud.

—¿No? —Ella levantó la vista, parpadeando inocentemente—. ¿Qué otra cosa quiere de mí… milord? —Era una pregunta peligrosa. Si no fuera por su pesada túnica de cuero, sería obvio lo que él quería de ella, o lo que su cuerpo quería. ¿Y por qué no? Era encantadora, de piel suave y deseable en sus cortas prendas, sus largas piernas atrayendo su mirada una y otra vez... hasta que se obligó a apartar la mirada. Que un hombre admitiera su deseo era un arma potente en manos de una mujer.

—Tu juramento de lealtad será suficiente por ahora, demoiselle.

Se hizo el silencio, alargándose hasta que ella carraspeó.

—¿Puedo confiar en eso?

—Eres tú quien se halaga. ¿Crees que estoy tan enamorado de ti que no puedo contenerme? Te aseguro que no soy un joven verde a punto de perder el control. Prefiero una mujer que sepa ser mujer, no una guerrera a medio vestir blandiendo una espada y profiriendo amenazas. Te garantizo que estás lo bastante a salvo.

Era mentira, y él lo sabía incluso mientras lo decía. Nunca debería haberla tocado. Su cuerpo estaba tenso como la cuerda de un arco y palpitaba de necesidad. ¿Qué diría William si hacía lo que él quería? Un acto de guerra era un acto de guerra, pero el rey tenía estrictas normas de conducta. Ella era un rehén político. Si la tomara, bien podría tener que responder ante William por ello.

Maire se había puesto aún más pálida, y líneas de tensión formaban corchetes alrededor de su boca mientras le miraba fijamente.

—Supongo que entonces besas a todos tus enemigos como hiciste conmigo.

—Sólo a los que son tan tontos como para jugar a la seductora tan torpemente.

—Cerdo Normando, ¿piensas por un momento que yo realmente intentaría seducir a alguien como tú?

Las manos de Bastian estaban sobre ella tan rápidamente que no tuvo tiempo de evadirle, y jadeó cuando sus dedos se clavaron con dureza en la tierna piel de sus muñecas.

—Guarda tu lengua —dijo con suave amenaza—. Estoy cansado de esta carantoña.

La soltó con un ligero empujón y observó cómo ella se enderezaba y acechaba hasta el rincón más alejado de la habitación tenuemente iluminada. Apoyó la espalda contra la pared y le observó con recelo, como si aún pudiera utilizar un látigo o una espada para castigarla. Bien podía ser cautelosa, pues él estaba cansado de su lengua afilada. Cortaba tan profundamente como una daga.

La miró malhumorado hasta que llegó su escudero con la cota de malla de Bastian. Le acompañaba un muchacho, un joven de cabeza de remolque y cara pecosa que vestía la túnica corta de un campesino. Alain extendió un brazo para indicar al muchacho.

—Traje a este muchacho conmigo, Sir Bastian, ya que parece ser un prospecto probable para instruir. Escuálido, pero rápido de ingenio y obediente.

—Eso será un cambio bienvenido. La obediencia escasea aquí. —Enderezándose, Bastian arrojó el cinturón de cuero sobre una mesita, y observó con ironía la rápida mirada del muchacho del cinturón a su magullada ama. Poco se podía hacer que los criados pasaran por alto, y sin duda al día siguiente se contaría por todo Cresshawe que el nuevo lord había golpeado a la criada sajona que se había atrevido a desenvainar el acero contra él. Sin duda, el error no le perjudicaría e incluso podría beneficiarle.

—Tráeme un trozo de cadena, Alain —le ordenó cuando le tendieron la cota de malla—.

Tengo necesidad de atar a una loba esta noche.

El escudero miró a Maire con curiosidad, su expresión se alteró cuando ella exhaló un siseo. Aunque hablaban en francés, el rostro de la muchacha se había vuelto aún más pálido que antes, como si les entendiera.

Alain sonrió satisfecho, pero su voz no traicionó nada cuando preguntó si Bastian necesitaba un guardia para la doncella.

—¿O tal vez habría que encadenarla en una celda, milord?

Bastian negó con la cabeza.

—No. Esto bastará por esta noche. ¿Qué...? Aquí, muchacho, aléjate de eso.

Ante la dura orden en inglés, el muchacho que acompañaba a Alain dejó caer inmediatamente la pesada hauberk de Bastian, que cayó al suelo con un sólido ruido metálico. Tembloroso, se quedó mirando a sus pies hasta que Bastian le dijo en un tono más suave que ordenara la cámara.

Volviéndose hacia Alain, Bastian frunció el ceño con hastío mientras el muchacho se apresuraba a obedecer.

—Mañana, ponga a los empleados a inventariar los bienes aún utilizables, así sabré qué decirle a William sobre el valor de Cresshawe. Puede que sea mejor arrasar esta fortaleza y construir un nuevo castillo en lugar de utilizarla en su estado actual.

Al oír esto, la muchacha emitió un pequeño sonido ahogado y Bastian se volvió para mirarla.

—¿Le molesto? —preguntó en francés Normando, pero ella sólo le miró fijamente, con los ojos llenos de una emoción turbulenta que podía significar cualquier cosa. La observó detenidamente. ¿Percibía ella más de lo que fingía? Era improbable, pero no imposible. Los sacerdotes cultos vagaban libremente por Inglaterra, y había un priorato en la isla de Holy, frente

a la costa norte. Por una cuota, los buenos padres impartían sus conocimientos de muy buena gana a los jóvenes de una casa, aunque él nunca había sabido de una hija sajona educada. Aun así, se rumoreaba que lord Creoffrey era un hombre independiente, con sus propias ideas sobre el decoro.

—¿Milord? —La pregunta de Alain interrumpió la reflexión de Bastian y éste se volvió hacia el escudero, haciendo una mueca por el hecho de que ella pudiera distraerle tan fácilmente.

Alain repitió su pregunta.

—¿Necesita algo más?

—Sí, Alain. Envíeme vino, agua caliente para lavarme y mantas gruesas, junto con las cadenas. Y llévate a ese muchacho contigo. Está demasiado asustado para ser de mucha utilidad esta víspera.

—Enseguida, milord. —Alain agarró al muchacho por el hombro, arrancándole un chillido, y lo impulsó hacia la puerta—. Yo mismo iré a buscar sus necesidades —dijo Alain mientras cerraba la puerta suavemente tras de sí.

Vestido ahora sólo con sherte[5] y chausses[6], Bastian se encogió de hombros liberándose de la prenda de lino que llevaba bajo la túnica de cuero. Hizo una mueca. Los cortes de espada del combate del día hacían que la prenda se le pegara donde la sangre se había secado, rasgándole la piel al quitársela. Maire lo observaba, con su mirada fija en él mientras arrojaba el sherte sobre el estrecho lecho de cuerdas. No apartó la mirada, ni siquiera cuando sus manos se dirigieron a los ligueros cruzados que sujetaban sus chausses. Comenzó a desatarlos con rápida eficacia. Al parecer, ella no tenía reparos en ver cómo se desvestía.

—¿Miras para tu entretenimiento o para el mío, demoiselle? —Ella ignoró su burla y se encogió de hombros, cruzando sus arañadas piernas magulladas a la altura del tobillo.

—No serías el primer hombre al que veo sin ropa.

—¿No? Y sin embargo afirmas ser virgen.

—Que tenga ojos en la cabeza no significa que tenga avena por cerebro —replicó ella con un bufido burlón—. ¿Parezco tan simple como para ceder a la tentación con sólo ver a un hombre? No he visto nada que recomiende el cuerpo masculino, por mucho que los hombres sean propensos a presumir de sus proezas.

Bastian no se molestó en refutarla, encogiéndose de hombros mientras se despojaba de sus chausses y se acercaba al gran brasero de latón donde las brasas se habían quemado hasta convertirse en ceniza gris. Sólo un débil calor emanaba aún del brasero mientras se despojaba de su taparrabos.

A pesar de su desprecio declarado, Maire desvió la mirada, fijándola en el suelo. Sonrió, frotándose las manos arriba y abajo por los brazos desnudos para calentarse. Todo era un farol, por supuesto, su afirmación de que había visto hombres desnudos antes. El color agitado de sus mejillas la delataba.

—Tonta moza. ¿No consideraste que sería muy fácil descubrir la verdad? Una mentira sin sentido, ya que no me importa si eres virgen o mancillada. Puede importarle a William, sin embargo, ya que el rey aún puede creer ventajoso casarte favorablemente con un hombre de su elección.

Ella levantó la cabeza.

—¡Él no lo haría!

—No te inquietes indebidamente. Su otra opción puede ser la espada. ¿Cuál preferirías?

Su boca se puso en una línea sombría, y el color se filtró de su cara. Bastian se preguntó si William la encontraría tan irritante como él. Si era tan tonta como para actuar con el rey como lo había hecho con él, le iría muy mal. Inútil, por supuesto, decirle eso. Ella sólo desconfiaría de sus motivos.

Alain regresó solo, trayendo vino, agua caliente y un trozo de cadena.

—No encontré jabón, milord. Sin duda, estos perros sajones nunca se bañan, y nuestro equipaje está esparcido tan descuidadamente que no pude encontrar nuestro propio suministro.

—No importa, Alain. El agua tibia bastará para lavar lo peor de la mugre. —Bastian se sirvió una copa de vino y empezó a lavarse antes de que el agua se enfriara. Fue consciente de que Maire estaba sentada en el rincón más alejado. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás contra la pared, acolchada por su brillante cabello y dejando al descubierto la limpia línea de su garganta. Miraba al techo como fascinada por las vigas ennegrecidas por el humo y las telarañas. Sus largas piernas desnudas subían casi hasta su pecho, inmovilizadas por sus brazos cruzados. Las esbeltas pantorrillas y los muslos brillaban con pálida luminosidad. El corto dobladillo de su túnica apenas cubría sus virtudes femeninas. Debería haber parecido harapienta y patética con sus ropas rasgadas y su enmarañada melena, pero no fue así. La exhibición de largos miembros y misterios ensombrecidos le confería en cambio un aire de sensualidad tan perturbador como excitante.

Y no parecía ser el único afectado: un vivo interés iluminó los ojos de su escudero mientras Alain comprobaba si la armadura de Bastian presentaba roturas, sus miradas se desviaban una y otra vez hacia el rehén sajón.

—¿Qué pensáis hacer con ella, milord?

—Lo que juré hacer cuando se pensó que era Creoffrey quien se había revelado. Llevaré a la rebelde ante el rey como él me ordenó. —Los ojos de Bastian se entrecerraron ligeramente ante el embelesado interés de Alain por Maire, pero el escudero estaba demasiado absorto con la doncella como para darse cuenta.

—¿Y hasta entonces, milord? Es muy hermosa, y sólo una rehén ahora, por todo lo que una vez fue señora de esta sala. —La atenta mirada de Alain continuó clavada en Maire mucho más tiempo del necesario—. Es posible que el rey la entregue en matrimonio, ¿no cree?

—Es posible. ¿Aspiras a casarte con la loba?

Alain se rio, pero había una nota extraña en su voz.

—Cosas más extrañas han sucedido, incluso a un hombre de mi posición. Y ella parece no ser tan voluntariosa como antes.

—No te deje engañar. La doncella tiene una lengua afilada como la hoja de un carretero. Ten cuidado de que no te hiera con ella. —Cuando el escudero se encogió de hombros en un expansivo gesto de indiferencia, Bastian dijo en voz baja—: La muchacha no es para ti, Alain.

Alain le dirigió una mirada sorprendida y su rostro enrojeció.

—Milord...

—Ella debe ir con William, y corresponde al rey decidir su destino, no a ti ni a mí insistir en el punto a una hora tan tardía.

El tono brusco de Bastian decía mucho más que sus palabras, y Alain estaba lejos de ser estúpido.

—Tiene razón, por supuesto, milord. Es tarde y mi lengua está torpe por el cansancio. Perdone mi impertinencia.

Molesto por su reacción ante el interés del escudero por la muchacha, Bastian asintió secamente.

—Ambos estamos cansados y nerviosos. Una noche entera de sueño remediará muchas cosas.

Con una rápida eficacia que delataba su ansiedad por partir, Alain limpió la armadura de Bastian y adecentó la pequeña cámara. Bastian terminó de lavarse, restregándose la cara, los brazos y el pecho con un paño empapado para eliminar de su piel el sudor y la sangre del día. Cuando terminó, Alain le entregó en silencio un cuadrado de tela calentada en el brasero con la

que secarse.

La inusual deferencia del escudero no hizo sino recordarle a Bastian el interés de Alain por la muchacha, y le arrebató el paño con más fuerza de la necesaria.

—Interpretas bien el papel de siervo obediente —murmuró Bastian.

—Como desee, milord. ¿Hay algo más, milord?

Bastian le rodeó la cintura con el paño húmedo.

—Sí. Encadénala a la cama, y tira algunas de las pieles más calientes al suelo para que las use. Dormiría las pocas horas que me quedan sin preocuparme de que me corten el cuello.

La sorpresa brilló en los ojos de Alain.

—Como quiera, milord. —Cumplió rápidamente, poniendo a Maire en pie, ignorando su hosca mirada mientras le ajustaba un trozo de cadena a la cintura y luego la aseguraba a los pies de la robusta cama de madera.

Bastian sirvió más vino y lo sorbió en un silencio preocupado. Cuando Alain vaciló, Bastian miró fijamente a la puerta.

—Te ordeno que descanses bien, Alain. Cierra la puerta tras de ti.

—Buenas noches, milord. —Alain cruzó la habitación, volviéndose hacia el portal—. Que duermas bien. —Se inclinó rígidamente y la puerta se cerró tras él con un suave golpe.

Bastian echó un vistazo al montón de pieles. Maire se había metido en ellas de modo que sólo la masa brillante de su pelo asomaba por encima del montón de pieles. Frunciendo el ceño, se sirvió más vino, el suficiente para entrar en calor pero no para embotar sus sentidos. Al igual que el rey William, no era aficionado a la bebida abundante ni a los efectos que ésta tenía en aquellos lo bastante insensatos como para darse un capricho con demasiada libertad.

Alain había colocado pergamino e instrumentos de escritura sobre la mesa junto a la jarra

de vino, pero Bastian se encontraba demasiado cansado para hacer un informe de las actividades del día. Llamaría a un escriba por la mañana y le pediría que le detallara la información necesaria mientras se preparaba para su viaje. Si William seguía en Stafford, Bastian tendría que viajar mucho más lejos, y no le agradaba la idea. El cansancio lo cabalgaba con fuerza, y el vino corría cálido por su sangre, relajándolo al fin. Ladeó la cabeza y escurrió su copa, luego la dejó encima de la mesa.

Quitándose el paño húmedo de la cintura, lo arrojó sobre un pequeño taburete de tres patas y se volvió hacia la cama. Maire estaba sentada en el montículo de pieles, observándole. Cuando él hizo una pausa, ella se puso de rodillas con un suave tintineo de cadenas. La luz brumosa se filtraba sobre ella, dorando sus hombros con un brillo de oro rosado. Estaba desnuda. Ninguna túnica cubría su esbelto cuerpo, ni las sombras ocultaban el empuje de sus pechos desnudos.

Conmovido, Bastian la miró fijamente. Su vientre se apretujó en un nudo apretado. Era encantadora, tentándole con la repentina necesidad de alargar la mano y tocarla, de rozar con las manos las rosetas de color rosa intenso que recorrían la alta cresta de sus pechos, de burlarse de ellos hasta convertirlos en picos tensos con la lengua... a pesar de su propia desnudez y del frío enérgico del aire, de repente estaba sudando. Involuntariamente, sus ojos bajaron más. Habían florecido moratones en sus brazos y muslos, muestras de la mirada Normanda, pero fue la ensombrecida unión de sus piernas la que retuvo su mirada demasiado tiempo.

Silenciosa e inmóvil, ella le observaba. Una doncella feérica de ojos paganos y curvas tentadoras, de rostro dulce e inclinada al infierno, tan peligrosa en combate como en cautividad.....

Tardíamente, se dio cuenta de que hay reacciones casi imposibles de controlar para un hombre. Para su disgusto, su cuerpo desnudo le había traicionado.

La mirada de Maire bajó hasta sus entrañas. Sonrió, una lenta curvatura sensual de su boca hasta que los hoyuelos a cada lado de sus labios se hicieron profundos. Con voz ronca, ronroneó:

—Ah, así que hasta los Normandos saben estar a la altura de las circunstancias, por lo que veo....

Capítulo 4

Bastian la miraba fijamente sin moverse, su cuerpo revelaba su deseo pero su rostro no revelaba nada. Maire esperó con temblorosa determinación. Si iba a ser tomada por un hombre, sería bajo sus propios términos, no los de un rey Normando. Y aunque detestaba los medios, le quedaban pocas opciones. William probablemente la casaría. Este hombre retendría a Cresshawe. Si podía atar a Bastian a ella, no perdería su legado legítimo. Era arriesgado, pero el premio final merecería el riesgo.

El aire frío le punzó la piel, y el silencio tenso era tan pesado como las cadenas alrededor de su cintura. Sabía que Bastian tenía razón. No era una seductora, aunque le dolía oír que él la encontraba poco atractiva. Nunca antes lo había intentado; de hecho, su experiencia con el deseo no había sido atraer a los hombres, sino mantenerlos en el filo de su daga. ¿Cómo procedía? Se sentía tan inexperta como ella misma, y más que un poco avergonzada. A medida que se prolongaba el silencio, se sonrojaba tanto que el escalofrío le pasaba desapercibido.

Cada vez le resultaba más difícil evitar que sus ojos se desviaran para comprobar si su deseo flaqueaba. ¿Por qué no respondía Bastian? ¿Decía algo? ¿O se movía? Pero él se limitaba a aguantarle la mirada, con una expresión insondable.

Cuando por fin se movió, fue para acortar la distancia entre ellos en dos largas zancadas y levantarla de un tirón. La cadena le mordió la piel y las pieles amontonadas se desprendieron para encharcarse a sus pies y hacerle cosquillas en los tobillos desnudos. La voz de Bastian era

grave y salvaje.

—No juegues conmigo de ese modo, demoiselle. Llevo mucho tiempo jugueteando con mujeres y sé bien cómo rechazar tus necios intentos de hacerme caer en una trampa melosa.

La vergüenza y la desesperación la acuchillaron. Su rechazo era tan frustrante como humillante. Si tenía que cambiar de táctica, lo haría, pero sabía lo que debía hacer para conservar tanto a Cresshawe como su vida. Más tarde, una vez que volviera a ser la señora del castillo, encontraría la forma de librarse de este arrogante Normando. Pero hasta entonces...

—Me has malinterpretado.

—¿Cómo es posible malinterpretar esto? —La mano de él se desplazó para recorrer la pendiente de su cuerpo, deteniéndose en el oleaje de su pecho en una lenta caricia. Un dolor palpitante hizo que su pezón se tensara hasta alcanzar un pico tenso que él acarició con el pulgar y el dedo hasta que ella apenas pudo oír sus palabras murmuradas—: No, creo que es poco probable que malinterprete tus intenciones.

Sonando estrangulada incluso para sí misma, dijo tan fríamente como pudo:

—Sin embargo, lo has conseguido.

—Creo que no. No serías la primera damisela que intenta seducirme de ese modo.

Se movió ligeramente para que la mano de él se apartara de su pecho. El calor de su contacto persistía, y aún había una molesta punzada en la boca de su estómago.

—Arrogante Normando. Cuida tus sueños, pero no me involucres en ellos.

—Eres tú quien se ha involucrado con este juego, demoiselle.

Ella se encogió de hombros despreocupadamente.

—Admito que elegí un momento desafortunado para hacer una broma a tu costa, pero no comparto tu aparente convicción de que estoy enamorada de ti, milord.

Un músculo saltó en su mandíbula ante las palabras tranquilamente despreciativas de ella.

—¿Una broma? Búrlate de mí por tu cuenta y riesgo, Maire.

Ella le puso una mano en el pecho desnudo, las yemas de los dedos se deslizaron por el pelo oscuro con un toque plumoso.

—No me burlo de ti. Sólo pretendía aligerar el ambiente, pues vi que reaccionaste de forma inesperada. Duermo sin ropa. Como no me ocultaste tu cuerpo, supuse que no te importaba nada el pudor. No pienses que soy demasiado atrevida, pues fue realmente un error.

Sí, un gran error si me cuesta Cresshawe....

Durante un breve y chisporroteante instante, Bastian no se movió. La miró fijamente a los ojos con intensa concentración, y luego dijo bruscamente:

—Aún no se sabe con certeza quién ha cometido el error, pero ya estás advertida. No perdono fácilmente el engaño.

—Yo no miento.

Su bufido burlón evidenció su opinión divergente.

—Procura que sea así.

Maire no respondió a eso, pues era obvio para ella que Bastian sólo lanzaría más amenazas, fanfarronadas como un león con la pata dolorida. Aún no había cumplido ninguna de ellas, aunque ella sabía que no dudaría en tomar duras represalias si era realmente necesario. Este hombre era más complicado de lo que ella había considerado. Pocos hombres se refrenarían por principios cuando estaban evidentemente excitados, y sin embargo él lo había hecho.

Bastian se apartó de ella, su atención ferozmente dirigida al pergamino y la tinta sobre la mesa.

—Vuelve a la cama antes de que decida seguir el consejo de Alain y encadenarte en una

celda, demoiselle. Y cúbrete.

Le pareció prudente no hacer ningún comentario, y se dirigió en silencio hacia el montón de pieles y lana y se escondió bajo ellas. Sus dedos se enroscaron alrededor de la empuñadura suave y reconfortante de una daga oculta bajo un trozo de manta. Qué listo Rudd, robar tan hábilmente el arma y deslizarla hasta ella sin que se diera cuenta. Se sintió mejor sabiendo que si ocurría lo peor contaba con protección, pero sabía que una vez desenvainada, la daga tendría que ser utilizada. Sería el último recurso.

Ignorándola estudiadamente, Bastian se acercó a la cama y su peso hizo crujir ruidosamente las cuerdas. Estaba tan cerca que ella casi podía sentir el calor de su cuerpo. Lo suficientemente cerca como para que, si ella quisiera, pudiera degollarlo durante la noche. Se creía a salvo. Sonrió. ¿Qué diría el arrogante Normando si supiera que ella tenía su propia daga cerca de su pecho? ¿Cómo de invencible se creería entonces?

Dando vueltas en la cama, el dulce olvido del sueño la eludió hasta bien entrada la noche. La lámpara tintineó y se apagó antes de que ella se hundiera en un sueño exhausto, e incluso entonces se vio acosada por sueños inquietantes que la dejaron intranquila.

El amanecer llegó antes de tiempo. El rubio escudero Normando vino a despertar a su señor con un rápido golpe en la puerta de la cámara. Bastian se revolvió con una crujiente protesta de las cuerdas de la cama y le dio permiso para entrar. Alain entró de reojo, su mirada se dirigió rápidamente hacia donde Maire aún yacía acurrucada entre las pieles. A ella no le gustaba.

Había una cualidad astuta en el escudero, una astucia que le sentaba mal, y no ocultaba su antipatía.

—Los hombres le esperan en el salón, milord. ¿Le ayudo a vestirse? —Alain cerró la puerta suavemente.

Bastian balanceó las piernas sobre el costado de la cama y se incorporó desenrollando suavemente su musculoso cuerpo. Inquieta por su proximidad, Maire observó a través de sus pestañas cómo Bastian se estiraba con perezosa gracia. Unos músculos tensos ceñían su pecho y rodeaban su vientre plano, y sus piernas eran largas y nervudas. El pelo negro despeinado por el sueño le daba un aspecto extrañamente atractivo de juventud, despeinándose sobre su frente y alrededor de su duro rostro, suavizándolo. Sin embargo, sus ojos desmentían cualquier ilusión de ternura: orbes de ébano bajo un espeso cerco de pestañas negras, distantes y fríos como si no la hubiera estrechado entre sus brazos y besado con inconfundible deseo la noche anterior. No podía equivocarse. Su cuerpo no había mentido. Ahora la ignoraba como si fuera un mueble, indigno de atención. Era desalentador pensar que podía ignorar incluso sus propias necesidades. Era más peligroso de lo que ella había supuesto. Los hombres de principios siempre lo eran.

Mientras Bastian se movía por la habitación para vestirse, Alain se acercó a ella con el pretexto de airear la cama de cuerdas. Sus agudos ojos la buscaron y su mirada se detuvo demasiado tiempo en la piel desnuda de su hombro que yacía al descubierto sobre una manta de lana. Se inclinó cerca como si fuera a quitar las sábanas, su voz baja mientras le susurraba en su francés nativo:

—Il ne fait pas bon avoir affaire à lui, demoiselle. ¡Vous ĕtes bon vous! À ces mots…

Maire se subió las pieles hasta la barbilla y enroscó los dedos con fuerza alrededor de la empuñadura de la daga oculta. Le miró fijamente en un silencio inexpresivo. ¿La creía tan estúpida como para caer en una treta tan obvia? Ella no lo haría. Y ella sabía muy bien que Bastian era un hombre peligroso con el que meterse, así que este ambicioso escudero no tenía por qué pensar que su advertencia le granjearía su simpatía. Tampoco lo haría su declaración de admiración, pues ella también vio a través de eso. Tonto escudero, pensar que ella sería tan

crédula como para verle con tierna consideración por pronunciar unas pocas palabras insinceras.

—Deja eso, Alain —ordenó Bastian desde la mesa—, y manda llamar al escriba. Necesito sus habilidades esta mañana para que William sepa el valor que tiene para él este demesne. —Había hablado en inglés, un aparente descuido, pues levantó la vista y lo repitió en francés con un encogimiento de hombros para excusar su lapsus.

Alain se apartó de mala gana, pero no sin antes dedicar un momento a fingir una inspección de sus cadenas, acto que le dio la oportunidad de rozar con sus manos la piel desnuda de su pierna. Maire arremetió con un pie, atrapándole lo bastante fuerte contra su muslo como para hacerle gruñir de dolor. Un ceño fruncido surcó su frente y sus ojos avellana se entrecerraron de ira, pero no se delató ante Bastian.

Malditos Normandos, todos eran iguales. Traicioneros, astutos, rapaces y lujuriosos. Ninguno había cambiado aún su opinión sobre ellos. Ni siquiera la abnegación de Bastian había alterado mucho la estimación que ella tenía de su carácter, pues era demasiado fácil parlotear de principios cuando no se tenía ninguno. Desde que los Normandos habían pisado por primera vez suelo inglés, no habían valorado otra cosa que la destrucción. Difícilmente cambiaría ahora, ni sería probable que un hombre fuera tan diferente de los anteriores. No, si Cresshawe debía sobrevivir con su gloria intacta, ella tendría que salvarlo. Nada sería un sacrificio demasiado grande para lograr sus fines.



La niebla de la mañana se arrastraba por el patio en silenciosas cintas, brillando sobre la piedra y la madera y los cueros humeantes de los caballos inquietos. Una humedad nacarada envolvía los muros del castillo y amortiguaba el sonido de hombres y animales. En el aire flotaba un sabor salado que olía a mar.

Bastian esperó a que Alain le trajera a Drago, impaciente ahora que todo estaba listo. Entregaría su rehén al rey y cobraría su recompensa por ello, y dejaría atrás el pasado. Ya no sería sólo un caballero de seto, su espada en alquiler a cualquier poder que deseara pagar, condenado a vagar sin hogar propio. Ahora tal vez se disiparía parte de su amargura. Robert tenía razón: ya era hora de ello.

Una ráfaga de viento agitó zarcillos de niebla convirtiéndolos en remolinos que eclipsaron momentáneamente la puerta principal del salón y, cuando se despejó, vio a Maire de pie bajo una entrada arqueada. A pesar de la agitación del último día, mantenía la compostura, con un aspecto místico y elegante ataviada con un largo kirtle azul, botas y un manto con capucha de lana roja teñida.

¿Dónde estaba la princesa pagana de horas atrás? ¿La mujer que se había arrodillado ante él vestida sólo con la luz de las lámparas y el encanto?

Desaparecida ahora, desterrada por esta encantadora y remota criatura que contemplaba el patio como si aún le perteneciera, como si ella fuera la dama y Bastian el intruso. Provocado por alguna emoción sin nombre, caminó hacia ella. Ella se volvió para observarle, sus ojos ilegibles pero atrayéndole hacia sí. Una corriente de aire levantó el borde de su manto en un grácil remolino. Debajo de la prenda exterior, llevaba un colgante, y brillaba con suave fulgor contra el material azul de su kirtle. Exquisitas espirales de plata formaban el familiar nudo de los celtas, y una piedra de ámbar acunada en el centro. No era una pieza de gran valor, pero sí una que debería haber llamado la atención de los hombres en busca de joyas.

Ante la mirada recelosa de ella, alargó la mano para levantar el pesado adorno en la palma. El dorso de sus dedos rozó sus pechos y ella respiró agitadamente. Mientras sostenía el colgante, sintió el latido acelerado del corazón de ella bajo su mano.

—Una pieza preciosa, demoiselle. ¿Cómo escapó a la atención de mis hombres? —No era una pregunta ociosa. Por orden del propio William, todo objeto de valor en Inglaterra debía ser

contado e informado.

Los dedos de Maire estaban fríos cuando los cerró protectoramente alrededor tanto de su palma como del colgante.

—Dios estuvo conmigo, milord. Esto perteneció a mi madre, y es todo lo que me queda de ella.

—Sin embargo, lo llevas donde todos pueden verlo. ¿No temes que nosotros, los brutos Normandos, te lo arrebatemos?

Ella ignoró su burla con una leve sonrisa.

—Si es lo que deseáis, poco podría hacer para deteneros. Estoy a vuestra merced, milord.

Por primera vez ella le mostró el debido respeto, pero él no quiso darle importancia. En su lugar resopló y continuó hablando.

—Creo que nunca has estado a merced de ningún hombre.

Su sonrisa se hizo más profunda. Su suave fragancia le provocó, y bajo la sombra curvada de sus pestañas, sus ojos eran tan profundos y plácidos como las aguas de un lago, atrayéndole. Había conocimiento en sus profundidades, secretos místicos de tiempos pasados, una sabiduría milenaria que le recordaba cosas que era mejor olvidar: el encanto escurridizo, las promesas silenciosas, la piel cremosa que se volvía dorada como el rosa a la luz de la lámpara, y la inquietante vacilación de su resolución. Por un instante, sintió que se ahogaba, inexorablemente arrastrado bajo la superficie de los ojos de ella.

Entonces, detrás de ella, en la bruma, una figura se movió, rompiendo la neblina de olor y sombra, y él soltó el colgante bruscamente. Un soldado con la cota de malla emergió del arco, sin duda el guardia al que antes había ordenado que la atendiera mientras se preparaba para viajar hacia el rey, pero no era un hombre al que reconociera.

—¿Cómo te llamas, soldado?

—Giles, milord. De Caen. Yo era uno de los hombres de Sir Roberts, y estaba con él cuando fue asesinado. Alain de Montbray me pidió que fuera el guardia de la dama, ya que conozco su lengua.

—Veo que mi escudero es muy eficiente. Giles, ocúpate de que la dama se mantenga cerca de ti. No quisiera que le ocurriera nada malo, ni me resultaría agradable explicarle al rey por qué no le fue entregada como le había prometido. Si eso ocurriera, es a ti a quien dirigiré las preguntas del rey. ¿Queda entendido?

Giles se movió inquieto y asintió.

—Lo entiendo, milord. No permitiré que sufra ningún daño, ni que escape.

—Bien. Veo que coincidimos en nuestros propósitos. Serás bien recompensado por un trabajo bien hecho. —Era innecesario repetir las recompensas del fracaso. Enfrentarse a un rey furioso no era una tarea que ningún hombre cuerdo disfrutara, especialmente cuando ese monarca era William. El rey era terrible en sus iras, despiadado en sus propósitos, y pocos hombres escapaban a su ira con ligereza. Sin embargo, a pesar de toda la facilidad con la que podía dejar a un hombre temblando en sus botas, William poseía un fuerte sentido de la justicia. Bastian le admiraba desde hacía mucho tiempo, desde la época en que William sólo era duque de Normandía y él aún el hijo desechado de un conde. Parecía que habían pasado décadas, cuando en realidad sólo habían sido cinco años. Pero era mucho tiempo para un hombre con poco más que las amargas heces de la decepción como alimento diario.

Ya no. Gracias a sus propios esfuerzos, había ganado tierras y títulos, y los defendería hasta el fin de sus fuerzas. Nadie podría arrebatárselas una vez que William se las otorgara, nadie excepto el propio rey. Y eso no ocurriría mientras Bastian se mantuviera firme. A diferencia de su padre.

—Milord, su montura está lista.

Justo detrás de Alain estaba el mayordomo de caballos, con los puños apretando con fuerza

el ronzal y los cabos de Drago. El temperamental destrier brincaba nervioso al final de su ronzal.

—Está fresco esta mañana, milord —dijo el hombre, jadeando—. Apenas puedo evitar que se suelte.

—Se acomodará. Como el resto de nosotros, Drago debe aprender a ir a su ritmo.

El hombre sonrió, su rostro curtido casi partiéndose por las costuras.

—Rara vez he notado que lleve un paso lento, milord.

—Eso es para viejos como tú, Paul. —La broma de Bastian le valió una risita al hombre, pues a sus veintiséis años era más joven que su señor por más de cinco.

Alain le tendió un cuerno rebosante de cerveza, y Bastian lo vació rápidamente, luego montó en el nervioso destrier. Echó la rienda a Drago con mano firme y miró a su escudero, que se había retirado a una distancia segura de los cascos letales.

—El capitán Tremont está al mando mientras yo no esté. Ocúpate de que tenga lo necesario hasta mi regreso.

—Esperaba que cambiara de opinión y me permitiera acompañarle, milord.

—No tengo intención de ausentarme tanto tiempo, Alain, y te necesito aquí. El talento de Tremont con los soldados es necesario para mantener Cresshawe, y tu talento con los sirvientes es necesario para hacerlo habitable.

Alain agachó la cabeza, pero no antes de que Bastian captara la enfurruñada decepción en su rostro. El escudero era voluntarioso, pero hábil. Él llevaba tres años con Bastian, enviado por un padre deseoso como escudero, pues era lo único que le quedaba a un joven sin fondos ni perspectivas. En aquel momento, le había parecido apropiado a Bastian, un escudero sin tierras para un caballero sin tierras, ambos a la deriva en un mundo despiadado. Ahora habría una oportunidad para ambos, si Alain veía más allá de su resentimiento las posibilidades que le aguardaban.

El escudero murmuró su conformidad y sus deseos de un viaje rápido, levantando la vista con una sonrisa tensa.

—Me ocuparé de Cresshawe como si fuera mío, milord.

—Los hombres prudentes siempre son bien recompensados, Alain. Es una verdad en la que ahora estoy más inclinado a creer.



El grupo abandonó el castillo de Cresshawe y tomó el estrecho y desmoronado camino que conducía desde el promontorio hasta los pantanos de más allá. Hacía frío y estaba húmedo, y la niebla era densa mientras la tropa se acomodaba a un ritmo constante. Vadearon el río en un punto poco profundo cerca de una colada arenosa, luego treparon por las empinadas orillas y entraron en un bosque sombrío donde apenas penetraba la luz entre los árboles centenarios y la maleza. Aquí reinaba el silencio, salvo por el constante repiqueteo de los cascos y el incesante tintineo de bridas y espuelas.

Bastian resistió la tentación de buscar a Maire el primer día, pero cabalgó a la cabeza de la tropa sin mirar atrás. Giles atendería sus necesidades y pronto se libraría de ella. Sabía que debía dejar que William decidiera su destino, pero en momentos extraños una visión de sus grandes ojos azules destellaba ante él en silencioso reproche. Había una parte de él que admiraba su obstinado valor, y se asombraba de su descaro al ponerse el equipo de combate y empuñar una espada contra él. Que ella le hubiera vencido en batalla y en combate singular era tan admirable como molesto. Preveía muchas bromas a su costa cuando la corte de William lo descubriera, como seguramente ocurriría. De hecho, lo más probable era que aquella jugosa noticia llegara a oídos de William mucho antes que él. Las malas noticias volaban con rapidez, mientras que las buenas avanzaban con paso pesado.

Su gran destrier se acomodó a un ritmo constante en la estrecha y áspera pista que pasaba por ser un camino en esta región del norte. El paso frecuente de carros había formado dos surcos que se extendían a horcajadas sobre una delgada línea de hierba muerta por la escarcha. Gran parte de la carretera había sido arrastrada por las lluvias, o destripada por enormes agujeros que aún contenían charcos de agua marrón. Cuando por fin salieron del bosque a tierra abierta, la niebla aún cubría los empapados páramos que se extendían más allá de la carretera a ambos lados. El cielo gris se fundía con la bruma gris apagada para formar un paisaje casi sin fisuras. La lúgubre vista le hizo añorar los climas más soleados de Francia, donde había pasado tantos años.

Pero Inglaterra era ahora su hogar, y ¿qué le habían dado Francia y Normandía sino una amarga vergüenza? Nada. Era aquí donde haría su nueva vida, donde aprovecharía la promesa que una vez había sido suya y la pondría de manifiesto.

—¿Milord?

Bastian se giró a medias, levantando una ceja cuando reconoció a Giles que se acercaba. El hombre de armas estaba ligeramente sonrojado y parecía incómodo cuando acercó su montura a la de su líder.

—Sí, Giles, ¿qué ocurre?

—Es la dama, milord.

Una mirada le aseguró a Bastian que Maire seguía con ellos, montada en una gorda yegua gris que parecía enfurruñada al paso ligero. La dama parecía igual de enfurruñada, con la boca apretada en una línea tensa y los ojos amotinados. Miró de nuevo a Giles.

—¿Qué pasa con la dama?

—Ella es... poco cooperativa, milord.

—Poco cooperativa. —Bastian miró fijamente a Giles tanto tiempo que el hombre de armas bajó la mirada y se removió inquieto en su silla de montar—. ¿Cómo es que desea que

coopere?

Giles carraspeó nervioso.

—No obedece cuando le digo que no frene a su montura a un paso más lento. Es muy difícil mantener a mi caballo al ritmo del resto si tengo que estar constantemente dándole palmadas en la grupa al suyo. —Giles frunció el ceño, con los ojos brillantes de ira—. La dama me informó de que no tiene por qué mantener el ritmo, que mi deber es vigilarla, no arrastrarla por el camino.

—¿Lo hizo? —Bastian reprimió una sonrisa—. Entonces tengo claro que debes tomar el asunto firmemente en tus manos, Giles.

—Pero, milord, ella es muy voluntariosa. Cuando intenté quitarle las riendas, me abofeteó con ellas en toda la cara. Mi mejilla sangró casi un kilómetro.

Había, en efecto, una roncha roja en la mejilla de Giles, con costra de sangre seca. La indignación brilló en los ojos del joven, mezclada con frustración.

—Giles, cuando te pedí que vigilaras a la dama, no dije que tuvieras que sufrir insultos a sus manos. Coge sus riendas y conduce su caballo, y si se resiste, infórmale de que es mejor que las cojas tú que yo.

El triunfo sustituyó a la frustración en el rostro de Giles.

—De inmediato, milord. Y con mucho gusto.

Bastian observó con interés cómo Giles daba la vuelta a su montura y regresaba junto a Maire, y le resultó difícil contener la risa cuando ella cedió dulcemente sus riendas antes de que el hombre de armas pudiera siquiera hablar. Debió de disminuir mucho la satisfacción de Giles al no poder transmitir la amenaza velada que le habían autorizado a utilizar.

Mirando más allá de Giles, Maire se encontró con los ojos de Bastian con un inocente levantamiento de una ceja, como si no pudiera comprender la ira del hombre de armas. Una

moza inteligente, atrevida y descarada, fría y aplomada incluso con una daga en la garganta. Tenía el valor de un hombre, pero los misteriosos estados de ánimo y caprichos que marcaban sus acciones le resultaban tan incomprensibles como los de cualquier mujer.

Extrañamente, no era su desafío lo que le inquietaba tanto como su conformidad. Su inexplicable cambio del odio gruñendo a la cesión sin aliento le había desconcertado más. Podía lidiar con la resistencia sin problemas, pero la rendición de ella casi le había deshecho. La contención que tanto le había costado conseguir le había provocado una noche agitada y había dejado su temperamento a flor de piel. Incluso ahora, podía visualizar su cuerpo desnudo como si estuviera ante él, el tentador encanto de sus dulces curvas un punzante recordatorio de que hacía demasiado tiempo que no estaba con una mujer. Cuando llegara a la corte de William, rectificaría esa carencia tan pronto como le fuera discretamente posible.

A medida que avanzaba el día, la bruma matinal se disipó por fin, y se hizo más clara a medida que el sol aparecía de detrás de las nubes escurridizas. Con un suave calor filtrándose sobre los campos y la carretera, el aire se volvió agradablemente fresco. En un bienvenido contraste con la penumbra de niebla y nubes, los haces de luz brumosa iluminaron el paisaje y el estado de ánimo de Bastian. Se sentía como si tuviera el mundo en un puño.

La segunda noche acamparon al anochecer cerca de las orillas del río Wansbeck. Un espeso bosque se extendía más allá del río, proporcionando abundante combustible para las hogueras. Tras el arduo día de cabalgata por kilómetros de terreno accidentado, la perspectiva de un fuego caliente era agradable. El viento soplaba del noreste, frío y húmedo y con un ligero olor a sal a pesar de que ya estaban a kilómetros del mar. Se filtraba a través de la cota de malla y la ropa con dedos helados, y las hogueras brotaban en las orillas tan pronto como los hombres podían reunir leña y encenderlas.

Se apostaron guardias alrededor del campamento a intervalos, mientras otros se dedicaban a vigilar los caballos, limpiar sus pertrechos y preparar los alimentos para la cena. Bastian limpió

su propio equipo, ya que su escudero se había quedado en Cresshawe, y luego se arrodilló cerca de una hoguera para calentarse las manos desnudas. Sus guanteletes de cota de malla le protegían de la espada pero no del frío, y el calor alivió lentamente sus dedos acalambrados.

Maire le observaba en silencio. La había evitado hasta ahora, dejándola al cuidado de Giles, que parecía tan acosado y miserable que Bastian finalmente había cedido lo suficiente como para ordenar que dejaran a Maire a su cargo durante un tiempo. Estaba envuelta en su larga capa de lana, la capucha sobre su brillante cabello mientras se acurrucaba contra el viento. Las llamas reflejadas en sus ojos los hacían brillar como joyas raras.

—¿Adónde vamos, milord? —Su repentina pregunta fue tan casual que él supo que ella la había meditado durante algún tiempo antes de preguntar. Lo más probable, ya que habían salido de Cresshawe el día anterior. Se encogió de hombros.

—A ver al rey.

—¿Cree que soy tonta? Soy plenamente consciente del propósito de este viaje, pero no del destino. ¿Está el rey en Winchester?

Divertido, Bastian sacudió la cabeza.

—No, no lo está pero, ¿Qué importancia tiene dónde encontremos al rey? Su paradero difícilmente afectará a su decisión sobre tu destino.

Ella se movió y extendió las manos hacia las llamas. Los bordes de su capa se abrieron y la piedra de ámbar que colgaba de su pecho brilló a la luz del fuego.

—No creía que fuera así, milord. Es que nunca he estado en Winchester.

—Ah. —Bastian la estudió en el resplandor titilante—. Una pena que tengas que viajar de esta manera, entonces.

Sus ojos brillaron, e inclinó la cabeza de modo que la capucha de su capa proyectó una profunda sombra sobre su rostro.

—Así es, milord.

Divertido, Bastian se frotó las manos con brío y preguntó:

—¿Por qué rompiste tu juramento al rey? William no se toma la traición a la ligera.

—Yo tampoco. —Levantó la cabeza y sus ojos se entrecerraron ligeramente—. Pero nunca hice un juramento de lealtad a William.

—Tu padre sí lo hizo.

—Mi padre y yo no siempre estábamos de acuerdo. Esperaba que el rey fuera justo.

—¿Y has descubierto que William no lo es?

—Difícilmente justo, para tener siervos indefensos masacrados, sus chozas incendiadas y ganado robado, creo. Pero entonces, yo no soy Normanda, así que mis puntos de vista pueden ser diferentes a los de William o Sir Roberts.

—¿Es así como murió tu padre, demoiselle? ¿Luchando contra Sir Roberts?

Ella expulsó un pesado aliento que hizo bailar las llamas.

—Se lo he dicho una y otra vez: puse a los hombres en contra de Sir Roberts. Cuando vino a Cresshawe a exigirme que entregara el castillo y todo lo que contenía, me negué. —Se encogió de hombros—. En represalia, quemó aldeas y siervos, y asoló las tierras. Pensó que por ser mujer me asustaría para que cediera.

—En lugar de eso, convocó a un ejército.

—Sí, y lucharon bien, todos ellos. —Su voz tembló y se sumió en el silencio durante un momento antes de añadir suavemente—: Todos eran buenos hombres, pero pocos eran soldados. Muchos de nuestros combatientes murieron cuando los daneses atacaron quince días antes de que llegara Sir Roberts. Todo lo que nos quedaba eran siervos y unos pocos vasallos.

—Tal vez deberías haber pensado en eso antes de presionarlos para que sirvieran.

—¿Quiere que ceda dócilmente lo que es mío? No, no lo haría, ni a Sir Roberts, ni a usted. Él me pareció un hombre arrogante e insaciable.

—Deberías haber considerado la negociación. Ni siquiera los hombres arrogantes e insaciables disfrutan perdiendo buenos hombres y caballos.

—Le ofrecí una tregua a Sir Roberts cuando vino por primera vez a Cresshawe. No la aceptó.

Bastian guardó silencio. Tenía visos de verdad, pues conocía a Sir Roberts, un caballero pomposo con fama de cruel. Tras un momento, volvió a mirarla, frunciendo el ceño.

—¿Qué clase de tregua te ofreció?

—¿Qué más da? Mató al mensajero que le envié y me devolvió las orejas del pobre Edric con una carta exigiendo mi rendición incondicional. Hasta entonces, sólo había ofrecido una resistencia simbólica, pues escuchaba otros consejos. Pero cuando mis consejeros vieron la respuesta de Sir Roberts, nadie pudo discutir que sería misericordioso.

—Si lo que dices es cierto, Maire, entonces el rey hará las paces. Pero si mientes, será implacable.

—¿Y crees que el rey creería cualquier cosa que yo dijera?. —Ella sacudió la cabeza con incredulidad—. No lo hará.

—Puede que te sorprenda.

—Hace tiempo que dejé de sorprenderme por la naturaleza del hombre, así que dudo seriamente que su rey pueda asombrarme. —Agachó la cabeza para concentrarse en los pliegues de su capa, como si fueran lo más importante del mundo.

Bastian la miró con reticente compasión, una emoción tan sorprendente como agravante. Bajo su espinosa superficie había una dignidad innata y una dulzura oculta. La armadura invisible que llevaba era lo suficientemente gruesa como para desviar la lástima y la compasión

de la mayoría, pero había momentos en los que bajaba la guardia. Como ahora, mirando morosamente hacia las llamas, sus tiernos años evidentes mientras se aferraba con fuerza a los bordes de su capa. No podía ser fácil para ella, y sin embargo se negaba a retroceder, se negaba a jurar una lealtad que no abrazaba. Su honor, por sí solo, la hacía admirable para él. Ya estaba harto de aquellos demasiado rápidos para jurar, demasiado rápidos para engañar.

Mientras la observaba, se le ocurrió que tal vez se estaba involucrando demasiado con ella. Y cuando ella lo miró con los ojos muy abiertos y una sonrisa trémula que le hizo apretar el vientre, lo supo con certeza.

Capítulo 5

Las llamas se levantaron del fuego cuando un tronco ardió con un chasquido. A lo lejos, un lobo aulló, su grito desolado estremeció la noche. La cabeza de Maire se agitó y se puso medio en pie.

—Sólo es un lobo —la tranquilizó Bastian—. No se acercará demasiado a nuestros fuegos. Evitan al hombre en su mayor parte.

—¿Y quién dijo que los animales eran bestias mudas? —respondió Maire con voz temblorosa. Sus manos temblaban mientras las envolvía en su capa. Bastian no habría esperado que esta pequeña y feroz sajona tuviera miedo del grito de un lobo en la noche, no la misma mujer que había desafiado a Sir Roberts hasta los dientes y le ofrecía a Bastian un reto en cada respiración. Casi empezaba a lamentar la necesidad de llevarla ante el rey.

No debería importarle lo que le ocurriera a ella, se recordó a sí mismo. Pero en estos temibles tiempos era difícil para un hombre mantener la cordura y permanecer firme, y que una mujer lo hiciera era aún más sorprendente. Si era cierto que ella había sostenido a Cresshawe contra los daneses, era una hazaña asombrosa.

—¿Por qué no le llegó a William la noticia de que lord Creoffrey había muerto? —preguntó él al cabo de un momento, y ella se volvió hacia él con una extraña mirada en los ojos.

—¿Por qué? Es obvio, pensaría yo.

—Para ti, tal vez. Pero yo soy lenta. Dígame la razón.

Una leve sonrisa curvó su boca.

—Juré a nuestros vasallos guardar el secreto. ¿Crees que quería ser utilizada como peón? Si los condes Cospatric o Edgar se enteraran de la muerte de mi padre, estarían tan dispuestos a apoderarse de Cresshawe como William. Cuando se lo expliqué así a los leales vasallos de Creoffrey, comprendieron muy bien lo que estaba en juego. Nuestros números eran tan escasos después de Hastings que sólo la sanción de William había salvado a mi padre de los escoceses y daneses que codiciaban nuestras posesiones. —Se encogió de hombros—. Cuando por fin llegó el momento de elegir entre el zorro o la comadreja, escogí al menos propenso a asolar las tierras. Parece que me equivoqué.

—No es así. William nunca me habría enviado a apresar a Cresshawe si tú no hubieras atacado a Sir Roberts.

—¡No habría atacado a Sir Roberts si no hubiera asesinado a mi mensajero, un muchacho desarmado de sólo quince años!

Bastian frunció el ceño. Le disgustaban las complejidades de esta naturaleza, pues nunca era sencillo descubrir quién mentía. Sir Roberts estaba muerto, pero había quienes aún vivían y podían contar otra versión de la historia, y Bastian decidió que descubriría la verdad antes de entregar a este rehén a William. Si mentía, cosecharía la recompensa de su perfidia. Si no lo hacía, él defendería su causa, aunque dudaba que ella se lo agradeciera.

Los ojos de Maire estaban atentos mientras miraba las sombras más allá de las hogueras. Cuando Bastian se puso en pie, ella se levantó también, con los ojos reflejando la luz menguante.

—Concédame permiso para atender mis necesidades en privado, milord.

Su escueta petición le hizo dudar. Permitirle vagar sola por el bosque era invitar a los problemas, y sin embargo no había ninguna otra mujer que la acompañara. Giles había cedido la

custodia temporal de ella a Bastian con evidente alivio, pero ahora debía ser llamado.

—Te concedo permiso para atender tus necesidades en privado, pero debo exigir que estés encadenada a tu guardia mediante un largo ronzal, demoiselle.

Unas brillantes manchas de color tiñeron sus mejillas y sus ojos relampaguearon.

—Sí, había olvidado lo nerviosos que podéis ser los Normandos ante un enemigo tan temible como una mujer desarmada, milord. Por favor, perdone mi descuido y llame a la temblorosa guardia que me ha acosado con quejas interminables desde que dejamos atrás Cresshawe.

—Hay momentos en que pones a prueba mi paciencia, Maire. A veces te convendría ver las dos caras de la moneda.

—Todo lo que veo son las dos caras de una moneda Normanda, y ninguna de ellas me agrada. —Sujetó su capa con más fuerza a su alrededor mientras el viento atrapaba uno de sus bordes y la levantaba—. Está a punto de oscurecer. Preferiría partir cuando aún hay luz suficiente para no caer por un barranco. ¿A menos que sea su objetivo deshacerse de mí de esa manera?

—Si intentara librarme de ti, la espada sería más rápida y menos incierta, demoiselle. No me tientes.

Bastian hizo un gesto a Giles para que se acercara, y no pasó por alto la rápida mirada de desagrado que dirigió a Maire. No era de extrañar, ya que seguramente ella había atormentado al hombre de armas de la forma más inmisericorde.

—Cuando la dama ya no te necesite, Giles, me gustaría hablar contigo —añadió después de indicarle que la atara fuertemente a él—. Llévala de vuelta al fuego para que pueda comer mientras conversamos.

—Como desee, milord.

Cuando regresaron, había oscurecido y las antorchas iluminaban el campamento. Giles

tenía la expresión de un hombre muy acosado y sus labios estaban tensos por la ira. Como de costumbre, Maire mantenía una fría compostura y tomó asiento junto al fuego como si nada pasara. Cuando ella empezó a picotear su comida con alegre despreocupación por los dos hombres que la observaban, Bastian llevó a Giles a un lado.

—¡Le juro, milord —estalló Giles en francés—, que tiene una lengua afilada como una cuchilla! No importa lo que se haga o deje de hacer, no es de su agrado, y sus palabras cortan a un hombre como una espada.

—Estoy de acuerdo en que es un poco difícil. Sin embargo, es una mujer, Giles, y una rehén. No debes permitir que te intimide.

—¿Permitir? —La palabra salió en un graznido estrangulado—. Tendría que matarla para detenerla.

—Esa no es una opción. Tu tarea es vigilarla para que no sufra ningún daño, y si tienes que pasar penurias, tendrás que afrontarlas lo mejor que puedas. De hecho, no deseaba hablarle de la dama, sino de Sir Roberts. Usted era su hombre, ¿verdad?

Giles asintió con bastante hosquedad.

—Durante dos años, desde antes de salir de Normandía.

—Háble me de la llegada de Sir Roberts a Cresshawe.

—¿Qué es lo que desea saber, milord?

—¿Por qué estaba allí?

Giles parecía desconcertado.

—El rey ordenó a Sir Roberts que inspeccionara y registrara esta región de Northumbria, y que determinara la intención de los barones de aquí.

—¿Se hicieron registros?

—No sabría decirle, milord. El secretario de Sir Roberts estaría mejor cualificado para responder a esa pregunta. Sí sé que no se hizo inventario, ya que se nos negó la entrada.

—¿Negoció Sir Roberts con la dama para que fuera admitido en Cresshawe?

Giles se movió inquieto de un pie a otro. Echó un vistazo al campamento y luego volvió a mirar a Bastian.

—Sir Roberts no tenía tacto, milord. Le disgustaban las negociaciones y prefería el lenguaje de la espada. Decía a menudo que eliminaba la necesidad de largas conversaciones.

—¿Y mató a un mensajero enviado por Cresshawe y le cortó las orejas, como me han dicho?

Enrojeciendo, Giles asintió lentamente.

—El mensajero trajo una súplica de tiempo en lugar de una rendición inmediata, y ésa fue la respuesta de Sir Roberts.

Así que Maire no había mentido. No sobre eso.

—Ya puede reunirse con sus compañeros, Giles. Yo me ocuparé de la dama por esta noche.

El alivio de Giles fue evidente, y se marchó rápidamente, como si temiera que Bastian pudiera cambiar de opinión. Los hombres se enrollaron en mantas bajo los árboles y pequeños refugios de maleza y ramas, pero se había montado una tienda para uso de Bastian. Éste sonrió al verla. Qué rápido habían cambiado las circunstancias, pues poco antes había sido uno de los hombres que tiritaban junto al fuego. Ahora tenía una tienda, una posición y el respeto que se otorgaba a un hombre como señor.

Por el momento la tienda era la recompensa más importante, y se dirigió hacia ella. Las ágiles paredes temblaban bajo la presión del viento, tensadas por cuerdas y pértigas. Una luz ardía en el interior, un resplandor constante y atrayente.

Bastian se detuvo junto al fuego y tendió la mano a Maire. Ella lo miró con recelo durante un momento, luego se levantó lentamente. Cuando él no se movió, ella respiró hondo y puso cautelosamente su mano en la de él. Él cerró los dedos alrededor de la palma de ella.

—Acompáñame a la tienda, demoiselle.

—¿Se atreve a arriesgarse a estar a solas conmigo, milord? Podría ser peligroso.

Bastian rio suavemente ante el tono irritado de ella.

—Sin duda eres peligrosa. Pero soy un hombre al que le encantan los retos, a diferencia del pobre Giles. Has aterrorizado al hombre.

—Bien. Es un cobarde sin carácter. Dudo que alguna vez haya usado su espada para otra cosa que no sea afeitarse, pues es la vaca más torpe que he visto.

—Sin embargo, dejarás de atormentarlo.

—¿Por qué? Me divierte. Y no le he hecho nada, salvo señalarle algunas de sus debilidades. Será un hombre mejor por ello. Debería agradecérmelo.

—Sin duda el propio rey querrá mostrar su agradecimiento por tu filantropía, pero yo no estoy tan inclinado. —Su mano se apretó alrededor de los dedos de ella en una suave advertencia —. Te convendría seguir mi consejo, demoiselle.

—Eso es discutible, pero lo tendré en cuenta ya que me lo ha pedido tan amablemente.

La tensión subrayaba sus palabras, y Bastian se detuvo bajo la luz chisporroteante de una antorcha de pino para mirarla más de cerca. La capucha ensombrecía su rostro, pero había en ella una agitación temblorosa que le impresionó.

—¿Qué es lo que temes, demoiselle?

—No temo nada.

Las palabras llegaron deprisa, demasiado deprisa, una abrupta negación que no sonaba a

verdad. Su mirada se agudizó. Algo la había inquietado, y él no creía que fuera su precaria situación con el rey. ¿Temía quedarse a solas con él en la tienda? No, no después de los acontecimientos de dos noches antes, cuando casi se había lanzado sobre él. No podía ser eso.

—Como tú digas. Pasa a mi tienda. Es mucho más cálida al abrigo del viento.

Mientras hablaba la empujó hacia la solapa abierta de la tienda con firme paciencia y, tras una última y breve resistencia, ella dio un paso justo dentro y se detuvo. Sólo cuando él entró detrás de ella, con su cuerpo forzándola a avanzar un paso, ella avanzó más hacia el interior. Se volvió hacia él, como si estuviera preparada para volar.

—Prefiero dormir fuera, milord.

—Sin embargo, tu preferencia no es la mía. Aquí hay cojines, mantas y un odre de vino. Sería una tontería dormir fuera cuando hace mucho más calor en la tienda. —Cuando ella le miró inmóvil, él enarcó una ceja—. ¿Temes que te obligue a hacerlo?

Ella hizo un ruido grosero y se encogió de hombros mientras empezaba a desabrocharse el broche que cerraba su capa en la garganta.

—Esa no es una de mis grandes preocupaciones, milord.

Molesto porque ella lo tratara tan a la ligera, él exigió con un agudo tono de voz:

—¿Me crees incapaz?

Sus dedos se aquietaron en el alfiler plateado de la capa, y ella le miró con una leve sonrisa.

—No estoy tan avanzada en edad como para haber olvidado lo... capaz... que fuisteis anteanoche, milord. Tampoco estoy tan ciega como para no ver el tamaño de sus capacidades.

Bastian la miró fijamente, escarmentado por el sofoco que podía sentir subiendo por su garganta y su cara.

—Bon Dieu, te atreves a recordarme... ¡Jesús! ¿No tienes vergüenza?

—Tal vez lo haya olvidado, pero no fui yo quien se desnudó primero. ¿Es vergüenza sólo si no es idea del hombre?

Por su vida, no se le ocurrió una respuesta digna. Sus manos se apretaron y se soltaron a los lados, y al cabo de un momento Maire se encogió de hombros para quitarse la capa como si él no estuviera allí de pie en un silencio furioso y ahogado. Colgó la prenda de lana sobre un pequeño taburete y se acercó a calentarse las manos a un brasero de latón lleno de carbones incandescentes.

Maldita sea, estaba tan tranquila ahora, cuando sólo un momento antes había mostrado tanta inquietud. Una mutante, con estados de ánimo mercuriales que siempre le dejaban la sensación de haber dado un paso en falso. No era una sensación familiar, ni que le agradara.

—Hay mantas en el suelo para tu uso —dijo bruscamente—. Dame tu palabra de que no intentarás escapar y no te ataré.

Ella levantó la cabeza, los ojos muy abiertos y ensombrecidos mientras le miraba fijamente. El silencio se prolongó. El viento sopló contra las paredes de la tienda con un ruido sordo, y el débil aullido de un lobo rasgó el aire nocturno, más cerca que antes.

Maire exhaló un pequeño suspiro y sonrió débilmente.

—No confíe en mí, milord, porque si se diera la ocasión, me temo que haría lo que sintiera que debo hacer.

En realidad, él no había esperado que ella lo prometiera, pero era irritante que no cediera ni siquiera en esta pequeña cosa. Si ella no juraría esto, era poco probable que lo hiciera por William. Y ese monarca no se tomaría su negativa a la ligera.

Groseramente, Bastian le ató la muñeca derecha con un robusto trozo de cuerda y sujetó el otro extremo al armazón de madera del catre erigido para su uso. Sola, nunca la sujetaría, pero

con su peso en el catre, ella no escaparía.

Con deliberado silencio, examinó los informes que su escriba había preparado para William, ignorando a Maire. Si él había pensado molestarla, parecía que a ella le complacía ser ignorada, pues no dijo nada, tumbada sobre el montón de mantas en silenciosa contemplación del techo de la tienda. Leyó durante un rato los informes pulcramente redactados y luego levantó la vista.

Maire yacía en reposo, con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho como si la hubieran colocado sobre un féretro. Sus labios se crisparon con humor irónico. O era demasiado dramática o esperaba que él se sintiera desinteresado por ella. Pero ella tenía razón. Si alguna vez hubo una mujer capaz de hacer tambalear su confianza, quizá fuera ésta.

Alabado sea Dios porque no tendría que tratar con ella mucho más tiempo. Una vez que las cosas se arreglaran con William, el rey sin duda le encontraría un marido adecuado y la enviaría a algún lugar remoto de Inglaterra donde no fuera un peligro para nadie, incluida ella misma.

Levantándose del pequeño y duro taburete, se estiró para aliviar sus músculos acalambrados, luego se dirigió al estrecho catre y se tumbó en él completamente vestido. La mañana llegaría demasiado deprisa. Si William no estaba de vuelta en York, tendría que viajar hasta Stafford para encontrarlo, o peor aún, hasta Winchester. Tardaría demasiado, cuando estaba ansioso por volver a Cresshawe y ponerse a rentabilizar las tierras.

No se le escapaba que, de no ser por el obstinado valor de la muchacha que tenía tan cerca, Cresshawe podría estar aún en manos de los sajones y él seguiría siendo un caballero sin tierras. Lo que el destino le quitaba a uno, a menudo se lo daba a otro.

Se volvió en su catre para mirar a Maire en el débil resplandor de la lámpara. Parecía encantadora y serena, casi vulnerable. Por un momento lamentó la necesidad de lo que debía hacer. Pero luego se armó de valor. Así eran las cosas.

Fuera, el lobo aulló de nuevo y oyó el inquieto resoplido de los caballos. Luego llegó el

sonido de hombres maldiciendo y un traqueteo de acero. Los hombres estaban nerviosos y en guardia. No era una buena noche para los lobos sajones.



La lámpara se apagó y murió. Maire estaba tensamente pendiente de Bastian mientras escuchaba su respiración entrar en el ritmo uniforme del sueño. Había parecido como si nunca fuera a cansarse. Aún intentaba decidir qué hacer cuando el lastimero aullido de un lobo se mezcló con el viento creciente del exterior.

Lentamente, Maire deslizó la daga robada por debajo de sus largas faldas, exhalando una silenciosa plegaria de gratitud por haber sido atada con una cuerda en lugar de una cadena. Desde que habían salido de Cresshawe, llevaba la daga sujeta al muslo con una liga. Ahora, con la mano izquierda, serraba torpemente la gruesa cuerda que la ataba al catre, con cuidado de no tirar tan fuerte que zarandeara el armazón. Le maldijo por atarle la mano derecha en lugar de la izquierda. Hacía que esto fuera el doble de difícil.

Cuando por fin sintió que las fibras de la cuerda se deshilachaban y se separaban, agarró el extremo liberado y lo envolvió con cuidado alrededor de una pesada piel. Si la palpaba ella en la oscuridad, encontraría la cuerda anclada por el peso en lugar de colgando suelta.

Buscó a tientas su capa en las profundas sombras iluminadas sólo por la luz de las antorchas del exterior de la tienda, tirando de ella torpemente alrededor de su cuello. Ya habría tiempo más tarde para abrochársela adecuadamente. Ahora la impulsaba la urgencia. Sigilosamente, su avance acompañado por los latidos de su corazón, se arrastró hasta la solapa cerrada de la tienda. Apenas se veía una rendija de luz entre la solapa y el suelo, y con dedos temblorosos consiguió desabrochar la hebilla que la mantenía cerrada. Cuando levantó la pesada solapa, el aire frío le pasó por la cara a través del estrecho hueco. Olía a humo.

Tumbada boca abajo, se retorció bajo la piel rígida y engrasada. Las hojas caídas y la suciedad le arañaban las palmas de las manos desnudas y sus piernas se enredaban en los largos pliegues de la falda, de modo que tuvo que subírsela por encima de las rodillas.

Una vez libre de la tienda, miró hacia arriba con recelo. Los soldados yacían cerca de hogueras mortecinas y bajo refugios de maleza, quietos y callados. Los guardias estaban apostados en círculo alrededor del campamento a intervalos escalonados, y ella se detuvo para orientarse. Ya podía oír el débil tintineo de la cota de malla y las espadas, y sabía que estaban inquietos. El lobo, sin duda. Sin duda habría guardias apostados con los caballos, y ella debía evitar acercarse a la línea en la que estaban apostados. Huir a pie no sería fácil, pero ella conocía este país mucho mejor que los Normandos.

Newcastle no estaba demasiado lejos. Ella y Derian habían visitado la ciudad en numerosas ocasiones. Para ella había sido un placer ir al mercado allí, y una vez habían viajado al este de la ciudad hasta un antiguo priorato para visitar al viejo padre Waltheof, que les había instruido en idiomas, ciencias e historia cuando eran jóvenes. Derian había cursado estudios superiores, pero como mujer, su educación posterior había sido en asuntos de la casa. Una decisión desafortunada que había dado lugar a su primera rebelión real. El resultado de la cual había sido la promesa secreta de Derian de enseñarle a usar una espada. Y fue una promesa que había cumplido hasta que su madre los descubrió practicando en el patio exterior una tarde. Ah, ¡el furor que se había desatado!

¿Qué diría su madre si pudiera verla ahora? Lady Shelley seguramente desaprobaría algunas de las cosas que había hecho, pero Maire no podía creer que su madre desaprobara esto. No después de todo lo que había pasado. Y además, ella no le había dado su palabra.

Manteniéndose en las sombras, Maire bordeó la tienda en dirección al río. Le temblaban las rodillas y sabía que se avecinaba un desastre si la atrapaban. Pero debía huir antes de que el lobo llegara al campamento. Era Saskia. Ningún otro lobo tenía esa pequeña pausa, el sonido

afligido como el sollozo de un niño en medio del aullido persistente. Era sólo cuestión de tiempo que el lobo la encontrara. ¿Y qué harían entonces los Normandos? La experiencia pasada le había demostrado que pocos hombres eran racionales frente a un lobo que gruñía. No podía estar segura de poder evitar que hicieran daño a Saskia.

El viento era mucho más frío junto al río, soplaba sobre el agua y agitaba las hierbas altas en un sonido de vaivén que la hizo mirar por encima del hombro. Sus pies se hundieron en el suelo pantanoso y el agua empapó sus botas. Sacó un pie con un sonido de succión y levantó la pierna para colocarla en suelo más firme. Estaba muy oscuro, sin luna que iluminara la zona: una bendición mixta. Si ella no podía ver, quizá nadie pudiera verla a ella.

Levantando el dobladillo de su capa y su kirtle, avanzó por la orilla del río alejándose del campamento Normando. Si Saskia estaba cerca, el lobo podría captar su olor.

Cuando ya no pudo ver la luz de las hogueras, Maire se detuvo, respirando con dificultad. Entonces silbó, un sonido bajo y suave como el de un pájaro nocturno. Pero los únicos sonidos en respuesta fueron el viento en los árboles sobre ella, el repiqueteo de las ramas vacías y el caer del agua sobre las rocas. Tenía los labios secos. Los humedeció con la punta de la lengua y volvió a intentarlo.

Esta vez, un excitado aullido llegó desde muy cerca. Esforzándose por ver a través de los árboles y la oscuridad, sólo pudo distinguir un paisaje de azules oscuros y densas formas negras.

Entonces algo la golpeó con fuerza entre los omóplatos con tal fuerza que se desplomó boca abajo entre la maleza alta y las raíces retorcidas de los árboles. Gritó involuntariamente y entonces se dio cuenta de que era Saskia, los arrebatadores lengüetazos de una lengua húmeda en la nuca, la mejilla y la mano se lo confirmaron ampliamente. Intentó darse la vuelta, pero Saskia se instaló sobre ella en un éxtasis lobuno, gimiendo y manoteando a su ama, temblando con una mezcla de excitación y ansiedad.

—¡Saskia, fuera... Saskia… no!

En su placer, la loba aulló como un perro, aullidos agudos que se convirtieron en gemidos vibrantes que se transformaron en aullidos. Repentinamente aterrorizada de que el ruido alertara a los Normandos, Maire hizo acopio de fuerzas y se dio la vuelta, agarrando a Saskia por el cuello y tirando de su cabeza hacia abajo para amortiguar los sonidos. La loba estaba encantada con este nuevo juego y se zafó de su agarre para alejarse, agazapándose con las patas delanteras extendidas y el trasero en el aire. El elegante penacho de su cola se agitó con excitación, una bandera blanca contra las sombras negras que las rodeaban.

—Oh, Saskia, no —gimió Maire, pero el animal no se callaba. Se puso a brincar, echando la cabeza hacia atrás con aullidos de alegría porque la larga separación había terminado.

Maire tropezó y cayó de rodillas, y Saskia se abalanzó, con sus enormes zarpas derribándola hacia atrás. Normalmente, esto habría instigado otra ronda de juegos, pero ahora Maire agarró a Saskia con un apretón desesperadamente fuerte, y con su voz más severa le dijo:

—¡Quédate quieta!

Saskia respondió lamiéndola desde la barbilla hasta la frente, aun retorciéndose con lobuno deleite. Pero al menos estaba quieta. Agarrándose al animal, Maire se puso en pie y se quedó un momento escuchando. No se había dado la alarma, no se había levantado ningún grito de alarma. Quizá aún había esperanza.

Utilizando su daga, cortó una tira de tela de su capa y la envolvió alrededor del cuello de Saskia. Sujetó a la loba ahora que se había tranquilizado, y Maire se tomó un momento para arrodillarse y apretar su cara contra la de Saskia.

—Buena chica, Saskia. Ah, me gustaría saber cómo me encontraste, pero me alegro de que lo hicieras. Ven.

—Ven —le resultó familiar, y Saskia le dirigió otro cariñoso golpe de lengua, levantándose sobre sus patas traseras para pasar sus patas sobre los hombros de Maire como había hecho desde que era un cachorro. Golpeó a Maire ligeramente desequilibrada, y extendió una mano para

estabilizarse contra el suelo.

Al hacerlo, Saskia se apartó con un gruñido. Sobresaltada, Maire no oyó nada más hasta que una voz dijo desde las sombras:

—Cálmate y mataré a la bestia.

Bastian. Y pensó…

—¡No! —Maire se abalanzó sobre Saskia, que se había puesto en la posición baja de acecho que utilizaba antes de atacar. El gruñido gutural de la loba se elevó en el aire mientras eludía a su ama—. ¡Saskia… a mí!

La brusca orden fue lo único que se le ocurrió hacer, mientras Bastian se separaba de las sombras más oscuras que le rodeaban, con una luz mortecina brillando a lo largo del afilado filo de su espada desenvainada. Podía detener al lobo, pero Bastian no escuchaba a nadie.

Se adelantó con la espada alzada, y Saskia no retrocedió. La loba se plantó frente a Maire, sus gruñidos cada vez más fuertes y feroces. Pero contra la espada tenía pocas posibilidades, y era evidente que no abandonaría a su ama.

—Milord, por favor... no la mate.... —La súplica de Maire fue casi un sollozo, pero Bastian hizo una pausa. Arrodillándose en el suelo, rodeó a Saskia con los brazos e intentó controlar a la agitada loba.

Acariciándola, susurrando palabras tranquilizadoras en un suspiro y súplicas entrecortadas en el otro, Maire se aferró con fuerza a su querida mascota.

—¿Suplicas por un lobo?

—Sí, milord, lo hago. Es mi mascota. No sé cómo me encontró, pero está aquí... por favor, milord. No la mate. Ella es todo lo que me queda de Derian.

El silencio la recibió. Se hizo largo antes de que Bastian preguntara bruscamente:

—¿Quién es Derian?

Ella cerró los ojos. ¿Por qué lo había mencionado? Este Normando nunca lo entendería. No un hombre como él, tan lleno de confianza y arrogante virilidad.

Pero Bastian no se quedaría quieto y exigió con más dureza:

—¿Quién es Derian?

Maire abrió los ojos y se levantó lentamente, manteniendo una mano sobre el lobo que seguía agazapado cautelosamente entre ellos.

—Mi marido.

Capítulo 6

—Parece, —consiguió decir Bastian con calma—, que estás tan llena de mentiras como de trucos. Juraste que eras virgen, pero ahora dices que estás casada.

Ella sacudió la cabeza, y su pálido cabello brilló suavemente bajo la tenue luz azul.

—No, señor. Derian está muerto.

—Una fina distinción. —Miró un momento al lobo, la bestia blanca cuyos aullidos habían sumido a todo el campamento en el caos. Dos caballos se habían soltado y huido en la noche, y sus hombres se vieron obligados a ir tras ellos, poniéndolos en un peligro innecesario en un territorio desconocido.

Dando un paso atrás, hizo un gesto con su espada.

—¿Tienes alguna forma de contener a la bestia? Si no lo haces, me veré obligado a matarla.

—Sí, milord. La tengo. Un cinturón de cuero la sujetaría…

—Como sin duda puedes ver, no me detuve a ponerme mis ropas y armadura habituales. Usa otra cosa. —Un viento frío sopló a través de su delgado sherte y sus chausses de lino. Levantó su espada desnuda en la mano, impaciente y enfadado y extrañamente apenado de que ella le hubiera mentido tan descaradamente, y de que él hubiera sido tan tonto como para creerla.

—Le pido perdón, milord. Yo... no me di cuenta. Tengo una tira de tela en algún lugar

cercano. —Se dejó caer sobre las manos y las rodillas y tanteó el suelo. El lobo seguía mirándole con recelo y emitiendo bajos ruidos amenazadores que no contribuían en nada a su buen humor. Justo cuando se disponía a sacar su espada, Maire se enderezó.

—La he encontrado. No le hará daño, milord, no si yo le digo que no lo haga. Lo juro. —Agachada junto a la bestia, su rostro y su pelo una pálida neblina en la tenue luz, Maire le miró fijamente mientras deslizaba la tira de tela alrededor del cuello del lobo y canturreaba sonidos tranquilizadores que sólo podían hacerle creer que no estaba en absoluto segura de que el lobo no atacaría.

—No te engañes —le dijo con dureza—. Aún puedo matar a la bestia. No importa que sea tu mascota si ataca a mis caballos o a mis hombres.

—No lo hará, lo juro…

—Tu palabra jurada no tiene el peso que podría haber tenido antes, demoiselle.

Su cortante respuesta la silenció de inmediato, y Maire agachó la cabeza para terminar de sujetar a la loba. Cuando terminó, se puso lentamente en pie y con gran dignidad y aplomo dijo:

—¿Me adelanto, milord?

—A punta de espada. —Él levantó su arma y ella pasó junto a él, medio arrastrando al reticente lobo.

Su llegada al campamento provocó un pandemónium instantáneo, y Bastian bramó una orden para que sus hombres formaran en fila. Refunfuñando, se alinearon en varios estados de desnudez, mirando al lobo.

—Es un lobo manso, por lo que dice la dama, así que no quiero que lo maten todavía. —Bastian oyó el ahogado sonido de angustia de Maire, pero ni siquiera miró hacia ella—. Quiero dos voluntarios para fabricar una jaula para la bestia, construida con madera resistente que la mantenga confinada.

—¡Una jaula! —estalló Maire, pues las palabras inglesa y francesa eran la misma—. No hay que encerrarla en una jaula.

Se volvió hacia ella.

—Si la quieres viva, será enjaulada. Es tu elección. —Tras una breve pausa, ella asintió brevemente—. Por supuesto, milord. Una jaula mantendrá a sus pobres hombres lo suficientemente seguros, creo.

—No pongas a prueba mi paciencia, pues creo que tu lobo lo lamentará más que tú —dijo él en voz baja, y la mirada ansiosa de ella se dirigió hacia él. La luz del fuego recién avivado se inclinó sobre su rostro para que él pudiera ver el impacto de sus palabras. Se sintió satisfecho de que ella le creyera.

—Sí, señor. Lo comprendo.

—Un poco tarde, creo. —Bastian se dio la vuelta bruscamente e hizo una seña a los dos hombres que se habían adelantado a regañadientes—. Construyan la jaula rápidamente, y colóquenla en uno de los carros. No quiero que nada impida nuestro rápido avance hacia el rey.

—Como desee, milord. —El orador vaciló y miró nervioso a la loba. Saskia le obligó mostrando los dientes en un temible gruñido que le hizo retroceder dos pasos y volverse hacia Bastian, con la cara blanca—. ¿Debemos meter también al lobo en la jaula?

—Eso lo hará la señora. Por ahora, tráigame un trozo robusto de cadena para atar al animal.

Medio esperaba otra protesta de Maire, pero ella no dijo nada cuando él le ordenó encadenar al lobo a un grueso árbol y añadió:

—Si huye, enviaré hombres para matarlo.

Aún en silencio, asintió y se arrodilló junto al animal, susurrándole y acariciándole la enorme cabeza. A la luz del fuego, pudo ver que el lobo era casi totalmente blanco, salvo por

unas tenues vetas marrones a lo largo del lomo y en las puntas de las orejas. En contraste con su pelaje enmarañado, la cola era gruesa y tupida, un gracioso abanico que se agitaba de un lado a otro mientras Maire hablaba. Para su irritada sorpresa, el lobo le pasó una lengua descuidada por la cara, luego echó la cabeza hacia atrás y emitió un aullido largo y gorgoteante. Inmediatamente, los caballos empezaron a chillar frenéticamente y oyó a sus hombres maldecir.

—Si deseas un destino rápido, alentarás al animal en esa locura.

—No puede evitarlo. Es una loba. Los lobos aúllan.

—No tendré a mis caballos corriendo por todo el norte de Inglaterra porque no puedas controlar a tu mascota. O silencias a la bestia, o lo hará mi espada.

La urgencia engrosó su voz cuando Maire tomó la cabeza del lobo entre sus manos y le dio una ligera sacudida.

—Basta, Saskia. Estate quieta. Estate quieta.

El lobo agachó la cabeza, con las orejas hacia los lados. A pesar de sus reservas y su enfado, Bastian no podía evitar sentirse algo desconcertado por la relación entre Maire y esta bestia salvaje que su marido le había regalado.

Derian... su marido....

—Deja a la bestia, ahora. Debemos discutir cierto asunto.

Ella le miró y respiró hondo.

—Sí, milord, debemos hacerlo. ¿Puedo pedir un bocado para Saskia? Está tan delgada que debe llevar días sin comer.

—Supongo que un lobo bien alimentado es menos peligroso. —Incluso mientras daba la orden de que le echaran al lobo un trozo de cordero que les había sobrado de la cena, se preguntaba por qué no lo había matado. Sería mucho menos problemático. Sin embargo, era

obvio que esta criatura significaba mucho para Maire, y nada más la había puesto de rodillas. Si un lobo podía lograr lo que él no, entonces bien podría valer la pena, después de todo.

Con gran desgana, Maire dejó al lobo y caminó hacia la tienda, arrastrando los pies. El dobladillo de su capa colgaba en un ángulo extraño, y el bonito kirtle azul que llevaba estaba mojado y manchado, roto por dos sitios. Incluso sus botas estaban estropeadas.

Una vez dentro, Maire se acercó rápidamente a la pared del fondo y se volvió para mirarle, sombría y con los ojos muy abiertos por la aprensión. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y la barbilla levantada en un gesto que él había llegado a reconocer, mientras su boca estaba colocada en una línea tensa y obstinada. No se demoró.

—Has intentado tomarme por tonto. Eso no me sentó bien.

—Milord...

Levantó una mano para adelantarse a sus excusas.

—No se moleste en urdir otro cuento descabellado. No es a mí a quien tendrás que contárselo. Pero será mejor que inventes otro cuento más verosímil para el rey, pues no se tragará tan fácilmente una mentira así.

—No es mentira. Nunca me preguntó si estaba casada.

Atrapado entre la incredulidad y la ira, Bastian la miró fijamente.

—Quizá has dicho tantas mentiras que has olvidado ésta, pero dijiste claramente que eras virgen. Normalmente, una damisela no permanece virgen después del matrimonio, a menos que los sajones hayan encontrado una nueva forma de eludirlo.

—No, milord, pero…

La ira se sobrepuso a la contención, y Bastian estuvo frente a ella en dos zancadas, agarrándola por la parte superior de los brazos para darle una viciosa sacudida.

—Si te atreves a contarme alguna ridícula historia de virginidad después de acostarte, no seré responsable de lo que haga.

Su brusco manoseo le había azotado el pelo hasta los ojos, y la mirada que le dirigió a través de los brillantes mechones enmarañados era oscura de desafío.

—Es verdad.

—¡Jesús! —Como estaba tan cerca de perder el control, la soltó de un empujón, haciéndola trastabillar hacia atrás—. Dime esto: ¿cuánto tiempo estuvisteis casados antes de que él muriera?

—Esa no es la cuestión, milord, porque ya ve...

—¿Cuánto tiempo?

Ante la amenaza en su tono, ella espetó:

—Tres años.

—Tres años. —Repitió las palabras lentamente, juntando las manos a la espalda para no enroscárselas en su engañoso cuello—. Sin embargo, esperas que crea que no se acostó contigo.

—No he dicho que no compartiéramos cama, sólo que…

—Por todos los santos, si terminas esa frase haré que te arrepientas. —Inspiró profundamente, pero la rabia que se había ido acumulando en él desde que ella había soltado el nombre de su marido no se desvaneció—. Esto, por supuesto, explica muchas cosas que me desconcertaban —dijo cuándo pudo hablar con calma—. Pocas doncellas sin experiencia son tan despreocupadas por el cuerpo de un hombre como lo eras tú. O tan despreocupadas por el tuyo propio. No debería haberme sorprendido tu oferta o…

Se interrumpió, rastrillando su rostro amotinado con una mirada lenta y evaluadora antes de decir suavemente:

—Pero quizá me he equivocado. Ya que antes estabas tan dispuesta, señora, no veo razón

para retrasarlo. Tenía la intención de aprovechar los favores de une putain cuando llegara a York, pero ¿por qué esperar? Después de todo, tú estás aquí y ha pasado mucho tiempo.

Vestido sólo con sus chausses, sus botas y su sherte de lino, no tardó mucho en desvestirse, y observó el rostro sorprendido de ella con sombría satisfacción.

—¿Qué? ¿Ninguna tímida pretensión? ¿Ninguna audaz aceptación? ¿Qué eres, Maire de Cresshawe, puta o criada?

Ella le observó insegura, sus ojos se movieron a su pecho desnudo cuando él se deshizo de su sherte de lino, y luego de nuevo a su rostro cuando sus manos bajaron a los ligueros cruzados que sujetaban sus chausses.

—No te atreverías...

—Oh, sí, Maire, desde luego que me atrevería. —Sosteniéndole la mirada, se desató los chausses y los dejó caer al suelo, luego se quitó de una patada sus botas—. Ven, moza. Desvístete para mí, como hiciste la última vez. Deseo ver lo que he trocado.

—¡Un trueque! —La palabra salió con una ronca explosividad—. ¡No soy una hogaza de pan por la que regatear!

—Cierto. Pero tampoco eres la virgen que pretendías ser. Un hombre más difícilmente puede suponer una diferencia para ti, y ya que fuiste tú quien empezó este juego, seré yo quien lo termine. Ahora quítate la ropa.

Ella levantó una mano cuando él metió los pulgares en la cintura de su taparrabos, su boca tembló un poco.

—No siga con esto, milord. Hay algo que debo explicarle…

—No. No más mentiras. —Con un rápido movimiento, se quitó el taparrabos y lo dejó a un lado para plantarse audazmente ante ella. Maire se quedó como congelada. Había sido tan tonto, negándose a aceptarla porque era una doncella sin experiencia. Cómo debió de reírse de él. Pero

ahora no se reiría. Ahora, él pretendía humillarla. Su vergüenza sería una pequeña penitencia por las molestias que le había causado, por las dos últimas noches en las que había permanecido despierto e inquieto, con el cuerpo en llamas por la necesidad de ella, el recuerdo de sus curvas sin ropa y su sensual promesa escaldándole.

—¿Y bien? —le preguntó—. ¿No deseas desvestirte para mí? Por favor, ve despacio, ma biche, ya que deseo saborear el momento. A veces, la anticipación realza el acto, igual que el buen vino es mejor cuando ha envejecido.

—No hable de mí como si fuera un plato para su mesa.

—Ah, ¿pero no lo eres? Venga. Empieza, porque me estoy impacientando.

Con dedos temblorosos, comenzó por fin a subirse las faldas. Su mirada se desvió hacia la larga extensión de su pierna desnuda a medida que el dobladillo se elevaba más y más por encima de la parte superior de sus botas. Ella se dobló ligeramente por la cintura, el pelo cayendo hacia delante en una cortina enmarañada que le bloqueó momentáneamente la vista, y cuando se enderezó, él vio la daga en su puño. No una daga cualquiera, sino su daga, la que no había podido encontrar antes de abandonar Cresshawe. Alain había perdido mucho tiempo buscándola antes de admitir que la había perdido. Bastian se quedó quieto, con voz áspera.

—No seas tonta, Maire.

—Eres tú el necio si crees que pretendo desnudarme y extenderme a tu demanda, Normando. —La daga tembló ligeramente en su empuñadura—. Lo que haga por mi propia voluntad es asunto mío, pero no se me dirá que debo permitirte... que... —Inspiró agudamente—. No seré utilizada como una vulgar puta.

—Esa es tu elección. Yo también puedo elegir. —Cruzó tranquilamente los brazos sobre el pecho y levantó una ceja con estudiada indiferencia—. Pobre Saskia. Sería una pena tener que matar al lobo por culpa de tus mentiras, ¿no crees?

Ni siquiera el resplandor rosado de la lámpara podía dar color a su rostro repentinamente exangüe, y ella emitió un pequeño sonido ahogado.

—No... no lo harías.

Se encogió de hombros.

—Esa es tu elección.

—¿No le harás daño si cedo?

—Cuando doy mi palabra, se cumple. A diferencia incluso de esos pocos sajones que profesan honestidad.

La daga vaciló y, con un sonido de derrota, la arrojó con fuerza al otro lado de la tienda. Golpeó la pared del fondo y repiqueteó sobre un pequeño cofre de madera.

—Maldito seas. Maldito seas.... —La última palabra terminó en una nota estrangulada mientras empezaba a desabrocharse el alfiler de la garganta.

Entonces la capa roja se arrugó hasta convertirse en un charco a sus pies. Bastian esperó. Desafiante, tiró con fiereza de los cordones laterales de su kirtle, arrojándolo sobre la capa cuando se soltó. Vestida ahora con su ropa interior, la gunna más larga que le llegaba hasta los tobillos, se enfrentó a él con evidente desprecio. Debería haberle afectado, pero no lo hizo. Ella ya había demostrado ser una mentirosa. Y él no quería examinar sus motivos demasiado de cerca. Su intrusión seguramente le había liberado de las restricciones que le ordenaban no perseguir a una cautiva.

—¿No te importa que no esté dispuesta? —le espetó Maire mientras se encogía de hombros fuera de la gunna, con sus palabras amortiguadas por un trozo de lino.

Bastian no respondió. Vestida ahora sólo con la luz de la lámpara y sus botas, Maire se llevó brevemente la gunna al pecho y luego, con lenta deliberación, la dejó deslizarse a lo largo de su cuerpo para unirse a sus otras prendas. Era más hermosa de lo que incluso sus febriles

sueños recordaban. El alto y orgulloso empuje de sus pechos era firmemente redondo, coronado con picos tensos de un profundo tono rosado. Cintura esbelta, caderas suavemente curvadas y un vientre suavemente abultado se estrechaban hasta unos muslos delgados y unas pantorrillas torneadas que desaparecían en la parte superior de sus botas de cuero con puños.

Bastian olvidó su intención de humillarla. No pudo resistir el impulso de acercarse a ella, trazar los picos sonrosados de sus pechos con el dedo y luego sopesar la plenitud en la palma de la mano. Ella respiró agitadamente y cerró los ojos, temblorosa.

—¿Tienes miedo, ma belle? No tienes nada que temer de mí. No quiero una doncella temblorosa, sino una mujer bien versada en el amor. —Le pasó el pulgar por el pezón y ella se estremeció—. Ves, no es tan malo ceder, aunque sólo sea por un momento.

Al oír eso, ella levantó las pestañas y le lanzó una mirada acusadora que lo decía todo.

—No he cedido. Me estás obligando.

—No, es tu elección.

—Sí, si perdiera a mi querida mascota, podría negarme. Sabes que no lo haré.

—¿Entonces lo ves? Es tu elección, como he dicho. —Antes de que ella pudiera protestar de nuevo, él inclinó la cabeza hacia su pecho, saboreando una piel que olía a lavanda y humo. Contra el acolchado oleaje de su pecho, murmuró—: Tienes mucho que aprender sobre el trueque de una cosa contra la otra, ma belle.

Ella era suave y tersa bajo sus palmas cuando él deslizó las manos por la extensión acanalada y bajó hasta su cintura, para ahuecar sus caderas y atraerla contra él. Un suave gemido vibró en el fondo de su garganta, un eco del grito anterior del lobo. Un rizado zarcillo de pelo rubio se deslizó por encima de su hombro para hacerle cosquillas en la mejilla, y él levantó la cabeza para mirarla. El dolor palpitante en sus entrañas se hizo más intenso cuando ella apoyó los talones de las manos en su pecho para inclinarse hacia atrás y alejarse, sus caderas

empujando hacia él mientras buscaba su mirada.

—Confunde el momento si cree que hago trueques, milord. —Su carne desnuda se apretó seductoramente contra la de él, y su cuerpo respondió—. ¿Entonces esto es una rendición? — Medio sospechando un truco y sin querer a enfrentarse a más forcejeos, sus brazos se apretaron alrededor del cuerpo de ella que no se resistía.

—No... una retirada táctica, quizás.

La sangre retumbó en sus venas cuando ella trazó un camino imaginario sobre su pecho con la yema del dedo, y luego sopló suavemente sobre su piel. Bastian no podía esperar más. La empujó de nuevo hacia el estrecho catre, medio cargándola cuando de repente se quedó sin huesos. Su larga y ágil figura se descolgó graciosamente de sus brazos, una tentadora mezcla de sensación erótica e intrigante resistencia.

—Tu batalla está perdida, ma chérie —respiró él contra la dulce curva de su garganta y su hombro, y sintió su estremecedor suspiro.

—¿Lo está? —Los brazos de ella se habían enroscado alrededor de su cuello cuando él la levantó, por reflejo, había pensado, pero ahora se tensaron. Inclinó la cabeza hacia atrás para mirarla. Una sonrisa provocativa curvó su boca, y el barrido de sus pestañas bajó, burlón. Con su voz suave y ronca, ella murmuró—: Cuidado con cantar victoria demasiado pronto, milord, porque aún puede preguntarse quién ha ganado después de todo.

Impulsado tanto por la necesidad como por la determinación, Bastian descartó sus palabras como otro farol. Estaba tan llena de ellas como un bosque de árboles, una tras otra en una letanía interminable. Sin embargo, nada importaba ahora salvo el momento y la mujer, la urgencia de su deseo y la repentina capitulación de ella.

Enardecido ahora, la bajó al catre con su peso, su boca hambrienta cubriendo los labios entreabiertos de ella con un fervor que nunca había sabido que pudiera existir. No se trataba de lujuria desprendida, sino de una necesidad envolvente y sin sentido que sofocaba todo menos el

ardiente deseo de hacerla suya.

Besando sus ojos cerrados, su boca húmeda y el arco de su garganta, encajó las rodillas entre sus muslos y los separó, con la urgencia cabalgándole tan fuerte que sólo podía pensar en liberarse. La piel suave como un pétalo de rosa le atrajo a acariciarla por todas partes: la tentadora curva de sus pechos y la caída de su vientre, los pálidos hilos brillantes de su montículo de mujer y el excitante y húmedo calor entre sus muslos.

Maire gimió. Su respiración llegaba en ásperos jadeos, y ella se retorcía inquieta bajo él mientras él prodigaba atenciones a sus exuberantes curvas. Cuando su boca se cerró sobre el apretado pico de su pezón, ella gritó, agarrándolo por la parte superior de los brazos para sujetarlo con fuerza. Con su mano acariciando su suave montículo y su boca moviéndose de un pecho al otro, él se detuvo para lamer con la lengua el perfumado valle entre ambos, y ella respondió con urgentes ruiditos que espolearon su propio deseo.

Murmurando cariños en francés con voz gruesa y áspera, Bastian bajó su cuerpo sobre el de ella para envolverse en su calor, apoyando su peso en los brazos doblados. Ella se arqueó hacia arriba, las caderas al encuentro de su lento empuje mientras un suave grito se le escapaba y sus dedos se arrastraban por los brazos desnudos de él.

Ah, ella estaba tan tensa y caliente, tan exquisita que por un momento él no comprendió el mensaje que había detrás de su repentino y agudo grito de dolor. Sin embargo, mientras volvía a penetrarla, se dio cuenta del significado e inmediatamente se quedó quieto. Con la cabeza gacha, los músculos de sus brazos temblando por la reacción y el esfuerzo, intentó hablar y no pudo.

Lentamente, se impulsó y levantó la cabeza para mirar incrédulo el pálido rostro de ella. Así que era verdad. Al menos, ella no había mentido al respecto.

Su voz, un graznido apagado, finalmente ronroneó:

—Maldita seas, eres virgen.

—No, milord, era virgen....

Capítulo 7

Bastian yacía de espalda con el antebrazo echado sobre la frente, mirando fijamente al techo de la tienda. Tenía la mandíbula desencajada y los ojos oscuros cuidadosamente inexpresivos.

—Dime —dijo fríamente—, por qué una esposa casada hace tres años seguiría siendo virgen.

Maire no contestó. No podía. La cruda conmoción de su reciente encuentro la había dejado sin fuerzas, con las emociones crispadas que amenazaban con disolverse en un torrente de lágrimas. Inexplicablemente, quería apretar la cara contra el pecho de Bastian y sentir cómo la abrazaba. Inexplicablemente, él la había atraído hacia sí sin que se lo pidiera, acariciando con ternura el pelo de su rostro empañado y murmurando en francés que había cometido un maldito error.

Sus ganas de llorar eran totalmente esperables, supuso, pero una debilidad que detestaba. Los acontecimientos de la noche la habían dejado conmocionada e insegura de sí misma, o de lo que podría hacer.

¿Cómo podía haber perdido el control con ese hombre? Pero lo había hecho. Una vez que su ira se desvaneció, se dio cuenta de que eso era exactamente lo que había querido de él.

Las exquisitas sensaciones de sus manos en su cuerpo, su boca en sus pechos y sus dedos deslizándose por su dolorido centro habían encendido una respuesta explosiva que la había

sumido en un olvido sin sentido. Hasta que aquel dolor agudo y punzante le había arrancado un grito de sorpresa, ella misma se había olvidado de que aún era virgen.

Después de eso, la encantadora bruma de ardiente necesidad se había derretido bajo las recriminaciones de Bastian, que se apartó de ella y se hizo a un lado. El aire nocturno refrescó rápidamente la piel vaporosa, y fue Bastian quien se inclinó para echarles las mantas por encima.

Maire se preocupó del borde andrajoso de la manta entre los dedos e intentó no mirarle, pero el impulso de atisbarle por debajo de las pestañas era irresistible. Seguían tumbados en el estrecho catre, con los cuerpos apretados el uno contra el otro, aunque Bastian tenía los brazos echados hacia atrás por encima de la cabeza. Una criatura magnífica, realmente, con su cuerpo duro y musculoso y sus besos seductores. Locura, pensar en eso ahora.... Ella se apartó de él con un murmullo agitado, y él le puso una mano en el hombro para retenerla.

—No es una pregunta difícil, Maire. Contéstame. Con la verdad, si valoras todo lo que te es querido.

Esta vez no necesitó más explicaciones sobre aquella ominosa amenaza y se encogió de hombros antes de responder:

—Derian y yo crecimos juntos. Fue acogido por mi padre después de que sus padres murieran en una incursión danesa cuando ambos éramos pequeños. Le consideraba mi hermano.

—No mencionaré las vagas leyes de la iglesia sobre la consanguinidad en este momento, pero es algo a considerar una vez que te reúnas con el rey. ¿Tienes un hermano natural?

—No. Mi padre siempre anheló tener un hijo, pero mi madre era... frágil. Yo era todo lo que ella podía darle por heredero, y él no quiso hacer lo que otro hombre podría haber hecho e irse con otra mujer. Quería mucho a mi madre.... —Su voz se sumió en un silencio doloroso mientras se serenaba.

—¿Debo creer que vivisteis juntos como hermano y hermana, como adultos y como niños?

—Es la verdad. —Ella se aclaró la garganta—. Durante años, Derian y yo jugamos juntos, estudiamos juntos; hubo un monje que se quedó un tiempo en Cresshawe y nos dio lecciones de griego y latín, así como de historia. —Su boca se torció irónicamente—. Como mujer, por supuesto mis estudios no eran tomados en serio. Derian destacaba en todo, pero se le daba mejor la estrategia militar. Él y mi padre tramaban campañas hasta bien entrada la noche, siempre imaginarias, ya que Derian aún era un niño. Sin embargo, esas batallas imaginarias bastaron para que Creoffrey lo reconociera como un estratega brillante. Fue eso, creo, lo que le granjeó la simpatía de mi padre. Más que el hecho de que sus tierras heredadas fueran vastas y colindaran con nuestra finca.

—Ah, así que Creoffrey te casó con él y aumentó sus posesiones. Pero, ¿por qué un hermano adoptivo? ¿Por qué no uno de sus vasallos más fuertes? Las tierras de Derian no podían ser tan vastas.

Se volvió y se encontró con la mirada de Bastian.

—Mi padre estaba desesperado por buscarme una pareja adecuada, pues, se rumoreaba que yo podía ser bastante... difícil.

—Je n'en suis pas surpris. —Algo de la tensión se alivió de los ojos de Bastian, y la sugerencia de una sonrisa se dibujó en una comisura de sus labios—. Pero es evidente que no te opusiste a casarte con Derian.

—Era muy joven, sólo tenía doce años entonces, y sólo pensaba en que Derian y yo estaríamos siempre juntos. Los asuntos de la carne no se me ocurrían, y como Derian era mayor y me amaba, esperó. Se negó a consumar el matrimonio. En aquel momento, pensé que mi edad era la única razón.

Bastian frunció ligeramente el ceño.

—Entiendo que eso significa que había otra razón por la que no consumó.

—Sí. —Ella vaciló. El recuerdo aún le resultaba doloroso, aún le hacía arder las mejillas por la angustia recordada y la culpa temblorosa. Pero no podía decirle eso a Bastian, no podía decirle cómo había decepcionado al valiente Derian. O cómo ella siempre le había amado... aunque no de la forma que él deseaba. Él lo había sabido, demasiado bien, con la tristeza en sus finos ojos y la curva melancólica de su boca.... Sé que nunca me amarás como yo a ti, Maire, pero eso está bien. Quiéreme lo mejor que puedas y será suficiente.... Pero no había sido suficiente. No lo suficiente para mantenerle con vida.

Maire eligió sus palabras con cuidado.

—Siempre pensé que Derian era el niño más hermoso del mundo, y lo era. Cuando éramos niños, no importaba que no fuera muy alto, pero a medida que yo crecía vi que él no, y su cuerpo se retorció con una enfermedad fulminante. —Aquí vaciló, y las lágrimas no derramadas espesaron su voz—. Era muy valiente. Nunca le oí quejarse, aunque había quienes le despreciaban. Nunca les dio la satisfacción de reconocer su dolor. Ah, era tan guapo, con un rostro como el de un ángel. Ojos del azul verdoso de las joyas y pelo fino del color de la luz de la luna... cuando murió mi padre dijo que era demasiado puro y noble para permanecer en este mundo.

—Así que no murió en la batalla.

Ella intentó reír, pero el sonido fue estrangulado.

—Oh, pero lo hizo. Fueron los daneses... llegaron en sus largos barcos, deslizándose por la costa para asolar la campiña. Mi padre estaba lejos, problemas con los escoceses al norte, y Derian insistió en dirigir hombres para proteger a Cresshawe. Planeó una estrategia brillante, dividiendo nuestras fuerzas y engañándolas para que persiguieran a nuestros hombres hacia una cañada boscosa donde esperaba con más guerreros... pero fue allí donde cayó, asesinado con una espada en la mano como siempre había dicho que quería. Y su plan funcionó: nuestros hombres pudieron hacer retroceder a los invasores y salvar a Cresshawe.

Intentó respirar hondo, pero le dolía la garganta y sentía como si una enorme piedra le aplastara el pecho. Incluso ahora, después de cuatro largos años, la pena tenía el poder de deshacerla. Porque sabía con tanta certeza como si hubiera empuñado la espada, que ella le había matado. Su incapacidad para consumar su matrimonio había sido su destrucción. Después de eso, había buscado la muerte con ansia, había buscado su redención como valiente guerrero. Y murió por ello. Si no hubiera sido por ella...

A medida que el silencio se extendía entre ellos, empezó a desear no haber confiado en aquel hombre. Después de todo, él era el enemigo, ¿no? ¿Por qué había soltado el dolor de su corazón?

Lentamente, Bastian dijo:

—Tu marido parecía un hombre noble, como dijo tu padre. No todos los hombres pueden morir como desean. Fue una bendición para él.

Maire deseó sentir lo mismo. Pero la muerte de Derian había dejado un vacío tan grande en su vida que aún le era imposible verlo de ese modo. Era demasiado egoísta. Eso era lo que Kyna, su antigua enfermera, había dicho.

—Todos los días sufría y, sin embargo, lo querías aquí sólo para ti —la regañó Kyna—. ¿No te importaba que fuera una agonía para él levantarse por la mañana, o vestirse, o fingir que estaba bien para que tú fueras feliz? Ah, niña egoísta, algún día madurarás y te darás cuenta de que el verdadero amor no se basa en cómo te hace feliz otra persona, sino en lo felices que os hacéis mutuamente.

—¡Yo hacía feliz a Derian! —gritó ella, pero Kyna se burló.

—Sí, siempre noté lo complacido que parecía cuando insistías en que te acompañara en largos paseos, o caminatas por pantanos y ciénagas con ese lobo peligroso que te regaló... pero nunca lo viste.

Fue espantoso darse cuenta de que Kyna tenía razón, y durante semanas después había estado inconsolable. Y luego había llegado la pena, luego la ira, luego la culpa. En un intento desesperado de buscar consuelo, había visitado a una vieja bruja en una cabaña junto al mar. Allí, se había sentado sobre una estera de hierba tejida y había dejado que el viento le enredara el pelo mientras observaba a la arpía lanzar las Runas. Pero esta vez las piedras de la profecía no respondieron a sus preguntas sobre el futuro... ni sobre el pasado, pues la arpía estaba más empeñada en profetizar que en responder a sus angustiosas preguntas.

—El lobo traerá grandes penas y luchas a la tierra, pero después vendrá la paz durante un tiempo, y con ella... el amor. Un gran amor, milady, y la lealtad de por vida de un lobo será suya....

Profecía ridícula, pero misteriosamente exacta en algunos aspectos. William de Normandía había llegado, asolando el país como un lobo aunque la mayoría de los hombres le llamaban león, y el dolor y la lucha habían llegado con él. Pero el tiempo de paz no había llegado, aunque habían pasado más de tres años desde que William desembarcó cerca de Hastings, en Pevensey, y mató a Harold en la colina de Senlac. Largos años, años de terror y aprensión, y aún ninguna señal de paz. Salvo por la lealtad de su lobo, la profecía estaba vacía.



Maire intentó no mirar a Bastian. Cabalgaba a la cabeza de la fila, bajo el estandarte que portaba su portaestandarte, y ella lo contempló con resentimiento. Ya había creado sus armas baroniales, y un lobo negro ondeaba sobre un campo rojo, proclamándole señor de Cresshawe. Un nuevo estandarte, un nuevo día, un nuevo señor. ¿Qué sería de ella?

Era media tarde, y la ciudad de York estaba justo delante. Podían pasar muchas cosas, y aunque Bastian parecía creer que William sería clemente una vez que se enterara de la

provocación de Sir Roberts, ella no tenía su fe.

De William sólo sabía lo que había visto a lo largo del viaje desde Cresshawe: Aldeas antaño prósperas yacían en ruinas carbonizadas, rodeadas de campos manchados de negro y los huesos del ganado sacrificado, yacían en enormes montones que denotaban la definición Normanda de misericordia. Los atisbos de población eran escasos, ya que cualquiera que viera acercarse a los caballeros Normandos huía para salvar la vida. Le apenaba y enfurecía que tantos hubieran sufrido tanto.

Como si percibiera su reacción, Bastian mantuvo las distancias. Fue Giles quien recibió la peor parte de su ira, sus sonrisas lascivas y sus comentarios sugerentes la empujaron a liberar su furia contenida.

—Cerdo Normando —siseó ella cuando él le exigió que mantuviera su montura al paso del resto—, no me hables de prisas. Ni más de tu apocado amigo Alain. No le tengo ningún aprecio, así que no me hables de su afecto por mí.

La mandíbula de Giles se desencajó y, tras la protección metálica de la nariz de su yelmo, sus ojos grises se mostraron acerados.

—Le dije a Alain que estaba loco, pero quiso que le diera su mensaje. Lástima que Sir Roberts no le matara a usted en lugar del mensajero.

—No tuvo el valor de hacerlo —replicó ella con los ojos entrecerrados—. Igual que usted no tiene el temple suficiente para tratar con una mujer, sino que debe correr hacia Sir Bastian en cada oportunidad. Juro que dentro de una hora estará lloriqueándole de los malos tratos que ha recibido de mis manos y de cómo abuso de usted.

Giles apretó con fuerza un extremo de las cadenas que rodeaban su cintura, levantándolas con un leve y amenazador tintineo.

—Si yo fuera Sir Bastian, en lugar de atarte con estas cadenas, te haría cabalgar en esa

jaula con el lobo, pues los dos sois parecidos.

—Usted no es ni la mitad del hombre que es Sir Bastian, así que no me hable de lo que usted haría. Sin duda estaría temblando bajo un seto de espinos con sólo pensar en enfrentarte a Saskia.

—Saskia. —El desprecio goteó de la palabra—. Un nombre noble para una bestia desaliñada y descuidada. Sir Bastian debería haberla matado enseguida. Pone nerviosos a los caballos.

—Querrá decir que le pone nervioso. —Maire agarró con fuerza las riendas con ambas manos para no abofetear a Giles con ellas. Bastian le había advertido que no debía volver a golpear al soldado.

Bastian. Sir Bastian. Lord Bastian. Sí, sería señor de Cresshawe una vez que William le concediera las tierras como le había prometido. Y ella no tendría derecho a una piedra de ella, ni a una brizna de hierba, ni siquiera a un terrón de tierra. La tierra que había pertenecido a su familia desde la época de los romanos pertenecería a un invasor. Daneses, escoceses y vikingos habían sido rechazados una y otra vez, y ahora los Normandos lo habían conseguido. Giles acercó su montura, hasta que estuvo a la altura de Maire y su cara quedó a escasos centímetros de la de ella.

—Cuando lleguéis hasta el rey, os dará vuestra justa recompensa, espero. Y yo me encargaré de que Alain reciba el mensaje que le enviaste. Lo perderás todo, putain.

Olvidada la severa advertencia de Bastian, Maire lanzó un tajo, alcanzando al hombre de armas con fuerza en la boca con el borde recto de su palma. El golpe le pilló por sorpresa y se tambaleó hacia atrás. Cuando sus espuelas rozaron los costados de su montura, la asustada bestia saltó hacia delante con un agudo relincho de alarma. Soltando el extremo de la cadena de Maire, Giles agarró sus riendas y soltó un bramido de consternación que espoleó aún más a su caballo. Observó con sombría satisfacción cómo el tambaleante soldado intentaba recuperar el equilibrio

y el control de su caballo, medio sobre la bestia, medio fuera de ella, con una rienda arrastrando mientras el animal, presa del pánico, huía por el estrecho sendero en un estruendoso torrente de cascos y tierra húmeda.

Era suficiente venganza para que Giles pareciera el tonto, y ella mantuvo su montura a un paso uniforme, observando con fingida inocencia cuando Bastian se giró en su silla para ver la causa de la conmoción detrás de él. Miró inmediatamente de Giles a ella, la expresión de su rostro transmitiendo su irritación.

Girando su montura, Bastian pasó junto a Giles, que para entonces había conseguido enderezarse y controlar su caballo, alcanzando a Maire demasiado deprisa.

—¿Qué le has hecho esta vez?

Se encogió de hombros.

—Los informes sobre la buena equitación Normanda son muy exagerados, creo. Giles es un excelente ejemplo de cómo no se deben creer los rumores.

—Pones a prueba mi paciencia, Maire.

Aunque su tono era nivelado, contenía un borde de ira controlada que la dejó inquieta. Cambió a otra táctica.

—Le ruego muy humildemente que me disculpe, milord. Giles me provocó a un comportamiento imprudente. Me llamó puta, y ese privilegio lo reservo para usted.

Detrás de sus palabras se escondía un arma de doble filo, como ella bien sabía. Bastian la había declarado inviolable para sus hombres, y que uno de ellos traspasara los límites requería actuar. Sin embargo, ¿no la había presentado como una puta? Todos los hombres del campamento debieron oír su forcejeo aquella noche en la tienda, oyeron el grito que sería correctamente interpretado. Y lo que era peor: al insultar a una dama bajo la protección de Bastian, Giles había insultado a Bastian. Qué dulce venganza.

El rostro de Bastian reflejó su inmediata comprensión tanto del insulto como de la violación de su autoridad. Pero no tuvo tiempo de saborear su triunfo, pues él se inclinó desde su enorme destrier para arrebatarle las riendas de su caballo y el extremo de la cadena que colgaba de su cintura.

—Discutiremos esto con Giles cuando lleguemos a York. Hasta entonces, cabalgarás a mi lado, y no creo que seas tan tonta como para intentar conmigo las jugarretas que has hecho con él.

—No lo sabe todo, milord.

—Pronto lo sabré. Si piensas poner a prueba mi paciencia, lo has conseguido. Disfruta de los frutos de tu trabajo, demoiselle.

La riqueza de la ira en sus palabras fue suficiente para mantenerla sabiamente callada, incluso cuando pasaron junto a Giles y Bastian le ordenó con un chasquido que se pusiera en fila.

—A ver si puede manejar mejor a su caballo que a una mujer desarmada —añadió en un francés mordaz—. Y ruega que no haya ignorado mis órdenes, como ella afirma.

—Dieu m'en garde.... —La protesta de Giles salió en un gemido ahogado que Bastian ignoró, y el hombre de armas dirigió a Maire una mirada furiosa que nadie podía malinterpretar.

Maire pensó que el odio sincero era mucho mejor que su pretensión de conspiración amistosa, sus palabras susurradas y repetidas del escudero Alain que la dejaron llena de aversión e inquietud. Al menos ahora ya no tendría que rebatir sus vagas sugerencias, ni sufrir su resentimiento por su desprecio bienintencionado. Era un gusano, igual que el escudero que se ocupaba de ella.

Maire se agarró al alto pomo de su montura, inquieta por el paso rápido de Bastian.

Soplaba una brisa enérgica que le helaba las mejillas y las manos expuestas y tiraba de los bordes sueltos de su capa. Metió un borde del material bajo su rodilla, manteniendo una mano

firme en el pomo para no caerse de la silla, y luego aseguró el otro borde. Así evitaba que su capa soplara salvajemente detrás de ella y mantenía sus piernas más calientes. Aunque como cabalgaba a horcajadas como un hombre, sus faldas le llegaban ahora casi hasta las rodillas.

La cadena le dio un fuerte tirón de la cintura y levantó la vista para ver a Bastian mirándola fijamente. Sus ojos oscuros la miraban con algo parecido a una conjetura. Su corazón golpeó contra sus costillas. ¿Admitiría su atracción por ella y accedería a tomarla por esposa? Si sus escuchas eran una garantía, él no estaba casado y ella aceptaría ansiosamente casarse con él si Cresshawe era el premio. Por supuesto, ya no se trataba de su dote, sino de tener la seguridad de que podría regresar a su hogar.....

Bastian volvió a mirar hacia delante y soltó la cadena para que no tirara de ella. Maire se mordió el labio inferior, aferrándose a la silla y deseando saber qué decir. Que Dios la ayudara, se sentía tan atraída por él como él por ella. Si no fuera un Normando, pero eso era una tontería. Él era lo que era, igual que ella era lo que era. Él le había dicho claramente que la lujuria no significaba nada más para él que la liberación, incluso cuando la mujer era virgen.

Aunque no la había tocado desde entonces, ni traicionado con palabras o miradas que la deseaba, ella sabía que no era así. Él ya había roto su propia regla para tenerla, y a pesar de lo que había jurado, había un vínculo invisible entre ellos, una tensión tan cargada como un rayo.

El tiempo se le echaba encima. Debía hacer que Bastian admitiera su deseo por ella antes de que la entregara al rey, y aún podría volver a ver a Cresshawe. Pero si él no lo hacía, otro plan se le había ocurrido en las primeras horas antes de que saliera el sol.

Lo miró, estudiando su perfil oscuro y su pose rígida. Seguía enfadado, por supuesto. Eso difícilmente contribuía a lograr su objetivo. Pero al menos ahora cabalgaba con él en lugar de con Giles, una clara mejora. Ojalá fuera una de esas mujeres adeptas al coqueteo, con las pestañas bajas y la sonrisa encantadora, la zalamería que parecía resultar tan natural para algunas pero que a ella se le escapaba de las manos. Debía encontrar la forma de engatusarle o, al menos,

de desarmarle.

—¿Milord? Un momento, por favor... mi capa se ha enredado y estoy a punto de caer....

Bastian giró para lanzarle una mirada ceñuda. Aligeró el paso cuando Maire le indicó la capa metida bajo su pierna.

—No parece tan grave como para desmontarte, demoiselle.

—Pero apenas puedo mantener el equilibrio, ya que ambos lados están cogidos... por favor, ayúdeme, milord.

Inclinándose desde su montura, Bastian agarró el borde de la capa de ella y le dio un fuerte tirón que liberó la lana roja. El dobladillo de su kirtle azul se había subido hasta dejar al descubierto su pierna y su muslo. Su mano se detuvo, con los ojos clavados en la extensión de carne desnuda. No intentó bajarle la falda, sino que fingió interés por el broche que sujetaba su capa en la garganta. El paso de los caballos se había ralentizado hasta convertirse en un paseo. Bastian se enderezó lentamente, retirando la mano al tiempo que la miraba a la cara.

Maire sonrió y levantó los hombros en un encogimiento de hombros impotente.

—El alfiler se me ha atascado en la capa y me está clavando. ¿Le importa, milord?

A Bastian se le afinó la boca, pero detuvo en silencio a los caballos y se inclinó hacia delante para volver a clavar el broche.

—Si tu capa te causa tantos problemas, quizá deberías quitártela —murmuró, pero no había ira en su voz. Sus grandes manos juguetearon con el alfiler durante varios instantes. Los soldados se cruzaron con ellos en el estrecho camino y les indicaron que siguieran adelante con un movimiento de cabeza de Bastian.

—¡Bon Dieu! —refunfuñó—. No soy la doncella de una dama. El alfiler parece estar doblado… ah, lo tengo.

Abrochó el alfiler y se enderezó, las manos rozando la turgencia de sus pechos mientras alisaba la capa. Se detuvo, con los ojos fijos en su rostro, y luego dejó caer las manos.

—Gracias por su amabilidad, milord. —Ella sonrió, pero no intentó agitar las pestañas. Él se daría cuenta enseguida de esa treta—. No merezco su amabilidad cuando le he causado tantos problemas.

—Cierto. —Levantó la ceja—. Pero creo que Giles también es culpable de la disensión.

—Me temo que es cierto, milord. Él…

—Ahora no. Como dije, me enteraré de la verdad cuando lleguemos a York.

Su decepción debió mostrarse, porque él rio suavemente y se inclinó de nuevo hacia ella, cogiendo las riendas de su yegua.

—Si esto iba a inclinarme de tu lado, demoiselle, lo único que ha hecho es recordarme lo suave que es tu piel y cómo sabes a lavanda.

Consiguió no mostrar su alegría, pero fingió un encogimiento de hombros resignado.

—Es usted demasiado listo para mí, milord.

—Ya deberías haberte dado cuenta de que estoy bien acostumbrado a los trucos burlones de una mujer.

Mientras volvían a la fila de soldados, Maire le miró con curiosidad.

—Debe de haber conocido a muchas mujeres, milord.

—No como tú te imaginas. —Su voz se endureció y un músculo saltó en su delgada mandíbula—. Las mujeres que conozco tienen un solo propósito.

—¿Ningún recuerdo cariñoso de una madre o hermana? ¿Ningún primer amor? —La mirada que le envió era fría y hostil.

—Ninguno.

Tomada por sorpresa, Maire se retiró al silencio. Había una gran riqueza de matices en esa sola palabra y a ella no le importaba examinarlos demasiado de cerca. Sólo podía perjudicar su propósito recordarle a compañeras desagradables en aquel momento. Así que se las arregló con una sonrisa vacilante, un encogimiento de hombros y un destello de pierna desnuda mientras se arreglaba delicadamente los pliegues de la falda. No pasó desapercibido.

Bastian dirigió una mirada en su dirección antes de volver a mirar al frente. Había un conjunto tenso en sus hombros y una tensa inclinación en su boca que podía significar cualquier cosa, y Maire se preguntó si había vuelto a dar un paso en falso. Era posible.

Cuando llegaron a un recodo del camino, Bastian se separó de las filas y cabalgó hacia el frente, llevando a Maire con él. Miró hacia atrás una vez para asegurarse de que el carro que transportaba a Saskia seguía con ellos, y vislumbró la forma supina de la loba blanca tras los barrotes de madera. La visión de su leal amiga encarcelada renovó su determinación de recuperar a Cresshawe y una semblanza de su vida anterior.

Sus manos temblaban ligeramente. Cuanto más se acercaban a York, más se aproximaba el momento en que se decidiría su destino. Sin embargo, ¿cómo podía ganarse la ayuda de Bastian cuando cada paso que daba era equivocado? Estaba angustiosamente claro que no tenía intención de casarse con nadie, y mucho menos con la mujer que había mantenido a raya a sus hombres y luego le había puesto la espada en la garganta cuando consiguió entrar en el castillo.

La angustia hizo brotar lágrimas de sus ojos, y se inclinó como si quisiera atarse el cordón de una bota para que nadie viera su debilidad. Con la excusa de enderezar su capa, se enjugó subrepticiamente una lágrima vergonzosa. Era estúpido llorar por lo que no se podía cambiar, e inútil lamentarse por lo que no se podía ganar.

Cuando se enderezó, vio la silueta de York más allá de amplios campos. Se le oprimió el pecho a medida que se acercaban. Cascos ennegrecidos y carbonizados se elevaban hacia el cielo y, cuando entraron en la ciudad, vio los restos de un incendio más reciente. Piedras desplomadas

se alineaban en las calles, y madera astillada con bordes dentados y chamuscados apuntaba hacia arriba. Una escena desoladora que ni siquiera las pocas casas intactas podían atenuar.

No pudo contener la amargura de su voz al comentar que ni siquiera las ciudades prósperas estaban a salvo de las depredaciones Normandas.

—Pero quizá los Normandos encuentren más valor en la madera quemada que en los mercaderes vivos —añadió enfadada.

Bastian le dirigió una mirada entrecerrada.

—Te sugiero que no le recuerdes al rey cómo llegó a quemarse York, mi fina dama sajona, o desearás haberte callado.

Demasiado tarde, recordó las historias de condes sajones que se sublevaron y tomaron York, de tropas Normandas que prendieron fuego a los almacenes y se extendieron por la ciudad, y luego murieron en una batalla desesperada ante las puertas de la ciudad. Sí, William se resistiría a que le recordaran esa pérdida, estaba segura, pero la victoria sajona fue en vano. Los Normandos aún mantenían Inglaterra, aún mantenían York, y aunque muchos habían muerto, había sobradas pruebas de que los habitantes de York eran los que más habían perdido.

Rostros pellizcados miraban a los soldados que cabalgaban por las estrechas calles, algunos de ellos niños pequeños tan delgados que parecían las ramas desnudas de los sauces. Un patético recordatorio de lo que la guerra podía traer a ambos bandos.

Sin embargo, también había reconstrucción, el olor de la madera recién cortada y el sonido de los obreros. En lo alto de un montículo de tierra sobre la ciudad se alzaba un nuevo castillo donde había estado el antiguo, con muros de madera en bruto y robustas murallas protegiéndolo. A medida que se acercaban, el estómago se le revolvía de aprensión y sensación de pérdida. Tal vez el rey no estuviera allí. Era posible. Ya podría estar en Winchester, o en Londres, o incluso en Normandía. La demora era su única esperanza de éxito. Necesitaba tiempo para convencer a Bastian de su causa, tiempo para persuadirle de que a Cresshawe le iría mejor con un ama

conocida que supervisara al pueblo.

Bastian instó a los caballos a acelerar el paso. Los cascos repiquetearon sobre los adoquines, sonando como un trueno a sus oídos.

Maire levantó la vista cuando Bastian exclamó con satisfacción:

—El estandarte del rey ondea; ya está aquí.

La esperanza se desvaneció cuando vio ondear el estandarte del león de Normandía, rojo contra blanco, en lo alto de una torre de madera a la luz del atardecer. Mientras ella miraba, el sol salió de detrás de una nube y el león rojo pareció cobrar vida, brillando como la sangre contra un campo blanco, voraz.

Su corazón se hundió y sentó a su montura entumecida mientras atravesaban una puerta vigilada y se adentraban en los terrenos del castillo. Encaramado sobre un alto montículo de tierra que los Normandos llamaban motte, el castillo dominaba el lugar. Alrededor del montículo de tierra había murallas de madera. El patio exterior bullía de actividad, y Maire se aferró a su caballo con ambas manos mientras Bastian desmontaba entre un nudo de bienquerientes. Aún sujetaba las riendas de su yegua con una mano y se volvió despreocupadamente para saludar a los que le rodeaban, ignorando a Maire como si no tuviera importancia.

—Ha llegado la noticia de que ha tenido éxito, milord —dijo en francés un hombre alto y apuesto, dando un ligero golpecito a Bastian en el brazo—. Supongo que ahora debo hacer una reverencia.

—Me gustaría ver eso, Robert.

—Estoy seguro de que sí. —El hombre de pelo oscuro llamado Robert desvió la mirada hacia donde Maire sentaba rígidamente a la yegua gris. Levantó una ceja y observó las cadenas que rodeaban su cintura con evidente diversión—. No, no, Bastian, te has equivocado. Se supone que debes traer de vuelta al viejo señor encadenado, no a su núbil hija.

Bastian miró a Maire.

—Si conocieras el temperamento de ésta no dirías eso.

Sonriendo, Robert se encogió de hombros.

—Ah, es tan encantadora que su temperamento no debería importar. ¿Pero qué hay de Lady Cosette?

A Maire se le heló la sangre y de repente sintió como si tuviera una enorme piedra en la garganta. Intentó no mirar, intentó no delatar que les entendía, pero era casi demasiado difícil, sobre todo cuando Bastian rio suavemente.

—La encantadora Cosette significa para mí tanto como siempre, Robert, ya lo sabes.

Maire parpadeó. Debería haberlo adivinado. Puede que no estuviera casado, pero estaba prometido. Sus negaciones no significaban nada. Era como todos los hombres, fiel sólo cuando su amada estaba a un palmo de distancia y no le quitaba ojo de encima. ¿Por qué no había recordado su verdadera naturaleza?

—¡Bastian! Bastian!

La aguda voz femenina se elevó por encima del murmullo de mayordomos y soldados, y Bastian se dio media vuelta cuando una pequeña mujer de brillante cabello oscuro y rostro picudo se lanzó hacia él. Él la atrapó en sus brazos, murmurando algo mientras ella le rodeaba el cuello con los brazos y bajaba su cabeza para darle un beso. Se oyeron risas y los hombres aplaudieron cuando el beso se hizo más profundo, pero Maire sólo podía mirar con creciente angustia. No ayudó que fuera Bastian quien se separara, retirando con firmeza los brazos de la mujer de alrededor de su cuello, con voz ligeramente áspera.

—Ahora no, Cosette.

Cosette.

El patio se desdibujó y, por un momento horrorizada, Maire creyó que iba a echarse a llorar. El repique repentino de las campanas de la iglesia era casi ensordecedor. ¿Pero no habían pasado por delante de una iglesia quemada? ¿Cómo podían estar sonando las campanas tan fuerte? No paraban de repicar, mil a la vez, mientras a su alrededor todo pasaba de borroso a tenue, y luego a nada en absoluto. Tuvo la extraña sensación de caer antes de que la envolviera una nube suave y oscura.

Capítulo 8

Apartándose de Cosette, Bastian apenas atrapó a Maire antes de que golpeara el duro suelo junto a los cascos de Drago. El enorme destrier ya estaba nervioso con tanta gente alrededor, y bien podría acuchillar a Maire hasta hacerla pedazos antes de poder detenerlo.

—Coge mi caballo —bramó Bastian, y alguien cogió rápidamente las riendas para alejar a la agitada montura. Medio arrodillado, Bastian acunó suavemente entre sus brazos la forma inerte de Maire. Tenía la cabeza inclinada hacia un lado y los ojos cerrados, largas pestañas ensombreciendo unas mejillas que parecían demasiado pálidas. Ella emitió un sonido suave y lastimero mientras él la sostenía.

Arrodillado a su lado, Robert comprobó rápidamente si tenía algún hueso roto, con su mano tan rápida y certera como la de cualquier cirujano. Levantó la vista con una sonrisa y un encogimiento de hombros.

—A mí me parece que está bien. Salvo algunos moratones aquí y allá, no veo signos de lesiones graves.

Bastian se pasó una mano por el pelo y exhaló un suspiro exasperado.

—Ha comido muy poco en los últimos tres días. Podría haberla forzado, pero obligar a Maire a hacer algo que no quiere es como forzar al rey.

—Ah, una mujer formidable. Qué intrigante. —La ceja de Robert se levantó con curiosidad —. Entonces, milord Bastian, ¿por qué viaja con esta joven formidable?

—Ella es mi rehén.

El escueto comentario de Bastian debería haber bastado para advertir a Robert, pero la curiosidad de su amigo era tan ilimitada como imprudente.

—¿Tú rehén? ¿Esta encantadora doncella? Bromeas.

A través de los dientes, Bastian gruñó:

—No bromeo. Se trata de la líder de la revuelta sajona, y si no la entrego al rey, es como si no hubiera ido a Cresshawe en absoluto. Ahora apártate de mi camino, Robert, pues ella tiene una evidente necesidad de descanso y comida, y de aire fresco.

Algo de la preocupación y la ira de Bastian penetraron en la diversión de Robert, que asintió y se puso en pie para apartar a la gente, gritando que debían dejar pasar a Lord Bastian al castillo.

A un lado, Cosette esperaba, sus grandes ojos verdes oscuros por la sospecha, el ceño fruncido. Cuando Bastian empezó a pasar junto a ella, ella se puso delante.

—¿Qué significa esto, Bastian? ¿Has traído de vuelta a una... mujer como rehén?

Ignorando su pregunta, Bastian espetó:

—¿Dónde puedo llevarla para que tenga intimidad y descanse?

—Si es tu rehén, te sugiero el cuerpo de guardia —replicó Cosette con acritud, pero ante la mirada de Bastian añadió en tono enfurruñado—: Hay una habitación justo al lado de la entrada que tiene cojines para las damas.

Cuando se puso en marcha hacia la escalinata del castillo, Cosette fue tras él, levantándose delicadamente las faldas con una mano, casi de puntillas para ver bien a la mujer que llevaba en

brazos. Fue Robert quien la distrajo, señalando con tacto que no parecía apropiado que corriera tras Bastian y su rehén sajón como una campesina maleducada.

—¿A menos que sea su costumbre parecer tonta, Lady Cosette?

—¡Sabe que no lo es! —Cosette respiró hondo y miró fijamente la mano de Robert en su brazo, que él retiró tan prontamente como si la hubiera mordido—. Es usted demasiado atrevido, señor. Dígale a Lord Bastian que le esperaré en la antesala del salón.

—Por supuesto, milady. —Robert le hizo una profunda reverencia que contenía más que un matiz de burla, y Cosette le miró con tanta frialdad que le produjo un escalofrío fingido—. Me congela con su gélido corazón, bella dama. No sea tan cruel.

—No sea tan impertinente. Se lo diré a mi primo y será debidamente castigado.

—La reina Maud regresó a Normandía por un tiempo. ¿Irá allí a decírselo?

Los ojos de Cosette se entrecerraron hasta convertirse en virutas hostiles, y su encantadora boca se contorsionó en una fea mueca.

—No, imbécil, enviaré un mensajero. Tenga cuidado, Robert de Brionne. No quiera hacer de mí un enemigo.

Extendiendo la mano sobre el pecho, sobre el corazón, Robert sacudió la cabeza con fingido horror.

—¡Dios se apiade de todos nosotros, Lady Cosette! No querría ser enemigo de la mujer que de repente ha decidido que Bastian Louvat es por fin lo bastante bueno para casarse ahora que ha ganado un título....

El siseo de Cosette sonó como el de un gato enfadado, y Robert miró más allá de ella para ver cómo Bastian desaparecía subiendo los escalones y entrando en el castillo. Abandonó su juego ahora que su objetivo estaba ganado.

—Discúlpeme, milady. De repente he recordado algunos deberes que debo atender.

Robert la dejó plantada en el patio y encontró a Bastian en una pequeña antesala del gran salón. Aún olía a madera nueva y brea, pero estaba acondicionada con cojines y sofás bajos para que las damas se reclinaran. En uno de ellos yacía la rehén sajona, aún encadenada, con el rostro tan pálido como la leche recién ordeñada.

—¿Quién es ella, Bastian?

Bastian no se apartó de aflojar los cordones del vestido de la muchacha.

—Encuentra a Giles. Él tiene la llave de estas cadenas malditas y debo quitárselas.

—¿Giles...?

—Uno de los hombres de Sir Roberts. Un hombre de armas de mi tropa.

Bastian seguía sin levantar la vista, y había una urgencia en su tono y en sus movimientos que se filtró a través de la primera diversión de Robert para dejarle pensativo. ¿Podría ser que su amigo sintiera cariño por la doncella a la que llamaba rehén? Eso parecía, pues la acunaba tiernamente entre sus manos, lo que no era poca cosa si uno recordaba las interacciones pasadas de Bastian con las mujeres. Y Robert las recordaba bien.

—Iré enseguida —dijo Robert rápidamente cuando Bastian le miró por encima del hombro.

Robert se marchó rápidamente, antes de que Bastian pudiera hacer más que lanzarle una mirada de enfado. Ya había fastidiado bastante a su amigo por ahora. Siempre quedaba más tarde. Sería de lo más entretenido descubrir por qué Bastian se había marchado para encadenar a un rebelde y, en cambio, había regresado con una encantadora doncella. Muy entretenido, desde luego.



El temperamento de Bastian no mejoró por la sutil burla de Robert. Ni era probable que mejorara. Antes de que acabara el día, tendría que enfrentarse a William y presentar su caso... o más correctamente, el caso de Maire. No esperaba una entrevista agradable. Tampoco esperaba la cooperación de Maire.

Cuando Maire despertó, parpadeando vagamente, estaba hosca y reservada. Apartando su mano, se incorporó con una brusca cautela que le hizo volver sobre sus talones junto al cojín de peluche donde ella yacía.

—Déjeme en paz.

Bastian frunció el ceño ante su duro rechazo. Ella apenas apreciaba sus esfuerzos.

—Podría haberte dejado en la tierra para que Drago te cortara en pedazos con sus pezuñas, pero no quedaría lo suficiente de ti para llevárselo al rey.

Todavía hosca, le dirigió una mirada desde debajo de unos pesados párpados, con la boca tan fruncida que unos profundos hoyuelos surcaron sus mejillas.

—¿Es una queja? Pensé que eso le gustaría.

—Si así fuera, no me habría tomado tantas molestias para traerte aquí viva e ilesa.

—Sí, eso quiere hacerme creer.

—Mocosa molesta, no tengo motivos para mentirte. Tampoco tengo motivos para ayudarte. Antes de que me fastidies demasiado, podrías pensar en eso.

Extendiendo los dedos sobre su cara, empujó su pequeña nariz contra la palma de su mano con un suave sonido de angustia.

—Me duele la cabeza... ¿me la he golpeado?

—No. Te cogí antes de que te golpearas contra el suelo.

Ella le miró entre dos dedos.

—¿Fue usted quien me atrapó?

—Sí, ¿quién sino?

—No lo sé. —Se encogió de hombros y su mano bajó de la cara a su regazo—. Todo lo que recuerdo son campanas de iglesia sonando.

—No había campanas. Tu hambre te ha hecho desfallecer. Comerás y luego te pondrás presentable. No hay razón para que vayas ante el rey luciendo como una vulgar moza.

Su delicada ceja se alzó en un arco alto.

—¿No? ¿Pero no es así como me ve ya el rey? Soy una nadería para él. No le importará mi aspecto, sólo que soy la rebelde que se atrevió a desafiarle. —Respiró entrecortadamente—. Conozco bien la opinión de William sobre la rebelión, y no puede decir que será misericordioso. No cuando perdió a uno de sus caballeros y a más de cuatro veintenas de hombres y caballos.

—Te concedo que cuatro veintenas de hombres y caballos son una pérdida, pero ni de lejos tan grave como la pérdida de novecientos hombres aquí hace sólo dos meses. Tu breve triunfo palidece ante ese otro, por poco que tú lo contemples.

Su leve burla le hizo brillar los ojos.

—Sí, su derrota de Cresshawe le complacerá, pero es a usted a quien favorecerá, no a quien le resistió. No me hable de la misericordia de un rey que ha destrozado mi país. No tendrá ninguna, se lo aseguro.

—Ningún hombre puede predecir lo que el rey dirá de un asunto hasta que lo dice. —Bastian se puso en pie e hizo un gesto de impaciencia para que ella se levantara de los cojines—. Pero ten la seguridad de que si le presentas un rostro desafiante, cosecharás lo que has sembrado. Mi sugerencia es que le jures lealtad de inmediato y le pidas misericordia. Él no es injusto. Cuando se entere del desprecio de Sir Roberts a tus órdenes, dudo que se apene por la pérdida de

ese caballero.

—No es la pérdida de Sir Roberts lo que lamentará, sino la pérdida de tiempo y recursos. Se alegrará de haber ganado a Cresshawe, y más aún de que mi desafío le haya hecho ganar otra hacienda. Pero eso no significa que permitirá que quede impune. Sentaría un mal precedente.

Bastian no pudo evitar sonreír ante su perspicaz réplica.

—Conoces al rey mejor de lo que deberías, muchacha. Lástima que no actuaras antes según tus conocimientos. Podrías haberte ahorrado mucho.

—Nada me habría salvado. Estaba atrapada entre dos demonios.

—Sí, pero ahora es este diablo quien te tiene, y debes jurarme a mí y a William si valoras tu vida.

Los ojos azules se oscurecieron y ella apartó la mirada de él hacia el suelo, donde las barras de luz y sombra marcaban una pequeña alfombra.

—No puedo.

—No seas tonta, Maire. No puedes ganar. Estamos hablando del rey, no de una marioneta incruenta a la que se puede influir con una sonrisa o un soborno.

—No entiendes por qué yo...

—Maldita seas, no necesito entender. —La agarró con fuerza por los brazos, dándole una brusca sacudida que hizo que el pelo rubio brillante le cayera en los ojos y por encima del hombro—. Te ofrezco una forma de sobrevivir. Si tienes sentido común, pensarás en lo que te he dicho. ¿Deseas morir? ¿Que castiguen a tu pueblo e incluso maten a tu lobo?

Un suave grito brotó de ella.

—Liberarás a Saba, ¿verdad, milord? No dejes que sufra por mis errores.

—No. —Bastian vio cómo sus ojos se abrían de par en par y su rostro palidecía, pero no

cedió—. No la salvaré. Depende de ti hacerlo. Júralo al rey, Maire, y decida lo que decida, me encargaré de que tu loba sea liberada en la campiña lejana. Pero debes jurar lealtad a William y a mí, o dejaré que el lobo muera.

Le soltó los brazos y Maire retrocedió, dejándose caer de nuevo sobre el cojín para apoyar la cabeza en la cuna de las palmas de las manos. Al cabo de un momento, levantó la vista, con voz amarga y cansada.

——Lo juraré. Por la vida de Saskia, lo juraré. Es un pacto duro el que ha ofrecido, milord.

—Es la única manera, Maire. Ahora ven, veré que tengas comida y vestimentas apropiadas para reunirte con el rey. Después de eso, tu libertad y tu vida están en tus propias manos.

—¿Por qué le importa si vivo? —exigió ella, rechazando su mano extendida mientras se ponía en pie.

Su pregunta le cogió por sorpresa. Por un momento no respondió, sino que la miró fijamente, frunciendo el ceño. Luego se encogió de hombros.

—Fuiste un adversario digno. Luchaste bien y con valentía para defender tu hogar. Un enemigo digno merece una oportunidad para arrepentirse.

—¿Y si no me arrepiento?

La mandíbula de Bastian se tensó.

—Entonces sufrirás graves consecuencias. Te sugiero que consideres todo lo que digas con mucho cuidado.

Llamó a un guardia, dándole órdenes de velar por el bienestar de la dama con comida y ropas limpias dignas de ser vistas por el rey.

—Pero vigílala de cerca —añadió—, o responderás ante William.

El guardia asintió y hubo sombría comprensión en la mirada que Maire dirigió a Bastian al

pasar. Éste se quedó de pie junto a la puerta para verlos avanzar por el corto pasillo y luego desaparecer al doblar una esquina. Cuando se volvió, Robert se había acercado con Giles a su lado.

—Lo he encontrado, Bastian, pero me temo que no tiene la llave.

Giles estaba con los labios apretados, los nudillos blancos alrededor de la empuñadura de su espada mientras se enfrentaba a Bastian.

—Se ha perdido, milord. En algún lugar del camino... sin duda, cuando la dama me golpeó e hizo que mi caballo se desbocara.

Robert ahogó un bufido de risa y volvió rápidamente la cara. Bastian le ignoró.

—Entonces busca otra llave, Giles. La dama debe estar presentable para el rey. A menos, claro, que quieras explicarle cómo se perdió la llave...

Giles palideció y movió la cabeza.

—Sí, por supuesto, milord, encontraré otra llave. O haré que el cerrajero forje una. Me encargaré de que se haga rápidamente.

—Sabía que no me fallarías. Y más tarde, discutiremos el disturbio entre usted y la dama.

—Sí, milord. Como usted diga, milord.

Robert apoyó un hombro en la pared cuando Giles se marchó, y miró a Bastian con una ceja levantada pensativamente.

—Ahí va un hombre infeliz, diría yo.

—Tendrías razón. Él es el responsable de la llave.

—Y tú de la dama.

Bastian se volvió para mirarle con creciente irritación.

—Di lo que quieras decir o pregunta lo que quieras preguntar, Robert, pero no más de estos malditos comentarios oscuros.

—Ah, así lo haré.

Robert sonrió, y por un momento Bastian no pudo irritarse con él. Siempre era así con su amigo, el ingenio astuto y la suprema confianza en sí mismo. Eran esas cualidades las que habían atraído a Bastian por primera vez hacía tanto tiempo. No debía maldecirle por ellas ahora.

Pero Robert tenía una manera de pincharle que podía resultar demasiado cercana para su consuelo.

—Dilo entonces, Robert. Necesito comida y ropa limpia antes de reunirme con William.

Pasando un brazo amistoso alrededor de los hombros de Bastian, Robert le hizo girar hacia el pasillo.

—Hablaremos por el camino. Siento bastante curiosidad por tu interés en esta dama encadenada, y me gustaría saber por qué es necesario que ates así a tus conquistas femeninas.

Bastian negó con la cabeza.

—Ella no es mi conquista. Son sus tierras las que he conquistado, no la dama. La dama aún no está conquistada.

—Aún más intrigante. Ven a mis aposentos y te daré buen vino y carne, y compartiré mi escaso guardarropa.

Bastian le miró dubitativo. Robert era casi tan alto como él, pero delgado como una vara de abedul.

—Hace mucho tiempo que no podemos compartir la ropa.

—Sí, pero una túnica holgada puede cubrir multitud de pecados con el cinturón adecuado. ¿Tanto ha aumentado tu circunferencia, viejo amigo?

Bastian sonrió.

—Si quieres respuestas a las preguntas que estás tan empeñado en hacer, será mejor que seas cortés.

—Ah, ¿te he ofendido? Te ruego humildemente que me disculpes. —Robert le condujo a una pequeña habitación con una ventana en lo alto de la pared opuesta sobre una estrecha cama. Estaba vacía de muebles, salvo una mesa y algunos taburetes. Varios arcones se alzaban contra una pared. Robert agitó un brazo expansivo—. Mis espaciosos aposentos. Los comparto con otros cuatro, así que no pienses que estoy muy por encima de mi posición. Toma. Prueba primero la túnica negra.

Bastian cogió la prenda arrojada, pero la dejó sobre la mesa cerca de la puerta.

—He traído conmigo prendas adecuadas. Sólo quería hablar contigo donde no nos oyeran. Cuéntame lo que ha sucedido en mi ausencia. Necesito saber el estado de ánimo de William.

Robert se encogió de hombros y, enganchando un taburete con un pie, tiró de él hacia sí y se sentó a horcajadas.

—Los daneses han vuelto a sus barcos en el río Humber, y los condes Edgar y Cospatric están con el rey Malcolm y los escoceses. William está empeñado en hostigar y destruir todo lo que pueda para que haya pocos levantamientos en el futuro. San Pedro fue saqueada y destruida, pero William ha centrado todas sus energías en reconstruir castillos en lugar de iglesias. Su talante es... de lo más decidido.

—¿Cuándo ha sido William menos decidido? —Bastian se frotó la mandíbula con una mano—. ¿Cómo va la situación con Sweyn?

—El rey envió al conde Robert de Mortain y al conde Robert de Eu al Humber para vigilar el río y las tierras que lo rodean. Si los daneses forman otro asalto, lo sabremos.

—¿No hay forma de llegar a las fuerzas de Sweyn?

Robert negó con la cabeza.

—No. Su flota se encuentra en el río, pero están limitados por el invierno como lo estaremos nosotros.

—¿Y Stafford?

—Está segura y retenida en nombre de William. No creo que vuelva a ser invadida. —Robert apoyó ambas manos en las rodillas y se inclinó hacia delante, sus espuelas tintineando ligeramente contra los peldaños de madera del taburete—. Háblame ahora de esta mujer sajona y de cómo has llegado a estar contigo. ¿Es una rehén?

—Es la hija del viejo señor.

—¿Y el viejo señor? —preguntó Robert—. ¿Dónde está?

—Muerto.

—Ah. Muerto en batalla. Una lástima. William deseaba ocuparse de él como lección para cualquier otro rebelde advenedizo.

Bastian hizo una mueca.

—Lord Creoffrey lleva muerto cerca de cuatro meses.

Se hizo el silencio. Robert le miró fijamente.

—Entonces, ¿quién...? No. ¡La doncella no! ¿Esa bella damisela es la líder rebelde?

—Eres mucho más listo de lo que tienes derecho a ser. ¿Cómo lo has adivinado?

Los ojos oscuros de Robert bailaban con una alegría reprimida, que era tan irritante como sus modales untuosos.

—No soy tan listo como tú debes serlo, amigo, para haber derrotado en batalla a un guerrero tan temible. Y luego traer al rehén envuelto en cadenas, una hazaña peligrosa que será bien recompensada, estoy seguro.

—Maldito seas, Robert. —Fue dicho sin rencor.

Comprensivo ahora, Robert suspiró.

—El rey no estará contento.

—Eso pensaba yo también. —La boca de Bastian se torció en una irónica mueca—. No le sentará nada bien que Sir Roberts fuera asesinado a instancias de una joven doncella.

—No pudo hacerlo sola. ¿Y sus criados? ¿Sus capitanes?

—Los que no fueron asesinados han jurado lealtad a mí y a William. La dama asumió toda la responsabilidad de la rebelión, así que es a ella a quien he traído ante William. —Hizo una pausa, frunciendo el ceño—. Uno de los propios hombres de Sir Roberts me dijo que ella intentó negociar, pero fue rechazada. Los oídos de su mensajero fueron devueltos como respuesta de Sir Roberts.

—Ah.

Bastian levantó la vista, molesto.

—Esa información debería merecer una reacción más apropiada.

—¿Como por ejemplo?

—Indignación.

—Estoy indignado como es debido. Pero, Bastian —dijo Robert, levantándose del taburete —, no es a mí a quien debes contar esta historia, sino al rey.

—Ya lo sé, Robert. Quería ver cómo sonaba dicho en voz alta. No es muy creíble.

—Y temes por la doncella.

Bastian vaciló.

—En su lugar —dijo lentamente—, yo bien podría haber hecho lo mismo. Fue asaltada por

todas partes por daneses, escoceses e incluso condes sajones. No había nadie en quien ella pudiera confiar. Sir Roberts traicionó sus intenciones matando a su mensajero, un muchacho de sólo quince años, así que ¿qué iba a pensar ella?

—Lo peor —dijo Robert sucintamente—. En su lugar, yo habría cedido el mando al primer hombre capaz y luego me habría retirado a un rincón seguro.

—No hay rincones seguros en Inglaterra. Seguro que ya lo has aprendido. —La boca de Bastian se tensó—. Nunca ha habido rincones seguros en Inglaterra, no desde que yo vivo aquí.

Robert no respondió a eso, sino que comentó su intención de pedir carne y vino.

—Y tu equipaje. Apestas a caballo y a barro. ¿Has traído a tu escudero?

—No. Se ha quedado para atender a Cresshawe en mi ausencia.

—Entonces te prestaré el mío. —Robert se detuvo en la puerta y se volvió para mirar a Bastian—. ¿Qué hay de Lady Cosette?

—¿Qué hay de ella?

—Piensa atarse a ti ahora que tienes título. Pero supongo que ya lo sabes.

Bastian sonrió.

—Su saludo me dejó pocas dudas sobre sus intenciones. Pero no hace mucho que me dijo que no podía desperdiciarse con un hombre sin futuro, así que no me impresiona demasiado su repentino cambio de opinión.

—Quizá no deba preocuparme por ti, después de todo. Hubo un tiempo...

Su sonrisa se desvaneció.

—Sí, hubo un tiempo en el que podría haberme engañado. Pero eso fue hace mucho tiempo, Robert, cuando confiaba más en las palabras pronunciadas por quienes profesaban afecto. He aprendido a hacerlo mejor.

Robert se apoyó en el marco de la puerta, su mirada oscura y escrutadora.

—¿Volverás a casa?

—Cresshawe será mi hogar.

—Nunca hubiera pensado que volverías a llamar hogar a Inglaterra. No después de…

—No, no después de haber sido repudiado. Hay veces que el Destino debe reírse de todos nosotros, Robert.

Un ruido repentino en el exterior llamó su atención, y Robert observó que el rey debía de haber regresado de su cacería.

—Le avisarán de tú llegada, así que será mejor que te des prisa.

Bastian se levantó y empezó a desabrocharse el cinturón de su espada.

—Tienes razón. Huelo a caballo y a barro.

—No eres tú quien debe preocuparse por impresionar al rey, sino la dama sajona. Me aseguraré de que tenga lo necesario.

Bastian no estaba nada seguro de que eso la ayudara con el rey, pero no estaba de más estar presentable. Tal vez su juventud y su sexo harían más que cualquier otra cosa para ganarse su clemencia.

El escudero de Robert no tardó en llegar, trayendo agua perfumada y paños gruesos. Despojado tan sólo de su manguito de lino, Bastian se echó agua caliente en el pelo y la cara y se frotó enérgicamente. Había que darse prisa, pues debía recuperar también los documentos que había preparado para el rey y luego encontrar las palabras adecuadas para hablarle de Sir Roberts. El escudero le tendió un bote de jabón y Bastian lo utilizó generosamente. El agua pronto se tiñó de marrón por el barro desprendido.

La espuma del jabón le escocía los ojos y buscó a tientas un paño para secarse la cara. Se

lo pusieron en la mano y murmuró agradecimiento al escudero.

Una suave risa saludó su agradecimiento, y abrió un ojo para mirar el origen.

Lady Cosette de Vescy estaba a su lado, envuelta en sonrisas. Agraviado, la miró fijamente. Sus ojos verdes brillaban y su encantador rostro ovalado se iluminaba con una bienvenida que casi goteaba miel. En qué fulana tan calculadora se había convertido. Su repentino y fortuito ascenso de simple caballero a barón la encandiló cuando él no lo había hecho.

Cosette deslizó su mano en el pliegue de su codo, sus dedos largos y pálidos apretando suavemente.

—¡Bribón, abandonarme como lo hiciste, sin siquiera una despedida! No tienes vergüenza, tratarme así después de todo lo que hemos significado el uno para el otro.

Le retiró la mano con controlada precisión, levantando una ceja.

—Su memoria le sirve mejor que la mía a mí, milady. ¿Qué significamos el uno para el otro?

Ella bajó la voz y su sonrisa se hizo más profunda.

—¿No recuerdas aquella noche en Winchester? ¿Cuándo hablaste de anhelarme?

—Lo recuerdo muy bien. Sin embargo, anhelo no fue la palabra que utilicé.

Se encogió de hombros con delicadeza.

—Anhelo, deseo, ambos significan lo mismo, Bastian.

—Y usted rechazó tanto la palabra como mis atenciones, si no recuerdo mal. —Se pasó el paño por la cara y la garganta, luego por el pecho, mirándola con cínica diversión—. ¿Debo creer que no lo decía en serio cuando me informó de que era indigno de usted?

—Eso fue entonces. Ahora, eres más que digno. —Afectó un ceceo suspirante—. Debes

saber que sólo pretendía inspirarte, incitarte a la acción en tu propio beneficio.

—Ya estaba incitado a la acción, pero usted no eligió concederme sus favores aquella noche. —Bastian arrojó el paño a la mesa junto al cuenco de agua. Ignorando el mohín de Cosette, se dirigió hacia donde el escudero había tendido su ropa limpia, y ella le siguió.

—Ah, Bastian, si cayera en tus brazos cada vez que me lo pides, pronto te cansarías de mí. Quiero mantener tu interés. —Ella le pasó una mano por la espalda desnuda, acariciándole suavemente con los dedos mientras susurraba en un sensual murmullo—: Pero mi corazón aún se acelera cuando recuerdo nuestra primera noche juntos, y cómo me arrasaste con tu pasión.

Se puso un sherte de lino fino por encima de la cabeza y se lo anudó en la garganta, luego alcanzó la elegante túnica negra ribeteada en trenza roja y blasonada con la imagen de un lobo. Joven lobo Louvat. Era un nombre que ahora llevaría con orgullo, en lugar de la broma que había sido al principio. Adecuado, como había dicho William, que ganó las tierras de Cresshawe. Una imagen mental de la loba blanca parpadeó en su mente por un momento, seguida rápidamente por la imagen más vívida de Maire. Dos lobas.

—¿Bastian?

Cogiéndose el cinturón, frunció el ceño cuando Cosette le preguntó si la estaba escuchando.

—No, no lo estoy. Tengo una audiencia con el rey. No tengo tiempo para escuchar la cháchara de una mujer.

Cosette jadeó de indignación, pero la sofocó rápidamente. Podía ser prima de la reina y viuda de un barón Normando, pero la dama daba demasiado valor a su rango, y aún más a su belleza. No era culpa suya, pues los hombres le decían a menudo lo encantadora que era, y ella lo había oído tanto tiempo, que creía que su belleza podía compensar un corazón voluble. Para él, ella sólo había sido una conquista casual, y su rechazo a sus avances posteriores no le había causado gran preocupación. Había muchas mujeres dispuestas de igual belleza, con lenguas más

suaves y menos vanidad.

—He venido a ti en mal momento, por lo que veo —dijo Cosette con rigidez—. Más tarde, tendremos tiempo para hablar más, y...
Sonrió—. Otras cosas.

No había ninguna ventaja en ser deliberadamente cruel cuando no era necesario. Se encogió de hombros.

—No dispongo de mucho tiempo en York. Debo regresar rápidamente a Cresshawe para mantener mis nuevas tierras.

—Por supuesto. Lo comprendo. —Se dirigió a la puerta y se volvió, con una mano alisando los pliegues verdes de su vestido en un movimiento inquieto—. Considero una suerte que el rey tuviera a bien presentarnos el año pasado, Bastian. ¿Crees que tenía motivos ocultos al hacerlo?

—No. Usted es prima de su esposa, y William es demasiado cortés para ignorarnos a cualquiera de los dos. No le de importancia, milady, pues no fue más que pura casualidad.

Ella soltó una carcajada.

—Nada es pura casualidad, Bastian. Esta noche habrá un banquete. Te buscaré allí.

Bastian no respondió y, tras un momento, ella salió por la puerta. Su perfume persistía, oliendo a especias fuertes. Pero a él sólo le recordó el suave y excitante aroma de la lavanda sobre la carne suave, y sacudió la cabeza. Se estaba ensimismando demasiado con Maire.

Empuñando su espada, se la abrochó a la cintura y terminó de vestirse. William estaría esperando su informe. Al anochecer, sería oficialmente el nuevo señor de Cresshawe. Sería suyo tanto por ley como por hecho, una tenencia Normanda en lugar de sajona.

La imagen de Maire volvió a nadar ante sus ojos y maldijo en voz baja mientras abandonaba la cámara y caminaba por el pasillo hacia el gran salón donde le esperaba William.

¿Por qué debía sentirse responsable de lo que otro había hecho? Su sentido del honor le exigía presentar su defensa ante William, pero si ella decidía no aceptar su ayuda o mostrarse estúpidamente obstinada, él no podía hacer nada más por ella. Ella tendría que salvarse a sí misma.

Capítulo 9

Tenía que salvarse. Luchando contra su aprensión, Maire enrolló las manos con fuerza en los pliegues del vestido prestado. Era demasiado corto, el dobladillo ni siquiera llegaba a la parte superior de sus botines, así que le habían dado un largo manto de lana marfil para que se lo pusiera por encima.

Sólo su insistencia en que Lord Bastian le había ordenado llevarlo impidió que le quitaran el collar de su madre, ya que nadie se atrevía a llevarse lo que él le había permitido conservar. Colgaba de su cuello, un peso sólido entre sus pechos que le recordaba ferozmente lo que ya había perdido, y lo que aún podía perder.

Inspirando profundamente cuando su guardia le dijo en un tosco inglés que se arrodillara en presencia del rey, Maire lo hizo a ciegas. ¿Dónde estaba Bastian? Sólo vio un borrón de caras, ninguna familiar para ella. ¿Había decidido no asistir después de todo? Su corazón latía más deprisa; tenía la garganta apretada y la boca seca. Si él no asistía, ella podría no ser capaz de hacer lo que debía....

Entonces le oyó, su voz familiar elevándose por encima del clamor de los susurros de los

curiosos, y levantó la cabeza. Vestido todo de negro, Bastian se encontraba al pie del estrado, debajo de lo que sólo podía ser el rey, que estaba sentado en una silla de respaldo recto. Tuvo una breve impresión de un hombre de hombros anchos y semblante severo antes de que le dijeran que se levantara, y así lo hizo con agradecida gracia.

Bastian interpretó el francés del rey, para que ella no tuviera que traicionar su conocimiento de su lengua, aunque entendía perfectamente a William:

—Louvat me cuenta una historia de lo más interesante, Lady Maire. Me gustaría escuchar su versión antes de tomar una decisión.

¿Louvat? Parpadeó confundida, luego vio la débil sonrisa de Bastian y comprendió que era a él a quien se refería el rey. Louvat o lobo joven. Qué apropiado. Levantó la barbilla y escondió sus manos temblorosas en los pliegues de lana del manto mientras se encontraba con la mirada oscura y firme del rey. Respondió en inglés mientras Bastian realizaba la traducción.

—Con su permiso, sire, le pido paciencia. Ha sido una experiencia muy dura que me ha dejado insegura sobre la naturaleza exacta de vuestras demandas. Por favor, acláreme lo que desea saber y le responderé con la verdad, pues sé que es lo que requiere.

—En todo, milady. Las falsedades son peligrosas en mi corte. —Juntando los dedos, la estudió por encima de sus puntas con una astucia que crispaba los nervios—. Cuénteme a mí y a la corte lo que ocurrió cuando Sir Roberts vino a inspeccionar Cresshawe.

Maire eligió cuidadosamente su respuesta.

—Sir Roberts llegó pisándole los talones a otros invasores, y anunció que había sido enviado por el rey para asegurar mis tierras. Exigió que abriera las puertas y lo sometiera todo a su inspección sin demora. Le pedí tiempo para considerar su petición. Me fue denegada. —Su voz vaciló ligeramente, pero se serenó, algo fortalecida por la impecable traducción de Bastian —. La respuesta de Sir Roberts fue devolverme las orejas de mi joven mensajero en una bolsa de tela. Por eso deduje que no quería una rendición suave. Le di a ese indigno caballero lo que

quería.

En la periferia de su visión pudo ver cómo Bastian se estremecía, pero las palabras habían salido. Bastian las repitió textualmente aunque lo hizo en un tono suave. El silencio se prolongó, de modo que los latidos de su corazón sonaron con fuerza en sus oídos. Le flaquearon las rodillas y empezó a pensar que el rey ordenaría matarla allí mismo, en la sala.

—Habláis con valentía, milady —comentó finalmente el rey—. Veo que sois muy capaz de conducir a los hombres a la batalla si lo creéis necesario.

—Hice lo que creí que serviría mejor a mis intereses y a los de mi pueblo. Si he errado, señor, es porque valoro la vida y la libertad. —El ceño de William se alzó, pero su expresión siguió siendo la misma, sin traicionar nada.

—Todos valoramos la vida y la libertad. Lo que ordeno es por el bien de todos. No soy un hombre duro cuando se cumplen mis exigencias. Como desobedeció mis órdenes, no exigiré penitencia de sangre por la vida de Sir Roberts. Se ganó su destino por su rebeldía temeraria. Como se rebeló contra un hombre que me juró fidelidad, sus tierras están confiscadas. A partir de hoy, Cresshawe y el título de conde pertenecen a Sir Bastian Louvat, que me ha servido fielmente y bien. Recompenso a aquellos de mis súbditos que son leales.

Inclinándose hacia delante cuando terminó la traducción de Bastian, el rey le sostuvo la mirada, su voz ronca y severa mientras exigía:

—¿Me jura lealtad como su señor y rey?

Por un instante, Maire vaciló. Pero conocía demasiado bien las consecuencias, y no lo perdería todo en aras del orgullo. Su padre había tenido razón. Inclinó brevemente la cabeza en señal de asentimiento.

—Sí, señor, juro ante usted como milord y rey.

Bastian se movió ligeramente y su espada tintineó contra la piedra, pero ella no le miró

mientras repetía su juramento en tono grave. Su mirada se fijó en el rey, que volvió a sentarse en su silla con expresión satisfecha.

—Sois tan sabia como encantadora, milady. Tengo entendido que sois soltera. Propongo encontraros un marido adecuado, y fijaros una pequeña dote como restitución por el agravio que os hizo Sir Roberts.

—Sire, soy consciente del favor que me muestra, y no soy desagradecida. Sois bien conocido por vuestra pronta justicia y sentido del honor. —Respiró hondo para armarse de valor, sin permitir que su mirada se moviera ni un instante hacia Bastian aunque era muy consciente de su repentina cautela—. Es vuestra renombrada justicia la que me permite protestar por un agravio que se me ha hecho, un agravio personal mayor incluso que el de Sir Roberts.

—¿Otro agravio, milady? —La ceja de William bajó sobre sus penetrantes ojos—. Háble me de ese agravio tan grande.

—Sire, era una doncella cuando dejé Cresshawe, pero ya no lo soy. Protesto por la pérdida de mi virginidad y busco una retribución a mi elección.

Bastian dio un paso adelante.

—¿Sabes lo que haces? —le exigió con dureza en inglés—. ¿Debo repetírselo al rey?

Ella no le miró, no vaciló en su resolución, aunque sus uñas se clavaron ferozmente en las palmas de sus manos.

—Sí, milord. Si voy a ser vendida como una vaca lechera, el rey debe conocer mi valor. Dile lo que te he dicho y no cambies ni una palabra.

—Pequeño tonta, esto no ayudará...

—Milord Bastian —interrumpió William en tono acerado—, termina la traducción. Exactamente como lo dijo ella.

Un músculo saltó en la mandíbula de Bastian mientras se volvía hacia el rey y se inclinaba.

—Sí, señor. La dama desea que le informe de que era virgen cuando dejó Cresshawe, pero ya no lo es. Protesta por la pérdida y pide una retribución a su elección.

El gran salón estaba tan silencioso que Maire pudo oír el arrastrar de los pies sobre el suelo de piedra, los jadeos de los que estaban lo bastante cerca para oír y los murmullos de los demás mientras se repetían las palabras. El rostro de William no cambió.

—¿Fue forzada?

Maire respondió con dureza tras la escueta traducción de Bastian.

—Se me ofreció elegir entre mi rendición o la vida de mi leal compañera. Soy noble de nacimiento y he perdido mucho. No deseaba perderlo todo.

Sin mirarla, Bastian repitió sus palabras y William frunció el ceño.

—¿Nombró al hombre que le arrebató la virginidad?

—No, sire. No necesitaba hacerlo. Yo soy ese hombre.

Maire miró bruscamente a Bastian. Ella no había esperado que él ofreciera la información. Un músculo saltó en su mejilla, y la débil cicatriz a lo largo de su mandíbula estaba blanca de tensión cuando se volvió para mirar al rey.

Antes de que pudiera hablar, William levantó una mano para detenerle.

—Discutiremos esto en privado, Louvat. Trae a la dama a mi antecámara.

Bastian hizo una reverencia. Mientras William se levantaba para despedir a los presentes, Maire se atrevió a echar un vistazo al rey. Era muy alto, pero era su duro semblante y su naturaleza enérgica lo que intimidaba a los que le rodeaban. Bastian tenía razón. El rey no era un hombre fácil de convencer.

Cuando las puertas de la antecámara se cerraron tras ellos, Maire miró a Bastian. Éste se

mantenía rígido, con una mano en la empuñadura de su espada mientras miraba a William. Un pequeño revoloteo de inquietud se agitó en su pecho. No quería hacer daño a Bastian, sólo conservar lo que era suyo. Pero ¿cómo se lo diría? Él no la escucharía. De hecho, ahora ni siquiera miraba en su dirección, sino que mantenía su oscura mirada clavada en el rey.

Un tapiz de la pared se movió con una corriente de aire fresco. El rey se acercó a una pequeña mesa en la que había un cuenco de plata con fruta y una jarra de vino nuevo. Un ceño fruncido se agolpaba en sus ojos y su boca era una tensa línea que le confería una presencia aún más prohibitiva.

Bruscamente, William exigió una explicación.

—Dime, Louvat. ¿Dice la verdad?

—Sí, sire. Era virgen cuando la tomé.

—¿Y tú razón para hacerlo?

Bastian enrojeció, un color rojo apagado que le subió por el cuello hasta la cara.

—Era viuda. No pensé que siguiera siendo virgen.

Una sonrisa irónica tocó la boca de William.

—No es eso exactamente lo que quería decir, Louvat, aunque me encuentro intrigado por esa maravilla. Es cierto que es encantadora, pero es una rebelde y mi rehén. Su padre era barón. No es una moza de baja cuna acostumbrada a compartir sus favores con todo el que se lo pide. Doncella, viuda o matrona, si no deseaba ser acostada, no debiste forzarla.

—No, señor. —Bastian no ofreció más explicaciones, aunque había un trasfondo de amarga resignación en sus palabras.

Maire se removió inquieta. No había esperado que Bastian no ofreciera ninguna defensa. De hecho, había pensado que protestaría contra sus palabras y su inocencia, que difamaría a su

acusador con duras verdades. Para eso, ella había estado preparada, pero ¿esto? Era inesperado, y por un momento se arrepintió de su decisión de forzar así la situación. Es cierto que Bastian había amenazado con hacerle daño a su mascota si se negaba a desvestirse, pero ¿no le había tentado ella en Cresshawe? Ella había deseado la misma reacción que él le provocó, se había alegrado de que la tomara porque eso le daba un arma que utilizar contra él. Sin embargo, ahora había embotado esa arma con su falta de defensa.

William se sentó en una silla, sus largas piernas extendidas frente a él, su mirada oscura mientras observaba a Bastian.

—Me has puesto en una situación incómoda, Louvat. Me lo he pensado mejor. Te necesito en el norte para ayudar a controlar a los rebeldes y asegurar la costa. Lord Robert de Comines ha muerto, y Northumbria necesita manos fuertes para que la sostengan. Sólo unos pocos de los barones sajones del norte me han jurado lealtad. Aunque estoy plagado de Normandos deseosos de aceptar tierras y títulos, debo elegir con cuidado. —Golpeó con los dedos el brazo de la silla —. Naciste en Inglaterra. Hablas su lengua, y sin embargo eres Normando. Eres un hombre que puede tratar con ambas partes. Eres el hombre adecuado para mantener Cresshawe y la costa. Es probable que el rey Sweyn vuelva a hacer estragos cuando el buen tiempo lo permita, y Noruega y los escoceses están esperando para saquear las fronteras de Inglaterra. Pero una vez que esté seguro, todos se inclinarán ante mí o sentirán el tacón de mi bota.

Maire mantuvo la mirada baja para ocultar su conmoción ante la revelación del lugar de nacimiento de Bastian. Eso explicaba su familiaridad con la lengua sajona, pero no su lealtad a William. Con creciente enfado y alarma, escuchó la reprimenda del rey y la pasiva respuesta de Bastian.

—No arriesgaría un pellejo de su tierra por mis acciones, sire. Tal vez sería mejor entregar Cresshawe a otro hombre para que lo sostenga. —William bajó la mano sobre el brazo de su silla y Maire dio un respingo, aunque Bastian no dio señales de alarma—. ¡No, por Dios, no sería lo

mejor! Tú tienes la mejor oportunidad de unir a Normandos y sajones; tal vez necesites una esposa, Louvat. Una esposa sajona.

La mano de Bastian se tensó en torno a la empuñadura de su espada. Inspiró profundamente, su tono irónico.

—Supongo que ya ha decidido la elección, sire.

—Eres astuto, Louvat. Lástima que no eligieras con tanta sabiduría a la doncella hace unas noches. —William se acarició la barbilla desnuda con una mano, mirando a Maire y a su nuevo barón con una leve sonrisa—. La idea tiene mérito. Es obvio que encuentra a la doncella de su agrado. Su matrimonio la ligaría a Northumbria por la sangre. ¿Crees que será suficiente restitución a los barones sajones para que ella sea señora de Cresshawe?

Entre dientes, Bastian asintió, aunque Maire casi podía sentir su furia.

—Debería ser restitución más que suficiente, sire.

—El matrimonio no es un asunto tan sombrío, Louvat. —William se levantó, su temperamento restaurado ahora que había decidido un curso de acción, su humor casi amistoso mientras se acercaba a Bastian para poner un brazo alrededor de sus hombros de forma camaraderil—. Ahora que tienes tierras y un título, necesitas hijos. Hijos legítimos que posean las tierras después de ti.

—Aunque eso es cierto, sire, no le hemos preguntado a la señora qué opina de tener esos hijos.

Las manos de Maire se hundieron profundamente en los pliegues de su falda, y se aferró con fuerza a los andrajosos restos de su resolución para que no se convirtiera en rebeldía. Se seguía hablando de ella como si fuera una vaca o un bloque de madera en lugar de una mujer, y aunque su objetivo estaba a su alcance, no pudo evitar una oleada de resentimiento. La respuesta de William no suavizó esa hostilidad.

—Es una mujer y mi rehén. No le ofrezco deshonor sino uno de mis mejores caballeros, y un conde además. No la creo tan tonta como para negarse, cuando la alternativa podría ser mucho más desagradable que un bebé en su vientre. —El rey hizo una pausa, y Maire se encontró con su mirada con temblorosa ira. William parpadeó, y sus ojos se entrecerraron—. Háblale de ello, Louvat. Si es lo bastante audaz como para mantener a raya a toda una tropa de caballeros Normandos durante casi quince días, no creo que se acobarde ante la idea de tomar a un Normando por esposo.

—No es su negativa lo que me preocupa —murmuró Bastian—, sino su aceptación. He estado en la punta de su espada o daga más de una vez.

William sonrió, pareciendo menos un monarca temible.

—Me han dicho que hubo cierta resistencia y que te encontraste en una posición incómoda.

—Como me temía, las malas noticias viajan mucho más rápido que las buenas. —La sonrisa de Bastian era rígida.

—La medida de cualquier hogar es la rapidez de sus sirvientes en repetir los cotilleos. Entonces, ¿qué dices, Bastian Louvat? ¿Te casarás con la moza para hacer de ella una esposa honrada y evitar más rebeliones sajonas?

Bastian vaciló y luego hizo una leve reverencia.

—Nunca he podido negarle nada, señor, y no puedo negarle esto, ya que he causado mis propios problemas. Me casaré con ella a vuestro gusto.

—Excelente. Ahora ven, habla con la dama y cuéntale su buena fortuna. Y, Louvat, deja claro que no toleraré ninguna disputa.

—Sí, sire.

Era fácil fingir ignorancia, pues la ira de Maire la ahogaba hasta hacerla callar, un grumo de resentimiento bloqueaba las palabras que quería lanzarles. Bastian la miró con recelo, como si

percibiera su rabia, y la mano que puso sobre su brazo era pesada mientras hablaba en inglés.

—Maire, el rey desea que sepas que tiene en mente tu mayor bienestar. —Unos ojos oscuros la estudiaron desde debajo de sus espesas pestañas negras, un poco desconfiados ante su silencio. Sus dedos se apretaron alrededor de la muñeca de ella como bandas de acero—. Tu deseo de regresar a Cresshawe ha sido concedido. Pero que te quede claro que, aunque no estés de acuerdo con la forma, el rey no admitirá discusión alguna al respecto.

—¿Por qué debería discutir sobre el regreso a Cresshawe? —Las palabras salieron en una ronca aspereza, y ella se aclaró la garganta—. Entonces cuénteme el resto, milord, y rápido antes de que pierda el interés.

Los ojos de Bastian se entrecerraron ligeramente y su boca se adelgazó.

—William ha decidido que te cases. —Hizo una pausa como si se resistiera a terminar, y su boca tenía una expresión de pellizco.

¿Tanto odiaba esa idea? ¿Tanto le repugnaba ella? ¿O era la pérdida de su preciada Lady Cosette lo que le apenaba? Inquieta por saber que ella no le importaba, no resistió el impulso de incitarle.

—No me importan las bodas, siempre que el hombre no sea usted. Perdóneme por decir lo que pienso, milord.

—Comparto tus sentimientos, pero no será así. Tu súplica de retribución ha sido respondida en el sentido más verdadero. Vas a ser mi esposa.

—¿Y señora de Cresshawe? —Ella sonrió—. Tal vez no sea yo la castigada, sino usted.

—Eso parece. —Bastian la soltó del brazo y dio un paso atrás, con hostilidad en los ojos —. Al parecer, este suceso no te ha sorprendido tanto como cabía esperar.

—A un topo le habría quedado claro que al rey no le complacían ni mi petición ni tus acciones. No, no puedo decir que esté completamente sorprendida. Tampoco estoy

completamente disgustada. Pertenezco a Cresshawe.

Acercándose de nuevo a ella, Bastian dijo suavemente:

—Puede que lamentes la forma en que regresas. Como mi esposa, me pertenecerás a mí, no a Cresshawe. Una vez que nos casemos, ningún hombre podrá interponerse entre nosotros, ni siquiera el rey.

Un escalofrío la recorrió al ver la feroz ira negra que ardía en el fondo de sus ojos. ¿Había apostado todo sólo para saborear una vez más la derrota?



—¿Milady?

Maire levantó la cabeza de encima de sus rodillas estiradas cuando reconoció a su visitante. Hablaba un inglés áspero, muy acentuado pero comprensible, y ella se levantó de la estrecha cama de su pequeña habitación para saludarle.

—Usted estaba en el bailey cuando llegamos.

Una sonrisa se dibujó en su rostro moreno y asintió.

—Sí. Soy Robert de Brionne.

—¿Qué hace aquí, Robert de Brionne? —Extendió un brazo para indicar su pequeña habitación—. No es una habitación muy cómoda para la conversación y la algarabía. ¿Tocas el laúd, quizás?

Robert entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí, pero Maire vislumbró al guardia armado de pie justo fuera.

—No toco bien. Mis esfuerzos hacen aullar a los perros y huir a los niños.

Sonrió un poco. Parte de su tensión se alivió, alisó los pliegues de su bata y le indicó con un gesto que se sentara en el único taburete del que disponía la cámara.

—Entonces seríamos una pareja maravillosa, pues mi canto tiene el mismo efecto. ¿Por qué está aquí?

—No se anda con rodeos, milady. —La sonrisa de Robert era irónica—. He venido porque soy amigo de Bastian.

—¿Y piensa convencerme para que no me case con él? —Sacudió la cabeza—. Habla con el rey en su lugar. Fue su decisión.

—Pero una que le sirve bien, creo. Espera… —Robert levantó una mano cuando ella se puso rígida—. No me confunda, Maire de Cresshawe. No lo desapruebo. De hecho, creo que está bien visto que Bastian se case. Él necesitará herederos algún día, ahora que tiene tierras y títulos para que los hereden.

Maire le miró con suspicacia.

—¿Qué quiere de mí?

Robert negó con la cabeza.

—Nada, milady, se lo juro. Sólo quería conocer a la mujer lo bastante valiente como para poner una espada en la garganta de Bastian, y lo bastante ingeniosa como para conservar su vida después. ¿Es su loba la que está en las perreras?

—¿La ha visto? ¿Cómo está?

—La loba está bien. Los sabuesos están nerviosos y los mozos de cuadra juran que los caballos se desbocarán, pero la loba parece contenta. Un poco inquieta, quizá.

Suspiró.

—Saskia no está hecha para una jaula. Ni yo tampoco.

Robert la estudió un momento a la luz que proporcionaba la única lámpara y una pequeña ventana en lo alto.

—Me parece usted una mujer poco corriente, milady. La noticia de vuestra rebelión ha corrido como la pólvora por el castillo, hasta que hay quienes juran que sois el rey Harold regresado en forma femenina, y otros que jurarían que sois una... ah, une putain que sólo busca escapar de la justicia.

—El último hombre que me dirigió esa palabra sangró cerca de dos millas —dijo Maire suavemente, y vio la sorpresa de Robert. Luego sonrió.

—¿Parlez-vous français?

—No necesito hablar francés para saber algunas palabras aquí y allá. —Se dio la vuelta y empezó a caminar a pasos cortos por el suelo de madera—. No he visto a Bastian desde nuestra audiencia con el rey la semana pasada.

Robert permaneció en silencio. Ella se volvió para mirarle, y él la observaba con la cabeza inclinada hacia un lado, una leve sonrisa curvando su boca. Se encogió de hombros ante su mirada.

—Bastian es... infeliz —preguntó ella.

—No, Bastian está enfadado. —Robert sonrió—. Nunca lo he visto tan enfadado.

Ella le miró con curiosidad.

—¿Desde cuándo conoce a Bastian?

—Desde que llegó a Normandía cuando éramos niños. Fue enviado como paje a casa de mi padre, y siendo mayor que yo por sólo dos años, nos hicimos amigos. Pertenecemos al mismo grupo de caballeros al servicio de William.

—Así que son buenos amigos.

—En Normandía, los caballeros se unen en grupos de veinticinco, y están juntos de por vida. Hemos cabalgado juntos desde hace mucho tiempo. —Robert se frotó con un pulgar la parte inferior de la mandíbula, su mirada aguda—. Quería conocer a la mujer que va a ser la esposa de Bastian, y descubrir por mí mismo si los rumores son ciertos.

Levantó la barbilla.

—¿Y lo ha hecho?

—Tal vez. —Se levantó del taburete, su presencia alta y delgada no intimidaba, pero hacía que la cámara pareciera mucho más pequeña—. Un extraño giro de los acontecimientos, creo, que viniera a York encadenada, y acabar siendo la esposa de un barón Normando.

—Cabalgué hasta York siendo la hija de un barón sajón, señor, así que no creo que el cambio me beneficie del todo.

Robert rio apreciativamente.

—Una lengua rápida, milady, como dijo Bastian. Creo que se las arreglará con él. Siempre que no intente gobernarle.

—Si eso pretende ser una advertencia, es innecesaria. No tengo ningún deseo de gobernar a Bastian. Sólo quiero volver a casa.

No había querido que esto último sonara tan melancólico, pero vio por la sonrisa comprensiva de Robert que así había sido. Se dio la vuelta, enfadada consigo misma por mostrar emoción.

—Me han dicho que la boda será dentro de quince días.

—El rey desea que las festividades estén completas antes de las calendas de diciembre. El obispo de San Pedro dirigirá la ceremonia, según me han dicho.

—Un obispo Normando.

—Como la mayoría ahora, salvo unos pocos que siguen los viejos preceptos de la iglesia.

—¿Mientras William saquea las iglesias? Me sorprende que el Papa lo consienta.

Robert frunció el ceño.

—El rey no quema iglesias gratuitamente, milady, no importa lo que le hayan dicho. San Pedro estaba en el camino del fuego que arrasó sin control y no se pudo evitar. Los daneses llevan mucho tiempo saqueando las iglesias con total desprecio, pero no el rey. William no es tonto. Sabe que debe contar con la aprobación de la iglesia y el apoyo del papa para mantener con éxito esta tierra.

Agitando una mano impaciente, Maire negó con la cabeza.

—Esto no tiene nada que ver conmigo. Estoy aquí como prisionera hasta el día de mi boda, supongo, o hasta que el capricho del rey dicte algún otro entretenimiento.

—William no es un hombre propenso a los caprichos. Más bien, de firmes convicciones. Se casará, milady, no se equivoque. A menos que se encuentre una razón para que el matrimonio sea denegado, usted estará casada con Bastian muy pronto. —Hizo una pausa y luego añadió suavemente—: Creo que no le parecerá un destino tan sombrío, sean cuales sean sus sentimientos en este momento.

Maire no respondió. ¿No era todo culpa suya? Ella había trabajado para esto mismo, pero ahora que iba a ser así, tenía miedo. Volvería a Cresshawe, pero ¿valdría la pena el precio que pagaría?

Bastian estaba furioso. Ella había sabido que lo estaría cuando ella empezó, pero desconocía el alcance de su ira. No fue hasta que él la había escoltado hasta esta recámara pequeña cuando ella empezó a ver todo el alcance de su furia. Aún se estremecía al recordar su lacónico recordatorio de que lo que ella había provocado, ella lo soportaría.

Cogiéndole la cara entre el pulgar y los dedos, le había mantenido la cabeza quieta para

añadir suavemente:

—Te desposaré porque el rey lo ordena, pero no conocerás la alegría por ello.

Ella no le había vuelto a ver desde entonces, y se alegraba de ello. Salvo los criados que le traían ropa limpia y comida, no había visto a nadie más que al guardia hasta la visita de Robert.

Robert la miraba con una expresión enigmática en el rostro cuando se abrió la puerta. El guardia estaba alerta cuando Robert entró en el pasillo. Volviéndose hacia ella, Robert le dijo suavemente:

—Tiene una gran fuerza. Utilícela. No respetará nada más.

Entonces la puerta se cerró con un sólido golpe, roble inglés contra roble inglés, un sonido pesado que reverberó por la pequeña habitación casi como un golpe físico. El olor a aceite de lámpara hacía que la habitación estuviera cargada, y la alta ventana sobre la estrecha cama sólo dejaba entrar finas barras de luz y muy poco aire. Tenuemente, podía oír los sonidos de vida que transcurría fuera de su prisión. Tembló, acurrucando los brazos a su alrededor.

Hacía frío. Los inviernos ingleses siempre lo eran. Deseó estar en casa, en el gran salón de Cresshawe, con caras familiares a su alrededor, el olor del mar rodeándola en lugar de esta sofocante penumbra. Este mundo era tan diferente, más de lo que ella había pensado que podía ser estando aún en las costas de Inglaterra. ¿Cómo había conseguido William que una ciudad inglesa pareciera tan Normanda? A su alrededor había diferencias sorprendentes, no sólo en la lengua hablada, sino en la vestimenta, los muebles, la comida. Nada era igual. Incluso Bastian era diferente del guerrero salvaje que había conocido por primera vez, ataviado ahora con ropas finas y lino caro.

Sin embargo, aún quedaba en él esa chispa de bestia salvaje, vislumbrada en la audiencia con el rey, la mirada feroz que había clavado en ella era a la vez una promesa y una amenaza. Bajo su rica túnica y sus cuidados modales aún acechaba el hombre despiadado que ella había conocido por primera vez.

Ah, Bastian. ¿No vendría nunca? ¿La odiaba por verse obligada a un matrimonio que no deseaba?

¿Por qué no le había dicho al rey cómo, en verdad, ella había ido voluntariamente a sus brazos?

Apoyando la cabeza contra la pared, pensó en Cresshawe y en el dulce aire marino que rozaba la hierba alta y los familiares y queridos muros de piedra. Sí. Todo merecería la pena.

Capítulo 10

Bastian se quedó, mirando el alto techo cubierto de telarañas y escuchando los ronquidos de los demás. Las últimas semanas las había pasado en una actividad enérgica destinada a mantenerle demasiado ocupado para pensar. Los días salía temprano de patrulla para recorrer la campiña y arrasar los focos de rebelión, expulsando de sus tierras a quienes desafiaban el gobierno de William. El rey no toleraba más oposición.

Pero las noches... ah, las noches. Debería haber caído en un sueño exhausto, pues se esforzaba mucho durante el día. Sin embargo, con demasiada frecuencia se encontraba despierto pensando en la que pronto sería su esposa. Su estado de ánimo oscilaba de la furia a la sombría resignación con una rapidez alarmante. Nunca había sido un hombre que perdiera de vista sus objetivos por culpa de una mujer. Ninguna había sido capaz de tentarlo de su firme propósito. Sin embargo, Maire de Cresshawe lo había hecho con una rapidez asombrosa. Aún le asombraba. Peor aún, aún la deseaba en su cama, si no como esposa. No había podido apartar de su mente la suavidad de su piel, el tenue aroma a lavanda que se aferraba a ella, sus curvas dulcemente complacientes.

Esta noche, se le hizo insoportable. Inquieto e intranquilo, se levantó de su catre -metido entre otros dos llenos de ronquidos- y salió a la fría y clara luz de la luna. Vagó sin rumbo, y luego se encontró en la perrera, donde la loba estaba encerrada en su jaula lejos de los sabuesos. La bestia levantó la vista cuando él se acercó, sus labios se curvaron en un leve gruñido, pero su cola se agitó cautelosamente. Una loba domesticada. El término parecía contradictorio. Sobre

todo ahora. Con algo de carne en los huesos gracias a su alimentación regular, parecía más una depredadora que antes. Se acercó más. Los profundos ojos marrón dorado le miraban sin pestañear, bordeados de pestañas blancas y sin miedo.

No podía evitar recordarle a Maire, esa misma mirada firme, el levantamiento de la cabeza como preguntándole qué pretendía. Eran parecidos, el lobo sajón y la muchacha sajona. Recelosos y a la espera.

—Di mi palabra de que no te haría daño —murmuró al lobo, y fue premiado con otro golpe de cola. Saskia gimoteó, luego echó la cabeza hacia atrás y aulló, una larga y vibrante expresión de miseria de la que él sintió deseos de hacerse eco.

—Ojalá pudiera aullar mi disgusto como tú —murmuró en inglés. Saskia puso su gran cabeza entre las patas y gimió. Bastian alargó una mano para acariciarle la cabeza. Pero al cabo de unos instantes se sintió tonto por hablar con una loba y se marchó antes de que alguien le encontrara. No le haría ningún bien que se dijera por el castillo que se juntaba con lobos en las noches de luna.

Al día siguiente, fue a visitar a Maire. Ella le observó con tanta cautela como lo había hecho Saskia, aunque no hubo bienvenida de ninguna forma, sólo un distanciamiento silencioso que le irritó.

—Nos casaremos dentro de un sennight, Maire.

—Eso tengo entendido. —Ella no se levantó de la cama, sino que permaneció sentada, quieta y rígida—. ¿Ha venido a matarme?

Sin querer, sonrió un poco ante eso.

—No. No es que no se me haya ocurrido la idea. Temo que el rey lo desaprobaría.

Ella se encogió de hombros.

—Puede que quiera que espere hasta después de la boda, para que no haya protestas. No

tengo parientes vivos, nadie lo tomará a mal si muero después de casarnos.

Había una extraña monotonía en sus palabras que le hizo fruncir el ceño.

—No mato a mujeres desarmadas. Por ahora estás a salvo.

Mirando hacia arriba, una débil sonrisa curvó su boca, y por un momento él vislumbró el espíritu que le había intrigado al principio. Luego ella volvió a encogerse de hombros y bajó la mirada hacia su regazo, donde sus manos jugueteaban con un trozo de tela deshilachada. Se dio cuenta de que era un tosco rosario, las cuentas de la oración anudadas en la tira de lino.

—¿Rezas para liberarte del matrimonio? Deberías haberlo pensado antes de llegar a tales extremos para concertarlo.

—Fue su rey quien lo concertó, no yo. Y no, no rezo por la liberación, pues después de todo, obtendré lo que quiero de él. —Una extraña sonrisa jugueteó en sus labios—. Cresshawe ha sido mi hogar toda mi vida. Será mi hogar cuando muera, y no puedo esperar más.

—¿Un estado de ánimo melancólico, milady? —Él le cogió la mano entre las suyas y se la estrechó, no con dureza, pero sí con la suficiente como para aplastar el rosario en su puño—. Te ruego que valga la pena para ti, porque no te lo pondré fácil.

Lo decía en serio, y vio que ella lo entendía. Su rostro palideció un poco, pero su barbilla permaneció obstinadamente alzada con desafío. Impulsado por la misma oscura emoción que le había llevado a su habitación, tiró de ella hacia él bruscamente, su mano moviéndose para enredarse en su pelo, su boca buscando la de ella. Las manos de ella quedaron atrapadas entre ambos, empujándole con firme resistencia, pero él ignoró sus esfuerzos. Maldita sea, ¿pensaba burlarse así de él y escapar? No lo haría... ella atormentaba sus momentos de vigilia, incluso sus sueños, y él estaba cansado de la lucha.

Obligándola a retroceder hasta que el borde del catre estuvo contra sus piernas, utilizó su peso como palanca y la empujó hacia la dura superficie de la cama. Ella se retorció en su agarre,

pero él la sujetó con fuerza, impulsado por la necesidad y la ira y el constante estremecimiento del deseo. Jesús, ella era tan suave, tan cálida, su piel se calentaba como el marfil bajo sus manos, tentándole a quitarle la túnica y acariciar los suaves globos que había debajo, burlarse de los picos tensos de sus pezones hasta convertirlos en rosetas con la lengua... se oía el sonido de la tela rasgándose, jadeos suaves y sus propios jadeos ásperos en busca de aire, pero ninguna protesta aparte de la muda resistencia de las manos de ella contra su pecho.

Dolorido por la presión de su necesidad, Bastian encajó su cuerpo entre los muslos de ella, sin prestar atención al ominoso crujido del catre de cuerda, entrelazando sus manos en las de ella para tirar de ellas hacia arriba y por encima de su cabeza. Su respiración llegaba en rápidas inhalaciones que le levantaban el pecho, y sus labios se despegaban de sus pequeños dientes blancos en un leve gruñido lobuno.

—¿Es así como los Normandos cortejan a sus damas para casarse, milord? Lo que le falta en encanto, lo compensa en impaciencia.

Enfadado, la miró fijamente, a los ojos azules llenos de destellos dorados de burla.

—Un cortejo áspero, sin duda, pero uno de tu propia cosecha. No me propuse perseguirte, pero descubro que esta difícil situación es obra tuya. ¿Debo ceder? Creo que no. Ceder ante William es una cosa, ante una mujer es otra muy distinta.

—Sin embargo, esperas que ceda ante ti —dijo olvidando las formalidades.

—Sí, mi buena señora, lo espero. Has cedido una vez para tu propio beneficio. La próxima cesión será por el mío.

Transfiriéndole las muñecas a una mano, la sujetó mientras movía la otra con lenta deliberación sobre sus pechos desnudos, acariciando, burlándose, observándola a través de sus pestañas mientras ella se mordía el labio inferior entre los dientes y cerraba los ojos. Sin embargo, su cuerpo la delataba con pequeños temblores, con el rápido subir y bajar de sus pechos y el retumbar del pulso en el hueco de su pálida garganta. Él se inclinó para besar la

hondonada ensombrecida, luego bajó más, su lengua trazando pequeños círculos sobre su carne temblorosa mientras su propia necesidad crecía hasta la tensión dolorosa.

Curvando la mano alrededor de su pecho, sopló suavemente en el pezón de cuentas, y luego se lo llevó suavemente a la boca, caliente y frío, dulce piel y excitante solicitud prodigada primero en uno, luego en el otro. Se balanceó hacia delante, presionando su dura longitud contra el pliegue de sus muslos para que ella conociera todo el alcance de su deseo, observándola mientras gemía suavemente y se estremecía involuntariamente. Había algo intensamente erótico en tumbarse así con ella, con la ropa de él como barrera entre ambos, pero acariciando la piel desnuda de sus pechos y muslos.

Era excitante y desconcertante que pudiera perderse así en ella, hasta el punto de olvidarse de todo menos de estar dentro de ella. El recuerdo de la noche en la vieja calzada romana se grabó nítidamente en su mente. Sin embargo, si la tomaba ahora, le diría que poco importaba salvo el alivio de su necesidad de ella. Era demasiado arriesgado. Ese conocimiento sería un arma demasiado poderosa para que ella la utilizara contra él.

Levantando su cuerpo del de ella, contempló su rostro sonrojado y su boca húmeda, luchando por tener fuerzas para abstenerse de tomarla. Le soltó las manos y se levantó de la cama, dejándola tendida medio desnuda sobre el delgado colchón. Ella no se movió para cubrirse, sino que yacía tal y como él la había dejado, los muslos blancos y pálidos brillando con dulce tentación a la tenue luz, sus pechos desnudos aún mostraban las débiles huellas de sus manos sobre ella.

Bastian se enderezó la túnica y se dio la vuelta para dirigirse a grandes zancadas a la puerta y abrirla de un tirón. Deteniéndose en la abertura, observó su esbelta figura.

—No eres la primera mujer que me traiciona, pero te juro que no volverás a hacerlo. No te daré cuartel. Piensa en ello mientras haces los preparativos de tu boda, milady.

Cerró la puerta con fuerza tras de sí, ignorando el receloso correteo de la guardia a un lado

mientras avanzaba por el pasillo débilmente iluminado. Nunca se le había ocurrido sentirse tan inquieto por una pequeña criada. Ella le había hecho lo que ninguna otra había conseguido hasta entonces, y él, de algún modo, había permitido que sucediera. Pero no otra vez, como él le había dicho. Ella no volvería a engañarle.



La música llenó el aire, y una atmósfera festiva invadió York y el castillo. Las calles estaban abarrotadas de los asistentes a la boda del conde más reciente de Inglaterra y su novia sajona. El servicio celebrado en la escalinata de la iglesia de San Pedro para que todos lo vieran había terminado. Los obreros habían hecho una pausa en su reconstrucción mientras el sacerdote celebraba la ceremonia.

Con William observando los procedimientos, Bastian ayudó a Maire a subir a un palafrén blanco y luego montó en su propio corcel. Alguien había tejido guirnaldas de flores secas en las crines y colas de ambos animales, y Drago resopló ante la indignidad mientras recorrían las calles de la ciudad.

A pesar del frío, los espectadores se alineaban en las estrechas calles para ver a la dama sajona que se había convertido en la esposa de un barón Normando. Cualquiera diría que ningún Normando se había casado antes con una sajona, pensó Bastian sombríamente. Pero quizá fuera por los rumores que volaban espesos como cuervos por York que este matrimonio era de beneficio sajón en vez de Normando. Después de todo, Maire de Cresshawe era una de los suyos, y el rey había ordenado a su conde que se casara con ella para remediar el agravio que se le había hecho.

No era una situación propensa a mejorar el temperamento de Bastian. Por derecho, debería haberle dicho la verdad a William, pero no lo había hecho. Habría sido demasiado embarazoso

admitir que una simple doncella había logrado tentarlo como lo había hecho, y luego utilizar esa misma seducción en su contra. Maire lo había planeado bien.

Se celebró un banquete en el gran salón. Las paredes inacabadas estaban cubiertas de tapices tejidos y cientos de velas desprendían una luz brillante y cálida. Como invitados de honor, Bastian y Maire se sentaron a la mesa dormida, una pesada losa de roble que se extendía casi por completo sobre el estrado de la cabecera del salón, reservada para uso del rey y los barones importantes. Se habían dispuesto mesas de caballete perpendiculares al estrado, con bancos para caballeros e invitados. Se servían platos delicados: appulmoy, zarapitos en salsa, y pescados exóticos horneados en empanadillas o guisados en especias picantes, gelatinas teñidas con el jugo de flores de columbina machacadas. Las sutilezas de las marmitas adornadas con plumas y hojas eran llevadas con orgullo al salón por pajes, supervisados por ansiosos cocineros que esperaban los elogios del rey. Nafos de plata llenos de condimentos decoraban incluso las mesas inferiores, con saleros dorados en el centro de cada mesa. Se habían dispuesto sillas talladas para los invitados de honor, y manteles de fino lino bordado de Ypres cubrían las mesas. Incluso se habían proporcionado utensilios, con mangos de plata forjada decorando las cucharas de la mesa alta.

Varios barones sajones habían sido invitados a presenciar la ceremonia y a participar en el suntuoso banquete posterior. El rey había decidido mostrar su voluntad de ser indulgente con aquellos que le juraban fidelidad, así como una advertencia de sus intenciones de unir a Normandos y sajones en una sola nación. Para la mayoría, era un punto bien entendido.

Los caballeros de la tropa de Bastian le agasajaron con brindis y algarabía, los hombres con los que había cabalgado durante una docena de años haciendo bromas soeces a su costa y sin parecer darse cuenta de su forzada cortesía. Maire se sentó rígidamente a su lado sin mirarle, con una postura tensa y recelosa, como si esperara que en cualquier momento le clavara su daga.

A su otro lado estaba sentado William, el monarca parecía sereno y satisfecho con el

trabajo del día, ajeno a las corrientes subterráneas entre los novios. De hecho, el rey comentó lo feliz que parecía la nueva pareja.

—Un nuevo título y una nueva novia, todo en el mismo mes, Louvat. Eres muy afortunado, de ser tan bendecido.

—Sí, sire. —Bastian forzó una sonrisa—. No había pensado ser tan afortunado.

—Sin duda. —Las secas palabras de William se ganaron una aguda mirada de Bastian, pero el rostro del rey no reveló nada. Levantó su copa de plata en un brindis silencioso por Bastian, y luego indicó a la dama a su lado—. Dile que es una condesa muy hermosa, Louvat. Y que su pueblo estará encantado de tenerla de nuevo en casa. Un acierto, creo, permitirle regresar a la tierra de su padre.

Debía ser un gentil recordatorio para Maire de que su matrimonio con Bastian no era de su elección, sino del rey. Bastian repitió las palabras del rey tal como las había dicho.

Maire levantó la vista, con un pequeño ceño fruncido, y Bastian apretó los dientes. Por todo lo sagrado, si volvía a provocar al rey, no habría necesidad de que William respondiera, pues él mismo la castigaría sin piedad.

—Señor —dijo ella suavemente—, aunque en otro tiempo no habría elegido esta manera de regresar a mi pueblo, estoy agradecida de que vuestra justicia haya prevalecido. Pero le ruego que atempere sus decretos con misericordia, para que más de mi pueblo acepte los edictos que les impone.

Bastian la fulminó con la mirada. La mirada de William se inclinó hacia él y luego volvió a Maire cuando Bastian repitió sus palabras entre dientes apretados. El rey se acarició la barbilla y el disgusto oscureció sus ojos.

—Dile a tu señora esposa que su pueblo sólo responde ante ti en cuestiones de juicio, pues mis barones del norte son distantes y deben gobernar sus tierras de forma absoluta para

conservarlas. En cuanto a mí, no imparto justicia ni misericordia donde no se merece. Si no se mantiene el orden en Cresshawe, aún puede encontrarse sin hogar.

Manteniendo su temperamento bajo control, Bastian repitió las palabras de William, añadiendo las suyas propias con dureza:

—Si tienes algo más que decirle al rey, será mejor que pienses bien el contenido, o tendrás que vértelas conmigo.

Maire le miró de lleno por primera vez aquel día. Había olvidado lo azules que eran sus ojos, con pequeñas motas doradas en ellos, y largas pestañas que se curvaban en un elegante barrido. Ella levantó esas pestañas ahora como asombrada.

—Milord esposo, estoy a su merced.

—Sí —dijo él suavemente—, lo estás. Es mejor que lo recuerdes antes de volver a hablar imprudentemente.

Bajando las pestañas, Maire estudió la copa intacta que tenía en las manos, haciéndola girar entre sus dedos con firmeza. Las joyas que rodeaban la copa brillaban a la luz de las velas.

—No me es posible olvidar ni por un momento cómo mi propia vida depende del capricho ocioso de otro. —Levantó la copa y su voz—. No, no me es posible olvidar cómo tan gentilmente me perdonó la vida, sólo para colgarla ante mí como un premio duramente ganado. ¿Era tan difícil para usted, milord, vencer en combate a una simple mujer? ¿Me perdonará alguna vez por tener su vida en mis manos? ¿O te atreves a admitir lo cerca que estuviste de tener una espada sajona en tu garganta aquel día...?

—Basta —advirtió Bastian.

Desafiante, ella inclinó la copa en su boca y escurrió el vino, luego dejó el recipiente incrustado de joyas sobre la mesa con un golpe sordo.

—Sí, milord esposo, creo que es suficiente. Si alguna vez me pone una mano encima,

tendrá que matarme, pues no lo sufriré ociosamente.

Más allá de ella, Robert de Brionne estaba sentado con la boca abierta, sus ojos clavados en ambos cuando Bastian no reaccionó.

Bastian se contentó con ponerle una mano en el brazo como para acariciarla, pero sus dedos se clavaron profundamente en la tierna piel de su muñeca hasta que ella se estremeció.

—Ya te dije una vez que me cansaba oír cómo me apuntabas con tu espada a la garganta. No tengo por costumbre repetirlo, pero esta vez lo haré: no vuelvas a hablar de ello, Maire. Ya está hecho. Sería un error por tu parte pensar que volveré a juzgarte mal. A estas alturas, sé muy bien lo capaz que eres de cualquier palabra o acto.

En el silencio que se hizo entre ellos, Sir Robert intervino en su tosco inglés:

—¿Es cierto que Cresshawe está en la costa norte? Tengo entendido que es precioso allí.

La emoción parpadeó en los ojos de Maire, y fue ella quien respondió a Robert.

—Sí, Sir Robert, es una tierra de lo más encantadora y fértil, con agua dulce y amplios páramos, y bosques en los que abunda la caza. Seríais bienvenido si decidierais visitarla, ya que sois compañero y amigo de milord.

Bien hecho, pensó Bastian sombríamente, como si ella tuviera todo el derecho a cursar invitaciones en su nombre. Le soltó la muñeca.

—Sir Robert sabe muy bien que es bienvenido en mi casa.

Sonó grosero incluso a sus oídos, y vio que a Robert no le pasó desapercibido cuando su amigo sonrió.

—Ha habido veces en nuestro pasado, Bastian, que no estaba tan seguro de una bienvenida a tus manos, tal vez lo recuerdes.

—Lo recuerdo.

Otra respuesta brusca y hosca que esta vez despertó el interés del rey. Bastian se sintió tonto cuando William le preguntó si todo iba bien.

—Sí, señor. Un exceso de tensión natural por los acontecimientos del día, es todo.

—Entonces tal vez deberíais aliviar vuestra tensión con diversiones en lugar de discusiones serias. Los juglares tocan. Saca a bailar a tu dama, Louvat. Nos pondrá de buen humor a todos.

Bastian tenía sus dudas al respecto. Los que se sentían inclinados iban camino de estar alegres, y los hoscos no se animarían. Pero era inútil decírselo al rey, así que se levantó y le tendió la mano.

—Milady, hágame el honor de un baile, si quiere.

Maire le dirigió una rápida mirada hacia arriba. La consternación sustituyó al desafío cuando levantó los hombros encogiéndose ligeramente de hombros.

—Milord, no conozco sus danzas Normandas.

—Entonces los juglares tocarán una melodía sajona. Eso debería complacerte, ya que estoy seguro de que bailarás mejor que yo, y así me avergonzarás delante de todos los presentes.

Al parecer, la promesa bastó para convencerla, pues una sonrisa curvó su boca y colocó sus dedos en la palma extendida de él.

—Entonces, por supuesto que acepto.

—Pensé que no podría resistirse a un desafío como éste.

—Me consterna que me conozca tan bien, milord. —Su sonrisa se hizo más profunda, y ella se balanceó grácilmente en el espacio despejado para los bailarines, permitiéndole a él seguir cogiéndole de la mano. Entonces le sorprendió haciendo un profundo y encantador gesto de cortesía, inclinándose ligeramente con un pie adelantado y las rodillas flexionadas, el movimiento tan sin esfuerzo que uno podía ver que había nacido para ello.

—Cuando esté listo, milord esposo.

Una criatura feérica, una mutante que le hizo pasar de la ira a la admiración en un abrir y cerrar de ojos, una mujer tan encantadora a la vista como caprichosa. Bastian expulsó un profundo suspiro y miró hacia los músicos.

Robert estaba de pie donde tocaban. Interceptó la señal de Bastian, y los músicos comenzaron a tocar una animada melodía sajona, la melodía un poco vacilante ya que no estaban familiarizados con ella, pero lo suficientemente reconocible como para que algunos de los barones sajones se levantaran para unirse a los bailarines.

El ambiente en la sala se volvió alegre y animado, ya que incluso algunos Normandos se unieron a los desacostumbrados pasos de la danza sajona. Maire se movía sin esfuerzo, sus faldas se balanceaban sobre sus delgados tobillos, sus pasos eran precisos mientras enseñaba a Bastian. Él no le dijo que de niño había estado familiarizado con estas danzas, sino que permitió que ella le enseñara como si nunca hubiera brincado alrededor del fuego en una noche de verano.

—Aprendes rápido, milord —dijo ella una vez, mirándole, y él aceptó su cumplido encogiéndose de hombros.

—Todas las danzas son parecidas.

—Sí, eso he oído. —Ella pasó junto a él a la siguiente pareja, y luego saltó por la fila antes de volver a pasar junto a él.

Robert se había unido a los bailarines, y sonrió mientras tomaba las manos de Maire entre las suyas, obviamente disfrutando del momento. Pasándola junto a Bastian, susurró en voz alta en inglés:

—No hace falta que se ponga tan serio, milord. Ella le será devuelta muy pronto.

Bastian frunció el ceño. Incluso en broma, Robert no necesitaba fomentar ninguna esperanza en Maire de que su marido se preocupara por ella. Pues no lo hacía. Se había casado

con ella porque su rey se lo había pedido. Si la deseaba, no era por otra razón que la habitual por la que un hombre desea a una mujer.

Los pasos de la danza le llevaban en un patrón que requería el cambio frecuente de pareja, por lo que no se emparejaba a menudo con Maire. Sin embargo, se encontró observándola, buscando el vestido azul oscuro y a la mujer alta y esbelta de pelo brillante. En sus rizos sueltos se habían entretejido flores, delicadas blancas y azules y rosas, que colgaban de una corona tejida de cintas. El vestido era precioso, como no podía ser de otro modo, ya que le había costado una buena parte hacérselo a tiempo para la boda. La costurera lo había hecho bien, ya que el rico material se ceñía a su cintura, donde un ceñidor de eslabones de oro finamente labrado recorría sus esbeltas caderas. Intrincados bordados de hilo dorado adornaban el dobladillo y los largos puños de las mangas.

Mientras ella pasaba grácilmente junto a él, con los ojos encendidos y el rostro enrojecido por el esfuerzo y el placer, Bastian se dio cuenta de que era realmente hermosa. Nunca la había visto así, sin una expresión cautelosa o los ojos llenos de desprecio, y le irritaba que ella pudiera olvidar tan rápidamente su perfidia al mentir al rey. Y le molestaba aún más que pudiera divertirse con tanta facilidad.

—Milord Bastian —imploró una voz femenina sin aliento, y él se volvió hacia la sonriente invitación de lady Cosette—, hágame el favor de acompañarme al patio para tomar un poco de aire fresco. Me resulta muy sofocante aquí dentro.

Bastian vaciló. Había evitado asiduamente a Cosette estas últimas semanas, eludiendo con éxito sus furiosas preguntas después de que ella se enterara de sus esponsales con Maire. Ahora, parecía bastante inofensiva, ya que la boda estaba hecha y la viuda seguramente se daría cuenta de la inutilidad de seguir persiguiéndola. Hizo una reverencia.

—Estoy a su disposición, Lady Cosette. Unos momentos de aire que no huela a humo nos beneficiarían a ambos, creo.

La acompañó fuera del salón, permitiéndole colocar su mano sobre su brazo doblado y caminar a su lado. Soplaba un frío viento de noviembre cuando abandonaron el refugio del castillo y caminaron a lo largo de las murallas.

Las antorchas chisporroteaban en los soportes de hierro de las paredes, arrojando titilantes charcos de luz sobre el suelo. Los guardias, siempre vigilantes, los miraban y luego se apartaban. Cosette se acurrucó más cerca de él, temblando.

—Aquí fuera hace más frío de lo que había pensado. Vayamos a una alcoba. Allí podríamos compartir intimidad y... cualquier cosa que se te ocurra.

Bastian hizo una pausa para mirarla.

—Cosette, debes saber que ahora estoy casado.

—Por supuesto que lo sé. ¿Me crees ciega y sorda? —Ella le golpeó ligeramente en el brazo, sacudiendo su bonita cabeza—. Pero también sé que no fue por tu elección. Todo el mundo sabe que el rey lo ordenó.... Bastian, ¿por qué no acudiste a mí? ¿No me encuentras deseable?

—Sí, sabes que sí. Si no recuerdo mal, fuiste tú quien no me encontró tan deseable no hace mucho.

—Hombre tonto. Ya te he dicho mis razones. —Ella suspiró y se dio la vuelta—. Si hubiera tenido alguna idea de que te lo hubieras tomado tan a mal, nunca habría intentado inspirarte para que te arrojaras a los brazos del peligro con mi estratagema. Oh, Bastian, debes saber que me importas mucho....

Dio un paso atrás, mirándola con el ceño fruncido. La luz de las antorchas ondeaba rosadamente sobre sus encantadoras facciones, y sus ojos verdes brillaban con un fulgor húmedo. Su ceño se frunció y alargó una mano para tocar su mejilla húmeda.

—¿Lágrimas, Cosette?

Ella se atragantó ligeramente y agachó la cabeza para evitar su contacto.

—¿Por qué me has evitado esta última quincena?

Cínicamente divertido por su espectáculo, Bastian se encogió de hombros.

—No tenía sentido verte. William me pidió que me casara con Maire, y no había nada más que decirte.

Una nota acerada se deslizó en su tono.

—Si tan sólo hubieras respondido a mis mensajes, podría haberte salvado de casarte con esa sajón.

—Lo dudo. Una vez que William ha fijado su rumbo, es más fácil cambiar la dirección del viento que su decisión.

Cosette frunció el ceño, sus delicadas cejas frunciéndose sobre la línea recta de su nariz.

—Ciertamente, pero como la esposa del rey es mi prima, yo podría haberte salvado si tan sólo hubieras acudido a mí a tiempo. Ahora, estás en una parodia de matrimonio con pocas esperanzas de escapar.

Impaciente ahora, Bastian ahuecó el codo de ella en la palma de su mano y la volvió de espaldas hacia las puertas del castillo.

—Se está haciendo tarde y puede que nos hayan echado de menos. Tenemos que volver antes de que el rey se pregunte adónde he ido durante mi propio banquete de bodas.

—Oh, Bastian... —Cosette se volvió y apretó la cara contra su pecho—. Lamento haber tardado tanto en declararte mis sentimientos por ti. ¿Podrás perdonarme alguna vez, y... y pensar amablemente de mí?

—Ahora pienso amablemente en ti, Cosette. —Sintiéndose un poco incómodo, Bastian le rodeó el cuerpo con los brazos y la abrazó—. Pero incluso si el rey no hubiera decidido que me

casara con Maire, no creo que tú y yo fuéramos el uno para el otro.

Ella echó la cabeza hacia atrás, e incluso en la penumbra él pudo ver las chispas de ira en sus ojos.

—No lo dices en serio, Bastian Louvat. Sabes que no. Tú me deseabas. Arrojaste tu corazón a mis pies en Winchester, y yo te desdeñé para que renovaras tus esfuerzos por ganar tierras y un título. Lo hiciste, lo hiciste por mí, para que yo aceptara tu propuesta....

—Cosette, lo que he hecho, lo he hecho por mí. Eres encantadora, es cierto, y te he deseado, pero no de la forma que tan llanamente piensas. Hay una gran diferencia entre acostarse con una mujer, y casarse con una mujer.

Fue una negativa tan tajante y amable como pudo formularla. Su paciencia se estaba agotando, y si la situación no fuera tan irritante, habría sido divertido. Pero no era tan tonto como para creerse los votos de afecto de Cosette. Lo que ella más deseaba era la fortuna de un hombre, no su corazón. Su último marido había sido anciano y frágil cuando ella se casó con él, incapaz de aumentar sus posesiones por méritos, por lo que había dejado a su joven viuda con un título y no mucho más. Desde entonces, las deudas y los herederos se habían llevado la mayor parte, dejando a Cosette que se las arreglará sola.

Ahora ella le miraba con el rostro pálido y los ojos brillantes, y él sintió una punzada de arrepentimiento por ser tan llano. Le cogió la barbilla con la palma de la mano y le dijo suavemente:

—Eres muy hermosa. Recuerdo con cariño nuestros tiempos juntos, pero no volverá a ser así. Mi señor me ordenó que me casara, y eso he hecho. Sacaré lo mejor de ello, igual que tú sacaste lo mejor de tu suerte cuando tu padre te casó con Lord de Vescy. Ahora entremos, cada uno a su vida.

Su enfado era evidente en su rostro, pero se encogió de hombros.

—Ya estoy con mi nueva vida, Bastian, aunque puede que no te interese oír hablar de mis planes. Antes, te incluían, pero ahora... sólo puedo decir que siempre estarás en mi vida.

Frunció el ceño.

—Como siempre estarás en mi pasado, Cosette. Ahora no hay sitio para ti en mi vida.

Sorprendentemente, Cosette no le increpó como él esperaba, sino que le echó los brazos al cuello y se puso de puntillas para darle un ferviente beso en la boca. Él no la apartó de inmediato, sino que dejó que el beso se prolongara un momento antes de tomarle suavemente las muñecas con las manos para separarse.

Una discreta tos fue su primera pista de que no estaban solos, bajó los brazos de Cosette y se volvió, esperando encontrar a uno de los guardias. En su lugar, eran Robert y Maire los que estaban allí de pie, Robert con aspecto contrariado y Maire furiosa.

Para empeorar las cosas, Cosette arrulló:

—Vaya, Bastian, parece que nos han descubierto. Sabía que deberíamos haber ido a mi cámara.

Soltando los brazos de Cosette, Bastian sacudió la cabeza.

—No hay nada que hubiéramos dicho allí que no pudiera decirse aquí a la vista de todos. Robert, ¿qué haces aquí?

Robert se encogió de hombros a medias.

—Te echaron de menos, y tu señora esposa y yo fuimos enviados a buscarte. El rey desea brindar a tu salud, y ha echado de menos tu presencia.

Cada vez peor. Bastian avanzó, con intención de coger a Maire del brazo, pero ella se zafó de su intento. Sus ojos destellaban fuego azul en la tenue luz.

—¡Bribón! ¡No voy a sufrir tu contacto cuando acabas de agarrar a otra! Aléjate de mí....

La agarró del brazo antes de que pudiera eludirlo de nuevo y la alejó varios pasos de Robert y Cosette.

—Esto no es lo que piensas, Maire. No te hagas ya la esposa tonta. Aún no llevamos casados un día entero.

—No soy yo quien lo ha olvidado, milord. Vuelve con tu puta. Ella te espera con tu beso aún húmedo en su boca. Libera mi brazo o armaré tal aullido que todos en York vendrán corriendo a ver la causa.

No había duda de que hablaba en serio y Bastian le soltó el brazo con un juramento.

—Sacré croix, Maire. ¿Crees que soy tan inconsciente de mi deber como para cortejar a otra mujer la misma noche que me caso contigo?

—La prueba está ante mis ojos. —Maire lanzó una mirada sombría hacia Cosette—. Quizá deberías decirle al rey que te casó con la mujer equivocada. Es obvio que tiene una favorita.

La boca de Bastian se puso en una línea tensa.

—No estoy de humor para discutir la verdad. Como detesto a los que mienten, yo no miento. Si quieres creerme, hazlo. Si no, es tu problema. Pero escucha esto: no sufriré tu mal genio porque elijas mal. No me darás una lección con esto, Maire.

—¿Crees que quiero que el mundo sepa de tu falso voto? No es así. Todos saben ya que estamos obligados a casarnos. No asumiré más vergüenza porque tú elijas hacerte la cabra lasciva.

Bastian se quedó mirándola furioso cuando ella se dio la vuelta y se alejó. Maldita sea, no le daría la satisfacción de correr detrás de ella como un joven enloquecido por el amor. Que pensara lo que quisiera. Si ella no le creía mejor que hacer una asignación la misma noche en que se casaba, entonces él no podía decir nada que la convenciera de lo contrario.

—Bastian.... —Robert se puso a su lado, con la voz baja—. No pensé que te

encontraríamos en una situación tan incómoda. El guardia dijo que saliste a las murallas, pero no mencionó que estabas con una dama.

Bastian lo miró. El remordimiento se instaló en las oscuras facciones de Robert.

—No tiene importancia. No puedo educar cada uno de mis actos o palabras para que no se malinterpreten. Si Maire elige creerme falso, es su carga. Ahora ven. Si William me ha convocado, será mejor que regrese.

Se volvió hacia Cosette. La expresión de su rostro era tan satisfecha como la de un gato bien alimentado, y él no pudo evitar una sonrisa de pesar.

—Deberías estar satisfecha, milady. Ha agitado un avispero. Debería proporcionarle mucho entretenimiento.

—No tan entretenido como podría haber sido si hubieras venido a mi cámara, pero servirá por ahora, Bastian. —Ella se rio—. Si al menos hubieras podido ver tu cara cuando tu señora esposa te increpó tan mezquinamente. Veo que el matrimonio no siempre será agradable para ti, amor mío.

Aun riendo, aceptó el brazo de Robert y los tres regresaron al salón. Una música estridente y el olor acre del humo les recibieron cuando se abrieron las puertas, y Bastian parpadeó ante la bruma punzante. Los volatineros estaban actuando, saltando y rodando por el centro del suelo del salón para captar el interés de los invitados.

Sin embargo, Bastian era muy consciente de que el interés se desviaba hacia él, tanto del rey como de Maire. No ayudaba que se sintiera culpable, y le enfurecía que así fuera. No había hecho nada malo. No debían hacerle sentir como si lo hubiera hecho. Ni lo haría, ni siquiera por William. Pero el rey no dijo nada más allá de un comentario cortés de que los acróbatas eran bastante asombrosos, y Bastian estuvo de acuerdo. Maire se sentó rígidamente en su silla, con los ojos clavados en la bailarina de cuerda que hacía equilibrios precarios sobre el estrecho ancho de cuerda tensada en lo alto del suelo del castillo.

En ese momento, Bastian sintió lo mismo que debía sentir el bailarín de la cuerda, en equilibrio muy por encima de los peligros que le aguardaban. Si se balanceaba demasiado hacia cualquier lado, caería en picado sobre la fría piedra.

Maire le lanzó una mirada entrecerrada desde debajo de sus pestañas, y de repente se sintió impaciente por dejarlo todo atrás. La noche, la consumación que legalizaría su boda... todo ello le pesaba. Quería que terminara para poder marcharse de York.

Poniéndose en pie, Bastian indicó al rey que estaba dispuesto a poner fin a su participación en el banquete nupcial, y William sonrió asintiendo.

—Ah, ya veo que es hora de que comience la noche de bodas. Tenéis nuestra bendición, Lord Louvat, usted y la dama.

William se puso en pie y ofreció un brindis por los novios y la bendición de Inglaterra sobre ellos. El brindis fue secundado por muchos otros, terminando finalmente con un brindis jocoso de Robert de Brionne, que les deseó hijos sanos y bellas hijas para adornar su vejez.

—Y que todos ellos se parezcan a la dama, en lugar de a su hogareño sire —terminó ante el acompañamiento de muchas risas de los invitados.

Pero cuando Bastian se volvió hacia Maire, le sorprendió el pánico que se reflejaba en sus grandes ojos azules al darse cuenta de que había llegado el momento. Maldita sea, lo peor ya estaba hecho. ¿Qué podía temer ella de él ahora?

Capítulo 11

Una lluvia agitó las colgaduras de la pared e hizo bailar las llamas de las velas. Las sombras ondulaban por las paredes y sobre la cama alta y ancha contra la pared del fondo. Maire no se movió. Se rompería en pedazos si se atreviera a mover un músculo. A su alrededor había rostros sonrientes, los barones sajones y Normandos que habían venido a presenciar el ceremonial de la cama de la pareja de recién casados.

Era sólo una formalidad, un ritual destinado a completar el enlace legal de la pareja de recién casados. Como ella era viuda -y los acontecimientos que precedieron al matrimonio eran dudosos- no habría ningún rito humillante de desvestirse en público y mostrar las sábanas después. Todo eso era, afortunadamente, innecesario.

Aun así, incluso esto, la aglomeración en la cámara de barones y rey, estaba cargada de tensión para ella. No quería mirar a Bastian, y mucho menos tumbarse a su lado en la enorme cama pesada de cortinas. Tampoco deseaba sufrir las excitadas atenciones de las risueñas sirvientas que le habían quitado sus ropas nupciales y ahora la vestían con un suave vestido vaporoso de fino lino bordado con delicadas puntadas y diminutas perlas. Era una parodia. Una burla de todo lo que debería haber sido. ¿Nadie más lo vio? ¿Era ella la única que reconocía que los esfuerzos del rey por unir suavemente a sajones y Normandos eran en vano?

Sí, y sí. Bastian era consciente de ello. Estaba en sus ojos, en su voz y en su postura tensa. ¿Cómo hablaba con sus bienquerientes como si pronto fueran a regresar a Cresshawe y a la

armonía conyugal? Sin embargo, ella le había oído claramente, el pesar en su voz cuando le dijo a lady Cosette:

—Milord me ordenó que me casara, y eso he hecho... Sacaré lo mejor de ello, igual que tú sacaste lo mejor de tu suerte cuando tu padre te casó con Lord de Vescy. Ahora entremos, cada uno a su vida....

Se clavó las uñas en las palmas de las manos, pero permitió que dos sirvientas la guiaran hasta la cama, donde subió por la ayuda de madera hasta el alto y grueso colchón. Entre risas y bromas subidas de tono, se ruborizó al oírlas, y la metieron bajo las cobijas y le quitaron la bata como era debido. Estalló un breve brote de rebeldía, pero la imagen de ser separada a la fuerza de sus vestiduras se alzó para burlarse de ella y se sometió en silencio. La encantadora bata fue depositada sobre el extremo de la cama mientras ella sujetaba las sábanas hasta la barbilla y esperaba en un guiso de aprensión.

Bastian fue escoltado hasta la cama por un par de caballeros mucho más alborotadores, uno de ellos Sir Robert. Ella apartó los ojos cuando despojaron a Bastian de su ropa sin ninguna de las restricciones que le habían dado a ella, y luego lo arrojaron con toda justicia a la cama. Se hicieron más bromas, luego el rey exigió que todos se marcharan y dejaran a la pareja en paz para comenzar su vida de casados.

Se colocó una vela sobre una mesa cercana a la cama y en unos instantes la cámara quedó vacía de todos excepto de Bastian y Maire. Cuando la puerta se cerró de golpe, el eco sonó demasiado fuerte en la repentina quietud.

Hacía fresco, incluso bajo las cálidas mantas, y las colgaduras de la cama se movían con las corrientes de aire de la habitación. Maire se estremeció. El colchón se hundió bajo su peso cuando Bastian se volvió hacia ella, y su voz no traicionó nada de lo que sentía.

—Debemos consumar para estar legalmente unidos.

—Ya lo sé.

Se hizo de nuevo el silencio, espeso y cargado de tensión. La respiración de Bastian parecía sobrecargada, y el calor de su cuerpo parecía demasiado cerca aunque había un buen pie de espacio vacío entre ellos. Se recostó sobre las gordas almohadas de plumas y miró fijamente hacia el dosel que cubría su cabeza.

—Esto es obra tuya, Maire —dijo en el espeso silencio—. Si no querías esto, no deberías haber provocado a William. Intenté advertirte. Como parece habitual en ti, no escuchaste a cabezas más sabias.

Ella se volvió hacia él enfadada.

—Quería irme a casa. A mi casa. Cresshawe es mío, no tuyo, por muchos sajones muertos que hayas tenido que pasar por encima para conseguirlo.

Se sentó de nuevo, las mantas cayendo sobre su pecho mientras se encaraba a ella, con la tensión marcando surcos a cada lado de su boca.

—Por favor, dígame, gentil señora, ¿sobre cuántos muertos cree que caminó su padre para quedarse con Cresshawe? ¿Y su padre antes que él? ¿Y antes que él? ¿Cuántos fueron asesinados para arrebatar las tierras a quienes las poseyeron primero? Ese castillo es de origen romano. ¿No crees que sus antepasados lo tomaron por la fuerza? ¿Crees que la única sangre derramada allí es inocente? No, no me vengas con tonterías, pues conozco los caminos de la guerra mucho mejor que tú.

—Deberías. La libras con bastante frecuencia. —Ella respiró profunda y dolorosamente, temblando de emoción. La honestidad le exigía reconocer la verdad de su afirmación. El dolor le recordaba que él quería a otra mujer en su cama.

—Sí —dijo Bastian suavemente—, hago la guerra a menudo. Es la única vida que he conocido desde que no era más que un muchacho. A diferencia de ti, que la tomaste como un capricho, la guerra es mi profesión. Fui entrenado para ella desde que tuve edad suficiente para levantar una espada de madera en mis manos, desde que tuve edad suficiente para aprender que

uno no sufre golpes sin devolverlos. No se te ocurra darme lecciones de guerra, Maire, pues eres una pobre alumna intentando enseñar a un maestro.

—Y sin embargo...

—No lo digas.

Su suave advertencia contenía una riqueza de amenaza, y ella hizo una pausa. Recordarle de nuevo cómo le había vencido podría provocarle demasiado. Después de un momento, apartó la mirada, rozando con rabia las lágrimas de sus ojos. Todo era tan inútil, y cualquier ternura que alguna vez había creído encontrar en él era sólo una ilusión. Se había equivocado gravemente si pensaba que este hombre sentía algún tipo de bondad hacia ella. Era tal como parecía: salvaje y guerrero. Un verdadero Normando.

Y ella le había visto sostener a otra mujer en sus brazos, una mujer que él había elegido libremente. Cómo debía odiarla por interponerse entre ellos.

Permanecieron tumbados en silencio durante un rato, mirando el dosel de la cama y escuchando el sordo ruido de algarabía que llegaba desde el gran salón. El castillo de York estaba aún sin terminar, por lo que el sonido viajaba con facilidad a través de las delgadas paredes. Podía oír las melodías del laúd y la lira, acompañadas por la fina y dulce melodía de una flauta. Era una balada sajona como las que había oído de niña, y cerró los ojos, repentinamente afligida por todo lo que había perdido.

—De nada te servirá llorar, Maire —dijo Bastian al cabo de un rato—. Lo hecho, hecho está.

—¿Qué sabrás tú de ello? —Le dolía la garganta de contener sollozos, y sus ojos estaban calientes y rasposos por las lágrimas reprimidas—. Lo has ganado todo. No es tu hogar lo que se ha perdido para ti.

—Sin embargo, conozco ese dolor.

Abriendo los ojos, giró la cabeza para mirarle fijamente.

—¡No se te ocurra atosigarme con palabras vacías cuando no sabes nada de lo que siento!

Bastian se giró sobre un costado, apoyando la cabeza en la palma de la mano para mirarla con los ojos entrecerrados.

—¿Crees que eres la única que ha perdido su hogar? Al menos no fue por culpa de nadie, salvo de armas mayores.

—Supongo que quieres que te agradezca que mi hogar se perdiera a manos tuyas en vez de a manos de los escoceses o los daneses. Veo poca diferencia entre vosotros. Todos sois depredadores, rapaces y codiciosos. ¿Por qué debería importarme si Cresshawe se pierde por la guerra o por el ingenio? No lo tomes a la ligera.

—No lo tomo a la ligera. Pero deberías pensar por un momento. No eres la única que sufre pérdidas. ¿Acaso el mundo debe detenerse por ti, Maire de Cresshawe? —Su voz era airada y tenía la mano crispada sobre el colchón que las separaba—. No, no me hables de tu pérdida cuando te queda la vida y el honor.

—¿Honor? ¿Verme obligada a casarme contigo para evitar que mi hogar sea asolado por los Normandos? —Su risa sonó quebradiza incluso para sus propios oídos—. No me queda honor. Está por todo York y muy probablemente Inglaterra a estas alturas que me entregué a un Normando en la antigua calzada romana.

—Esa fue tu elección y tu truco. No te quejes si no es como deseabas. ¿Qué esperabas? ¿Que el rey te diera Cresshawe por la pérdida de tu virginidad? Como te he dicho antes, le das un valor demasiado grande, Maire. Doncellas de toda Inglaterra han perdido mucho más que tú.

Él tenía razón, y ella lo sabía, pero eso no hizo que su pérdida fuera más fácil de soportar. Sujetándose las mantas a la barbilla, se incorporó. En las sombras, él parecía delgado y depredador, casi lobuno. Cerró los ojos brevemente, luego se armó de valor.

—No puedo restaurar las pérdidas de los demás. Debo afrontar mi pérdida lo mejor que pueda. Si te he engañado, ha sido un engaño al que te has sometido felizmente. Aún no he oído que una mujer pueda obligar a un hombre a acudir a su lecho. Por lo que recuerdo, no necesitaste que te engatusara mucho, pues ya habías decidido lo que deseabas. ¿Estoy en lo cierto, esposo? ¿O deseas llamarme mentirosa en eso, así como en todo lo demás? No me escuchaste cuando te dije que era virgen, ¿por qué ibas a escucharme ahora?

Sin aliento por su diatriba, Maire hizo una pausa, temblorosa. Bastian no había hablado, ni había apartado sus ojos de ella.

—No, no te llamaré mentirosa por eso. Es cierto. Te deseaba. Aún te deseo. Tanto si me tentaste como si no, mis actos fueron por propia voluntad. No lo niego. Pero no puedes negar que no aborreciste mi tacto, Maire. No soy inexperto. Sé distinguir cuando una mujer responde.

Ella se sonrojó con una indignada negación.

—Sólo fingí interés para que tú…

—No. —Él alargó la mano para sujetarle la barbilla con la palma—. No te molestes con una mentira que se ve tan fácilmente. No inventaste tu respuesta cuando te toqué aquí... y aquí. —Su mano se movió hacia abajo, apartando suavemente las mantas para acariciarle el pecho y el apretado pico del pezón. Ella se estremeció, a pesar de sus esfuerzos por no reaccionar, y él sonrió—. Ahora tampoco puedes ocultar tus sentimientos, aunque no son tan evidentes como los míos. Es la suerte de un hombre que siempre se conozca su deseo, mientras que una mujer aún puede ocultar el suyo. Pero hay formas de decir la verdad, Maire, y no puedes negar que a tu carne le gusta mi tacto aunque tu corazón no lo admita.

—Deja mi corazón fuera de esto... y deja de hacer eso.

Ella trató de apartar la mano de él de su pecho, pero se detuvo con los dedos enredados sin apretar en su muñeca. Él se mantuvo quieto, sus dedos cálidos y suaves contra la piel de ella. Su voz bajó, volviéndose gruesa y ronca.

—Has ganado lo que deseabas, ma belle. Ahora entrégame mi deseo.

Temblorosa bajo su caricia y el tono cálido e íntimo de su voz, intentó que él no viera cómo la afectaba.

—Yo... no puedo.

—Sí, puedes. Y lo harás, aunque no sepas por qué.

El enigmático comentario espoleó su resistencia y se apartó de él.

—Hablas tontamente.

—Y tú, ma chérie, manipulas a la ligera el capricho de una doncella si crees que me quedaré esta noche. Querías ser mi esposa y señora de Cresshawe, y así lo eres. Te quería en mi cama, y aquí estás.

—¿No te importa que no te quiera?

—¿Debería? —Le agarró la muñeca cuando ella le soltó, le dio la vuelta al brazo y se lo llevó a la boca. Sus labios presionaron la fina piel de su muñeca, el interior de su codo, luego más arriba, su boca caliente y suave y exigente, provocándole escalofríos por todo el cuerpo—. ¿No te importó que no quisiera casarme, chérie? Sin embargo, estamos casados y te deseo, y para mí es suficiente.

—¿Y si te rechazo?

—Te aceptaré de todos modos. —Le frotó la clavícula con el pulgar en un lento círculo—. Es tu elección, pero no te equivoques. Este matrimonio se consumará esta noche. —Aun sujetándola por el brazo, se puso de rodillas, una silueta oscura contra la luz resplandeciente de la vela, una promesa de cambio y peligro de músculos duros. Estaba demasiado cerca. Demasiado abrumador. Parecía llenar no sólo la cama, sino toda la cámara con su presencia, y ella pensó salvajemente que había sido una tonta al pensar alguna vez que podría manipular a ese hombre.

—Milord...

—Bastian. —Sus dedos se tensaron ligeramente sobre el brazo de ella—. Me llamo Bastian. Nunca te he oído decir mi nombre, y me gustaría oírlo en tus labios. Bastian Louvat es mi nombre y ahora lo comparto contigo. Dilo, Maire.

Ella se tensó. Se sentía extraño en su lengua, sobre todo si lo decía como él. Lewk Lew-vah. Tan francés. Tan ajeno, a pesar de que ahora le resultaba tan familiar. Pero él esperó, su mano una presión firme e inflexible. Y un recordatorio de que aunque ella se resistiera, él la obligaría a ceder a su voluntad más fuerte.

—Bastian Louvat. —Ella lo pronunció mal deliberadamente Mira Loovat, y le vio hacer una mueca de dolor. Su boca se puso en una línea obstinada cuando él empezó a corregirla, y él hizo una pausa encogiéndose de hombros.

—Algún día te enseñaré a hablar un francés correcto, pero por ahora, eso bastará. Hay otras cosas más importantes que debes aprender esta noche, chérie.

Ella tembló cuando la mano de él se deslizó por su brazo en una persistente caricia hasta su hombro, su palma manteniéndola firme mientras su otra mano se movía para ahuecar su barbilla. ¿Por qué la miraba tan fijamente, como si intentara traspasarle el alma?

Sus manos estaban tan calientes sobre ella, abrasando dondequiera que tocaran. Quiso apartarse, huir de la cama y de la cámara, pero sus miembros estaban plomizos y no cooperaban, de modo que sólo podía temblar impotente bajo sus caricias. De rodillas, con la luz a sus espaldas de modo que su rostro quedaba en la sombra, se alzaba despiadado y depredador, tocándola implacablemente donde se le antojaba. Sus dedos rozaron su garganta, sus pechos, sobre sus costillas hasta su vientre y luego más abajo, hasta tocarla entre las piernas, una caricia plumosa que encendió un dolor feroz.

—Yo no te he dado derecho a tocarme —empezó ella en un tono estrangulado que sonaba estúpido incluso mientras lo decía, y Bastian rio suavemente al atrapar la mano que ella puso

contra su pecho.

—Sí, chérie, me diste derechos cuando pronunciaste tus votos delante del cura esta mañana.

—¡No a poseerme!

—Ah, pero sí te poseo. Así son las cosas. Pero no se trata de propiedad. Esto, lo que hacemos, es compartir.

—¿Y si no quiero compartir?

—Esa no es tu elección. —Su débil sonrisa apenas atenuó el escozor de su respuesta, y la sujetó con fuerza cuando ella trató de zafarse—. Pero no creo que quieras decir lo que dices. La primera vez no fue como debería haber sido. Esta vez... esta vez puede ser lo que se supone que debe ser la pasión, ma belle. Si hubiera sabido antes que no habías probado, habría sido más suave.

Mientras hablaba, acarició su cuerpo tembloroso, sus manos ciertamente suaves, acariciándola con movimientos lentos y cuidadosos que creaban respuestas estremecedoras. Incluso el aire se sentía cálido ahora, casi sofocante.

Era inevitable, y aunque ella no quería ceder, las caricias de Bastian estaban sofocando su resistencia. Y no había olvidado aquella noche en la vieja calzada romana en la que había sido ajena a todo excepto a la necesidad sin sentido que él había encendido. Aunque podía reconocer en privado el deseo que él despertaba en ella, no se atrevía a hacerle saber el poder que ejercía sobre su cuerpo o sus emociones.

Pero, ¿cómo contrarrestar sus exigentes besos? ¿El dulce tacto de sus manos que encendía temblores tan exquisitos? Él parecía conocer instintivamente cada vulnerabilidad de su cuerpo, y utilizarla en su contra.

Su piel era caliente, firme y ligeramente peluda bajo sus palmas cuando ella apretó las

manos contra su pecho, incapaz de admitir la rendición. Él le cogió la muñeca y tiró de su brazo hacia abajo, de modo que la mano de ella se alisó sobre los tensos músculos de su pecho y vientre. Aun sujetándole la muñeca, murmuró algo en un francés gutural que ella no entendió, y levantó la vista hacia ella. Su expresión era ferozmente intencionada, sus ojos de gruesas pestañas oscuros y brillantes.

A Maire le temblaron los dedos y sacudió la cabeza cuando él tiró de su mano hacia abajo.

—No, Bastian...

—¿Tienes miedo, chérie? ¿Tú?

Sí. De ti. De mí. De lo que esto significará para mí y no significará para ti....

En voz alta dijo:

—No. No tengo miedo, sólo… no estoy dispuesta.

—No siempre estarás poco dispuesta —dijo él en voz baja, y ella recordó que antes le había dicho algo muy parecido.

Cerrando los ojos, Maire trató de ignorar sus suaves palabras, los cariños en francés ronco e inglés ronco que se cernían entre ellos, murmurados con besos persistentes en sus párpados cerrados, el lóbulo de la oreja y la boca. Sus labios buscaron el pulso de su garganta, luego bajaron hasta el acolchado oleaje de su pecho, saboreando y provocando hasta que ella se retorció con una urgencia sin aliento. No podía luchar contra él, no en ese momento, no cuando era tan vulnerable a los placeres desconocidos que él invocaba de su cuerpo tembloroso. Loca por permitirlo, pero impotente para resistirse, no pudo contener suaves gemidos de creciente excitación.

Como si hubiera estado esperando precisamente esa respuesta, Bastian se movió. Se sentó, mirándola hasta que ella se ruborizó de vergüenza e intentó cubrirse con la pesada colcha bordada. Él le cogió la mano.

—Ah no, belleza. No ocultes un cuerpo tan hermoso. Sería un crimen cubrir esto... o esto... ¿sabías que tus pechos son perfectos? Tan redondos y firmes... y tus pezones son como capullos de rosa apretados suplicando que los toque.... —Él se inclinó, llevándose un pezón a la boca con una suave inhalación que la hizo jadear. Contra su pecho, murmuró—: Hueles a lavanda. Dulce. Tentador. Bon Dieu, podrías llevar a un hombre a la idiotez imprudente, como hiciste conmigo.

Él la miró con una irónica diversión sesgando su boca.

—Tu venganza debe ser dulce, chérie. Me has maniobrado exactamente como querías hacerlo.

—Nunca —ella se detuvo, ruborizándose un poco cuando él levantó la frente en señal de burla—, quise llegar a esto —terminó ella irritada, y él se rio.

—Eso puedo creerlo. Parece que ambos estamos atrapados en esta trampa, pero debemos sacar lo mejor de ella. Y en verdad, puede que valga la pena el precio de tenerte en mi cama una noche.

No había respuesta que ella pudiera dar a eso, ninguna que sonara como si no estuviera dispuesta, o peor aún, que le recordara a Lady Cosette, así que guardó silencio. Bastian continuó con su exploración, las manos acariciando, los dedos sumergiéndose en curvas y huecos con resultados impresionantes. Ella se estremeció. Su peso pesaba sobre ella, la presión de su cadera y su muslo contra su carne desnuda era caliente y excitante. Medio tumbado de lado, su mirada la rozaba con la misma ligereza que sus manos, sobre el oleaje de su vientre y más abajo, hasta enredar los dedos en el sedoso nido de su montículo.

—Suave —murmuró, y acarició con el pulgar el centro mismo de ella para provocar un exquisito temblor que la hizo doler. Inmediatamente ella apretó los muslos para atrapar su mano. Él levantó la mirada—. Ábrete para mí, ma chérie.

Todo el cuerpo de Maire ardía con una mezcla de vergüenza y excitación. No podía... pero no había necesidad de tomar la decisión, porque él estaba separando suavemente sus muslos con

las manos, sus dedos haciendo lentos círculos sobre su carne desnuda, rozando inexorablemente el centro ardiente que acababa de tocar. No se atrevía a apartar la mirada mientras sus pestañas bajaban en una sombra curvada sobre sus mejillas oscuras y él la contemplaba.

Y entonces él la estaba acariciando allí, los pulgares rastrillando su carne sensible hasta que ella se arqueó hacia arriba con gemidos estremecedores, sus manos extendidas para apartarlo pero en lugar de eso se aferraron a sus brazos de músculos duros. El calor se extendió hacia arriba y hacia fuera en feroces espirales, engulléndola, dejándola temblorosa y sin aliento y retorciéndose bajo sus manos.

Cuando ella se movió ciegamente hacia sus caricias, aferrándose a él con urgencia, él deslizó la pierna por encima de sus muslos para encajarle la rodilla entre ellos. Suavemente, se acomodó entre sus piernas, y ahora había una nueva presión contra ella, un suave calor que le rozaba con abrasadora intimidad entre los muslos. La cogió desprevenida, ese empuje caliente y duro que empujaba contra su centro dolorido.

Ella levantó la vista, sin aliento, insegura, y él le devolvió la mirada mientras sus caderas avanzaban en una lenta excursión hacia sus rizos húmedos. Se deslizó justo dentro de ella, una invasión extrañamente tensa y exquisita que rondaba entre el dolor y el placer. Con la cabeza inclinada, ahuecó las manos bajo las caderas de ella para levantarla, y volvió a moverse, penetrando lentamente con pesada plenitud. Ella se estremeció y él hizo una pausa.

—¿Te estoy haciendo daño, chérie?

Su voz era tan extraña, tan ronca y gruesa, y ella negó con la cabeza, las palabras atascándose en su garganta de modo que salía ronca.

—No, no me... duele.

Su pecho subía y bajaba con respiraciones ásperas y rápidas, y sus brazos temblaban de tensión mientras la estrechaba contra sí. Se sentía tan extraño, su cuerpo justo dentro del de ella, suave y a la vez tan duro, una longitud acalorada que parecía demasiado grande para caber. Sin

embargo, había encajado antes, ella lo sabía, pero tan brevemente y de forma tan penetrante que, de no ser por la sangre brillante de sus mantas, no habría estado segura de haber perdido la virginidad.

Pero ahora no había lugar a dudas, ya que Bastian dio un fuerte y repentino empujón que la pilló por sorpresa mientras envainaba su longitud en su interior. Ella gritó de asombro y él se inclinó para besarla, su boca se demoró en la de ella hasta que sus tensos músculos se relajaron y ella le devolvió el beso. Cuando su cuerpo aceptó el suyo, él empezó a moverse de nuevo, en lentos y deliciosos deslizamientos que provocaron en ella estremecidas respuestas.

Ahora sólo existía la elevada sensación de la excitación, una meta flotante justo fuera de su alcance. Gimoteando, con las caderas impulsándose al encuentro de sus empujones, su cuerpo clamaba por la misteriosa satisfacción que se le escapaba.

—Bastian... por favor —susurró—, por favor.... —Ella no sabía lo que quería, lo que pedía, pero no importaba. Él lo sabría.

Levantó la cabeza y le dirigió una larga mirada que la abrasó como el fuego. El pelo oscuro le caía sobre la frente y se le metía en los ojos, y la fina cicatriz blanca a lo largo de la mandíbula se veía vívida contra su piel oscura. Su pecho subía y bajaba con dificultad mientras él se retiraba, se detenía un instante y volvía a empujar, aumentando la excitación hasta casi la tortura. Sólo era consciente de otra cosa que no fuera Bastian, sus hombros musculosos y su cuerpo duro, el arco reluciente de su garganta y sus rasgos oscuros por encima de ella.

Y entonces, de repente, estaba allí, el frenesí estallando en un torbellino de ondas extáticas que la arrastraron a un vacío donde no había más que descubrimiento y asombro.

Oyó tenuemente a Bastian gemir, el sonido amortiguado por las capas de estremecedora dicha, y sus brazos se tensaron en torno a ella mientras su cuerpo se ponía rígido y quieto. Ella sintió un latido peculiar, un estremecimiento, luego él se relajó, y su boca encontró sus labios brevemente antes de que él desplazara su peso hacia un lado, aun sujetándola.

Ella se sintió sin huesos, casi demasiado débil para levantar la cabeza, y le miró con una timidez desacostumbrada. En la penumbra, él se estiró con despreocupada desnudez junto a ella, su largo cuerpo oscuro contra el blanco crudo de la ropa de cama. Una leve sonrisa levantó una comisura de su boca y la luz de las velas se reflejó en sus ojos oscuros.

—Ahora, chérie —murmuró, trazando con la punta del dedo el contorno hinchado y amoratado por la pasión de su boca—, eres verdaderamente mi esposa. Y cuando te desee, vendrás a mí.

Ella se estremeció ante la arrogancia de su voz y sus ojos, y rezó para no perder tanto su corazón como su libertad a manos de aquel hombre.

Parte II



Capítulo 12

Los vientos marinos soplaban sobre las altas hierbas, doblándolas contra el suelo, aullando sobre las rocas azotadas por las olas al pie del promontorio donde el castillo de Cresshawe se erguía como centinela. Un ave marina revoloteaba por encima, su grito tamizándose a través de la nube y el viento. Era un día crudo, con un pesado cielo gris y una llovizna constante que amargaba el día a hombres y bestias por igual.

A través de la niebla cambiante y las nubes bajas, las piedras grises del castillo apenas eran visibles al otro lado de la ensenada. Bastian pudo sentir la creciente excitación de Maire y le lanzó una rápida mirada.

Montada sobre un palafrén blanco como la nieve, regalo de boda de William, Maire llevaba una capa con capucha que cubría su brillante cabellera con lana carmesí ribeteada de armiño. Era una capa realmente magnífica, comprada con las monedas ganadas con esfuerzo por Bastian, y que a su juicio valía la pena, pues resaltaba su bello colorido como una rica joya. Antes de salir de York, había comprado todo un guardarropa para ella. Él no había esperado ni querido el agradecimiento, pero ella se había acercado a él con ojos brillantes y una sonrisa casi tímida, y le había apretado un beso silencioso en la mejilla.

En ese momento, se había vuelto a sentir como un joven torpe, torpe e incómodo, pero se le había pasado rápidamente. Había demasiadas otras cosas que le distraían, y él se apresuró a aprovechar su agradable estado de ánimo de la forma consagrada que tenían los maridos con sus

esposas.

Incluso ahora el recuerdo de su suave cuerpo y sus ansiosas caricias le agitaban, y se movió incómodo en su silla de montar y apartó la mirada de ella a través de la agitada ensenada hacia el castillo. No debería dejar que una mujer le afectara así, pero de alguna manera, Maire se colaba en sus pensamientos cada vez con más frecuencia. En momentos extraños en los que debería estar pensando en planes para fortificar el castillo, o en cuántos hombres necesitaría para la guarnición y cómo reforzar sus posiciones fronterizas, pensaba en cambio en una piel perfumada de lavanda y un cabello del color del trigo de verano.

Era tan desconcertante como excitante.

Bastian impulsó a Drago al trote cuando llegaron al camino que rodeaba la ensenada. El viento frío le quemaba los oídos, le picaba la piel y los ojos, olía a nieve y a mar. El vapor surgió de la piel de Drago, y el destrier resopló ansiosamente como si presintiera que el final del viaje estaba cerca, una reacción de la que se hicieron eco los otros caballos. El tintineo de los bocados metálicos de las bridas y el crujido del cuero quedaron casi ahogados por el rugido del oleaje al chocar contra las rocas y los tussocks arenosos. Al final de la fila de hombres montados llegaron los carros de equipaje y el carro que transportaba al lobo enjaulado. Desde Saskia, un aullido se elevó en el aire, apenas audible por encima de los sonidos del mar pero que hizo que los caballos gruñeran inquietos.

Algunos de los hombres maldijeron y tuvieron que esforzarse para mantener sus monturas en el estrecho camino, partes del cual habían sido arrastradas por las aguas y sustituidas por un nuevo puente hecho de troncos toscamente tallados. El barro profundo hizo áspero el último tramo del empinado camino que conducía al castillo, y se gritó un saludo desde las murallas cuando el estandarte de Bastian apareció a la vista.

Tremont salió corriendo a su encuentro cuando se abrieron las puertas, aun abrochándose la espada. El viento le alborotó el pelo y rizó su corta capa a su alrededor cuando el capitán se

detuvo ante el castillo y esperó.

—Veo que ha cuidado mucho el castillo, capitán Tremont. —Bastian desmontó, echando un vistazo a su alrededor a los cuidados terrenos. Los muros de piedra desmoronados habían sido reparados y la basura que había esparcida por los alrededores había desaparecido.

—Lo he intentado, milord. Cuando el tiempo despeje, repararemos de nuevo el camino. —Tremont miró más allá de Bastian hacia la mujer sentada encima del elegante palafrén blanco, y sus ojos se abrieron de par en par. Carraspeó y volvió a mirar a Bastian—. He recibido su mensaje, milord, y he preparado la cámara que solicitó para su nueva esposa.

La curiosidad de Tremont era evidente, y Bastian indicó a Maire con una inclinación de cabeza.

—La dama está cansada, y sin duda deseará ir enseguida a nuestra cámara. ¿Dónde está Paul? Drago necesita ser desensillado y atendido, al igual que los otros caballos… ah, Paul, aquí estás. Creo que Drago te ha echado de menos.

El curtido rostro de Paul se arrugó de placer.

—Como yo a él, milord. Nos parecemos mucho en que apreciamos a nuestros viejos amigos. —Tomando las riendas del destrier, Paul murmuró palabras tranquilizadoras que se ganaron un tirón de orejas y un codazo de bienvenida de la gran cabeza—. Ven, conoce a un nuevo amigo, viejo amigo. Godric te tratará muy amablemente.

Bastian pasó junto al mayordomo de caballos, con Tremont a su lado, hasta donde Maire estaba encaramada a su palafrén. Ella lo miró, luego a Paul, frunciendo el ceño.

—Milord, por favor, libere a mi loba de su jaula. No la quiero en los establos. Saskia ha estado presa tanto tiempo que sin duda ya no puede usar sus extremidades y debe ejercitarse.

—Un día sin ejercicio no la perjudicará demasiado. —La boca de Bastian se tensó cuando Maire negó con la cabeza, y antes de que ella pudiera discutir, expuso su postura con más

firmeza—. No puedo simplemente liberar a la bestia entre mis hombres.

—Saskia vagaba por este castillo mucho antes de que llegaran los Normandos, y no se marchará a menos que yo se lo ordene. Pídamelo, si no confía en mi veracidad. Cualquier hombre de aquí que conozca a la loba sabe que es mansa, y que no haría daño ni a una bestia ni a un hombre a menos que se la provoque.

Bastian la miró y, sin responder, alargó la mano para bajarla del palafrén. Las manos de ella volaron hacia los hombros de él para mantener el equilibrio, y su cuerpo se tensó bajo sus manos mientras él la mantenía deliberadamente por encima del suelo. Los cabellos rubios salieron de debajo de la capucha para enmarcar su rostro, y los dedos de ella se clavaron en la cota de malla que cubría los hombros de él. Su fuerte aroma a lavanda le envolvió, agitándole para que la pusiera en pie y la soltara. Nunca estaría bien actuar como si estuviera embelesado con ella delante de sus hombres.

—Consideraré tu petición, y lo más probable es que permita a Saskia vagar si se demuestra que es inofensiva. Pero esta noche, creo que es mejor que la loba permanezca a salvo en su jaula, hasta que haya tenido la oportunidad de advertir a mis hombres de su naturaleza inofensiva.

Maire sonrió ligeramente.

—No he dicho que sea inofensiva, sólo que no atacará a menos que yo lo permita.

La ceja de Bastian se levantó.

—Entonces lo pensaré con más intensidad antes de tomar una decisión. —Cambiando de nuevo al francés, se volvió hacia el capitán Tremont—. Confío en que haya comida suficiente para la cena, ya que hemos cabalgado largo y duro este día para llegar a Cresshawe antes del anochecer.

Tremont asintió, y miró hacia las puertas del castillo con inquietud.

—Milord, tal vez no lo sepa, pero tiene invitados.

—¿Invitados? —Bastian se sorprendió—. ¿Quién ha venido tan rápido que llega antes que yo?

Tosiendo, Tremont parecía incómodo, pero Bastian sólo tuvo un momento de aprensión antes de que su capitán respondiera:

—Es su hermano, milord.

La mandíbula de Bastian se tensó y sus palabras salieron en un gruñido bajo.

—¿Bernard está aquí?

Tremont asintió con tristeza.

—Llegó ayer mismo. No conocía sus deseos, así que le he permitido quedarse. Espero no haberme equivocado, milord.

—No. No te corresponde a ti negarle la entrada. Es el mío. —Tirando de sus guanteletes de cota de malla, Bastian se encaminó hacia el castillo sin esperar a Maire. ¿Cómo podía Bernard llegar como si nada hubiera pasado entre ellos, como si no hubiera existido una rivalidad feroz? Y ahora, ahora que se había ganado el título y las tierras, Bernard aparecía en su puerta como si hubiera sido ayer y no cinco años desde que se habían visto.

Pero esta vez, no era Bastian el hijo desechado, desheredado sin nada más que su espada y un nombre adoptado. Era Bernard quien había perdido todo menos la vida, aunque tuvo más suerte que su padre, pues ambos habían tratado a traición a William y pocos hombres sobrevivían a eso.

Las antorchas iluminaban el corto pasillo que conducía a la sala, y los guardias armados se pusieron firmes cuando Bastian pasó junto a ellos. Un fuego ardía en el centro del salón, enormes troncos crepitaban, el humo se enroscaba hacia arriba hasta ennegrecer las vigas y el techo.

Bernard estaba sentado en la mesa principal, hablando con una mujer y otros dos hombres. La luz reflejada de las antorchas brillaba en su pelo rubio. La sala quedó en silencio mientras

Bastian entraba y se abría paso entre las mesas de caballete dispuestas para caballeros y soldados, y finalmente el silencio llamó la atención de Bernard, de modo que se detuvo y levantó la vista. Su rostro palideció ligeramente y dejó su copa de vino mientras Bastian se acercaba.

—Saludos, hermano —dijo Bernard cuando Bastian llegó a la mesa—. Confío en que tu viaje haya sido tranquilo.

—¿Qué haces aquí, Bernard?

Era una exigencia más que una pregunta. La boca de Bernard se torció en la comisura mientras miraba a Bastian.

—He venido a pedir socorro.

—¿Ah, sí? ¿Por qué ahora? ¿Por qué no el año pasado? ¿Hace dos años? —Bastian subió al estrado y se acercó al extremo de la mesa, observando de cerca cómo su hermano se ponía en pie para girarse y mirarle.

Extendiendo lentamente los brazos a los lados para mostrar que no llevaba armas, Bernard dijo en voz baja:

—He venido porque no tengo otro sitio adonde ir, Bastian. Estoy desprovisto de todo. Hogar. Tierra. Nombre. Familia. Tú eres todo lo que me queda.

—Un día amargo para ti, entonces.

—Amargo sin duda. —Los ojos azules de Bernard bajaron bajo la implacable mirada de Bastian—. Una vez dijiste que si alguna vez te necesitaba, vendrías.

—Eso fue hace mucho tiempo, Bernard. Mucho ha sucedido desde entonces. Mucho de tu propia cosecha.

—Es cierto. Sin embargo, ahora estoy aquí y me humillo ante ti. —Levantó la mirada, los ojos azules que Bastian recordaba de su infancia suplicantes, recordándole tiempos que no fueron

tan malos, clavándose en él con mirada esperanzada—. No me rechaces, Bastian. Nadie más me acogerá.

—Tal vez deberías haber elegido a tus antiguos compañeros con más cuidado entonces. —Bastian inspiró profundamente con un sabor a humo y amargura—. No te echaré esta víspera. Hablaremos mañana, una vez que haya descansado y reflexionado sobre el asunto.

Era una especie de compromiso, sino una victoria, y Bernard se animó de inmediato.

—No lo lamentarás, Bastian. Yo...

—¿Quiénes son tus compañeros?

La brusca pregunta de Bastian cortó las promesas de su hermano, que siempre llegaban con demasiada facilidad y carecían de sinceridad, y Bernard se volvió hacia la mujer y los dos hombres de la mesa.

—Vagabundos sin amigos como yo. No pretenden hacer daño, Bastian, sólo buscan cobijo y tu amabilidad.

Bastian los barrió con una mirada crítica. Un lote de mala reputación, sin duda. Los mercenarios a menudo llegaban a Inglaterra con grandes esperanzas pero sin ningún mérito, y pronto se veían decepcionados.

—Mi hospitalidad se extiende a tus compañeros sólo por esta noche. Al día siguiente, haré que mi mayordomo les dé una moneda y comida, y se pondrán en camino.

Bernard pareció contrariado y los ojos de la mujer se abrieron de par en par por la consternación, pero Bastian se dio la vuelta. Ya tenía bastante que hacer como para proporcionar caridad a quienes no estaban dispuestos a trabajar.

Al salir del vestíbulo, vio a Maire. Estaba de pie justo dentro de la puerta exterior, con una expresión extraña en el rostro. Se detuvo junto a ella.

—Hay invitados en el vestíbulo. Estarán de camino mañana. Si no te apetece compartir la mesa con ellos, haré que Alain te traiga la comida a nuestra cámara.

—No, eso no es necesario. —Su rápida respuesta fue seguida de un ligero encogimiento de hombros—. Me ocuparía de Saskia antes de comer, ya que estará hambrienta y se sentirá miserable.

—Maldita sea esa loba, ¿la harías comer también en la mesa?

—Una vez comió donde quiso, pero no, milord. No le pediría que hiciera nada que le incomodara.

Su boca se tensó.

—No temo al lobo, pero mis hombres no lo aceptan tanto.

—Sí, milord. Lo comprendo.

Tras la desconocida humildad de Bernard, la burla de Maire fue más de lo que podía soportar. Volvió a maldecir, con dureza esta vez, una vil maldición francesa que hizo que uno de los guardias lo mirara con aprensión. Bastian cogió el brazo de Maire justo por encima del codo y la alejó varios pasos. Aunque estaba rígida por la resistencia, no ofreció resistencia cuando la giró hacia él.

—Lleva al lobo a tu cámara. Asegúrate de que no haya problemas con ella, o volverá a estar enjaulada. Mantenla contigo.

Ella le miró un momento. La rebeldía de sus ojos se desvaneció y un leve ceño frunció su frente.

—¿Espera problemas, milord? Quiero decir, ¿peligro?

—No. —Le soltó el brazo, sintiéndose repentinamente tonto. Ella era más astuta de lo que él había pensado. Y él no tenía motivos para pensar en el peligro. Sin embargo, conocía a su

hermano, sabía que era capaz de grandes traiciones, y no se arriesgaría. ¿No le habían traicionado antes? ¿Atrapado en la noche mientras dormía, antes de que pudiera alcanzar su arma y defenderse? No volvería a arriesgarse.

Encogiéndose de hombros, su respuesta fue brusca.

—Si cuestionas mi decisión, deja a la loba en su jaula. No me importa, pero estoy cansado de que insistas en el tema.

Giró y se alejó antes de que ella pudiera volver a hablar, pero sintió que su mirada le seguía. La vuelta a casa que había previsto no fue como él había deseado. Pero debería haber esperado problemas.

Bastian estaba en la pequeña habitación del solar que iba a compartir con Maire cuando Alain le encontró, entrando por la puerta a su manera habitual, con una sonrisa de bienvenida en el rostro.

—Bienvenido de nuevo, milord. Su regreso es muy oportuno, pues ha empezado a nevar con bastante fuerza.

Bastian levantó la vista con una leve sonrisa.

—Pensé que sería pronto, pues el aire olía a nieve. ¿Hemos almacenado suficiente para el invierno?

—Suficiente, creo. La cosecha llegó, pero no fue abundante, ya que la llegada de Sir Roberts interrumpió la recolección. Ahora, mucho trigo se ha podrido en los campos, pero pude guardar suficiente trigo y maíz para durar si somos frugales. Los cerdos cebados y las vacas han sido salados, y si las provisiones disminuyen demasiado, la caza salvaje abunda en los bosques, si las leyes del rey permiten nuestra caza.

—El rey me ha concedido la soberanía completa sobre estas tierras, ya que estamos tan alejados. Sólo tengo que mantenerlas contra los escoceses y los daneses, y contra cualquier

forajido sajón que quisiera arrebatármelas.

Alain parecía un poco sorprendido mientras levantaba la vista de recoger la armadura de Bastian.

—No había pensado que William fuera tan confiado como para prestar la soberanía completa a cualquier hombre, milord.

—Yo tampoco. Sin embargo, Northumbria retumba con la amenaza de una rebelión, y está tan cerca de la tierra de los escoceses que no tiene más remedio que dar rienda suelta a sus condes para que mantengan la frontera lo mejor que puedan. —Bastian inclinó una aguda mirada hacia el escudero—. ¿Temes que fracase, Alain?

—¿Fracasar? No, no, me malinterpreta, milord. Ni por un momento pienso que fracasará. Ha vencido todas las adversidades, ¿no es así? Y lo habéis ganado todo, milord.

—No. No he ganado todo. —La llegada de Bernard desenterró los viejos recuerdos, las viejas heridas, y puso en carne viva las heridas que creía curadas. Pero era su padre quien había hecho lo peor, quien había causado el daño del alma y del cuerpo que nunca sanaría. No importaba adónde fuera o lo que consiguiera, nunca sería capaz de olvidar el desprecio de su padre, las palabras y los hechos que lo habían abrasado tan profundamente.

—¿Milord? —Alain le miró con curiosidad, y Bastian se puso bruscamente en pie.

—Mi hermano ha llegado con invitados. Bernard puede quedarse, pero sus acompañantes serán enviados por la mañana con comida y una moneda de oro cada uno. Dirígelos hacia Malcolm, si quieres. —Hizo una pausa, frunciendo el ceño—. Y, Alain, ocúpate de que mi hermano tenga sus necesidades cubiertas, pero que no sea abandonado a su suerte. Puede vagar libremente por el castillo, pero quiero que esté vigilado. No debe salir sin mi permiso. ¿Entendido?

—Por supuesto, milord. Me ocuparé de ello inmediatamente.

—Bien. —Bastian se frotó la nuca con una mano—. Tu duro trabajo en mi ausencia será bien recompensado, Alain. Parece que se ha restaurado mucho. Mañana inspeccionaremos el castillo y nos pondremos a reparar las murallas que aún no están arregladas. Tengo en mente construir una nueva muralla alrededor, como las de España y Normandía.

—¿Con almenas? —Alain asintió con la cabeza—. Una guarnición podría contener a todo un ejército con defensas tan fuertes, milord. Espero que no necesitemos pronto una muralla así.

—No lo preveo, pero tampoco sería tan tonto como para creerme lo bastante seguro como para bajar la guardia. El rey Sweyn de Dinamarca yace ahora en el río Humber para pasar el invierno, y los condes Cospatric y Edgar están al otro lado de la frontera con el rey Malcolm. A esos buitres voraces nada les gustaría más que poner un pie en las tierras de William, y Cresshawe se encuentra cerca de esos dos enemigos. Debo estar siempre alerta. ¿Cuántos hombres quedan para atender el servicio de caballería?

—Además de los seis vasallos que te juraron antes de partir hacia York, hay tres que no respondieron a la llamada a las armas, pero están ligados a Cresshawe.

—Mandad a buscarlos. Me gustaría oír sus juramentos de lealtad o de guerra, y saber a qué atenerme. —Hizo una pausa—. ¿Se han hecho preparativos para Navidad?

—Ninguno aún, milord. Está tan cerca, y no sabíamos cuándo volveríais.

—Invita a esos tres barones, así como a los otros que me han jurado.

—¡Pero, tantos, señor! Nuestras provisiones podrían no durar si repartimos con demasiada abundancia…

—Como has dicho, Alain, hay mucha caza en los bosques. Coge a los cazadores y traer jabalíes y ciervos, así como tantas aves como podáis proporcionar. Tenemos el mar a nuestra misma puerta rebosante de pescado para la mesa, y te aseguro que hay muchos aquí que se ganan la vida pescando. Ofrece monedas. Eso será incentivo más que suficiente.

Alain le miró boquiabierto.

—¿Pagar por lo que es suyo por derecho de soberanía, milord? Eso sería una tontería y sentaría un precedente peligroso. De hecho, lo mejor sería enviar hombres armados para exigir toda nuestra parte, y entonces serían…

—Envía hombres armados, si quieres, pero con monederos para pagar lo que necesitemos. —El tono frío de Bastian penetró en la indignación del escudero, que se detuvo a mirar a su señor con los ojos aún muy abiertos—. No mendigaré a mi propio pueblo para proporcionar festines a hombres ya gordos de abundancia. Los siervos hambrientos son una mano de obra pobre. Y mientras pienso en ello, proporciona materiales gratis para reparar sus casas, y una medida de leña gratis para sus fuegos. Enumera al lado del nombre de cada hombre cuánto lo reparta, y explica que será repartido ahora, pero el año próximo pagarán por él con la oferta de cosechas y bestias para mis almacenes. Si alguno tiene hambre, que venga a pedirme comida, y se le dará lo necesario para estos tiempos de escasez. En tiempos de abundancia, darán generosamente a cambio para reponer los almacenes contra los próximos meses de invierno.

Alain parecía atónito. Su boca se abrió y se cerró, y finalmente asintió, con un breve movimiento de la barbilla que delataba claramente su oposición.

—Como usted quiera, milord. Pero debo afirmar de nuevo que es un precedente peligroso.

—Sin duda. Pero es poco probable que unos siervos bien alimentados y contentos ofrezcan ayuda a los forajidos que pretenden atizar la rebelión, y mucho más probable que informen a su señor de tales intentos. —Sonrió ligeramente—. Trataré con justicia a todos los que traten conmigo con justicia. Y destruiré a los que no lo hagan. Encárgate de que se hagan mis ofertas, Alain. Pero ahora, envía a mi cámara comida y vino, ya que no he comido esta víspera. Ni tampoco milady.

Alain vaciló, luego dijo rígidamente.

—Mis felicitaciones por su matrimonio, milord. La dama es tan encantadora como

valiente.

—Sí. Recuerdo bien su valentía. Y su temperamento. Dime, Alain, qué sabes del hombre que pusiste para custodiarla. Giles.

—Giles... ah sí. Era uno de los hombres de Sir Roberts. ¿Le disgustó, señor?

—Desagradó a la dama. Cuando llegué a York y le interrogué al respecto, afirmó que le habías ordenado que velara por su bienestar, y que si le ofrecieras tus amables saludos, ella tendría a bien aceptarlos.

Alain palideció un poco, pero asintió.

—Sí, milord, así lo hice. Admito que me quedé prendado de ella. Pensé, como recordará, que si se la daba como esposa, el rey podría ver con buenos ojos mi demanda si la dama estaba dispuesta.

—La dama no lo estaba.

—No, milord. Y como ha sucedido, ella eligió al mejor hombre con diferencia. Perdóneme si le he disgustado.

Bastian le estudió un momento, el rostro sonrojado y el cabello rubio cayendo sobre sus ojos, las manos entrelazadas nerviosamente alrededor de la cota de malla de Bastian. Se encogió de hombros.

—No estoy disgustado, pero te recuerdo que te advertí que la dama no era para ti.

—Sí, milord. Si hubiera sabido que la quería, nunca habría…

—No es eso en absoluto. No tenía ningún designio sobre la dama, sólo las tierras de su padre. —Hizo una pausa, dándose cuenta de lo tonto que sonaba a la luz de todo lo que había sucedido, y luego volvió a encogerse de hombros—. Es hermosa y cualquier hombre se sentiría tentado, pero la voluntad del rey importaba por encima de todo. A William le complació

desposarla conmigo para unir a sajones y Normandos.

Una expresión de desprecio arrugó el rostro de Alain.

—Los sajones nunca serán como los Normandos. Todos saben que los ingleses son una raza inferior.

—Eso he oído decir. Sin embargo, yo nací cerca de Oxford y pasé los primeros años de mi vida en suelo inglés, así que tendría una opinión diferente.

Alain tragó con fuerza.

—Lo había olvidado, milord.

—Que me envíen la cena a mi cámara. Suficiente para dos. Y también un trozo de carne de vaca o de cordero.

El escudero no cuestionó esto último, aunque dirigió a Bastian otra mirada extraña antes de marcharse, cerrando la puerta suavemente tras de sí. La repentina corriente de aire hizo que la llama de la vela bailara salvajemente, y Bastian se quedó mirándola un rato antes de despertar de su ensoñación.

Era tarde y estaba muy cansado. El día siguiente llegaría pronto con sus problemas y desafíos. El menor de ellos era su hermano. La discreción le ordenaba despedir a Bernard, pero el recuerdo de otro tiempo se entrometió para recordarle que seguía siendo su hermano. Medio hermano, pero de su propia sangre. ¿Debía ceder a la atracción de los ojos de Bernard? En otro tiempo, no lo habría hecho. Pero el odio destruía el recipiente en el que se transportaba, y él había aprendido a desprenderse de esa emoción inútil hacía años, antes de que le arruinara.

Un aullido ahogado atrajo su atención, y su cabeza se levantó ante una repentina conmoción en el pasillo. Gritos en francés e inglés se elevaron en el aire, mezclados con gruñidos de rabia bestial. Bastian se dirigió de inmediato hacia la puerta y la abrió de un tirón, deteniéndose luego bruscamente ante la escena que se encontró ante sus ojos.

De espaldas contra la pared de piedra del pasillo, con una daga en un puño, Bernard miraba con odio a Maire. La loba blanca estaba agachada a los pies de Maire, con los hoces levantada y los dientes curvos brillando a la tenue luz de una antorcha de pared. Sólo la mano de Maire contuvo al lobo.

Maire miró a Bastian, con voz fría.

—Sólo deme una palabra y este bribón servirá para la cena de Saba, milord.

Bastian hizo un gesto de impaciencia.

—Llama a tu loba, Maire. ¿Cuál es la causa de esto? Te dije que esta bestia podría ser demasiado peligrosa para permitirle entrar…

—Si la bestia a la que se refiere es ese bribón tembloroso, entonces estoy de acuerdo con usted, milord. Necesita que le den una lección de modales, y Saskia sólo pensaba en educarle bien.

La mirada de Bastian se desvió hacia Bernard, que se encogió de hombros hoscamente.

—Me pareció una moza de servicio. —Señaló a Maire con su daga, lo que le valió más gruñidos del lobo—. Sujeta a la maldita bestia, por el amor de Dios —suplicó Bernard—. Bastian, dile a esta perra tonta que controle a su lobo. No volveré a abordarla, lo juro.

—La perra tonta de la que hablas es mi esposa, Bernard.

El tono suave y mortal de Bastian penetró en el miedo de su hermano, que miró hacia él con repentina consternación.

—No lo sabía, lo juro. Pero mírala, vestida como una campesina, ¿cómo iba a saberlo?

En efecto, Maire no llevaba ninguna de las galas que él le había comprado en York, sino una de sus túnicas acortadas, bien gastada y que apenas cubría sus largas piernas. Su boca se tensó con irritación, pero las reprimendas a Maire se harían en privado, no delante de su

hermano.

—No tienes permiso para abordar a ninguna mujer en estas tierras, Bernard, ya sea sierva o dama. Si me entero, te las verás conmigo, y no creo que quieras eso.

Incorporándose, Bernard envainó su daga.

—Me has recordado a nuestro padre más de lo que te gustaría, Bastian.

La furia le sacudió de tal manera que por un momento Bastian no pudo hablar. Luego dijo:

—Puede que seas mi hermano, pero vuelve a compararme con nuestro padre y te arrepentirás.

El silencio cayó pesadamente, con sólo los laboriosos jadeos del lobo llenando el aire entre ellos. Finalmente Bernard apartó la mirada, asintiendo con la cabeza, su voz un murmullo bajo.

—No pretendía nada con ella, Bastian. Por favor, perdóname.

—Pídale perdón a la señora por su brusco trato. Puede que ella esté dispuesta a concedérselo.

Otro silencio se extendió entre ellos antes de que Bernard respirara hondo y se volviera hacia Maire, inclinándose rígidamente en su dirección.

—Le ruego me disculpe por haberla ofendido, milady. Ha sido un error.

—Háblale en inglés, Bernard.

Lo repitió en inglés, con voz hosca, y Maire levantó una ceja.

—En efecto, fue un error si crees que puedes forzar tus atenciones con cualquier mujer. Considérese afortunado de no ser un apetitoso bocado para mi mascota, ni de estar aún desprovisto de la poca hombría que pueda poseer.

Los ojos de Bernard se encendieron de ira.

—Tenéis una lengua afilada, milady.

—Sí, y una daga más afilada. Fíjese bien: si se le ocurre ponerle la mano encima a alguna mujer de aquí, lo sabré y me encargaré de que lo pague caro.

—Suficiente. —Bastian se interpuso entre ellos. En inglés, les ordenó a ambos que siguieran su camino, y añadió a su hermano—: Por la mañana, nos reuniremos después de romper el ayuno, y discutiremos el futuro.

Poniendo una mano en el brazo de Maire, la dirigió hacia la antecámara que acababa de abandonar, sujetándola con fuerza cuando ella intentó apartarse.

—Nuestra cena se está enfriando, milady. Trae el lobo.

Ella le lanzó una rápida mirada y luego se encogió de hombros.

—Saskia, en aquí.

El lobo retrocedió alejándose de Bernard, con los hoces levantados y las orejas aplastadas. Una expresión salvaje en el rostro del animal hizo dudar a Bastian de las seguridades de su esposa de que aquel lobo estaba domesticado, y miró a Saskia dubitativo cuando por fin se volvió para escorarse al lado de su ama.

Como si leyera sus pensamientos, Maire dijo en voz baja:

—Es muy protectora conmigo, milord.

Bastian cerró la puerta de la cámara tras ellos.

—Así parece. Tendrá que serlo si insistes en llevar semejante atuendo por los salones, pues pocos hombres no pensarían que es una invitación abierta.

—No tenía intención de llevarlo por los salones. Rudd me había traído agua caliente para un baño. Ya estaba en la bañera cuando me di cuenta de que había olvidado el jabón. Intenté llamarle y fue entonces cuando fui abordada. En la intimidad de mi propia cámara, no debería

importar lo que llevara puesto.

—Sin embargo, no estabas en tu cámara. —Cruzó los brazos sobre el pecho, frunciendo el ceño ante la obstinación de su boca—. Ya no eres sólo la hija de un barón sajón, Maire, sino la esposa de un conde.

—¿Qué es eso para mí? ¿Sugiere que ahora soy más de lo que una vez fui? —El peligro brillaba en sus ojos y en su tono, y sus pequeñas manos se enroscaron en puños a los lados. Irritado, Bastian sacudió la cabeza.

—Sólo quiero decir que si te vistes como una sierva, serás tratada como tal.

—Ah, ya veo. Sólo los Normandos son morales. Los sajones son libertinos y, por tanto, bienvenidos sean los avances. ¿Es eso, milord?

—No. Tergiversas mis palabras.

—¿Lo hago? Sin embargo, me castiga y el hombre que me abordó sale libre con sólo una disculpa insincera.

—Hazme caso, Maire. Si algún hombre te toca, responderá ante mí con la mayor dureza. No permito que se maltrate lo que es mío. Pero vendrás a mí con tu queja, y no te pondrás en peligro tentando a los hombres a hacer lo que ese hizo.

No era lo correcto. Lo supo en cuanto lo dijo, pero las palabras fueron pronunciadas y no pudieron ser recordadas.

Brillantes banderas de rabia tiñeron las mejillas de Maire como estandartes carmesí, y sus ojos azules chispearon furiosamente.

—Cerdo Normando —siseó tan venenosamente que los hoces se alzaron de nuevo en el lomo del lobo—. ¿Cómo se atreve a hablarme como si fuera una niña? Ya le he contado cómo fue que me vestí así, pero escuche esto: cuando éste era el salón de lord Creoffrey, ningún hombre se atrevía a tocarme tanto si iba cubierta de lana de la barbilla a los pies como si sólo

llevaba una sonrisa. Si no puede controlar lo suyo, ¿cómo esperas sostener Cresshawe contra aquellos que se lo arrebatarían?

—Eso no es asunto tuyo.

—¿No lo será? Una vez mi padre me dijo casi las mismas palabras, pero murió y me dejaron a mí la responsabilidad de sostener esta tierra contra los invasores. ¿Puede jurarme que no volverá a ocurrir, milord? ¿Puede prometerme que Cresshawe no volverá a ser de mi incumbencia?

Enfadado ahora, cruzó hacia la mesa y llenó de vino una copa. Retorciendo el tallo de la copa entre sus dedos, la miró. Su túnica acortada se le pegaba en algunas partes, húmeda, como si acabara de bañarse. Doncella guerrera, el cabello dorado cayendo sobre sus hombros y alrededor de su cara, el lobo cauteloso a sus pies... era un espectáculo más impresionante de lo que ella creía. ¿Cómo se las había arreglado tan bien cuando murió su padre? Aún le asombraba que tuviera el valor de intentarlo, pues sería desalentador para un guerrero entrenado enfrentarse a tales adversidades, y mucho más para una muchacha de tan tierna edad. Ni siquiera con consejeros experimentados a mano habría muchas posibilidades de éxito, y sin embargo ella había resistido durante tres meses contra fuerzas superiores.

Su ira se desvaneció y dejó el vino que no había tocado sobre la mesa. Sorprendiéndose a sí mismo, sacudió la cabeza.

—No, no puedo prometerte que nunca volverás a enfrentarte a un peligro así, Maire. Pero puedo prometer que protegeré bien a Cresshawe mientras viva. En mi vida, también he conocido la derrota, y me sentó tan mal como a ti. No pienso sufrirla de nuevo, ni permitir que los míos sufran tal destino.

—Y yo soy suya. —Su boca se torció con irónico sarcasmo, y él alzó las cejas.

—Sí, eres de los míos, Maire de Cresshawe. El día que me juraste tus votos, te convertiste en mía. Nunca más conocerás la miseria mientras yo viva, ni siquiera cuando me haya ido.

Aunque me cueste la vida, estarás a salvo.

Ella le miró fijamente, sus ojos se agrandaron y se oscurecieron con las sombras. Sus labios temblaban ligeramente, y cuando levantó un brazo para apartarse el pelo de los ojos, su mano tembló.

—Tenga cuidado, milord, o pensaré que lo dice en serio.

—Lo digo en serio. —Su voz se endureció—. Lo digo muy en serio. Guardo lo que es mío, y nadie me lo quitará, ni abusará de lo que aprecio.

Un largo silencio se extendió entre ellos. La loba se echó a los pies de Maire y puso su gran cabeza entre las patas extendidas. La llama de la vela parpadeó con una repentina corriente de viento.

Finalmente Maire se movió, y había una nota extraña en su voz cuando dijo:

—Hace tiempo que Cresshawe necesita un hombre de su fuerza. —Levantó la copa de vino con una mano y se la tendió. Sobre la copa rebosante dijo suavemente—: Si mi tierra tuvo que ser ganada por Normandos, está bien que sea usted quien la tome.

Era lo más cerca que ella había estado nunca de una admisión honesta de derrota y de una oferta de auténtica buena voluntad, y él cogió la copa, enroscando los dedos alrededor de su mano para sostenerla. Se llevó el vino a los labios, sujetando la mano de Maire alrededor del tallo, sintiéndose de pronto incómodo, casi con la lengua trabada.

Mirándola a los ojos, sintiendo que se ahogaba en sus profundidades azules, bebió el vino sin saborearlo realmente. Ahora había una nueva intimidad entre ellos, un vínculo que no había existido antes, pero no tenía ni idea de cómo había sucedido. Era imprevisto, y tan frágil que no estaba seguro de que no se hiciera añicos a la primera señal de problemas. Pero estaba ahí. Y para su sorpresa, se encontró deseando que nada lo destruyera.

Esta mujer, esta doncella guerrera de naturaleza turbulenta y ojos honestos, se había colado

de algún modo en la pequeña parte de su corazón que aún era vulnerable. Porque incluso mientras juraba protegerla, el miedo a que pudiera fallar casi le paralizaba de aprensión. Nunca antes había sentido tanto por una mujer, como si se atreviera a cualquier cosa para conservarla.

Fue un descubrimiento nuevo y muy esclarecedor sobre sí mismo.

Capítulo 13

Agitada por la incertidumbre y la cruda esperanza, Maire permitió que Bastian le sirviera vino. Lo sorbió de la copa como si fueran verdaderos amantes en lugar de extraños que compartían cama e intimidades. La sorprendió, este hombre que era su marido. Y la asustó, porque sabía que hablaba en serio. No permitiría que ningún hombre volviera a arrebatarle su hogar. Había una fuerza interior en él que era más sobrecogedora incluso que su fuerza física, y era esa virtud la que los mantendría a todos a salvo.

Sin embargo, todo era aún novedoso y desconocido, y tan frágil como un huevo recién puesto. Así que caminó con cautela, esperanzada pero aún sin creer del todo.

Bastian le sonrió por encima del borde de la copa, sus ojos oscuros luminosos con alguna preocupación secreta. Ella logró devolverle una débil sonrisa, aunque la sintió vacilante. ¿Cómo reaccionaba ante él cuando todas sus respuestas anteriores eran tan diferentes a lo que sentía ahora? De repente se sentía tan insegura de sí misma, de él, de lo que era y de lo que quería.

—Milord... —Las palabras salieron demasiado suaves, demasiado roncas, una invitación más que una pregunta, y Bastian le quitó el vino y lo puso encima de la mesa.

Reconoció esta respuesta, pues la había visto a menudo desde su boda, la rápida llamarada de sus ojos, el calor que irradiaba de él cuando la tocaba. Ella empezó a retroceder, pero él la agarró de la mano y tiró de ella hacia la puerta de su habitación, sin darle oportunidad de hablar mientras su boca encontraba la suya en un beso ardiente y feroz que no le dejó ninguna duda

sobre su estado de ánimo o sus intenciones.

La amplia cama aún estaba sembrada de prendas nuevas que ella había desempaquetado del baúl, y Bastian las apartó descuidadamente mientras la levantaba hasta la cama, utilizando su peso para inmovilizarla contra el colchón. La excitación se encendió en ella cuando él tiró bruscamente de su túnica, subiéndole el dobladillo hasta la cintura, sus manos impacientes con la corta prenda.

Medio inclinado sobre ella, medio sobre la cama, Bastian besó su boca, su mejilla, el punto sensible bajo su oreja, sus labios abrasando un rastro ardiente sobre su piel. Se oyó el ruido de material rasgándose, y ella apartó su boca de la de él para protestar por la ruina de su túnica, pero era demasiado tarde. El aire fresco la envolvió y él se puso de rodillas, mirándola con satisfacción.

—Eres muy hermosa, mi belleza —dijo en un francés ronco, y levantando la vista hacia su rostro, lo repitió en inglés. Ella se quedó quieta mientras él la tocaba, sus manos rozando sus pechos desnudos, su vientre y su parte inferior, y luego cerró los ojos.

Su respiración era ahora más rápida mientras él acariciaba su centro caliente y húmedo con los dedos, provocándola, arrancándole pequeños gemidos que ella no podía contener. Tampoco podía detener el arco de sus caderas hacia la mano de él, sus puños presionando el colchón, sus talones empujando montículos en el grueso cobertor extendido sobre la cama.

Bastian volvió a inclinarse sobre ella, capturando sus labios, su lengua imitando el acto sexual con acalorados empujones dentro de su boca abierta mientras su mano arrancaba de ella una respuesta temblorosa. Se estremecía, la excitación crecía más y más, llevándola al borde de la plenitud.

Entonces él se detuvo, y ella agarró su mano, tirando de ella hacia atrás, gimiendo para que continuara.

—Tranquila, belleza —murmuró él con fuerza, y le tendió las piernas a cada lado de la

cintura. Se quitó el sherte y se sentó con las piernas dobladas bajo él para tirar de los tirantes que sujetaban sus polainas de lino.

Con su oscura cabeza inclinada, ella sólo vio la caída de su pelo negro y la anchura de sus hombros desnudos hasta que él volvió a mirarla. La necesidad abierta y desnuda en sus ojos era tan excitante como su tacto, y ella se quedó sin aliento ante la fuerza de éste.

Entonces él se inclinó sobre ella, el ligero vello de su pecho rozándole eróticamente los pechos desnudos mientras él estiraba su longitud sobre ella, cogiéndole las manos con las suyas y tirando de ellas hacia arriba hasta presionar el colchón a cada lado de su cabeza. Una leve sonrisa curvó su boca.

—¿Me deseas, chérie?

—Sí, Bastian.

Su balbuceante susurro perduró en el aire entre ellos, suave y ronco y lleno del anhelo que tanto le costaba articular. Pero no iba a ser suficiente esta noche, pues él la presionó para que le dijera más.

—Dime, ma chérie, dime cómo me deseas. Dime que me deseas como yo te deseo a ti....

Mordiéndose el labio inferior entre los dientes, se arqueó hacia él en un esfuerzo silencioso por acercarlo. Él rio suavemente, y se inclinó para prodigarle besos a lo largo de la garganta y hasta los pechos, burlándose de ella con la lengua hasta que ella jadeó por respirar.

—Dime —murmuró contra su piel, su lengua rodeando su pezón en eróticas caricias—, dime....

—Bastian... por favor....

Apoyando su peso en las manos, sus dedos aún entrelazados con los de ella en un ligero apretón, arqueó las caderas hacia delante para arrastrar su hinchada longitud sobre el arqueado centro de ella, creando una sensación ardiente. Presionando hacia delante, se movió con

movimientos burlones arriba y abajo entre sus muslos, hasta que ella se retorció bajo él con gemidos urgentes. Aún no la penetraba, pero se deslizaba sobre la piel húmeda de anticipación, cada una de sus caricias la encendía, la hacía estremecerse.

Curvándose en sus arrastradas caricias, su espalda se arqueó y sus muslos se abrieron más para recibirle, para acogerle en su dolorida entrada. Aun así, él se contuvo, moviéndose más deprisa pero sin penetrar. Aturdida por la pasión y llena de un hambre desenfrenada por él, Maire inclinó bruscamente las caderas, y su siguiente caricia se deslizó justo dentro de ella.

La respiración de Bastian llegaba en jadeos torturados. Sus brazos estaban inestables, y levantó la cabeza para mirarla a los ojos, con las pestañas medio bajadas, el rostro afilado por el deseo.

—Dime, chérie....

—Bastian, te necesito dentro de mí... por favor.... —Giró la cabeza, le besó el antebrazo, saboreó su sal en la lengua y susurró de nuevo—: Por favor, Bastian... te deseo... te quiero dentro de mí....

Con un gemido, su siguiente brazada se deslizó profundamente dentro de ella, llenándola, creando una nueva y aguda sensación que la hizo gritar. La urgencia los llenó a ambos de un placer exquisito, sus embestidas profundas y duras dentro de ella hasta que ella lo estaba abrazando, medio sollozando, sus uñas rastrillando los hombros y la espalda de él mientras la tensión se tensaba de forma casi insoportable. Y entonces la presión se rompió, estallando en una lluvia de chispas que la abrumaron, la arrastraron bajo una oscura marea de liberación giratoria que la dejó débil y aferrada a él, con las mejillas húmedas de lágrimas.

Lentamente, el cuerpo tenso de Bastian se relajó, y él se desplazó hacia un lado, aun sujetándola, aún dentro de ella, mordisqueando ligeramente con los dientes la piel de su hombro y su garganta.

En ese momento, con él abrazándola somnoliento contra su pecho, sus brazos como un

cálido refugio a su alrededor, se sintió más segura de lo que se había sentido nunca en su vida. Fue tan grato como inesperado, y rezó para que no terminara nunca.

Debió de quedarse dormida, porque la despertó de un tirón el gruñido de Saskia, y levantó la cabeza. Entonces enrojeció de vergüenza, pues de pie en la puerta abierta de la cámara y con aspecto congelado por el pánico estaba el escudero de Bastian.

—Milord —dijo Alain, con voz temblorosa, suave y aterrorizada—, ¿es éste el lobo domesticado?

Bastian ya se había incorporado, con una mano en su daga y la mirada alerta.

—Sí. ¿Qué quieres, Alain?

—He traído la comida que me pidió. ¿Se la dejo en la antecámara?

Moviéndose, Bastian arrastró la colcha por encima de ella, mientras Maire se acurrucaba bajo ella rápidamente. Le lanzó una mirada divertida y la arropó con la colcha antes de levantarse de la cama y coger despreocupadamente sus polainas de lino.

—Deja la comida ahí, Alain. Y si quieres hacer un amigo, lánzale la articulación de cordero al lobo.

Alain emitió un sonido inarticulado y luego chilló alarmado cuando Saskia atrapó la enorme articulación de cordero en sus fauces con un gruñido de satisfacción. Trotando junto al escudero, volvió a la cámara para acurrucarse junto a la cama y roer su cena. Bastian la observó con curiosidad y luego volvió a mirar a Alain con una sonrisa mientras se ataba las polainas a la cintura.

—Haría temblar hasta a un hombre valiente.

—Sí, milord. —Alain tragó saliva con dificultad. Su sonrisa era débil—. No me gustaría enfrentarme al lobo sin un arma.

Maire contuvo las palabras agrias en la punta de la lengua. Pronto le diría a Bastian que sabía hablar su idioma y, la verdad, no estaba segura de por qué no lo había hecho aún. Cautela, tal vez, que la impulsaba a esperar hasta estar segura de que podía confiar en él.

Cuando Alain se marchó, ella se levantó de la cama y siguió a Bastian a la antecámara, con la colcha enrollada alrededor del cuerpo y arrastrándose por el suelo. Él la miró con una ceja levantada pero no hizo ningún comentario, salvo decir que había comida y vino.

Carne caliente y una ronda de queso yacían junto a una trinchera de pan blanco, y ella picoteó el pan, arrancando pequeñas porciones para masticarlas lentamente mientras servía vino. Era vino nuevo, dulce y no pesado, con sabor a uvas de verano del otro lado del Canal. Un sabor rancio le llenó la boca mientras bebía, y observó a Bastian por encima del borde de su copa mientras él utilizaba su daga para cortar generosos trozos de carne hervida.

Su pecho desnudo resplandecía a la luz de la lámpara, un rico brillo dorado que la hizo pensar en los días de verano en los que el sol oscurecía su piel hasta el punto de tener que llevar mangas largas para no estar tan morena como un campesino. Sin embargo, en Bastian, el bruñido bronce de su musculosa piel resultaba atractivo.

Maire se encaramó a un taburete. Su corazón se estrujó al saber que él se había vuelto demasiado importante para ella. ¿Por qué se había permitido preocuparse por él?

Nunca había pensado en perderse así. Ni siquiera con Derian había estado tan obnubilada, buscándole a la vuelta de cada esquina y esperando el sonido de su voz. De algún modo, su cercanía física la había unido a Bastian. Tenía que ser eso. No había otra razón para su impotente deslizamiento hacia esta ridícula fascinación. La dejó intranquila y frunció el ceño al preguntarse si él se arrepentía de haber dejado atrás a lady Cosette. ¿Pensaba a menudo en su amor perdido? ¿Desearía haberse casado con Cosette en lugar de con ella?

Era una pregunta que la atormentaba en momentos inesperados. Él nunca había manifestado su pérdida, y sin embargo ella no podía olvidar aquella escena en York, cuando él

había expresado su pesar por verse obligado a casarse con otra, y sostenía a la dama tan tiernamente entre sus brazos. Cosette. Odiaba incluso el nombre, le molestaba ser la sustituta de otra mujer.

Se metió un trozo de queso en la boca y se dio cuenta de que se moría de hambre. El día había sido largo y el viaje duro, pues Bastian les había presionado mucho para llegar a Cresshawe antes de que la oscuridad y el frío les alcanzaran. Pero al menos ahora estaban aquí, y Saskia estaba a salvo y lejos del peligro.

Masticando, volvió a mirarle y pensó en el hombre al que había llamado hermano. ¿Era por Bernard por lo que se había apresurado a volver a Cresshawe? Pero no: tenía la clara impresión de que la llegada de su hermano había sido una sorpresa, y una sorpresa desagradable. Pero, ¿por qué?

Con un pie metido debajo de ella, balanceó el otro ociosamente, alcanzando un trozo de queso de la bandeja de madera mientras preguntaba:

—Bastian, ¿quién era ese hombre del vestíbulo?

Bastian hizo una pausa al servir el vino, luego se encogió de hombros mientras levantaba la copa y bebía. Cuando volvió a dejarla en el suelo, respondió, con su voz cortante:

—Mi hermano.

—Nunca mencionaste que tuvieras un hermano. —Pasó un dedo por la madera cicatrizada de la mesa, una mesa vieja que debería haber sido reparada hacía tiempo. Se tambaleaba mucho cuando se apoyaba en ella, como estaba haciendo ahora—. ¿Está aquí para quedarse?

—Bernard no se atreverá a abordarte de nuevo. Ni siquiera mi temerario hermano me empujaría tan lejos.

Ella le miró, curiosa por la amargura de sus ojos y su tono.

—¿No sientes amor por él?

Bastian respiró hondo y se dio la vuelta.

—No le he visto desde que salió de Normandía.

El tono de su voz no invitaba a más preguntas, pero Maire no pudo evitar preguntar:

—¿Por qué hay enemistad entre vosotros? ¿Hubo problemas con una herencia?

Las cejas de Bastian se alzaron y su boca se torció en una mueca que no contenía humor. Gruñó:

—No, él heredó lo que se merecía de nuestro padre, mientras que a mí me tocó el lado malo. Ahora, se lamenta del destino que se ganó y quiere que yo haga lo que él no quiso hacer hace años.

Cuando Maire hubiera querido preguntarle algo más, Bastian se volvió hacia ella con una ferocidad que no había visto últimamente, y le ordenó que no le preguntara nada más.

—No arruinaré mi noche pensando más en Bernard. Si tienes preguntas, házselas a él. Estará más que encantado de darte respuestas, aunque dudo que tengan visos de verdad.

Poco dispuesta a destruir su creciente cercanía, agachó la cabeza y asintió. Tenía la intención de hacer exactamente lo que él le sugería. Al día siguiente, haría sus preguntas. Si iba a haber problemas en Cresshawe, ella lo sabría lo antes posible. Y había pocos métodos más seguros de averiguar respuestas que preguntar a la persona adecuada. Sonrió ligeramente y cogió otra cuña de queso.

Alain lo sabría. Los escuderos solían estar al tanto de todo tipo de secretos, y por lo que ella había visto de éste, él tendría la información que ella quería.

Pasó una semana antes de que Maire encontrara la oportunidad de interrogar a Alain, y éste no se mostró en absoluto dispuesto a responder. Su mirada era fría, y sólo se encogió de hombros cuando ella se le acercó en el vestíbulo exterior y le preguntó cuánto inglés sabía hablar.

Él frunciendo el ceño pero ella le ofreció una sonrisa ganadora.

—Vamos, Alain, debes saber suficiente inglés para tratar con los criados de aquí. Creo que simplemente no deseas hablar conmigo. Pero lo comprendo.

Los ojos color avellana de Alain eran hostiles, y no había ningún indicio de deshielo. Cruzó los brazos sobre el pecho y levantó los hombros en un expresivo encogimiento de hombros.

—J'ai perdu, vous avez l'avantage, comtesse.

—¿Ventaja? —Ella eligió la única palabra que sonaba igual en inglés y en francés, y le malinterpretó deliberadamente—. No, no, Alain. No me he aprovechado de ti, si es eso lo que quiere decir. Tu oferta de amistad llegó en un momento en el que no confiaba en nadie Normando, especialmente en aquellos que habían invadido mi hogar. Seguro que puedes entenderlo. Giles se mostró -digamos- insistente en que cediera. Fue de lo más desagradable y, al final, a ninguno de los dos nos habría importado que confiara en ti. Los reyes ordenan que obedezcamos.

—Il faut lui rendre compte de tout.

Maire sonrió.

—Tal vez te sientas más tranquilo si te digo que aprecio tu antigua oferta de amistad. En estos tiempos, un verdadero amigo es mejor que el oro.

Algo de la hostilidad de Alain se desvaneció y hubo un destello de cautelosa simpatía en sus ojos.

—Les amis sont comme le melon, il faut en essayer plusieurs pour en trouver un bon....

Él no se mostró tan susceptible como ella había esperado, citando el proverbio de que no hay que fiarse ni de un nuevo amigo ni de un viejo enemigo, pero ella percibió que había empezado a ablandarse un poco hacia ella. Corrió un pequeño riesgo.

—On connaît les amis au besoin.... Un viejo proverbio, pero que sigue siendo cierto, Alain. Y un amigo en apuros es lo que soy.

Las cejas de Alain se alzaron ante su cita francesa y su torpe acento, y ahora sonrió ampliamente.

—¡Parlez-vous Français!

—Un peu. No muy bien, pero creo que usted habla bien inglés, ¿no?

Ahora Alain se encogió de hombros expansivamente y dijo en un inglés con acento grueso:

—Lo suficiente para dar órdenes. —Entonces frunció el ceño, sacudiendo la cabeza—. La admiraba, comtesse. Si pensó que quería decir algo más, Giles la engañó.

No era el momento de debatir la verdad, así que se limitó a sonreír.

—Giles tenía sus propios fines en mente, creo, pero se llevó una gran decepción si pensó en deshacerse de mí. Saqué lo mejor de él mucho antes de llegar a York, y sólo tuve que sentarme y ver cómo se destruía a sí mismo.

Levantando de nuevo los hombros, Alain miró los libros de contabilidad que sostenía.

—Me ha decepcionado. Pensaba mejor de él.

Maire no hizo ningún comentario sobre el repentino dominio de un excelente inglés por parte de Alain, pero dijo en su lugar:

—Me temo que nuestro visitante es muy parecido a Giles. Tiene sus propios objetivos, creo, y eso me preocupa.

Alain pareció un poco sorprendido.

—¿Se refiere al hermano del conde?

—Se llama Bernard. Se enfrentó a mí en el pasillo fuera de mi cámara, y me temo que nuestro primer encuentro no fue bien.

Una leve sonrisa tocó la boca de Alain.

—Eso he oído. Los criados cotillean, y el chico Rudd no es una excepción.

—Rudd es un buen chico, y rápido para su edad y tamaño. —Hizo una pausa, preguntándose hasta dónde podría llegar para obtener la información que deseaba. Era evidente que sabía mucho más de lo que traicionaba y, sin embargo, seguía desconfiando de ella.

—Rudd es lo bastante rápido —concedió Alain—, y obediente la mayor parte del tiempo. Como debo serlo yo, y Lord Bastian ha pedido que le traigan estos libros de contabilidad.

Alain hizo una leve reverencia y se alejó, y Maire le preguntó en voz baja:

—¿Es cierto que estás al tanto de todo lo importante que ocurre aquí, Alain?

Su pregunta le detuvo y él se volvió para mirarla.

—Casi todo. Soy mucho más que un simple escudero, me he convertido en vital para el conde. —Un destello de rencor brilló en sus ojos y sonrió—. Las mujeres pueden ser desplazadas, pero un escudero que es escriba, mayordomo y ayuda de cámara es difícil de reemplazar.

—Sin duda. —Maire se mordió la respuesta ácida que tenía en la punta de la lengua, y en su lugar logró un comentario admirativo—. Es obvio que eres un hombre de importancia. Estás muy al tanto incluso de detalles personales que ningún otro conocería.

—Sans doute.

—Eso es lo que le dije al capitán Tremont, pero por supuesto, él no tiene tan buena opinión de su posición. —Ella no había hecho nada de eso, aunque hacía tiempo que sospechaba una

rivalidad entre el capitán y el escudero, y cuando los ojos de Alain brillaron de indignación y su rostro enrojeció, estuvo segura de ello.

—Sacré bleu, je m'en fiche de le capitaine.... —Hizo una pausa e inspiró profundamente, luego volvió a exhalar. Acercándose, dijo en voz baja—: Más vale que el buen capitán vigile sus espaldas, pues no goza de la mejor gracia del conde después de haber permitido que sus hombres masacraran a sirvientes indefensos. No, aún no se ha ganado de nuevo el respeto de Lord Bastian, así que debería mirar por lo suyo en lugar de menospreciar mi influencia. Si no fuera por mí, el propio hermano del conde podría estar en este mismo momento arrojado fuera del castillo con sus compañeros en lugar de sentado cómodamente junto al fuego.

—Pobre Bernard. Pero sin duda se merece la ira de su hermano, ¿no es así?

Alain se encogió de hombros.

—Tal vez.

—Pero no tendrías forma de saberlo, estoy segura....

—Si fait. —Bajó la voz, acercándose aún más a ella, de modo que su aliento era cálido contra su mejilla, con olor a vino—. Sé que el hermano del conde le traicionó hace años, y si no fuera porque también traicionó a William, lo más probable es que Lord Bastian ya estuviera muerto.

—¿Bastian traicionó al rey?

—No, no, fueron el padre y el hermano del conde quienes fueron acusados de traición. Jean-Bastian de Montfort perdió la cabeza por ello, pero su hijo, Bernard, huyó hacia el rey Malcolm en el norte y sobrevivió a la ira de William. William era entonces sólo duque, y no rey, pero hizo pagar cara la traición al padre de Lord Bastian. —Encogiéndose de hombros, Alain añadió—: Se rumoreaba entonces que Bastian estaba implicado, y que fue él quien convenció a su padre para que luchara del lado del rey Harold, pero no era cierto. Sir Bastian había sido

desheredado por su padre y enviado a Normandía y Francia, lejos de su hogar en Inglaterra.

—¿Desheredado? ¿Por qué?

—Algunos dicen esto y otros aquello.

Maire mantuvo su tono informal.

—¿Y tú qué dices?

Se rio.

—Estoy de acuerdo con ellos, comtesse. Ahora debo ir a ver a Lord Bastian, o pensará que no estoy haciendo mi trabajo.

Ella no intentó retrasarle de nuevo, pero observó pensativa cómo Alain se apresuraba por el pasillo hacia la antecámara donde Bastian prefería reunirse con su escriba. Una conversación de lo más intrigante. Explicaba muchas cosas, pero no todas. ¿Por qué iba Bastian a permitir que su hermano se acercara lo suficiente como para arriesgarse de nuevo a una traición? Si Bernard le había traicionado una vez, con toda seguridad volvería a hacerlo si lo consideraba rentable.

Y esta vez podría costarle a Bastian algo más que una amarga traición: ahora arriesgaba a Cresshawe y posiblemente incluso su vida.

La boca de Maire se afinó en una línea tensa y miró hacia la entrada del vestíbulo. Quizá era hora de que siguiera la sugerencia de Bastian y hablara ella misma con su hermano. Entonces podría formarse su propia opinión sobre sus intenciones.

Pero su único contacto con Bernard había sido su encuentro en el pasillo fuera de su cámara, y otro breve encuentro en el gran salón cuando ella había optado por ignorarle, y por consentimiento tácito, él había hecho lo mismo.

Sin embargo, a menudo lo había vislumbrado cerca de Bastian, a veces con una mano en la empuñadura de la daga de su cintura, un brillo especulativo en sus ojos que la preocupaba.

Bastian no sería receptivo a nada de lo que ella pudiera sugerirle sobre su hermano, pues se negaba a hablar de él en absoluto con ella. Tal vez no sería tan problemático si los extraños sucesos no la hubieran puesto de los nervios.

Una piedra de lo alto de la muralla había estado a punto de caer sobre Bastian, y si sus reflejos no hubieran sido tan agudos, habría muerto o al menos habría resultado gravemente herido. En otra ocasión, se había soltado una flecha fortuita que apenas le había errado. Nadie admitió haber perdido la flecha, ni se pudo encontrar a nadie con una flecha de marca similar en su poder. Más extraña aún, la inexplicable jarra de vino contaminado puesta sobre la mesa que Bastian utilizaba para estudiar sus libros de contabilidad. Si no fuera por la posibilidad de que el joven Rudd la derramara de tal modo que un sabueso del castillo lamiera el vertido y entrara en convulsiones, Bastian podría haberla bebido sin darse cuenta y enfermado.

Sin embargo, Bastian hizo caso omiso de todas estas cosas, aduciendo explicaciones sencillas para ellas. Un hombre arriesgaba con frecuencia la vida y la integridad física en la batalla, y una flecha descuidada difícilmente era motivo de alarma. Tampoco lo era un trabajador desconsiderado. Y por lo que había visto de la reserva de vino de Cresshawe, era una maravilla que todos ellos no hubieran enfermado y muerto por su mero sabor. Los sajones deberían ceñirse a la cerveza y el hidromiel.

Todo explicaciones sencillas.

Pensativa, Maire se envolvió en su capa con capucha y se llevó a Saskia a dar un paseo por el patio exterior. Era más fácil pensar aquí fuera, lejos de la sala que llevaba el fuerte sello de la decoración Normanda. Ella apenas lo reconocía, incluso en la única semana transcurrida desde su regreso había cambiado mucho. En lugar de las telas sajonas que antaño cubrían las paredes, se habían colgado tapices de tejido rígido, y los paneles de cuerno de una de las ventanas se habían sustituido por cristal vidriado que difundía la rara luz del sol invernal y la hacía más brillante. Esteras dispersas de elaborados dibujos cubrían los suelos de piedra en algunos lugares, pero,

afortunadamente, los bellos dibujos de las baldosas seguían siendo visibles en su mayor parte.

Ah, Dios, todo era tan diferente, incluida ella misma. Ahora aceptaba sin comentarios el aluvión de sirvientes que abarrotaban Cresshawe: pajes, senescales, mayordomos y escribas, un hombre diferente para cada puesto, según parecía. El ruido de la construcción llenaba los días, y nuevas estructuras habían surgido casi de la noche a la mañana en los patios para albergar a hombres y bestias.

Maire se detuvo junto a la fuente aún seca del patio exterior, dejando que el viento le enredara el pelo mientras consideraba sus opciones. La loba retozaba en el aire frío, alegre por ser libre e ignorando alegremente a los soldados que se apartaban de su camino con rápidas miradas de inquietud.

Uno de los viejos sabuesos de Cresshawe salió deambulando y Saskia dio un agudo aullido de excitación, jugueteando alrededor del perro, ofreciéndole una evidente invitación a jugar. Cuando el viejo perro mostró su preferencia por una palabra amable y una caricia de Maire, el lobo le arañó con una enorme pata delantera. Ella regañó al lobo:

—Déjalo en paz, Saskia. ¿No ves que se ha hecho demasiado viejo y sedado para retozar contigo?

Saskia echó la cabeza hacia atrás y aulló. Inmediatamente, otros aullidos resonaron en el aire enrarecido, provocando el frenesí de los animales domésticos. Incluso el perro viejo empezó a aullar, mientras Saskia se sentaba sobre sus ancas y volvía a levantar la cabeza, con los ojos cerrados y el hocico blanco hacia el cielo mientras aullaba en un largo grito estremecedor.

Maire se arrodilló junto a la loba, agarrándola por el peludo pescuezo para sacudirla suavemente.

—Tendrás a todo el castillo alborotado, loba tonta —murmuró, y tiró de Saskia hasta que se puso en pie. Instando al animal a que la siguiera, se apresuró a llegar a la puerta del poste antes de que alguien viniera a reprenderla por alborotar a las bestias domésticas, y deslizó hacia

atrás el cerrojo de hierro para colarse.

No fue hasta que hubo descendido la empinada ladera hasta los mogotes arenosos que rodaban hacia el mar cuando pensó en lo que se podría decir si descubrían que se había ido. Pero nadie la buscaría hasta la hora de la cena, y no se había aventurado a salir de Cresshawe desde que había regresado. Este era su primer bocado de libertad en casi dos meses.

Curiosamente, aún se sentía como una prisionera, a pesar de que la llamaban señora y le concedían el respeto debido a su posición. Nadie se había atrevido, ni de palabra ni de obra, a ofrecer otra cosa que deferencia a la esposa del conde.

Bernard, el hermano de Bastian parecía sometido, pero después de conocer su pasada traición, le parecía increíble que Bastian le permitiera quedarse ni un momento en Cresshawe. Ahora no sólo tenía que pensar en sí misma, sino en la gente de Cresshawe que confiaba en él para mantenerlos a salvo.

Una ráfaga de viento tiró del dobladillo arrastrado de su kirtle y pensó con nostalgia en los trajes más cortos que eran más adecuados para recorrer las colinas y laderas de arena. No podía ser una coincidencia que todas sus prendas anteriores hubieran desaparecido, dejando sólo la ropa nueva que Bastian le había comprado en York. Habían desaparecido desde la primera noche, cuando se había puesto su túnica corta en el pasillo. No tenía intención de darle a Bastian la satisfacción de preguntar por ellas, pero había hecho una nota mental para adquirir discretamente prendas más cómodas para sus necesidades. Él podía regular ciertos aspectos de su vida, pero no todos.

Justo delante de ella, Saskia danzaba enloquecida entre las altas hierbas ondulantes, hasta que sólo podía verse la punta de su cola emplumada, un estandarte blanco que ondeaba entre las varillas marrones de la hierba marina. La nieve aún anidaba en las grietas y hendiduras de las rocas donde no llegaba la luz gris del día, pero se había derretido sobre la mayor parte del suelo.

Con la marea baja, la pequeña barrera que normalmente estaba bajo el agua proporcionaba

un delgado puente hacia tierra firme, empenachado de manojos de juncos en algunos lugares, y casi invisible para quienes no lo conocían. Era un camino más, pero uno que estaba acostumbrada a utilizar desde que era una niña pequeña que jugaba alegremente a la sombra del castillo. En la zona había docenas de estanques de entrada poco profundos, y otros profundos y traicioneros con arenas movedizas.

Ella los conocía todos, y pisó con destreza la estrecha franja de terreno arenoso hasta llegar a tierra firme. Aquí la hierba era más espesa y los árboles bordeaban la orilla en un constante repiqueteo de ramas sin hojas al viento. Era tan estimulante como familiar, y se dio cuenta de que había echado mucho de menos los días en que podía vagar libremente con su lobo. Pero eso había sido hacía mucho tiempo, antes de que llegaran los Normandos, mientras Derian aún vivía.

Pateó ociosamente una piedra, y ésta rodó por un espeso matorral hasta una extensión de arena húmeda. Saskia había desaparecido de nuevo, en busca de conejos, sin duda, o de otra caza animada. El lobo era un cazador tranquilo, sin ninguno de los excitados aullidos o ladridos de los perros de caza.

Una ráfaga de viento le sopló lluvia helada en los ojos y se detuvo, volviendo el rostro hacia el cielo. Las nubes eran bajas y grises y pesaban con la promesa de nieve. Había llegado mucho más lejos de lo que había planeado, y el aire era muy frío.

Subiéndose la capucha de su capa, sintió goterones helados en la nuca y en la mejilla. Tembló y oteó el paisaje en busca de Saskia. No se veía ninguna cola emplumada, ni siquiera el temblor de las hierbas altas donde el lobo podría estar acechando a una presa. Maire la llamó y luego silbó, un sonido estridente que solía funcionar. Seguía sin aparecer Saskia. Tampoco había señales de ella a lo largo del sendero que acababa de pisar.

Maire se frotó las manos para entrar en calor y subió la colina resbaladiza por la lluvia helada y los trozos de hielo. Sus pies resbalaron ligeramente y se agarró a un parche de juncos marrones quebradizos para no caerse. Volvió a gritar, sin aliento por el esfuerzo y la mordedura

cortante del viento contra su cara y garganta. El frío la había vuelto torpe y tropezó al subir la colina arenosa. Justo delante estaba el camino desde la tierra firme, una caminata más fácil que el camino por el que había bajado por las laderas traseras.

Con las manos metidas en las mangas para evitar que se le congelaran los dedos, encorvó la espalda contra el viento y avanzó hacia las huellas heladas del estrecho camino que conducía al castillo de Cresshawe.

Un crujido seco entre la maleza alta llamó su atención y se volvió, animada al ver a Saskia que saltaba hacia ella con enormes saltos y la lengua fuera de un lado de la boca. Sus ojos marrones dorados estaban encendidos de aventura mientras trotaba hacia Maire.

Al detenerse a esperar, Maire sintió más que vio acercarse a los jinetes, pues el suelo vibraba ligeramente bajo el ruido sordo de muchos cascos. Miró hacia arriba y más allá del lobo que se acercaba, cuando en un recodo del camino apareció una docena de hombres montados.

Uno de ellos la vio, pues dio la voz de alarma y espoleó a su caballo hacia delante. Fue entonces cuando Maire se dio cuenta de que pretendía matar a Saskia, pues se inclinó hacia abajo desde el lado de su montura, su espada desnuda brillando en la opaca luz gris mientras se abalanzaba hacia el lobo que galopaba.

Un grito se trabó en su garganta. Intentó hacer una señal pero tenía los brazos atrapados bajo el manto y los pies lentos por el frío. Avanzó dando tumbos, pero Saskia se detuvo, su gran cabeza girada con leve curiosidad hacia el jinete que la perseguía. El corazón de Maire dio un vuelco. Nunca la alcanzaría a tiempo, y Saskia estaba tan acostumbrada a los soldados que no se daría cuenta del peligro hasta que fuera demasiado tarde.

Finalmente un grito estalló de la garganta de Maire, azotando la cabeza de Saskia hacia ella, las orejas chasqueando hacia delante por la sorpresa. Demasiado tarde, el soldado estaba sobre el animal, su espada blandiéndose hacia abajo en un letal tajo....

Un fuerte aullido rasgó el aire, los cascos sonaron como un trueno y la sangre carmesí

salpicó, y Maire estaba corriendo, con los pies entumecidos tropezando de alguna manera sobre profundos surcos y a través de charcos cubiertos de hielo, y alguien gritaba tan fuerte que era difícil oír incluso el viento y el rugido del oleaje sobre las rocas cercanas... y entonces una voz profunda y familiar se abrió paso entre todo, llamándola por su nombre y diciéndole que se detuviera.

Pero no podía, no cuando Saskia estaba herida, cuando el hombre del caballo había desmontado y se tambaleaba hasta caer de rodillas, y la sangre salpicaba las roderas cubiertas de escarcha blanca a su alrededor.

El trueno se hizo más fuerte, y entonces fue arrastrada por detrás, y la voz familiar de Bastian le gruñó al oído.

—Fais gaffe, tu vas te foutre!

—No, no me caeré. —Ella colgaba de su brazo izquierdo, con las piernas chocando contra el costado de su caballo. Medio sollozando, luchó por liberarse de su agarre—. ¡Déjame bajar! No me caeré… Saskia... está herida....

—Pequeña tonta, tu maldita loba está bien. Mírala. Mírala, Maire.

Con urgencia, Bastian la subió delante de él al caballo y se volvió para mirar a los hombres. Se detuvieron a varios metros de distancia, refrenando a sus caballos y exigiendo furiosamente una explicación.

Controlando su destrier con las rodillas, Bastian hizo un gesto con la punta de su espada.

—Su hombre está herido.

—Ya veo —respondió el jinete delantero con voz tensa y enfadada—. No vi al lobo hasta demasiado tarde. Pensé que iba tras la dama y lancé mi daga.

Para entonces el hombre herido ya estaba de pie, con el rostro sombrío y marcado por el dolor, y su espada tendida junto al camino en un charco de agua helada. Maire se agarró con

ambas manos al pomo de la silla de Bastian, repentinamente débil. Le dolían los músculos por el esfuerzo y el frío, e incluso con el brazo izquierdo de Bastian alrededor de su cintura, sosteniéndola sobre el caballo, sentía como si en cualquier momento fuera a caer de la silla al duro suelo.

—Por favor —graznó—, es culpa mía.

El brazo de Bastian se tensó.

—Sí —le gruñó al oído—, pero calla ahora.

Maire miró hacia Saskia, y la loba se movió en un círculo ansioso, gimiendo irregularmente con las orejas estiradas. Se paseaba de un lado a otro, fuera del alcance de los soldados, con los ojos volviendo una y otra vez a Maire.

Pero mientras Bastian hablaba con los hombres, Maire se dio cuenta de que se trataba de los vasallos de su padre, los hombres que no habían acudido a su estandarte cuando los llamó, y su atención se desvió hacia la conversación. Se sentó erguida, con los ojos entrecerrados cuando el hombre de delante dijo con dureza que había venido sólo porque no quería que quemaran sus aldeas, como habían hecho con otros.

—A mi alrededor hay tierras en ruinas. ¿Cree William que los siervos muertos seguirán trabajando?

—No es un asunto para discutir aquí —respondió Bastian con frialdad—. Le he invitado a recibir mi hospitalidad. Atienda a su hombre y luego únase a mí en el salón para comer caliente junto al fuego. Este malentendido puede rectificarse si usted está dispuesto.

Aun evidentemente enfadado, el hombre reflexionó, luego dio un pequeño movimiento con la cabeza.

—Le escucharé. ¿Tengo su salvoconducto?

—Se le dio mi salvoconducto para venir, y tendrá mi salvoconducto para regresar a su

hogar.

—Veo la bienvenida que ha preparado —dijo el hombre en tono contrariado, pero parte de su enfado desapareció al mirar a Bastian y a Maire—. ¿Recibe a todos sus invitados con lobos y dagas?

—Sólo a aquellos lo suficientemente dignos como para pasar la prueba —respondió Bastian con facilidad, y el hombre sonrió.

—Sí, entonces deberíamos ser realmente bienvenidos a su salón, ya que el pobre Rudrick ha soportado lo peor de su recibimiento.

—Y lo ha soportado bien. Tendrá toda la cerveza que pueda beber.

Con un humor mucho más ligero ahora, los hombres continuaron por el camino lleno de baches que conducía al castillo. Maire estaba estrechamente sujeta contra el ancho pecho de Bastian.

—Por favor, déjame llamar a Saskia, Bastian.

—Ya ha habido bastantes problemas. Enviaré a Paul a buscarla más tarde si no regresa por sí misma. —Su brazo la rodeó con fuerza, su voz grave contra su oído—. Pequeña tonta, ¿qué pensabas hacer aquí fuera con el viento y la nieve?

Ella empujó con rabia su brazo, pero era inamovible.

—¿Soy una prisionera, para estar encerrada todo el día en una cámara sofocante? Quería caminar y dejar que Saskia corriera. Ninguna de las dos soportamos estar encerradas como pájaros enjaulados.

Bastian no respondió, pero tampoco aflojó su agarre sobre ella. No ayudó que, detrás de ellos, Saskia empezara a aullar, aullidos estremecedores que atravesaban el quejido del viento y el repiqueteo de los cascos de los caballos contra el duro suelo helado, un sonido desolador que les siguió hasta los terrenos del castillo.

Capítulo 14

—¿Es cierto que los honorarios de un caballero son cinco cueros, lord Bastian?

Bastian miró al interlocutor, Lord Oswald, durante un momento, y luego se encogió de hombros.

—Tengo entendido que los servicios de los caballeros varían de un feudo a otro. Aún no he fijado mis honorarios, pues no conozco la fuerza de los que me servirán, ni la moneda que pueden soportar.

Oswald resopló.

—Tenga la seguridad de que William lo sabe. Se ha propuesto conocer a cada caballero, a cada vasallo, a cada vaca de Inglaterra desde que puso el pie en Pevensey.

—El rey es minucioso y justo. No gravará a un hombre con lo que no puede pagar, ni pagará a un hombre lo que no vale. Pero tampoco permitirá que se rechacen sus peticiones sin reparación.

Lord Oswald le dirigió una mirada rápida y ceñuda. Era obvio que había tomado nota, y Bastian dejó que su atención se desviara hacia Maire. Su rostro era tan pálido como la nieve que ahora yacía en profundas ventiscas en el exterior, salvo por dos brillantes manchas de color en sus mejillas que hacían que sus ojos azules relucieran como joyas brillantes. Aún no le había perdonado que abandonara a su lobo, ni que la siguiera. No estaba seguro de que la enfadaba

más, pues le había increpado furiosamente en cuanto se había descongelado lo suficiente como para encontrar su voz.

No había sido una escena agradable, terminada sólo por su insistencia en que se uniera a él voluntariamente en el vestíbulo o fuera arrastrada allí a la fuerza.

—Tu presencia es importante, Maire. Estos son barones sajones, y si piensan que eres reacia, puede que lo sean.

—¡Que lo sean! Ese bribón de Oswald, cuando llamé a su servicio de caballeros no vino... ¿qué me importa si ahora arriesga su cuello? Espero que quemes su castillo con él dentro.

No, no había sido agradable.

Si no hubiera estado tan inquieto por el agudo mordisco de miedo que había sentido al pensar que ella estaba a punto de ser atropellada por el hombre de Oswald, quizá habría sido más indulgente con el lobo. Pero lo único que podía pensar era que ella había puesto en peligro su propia vida por la de su mascota. Tampoco había olvidado cómo le había contestado cuando le había hablado en francés. Ahora se preguntaba cuánto francés podía entender ella. Entonces, el momento había sido caótico, y desde entonces, ella no parecía comprender el idioma. Aun así...

Ahora estaba sentada como un bulto hosco en su silla, con la mirada fija al frente y respondiendo cortés pero secamente a cualquier galantería de lord Oswald o de los otros, Leofric y Eadwine, antiguos vasallos de Creoffrey. Debía de molestarle que no hubieran respondido a la llamada a las armas de Maire, pero habrían marcado poca diferencia en el resultado. Bastian habría ganado la partida si sus fuerzas se hubieran sumado o no, como él le había dicho.

—Milord —dijo Oswald, volviéndose hacia Bastian y captando su atención una vez más —, se dice que nacisteis en Inglaterra. ¿Cómo llegasteis a alinearos con la causa Normanda?

La ceja de Bastian se alzó. Una pregunta imprudente para hacerla delante de todos. ¿Tan necio era Oswald?

Inclinándose hacia delante, Bastian jugueteó con el tallo de su copa enjoyada mientras sus ojos captaban y sostenían la mirada de Oswald.

—Si ha oído que nací aquí, sin duda habrá oído que mis padres eran Normandos de nacimiento.

Más allá de Oswald, Bernard rio brevemente.

—Sí, pero si un hombre nace en una perrera, no se deduce necesariamente que sea un perro, se lo aseguro.

La mirada de Bastian se desvió hacia su hermano. El rubor del vino había subido el color de Bernard, y sus ojos estaban febriles.

—Eliges una comparación poco halagüeña, Bernard. ¿Sugieres que mi madre dormía en perreras?

Se hizo el silencio. Bernard bajó la mirada hacia su copa de vino vacía.

—No, por supuesto que no. Como has dicho, una comparación poco halagadora. Fue imprudente por mi parte hablar así, y te pido perdón por cualquier ofensa.

Oswald y Leofric intercambiaron miradas, un gesto que Bastian notó bien. Esta no era la impresión que quería causar en estos barones sajones visitantes, y se volvió de nuevo hacia Oswald en un intento de suavizar cualquier disensión.

—Lord Oswald, a mi padre le fueron concedidas tierras en Inglaterra por su propio rey, Eduardo, hace muchos años. Las conservó mucho tiempo y bien, y hasta que rompió con William, seguía siendo Normando en su forma de pensar. Si no hubiera traicionado al duque, aún podría conservar esas tierras, pero su lealtad se apartó de William y se entregó primero a Eduardo y luego al rey Harold.

Por el gesto de asentimiento de Oswald, Bastian supo que el barón estaba al corriente de todo esto y, sobre todo, de toda la verdad que se ocultaba tras la caída de Jean-Bastian de

Montfort de la gracia ducal. En un momento en que se ponían a prueba las lealtades de los hombres, Jean-Bastian había tomado la decisión que consideraba mejor para su futuro y el de su hijo y heredero, Bernard.

Y había traicionado a su hijo mayor por no seguirle, por elegir al duque William en lugar del rey sajón.

Había sido una decisión que tanto padre como hijo llegarían a lamentar, aunque por razones muy distintas.

—Hubo rumores, por supuesto —murmuró Oswald, y sus ojos se centraron en la copa enjoyada en lugar de en su anfitrión—. En estos tiempos, uno nunca sabe qué creer, pues se dicen muchas cosas que no son ciertas.

—Escucha esto, Oswald de Paxton, pues sólo te digo la verdad: William de Normandía se ha apoderado firmemente de Inglaterra y tratará con justicia a todos los que traten con justicia con él. Si un hombre hace un juramento, se esperará que mantenga su palabra jurada. Todos hemos visto que la iglesia desaprueba a los hombres que juran, incluso cuando un reino está en juego.

El poco sutil recordatorio de cómo el rey Harold había perdido el favor de la iglesia en su reclamación de Inglaterra aún tenía el poder de escocer, y Bastian lo vio en los ojos entrecerrados de Oswald. Pero era la verdad, por desagradable que fuera, y había hombres que necesitaban que se les recordara lo que les había llevado hasta ese punto.

Un feo rubor tiñó las mejillas de Oswald. Su voz era tensa.

—William engañó a Harold para que hiciera un juramento sobre huesos de santos.

—Sí, pero Harold estaba dispuesto a hacer un juramento que no pensaba cumplir. Escucha bien, Oswald: nadie detendrá a William. Si tiene que recurrir a engaños, lo hará para salirse con la suya. Pero no mentirá, y si hace una promesa, la cumple. Nunca he sabido que falte a su

palabra jurada, ya sea a un príncipe o a un campesino, y si promete que conservarán sus tierras si le son leales, así será. Piénselo.

Leofric, el compañero de fatigas de Oswald y un hombre de su misma edad, estudió a Bastian a través de unos ojos encapuchados mientras asimilaba las graves implicaciones de la discusión. Era un hombre apuesto, de rostro florido y el cabello dorado y brillante de los sajones; sus modales eran bruscos y cordiales, pero sus claros ojos azules, sagaces. Había hablado de cosas pequeñas pero triviales, permaneciendo en silencio durante este intercambio, pero ahora se aclaró la garganta.

—Se dice que pocos sajones han conservado sus tierras desde que William fue coronado. ¿Cómo sabemos que nos permitirá conservar nuestras propiedades ancestrales?

—Desde Hastings, los barones sajones que han vuelto a casa y no han empuñado sus espadas contra el rey no han perdido nada. Los que se han unido a condes proscritos han sido despojados de tierras y títulos, y a veces de sus vidas. Es una elección brutal, pero sencilla. Jurad lealtad a William como vuestro legítimo rey y vivid en vuestras tierras en paz y prosperidad. —Su voz se endureció y vio que Maire se volvía hacia él con ojos pensativos mientras decía—: Levantad la espada contra él y os destruirá.

—Y usted, Lord Bastian, ¿destruirá a aquellos que le desafíen?

—Sí.

Fue una respuesta rápida, destinada a convencerles de su determinación, y vio otro rápido intercambio de miradas. Entre los tres barones, Oswald, Leofric y Eadwine, sólo Oswald parecía reacio. Leofric asintió, y Eadwine, un hombre parco, de gestos nerviosos y cabello ralo, dijo bruscamente que estaba dispuesto a ofrecer lealtad a William si se dejaban en paz sus tierras.

—Soy viejo ahora, milord, y no tan rápido para ofrecer lucha cuando el resultado es incierto. —Eadwine sonrió y miró a Maire.

—Ya he visto a Normandos y sajones mezclar su sangre, y me he dado cuenta de que William está aquí para quedarse. Con toda Inglaterra unida bajo un solo gobernante, puede que podamos mantener a raya a escoceses y galeses, en lugar de perder tiempo, vidas y dinero librando mezquinas batallas en nuestras fronteras.

—Maldito seas —dijo Oswald con enojo, con la mano empuñada sobre la mesa—, hablas como un cobarde llorón, Eadwine.

Eadwine se irguió con dignidad, su voz fría y más firme de lo que Bastian la había oído hasta entonces.

—No es cobardía que me disguste ver a los siervos morir de hambre en sus chozas por falta de comida, o recorrer campos en barbecho que no darán ningún rendimiento por falta de semillas y de hombres que los trabajen; no, y no, digo. Estoy cansado de la guerra. Quiero la paz, y William nos ofrece lo que ningún otro ha intentado hasta ahora: un reino unido.

—Bien dicho, Lord Eadwine. —Bastian sonrió un poco, pero sabía que las palabras del barón no convencerían a Oswald—. Pero esta es una conversación para otro lugar. Ahora hay otras cosas en las que pensar, temas más agradables de los que hablar. Mi mayordomo ha planeado entretenimientos para su diversión. Tratemos como compañeros esta víspera. Más tarde, como hombres de juicio, llegaremos a un acuerdo sobre lo que es mejor para todos.

Al día siguiente, los seis vasallos que ya habían jurado a Bastian llegaron para aceptar su invitación, y Cresshawe estaba a punto de reventar de caballeros, barones y su séquito. No había suficientes aposentos, y los más rezagados acabaron durmiendo en mantas enrolladas en el suelo del salón, bordeando los pasillos por la noche y tumbados bajo las escaleras y en las alcobas. Durante el día se organizaban cacerías, en las que los barones salían al bosque para traer caza para las mesas. En su mayor parte reinaba un ambiente festivo, aunque hubo varios momentos tensos en los que estallaron peleas.

A pesar de todo, Maire se mantuvo distante y alejada. Aún no le había perdonado que

dejara atrás a su lobo. Tampoco la bestia había regresado, aunque habían pasado cuatro días desde que él la había arrancado del camino y el lobo había huido. La nieve yacía profunda y espesa sobre el suelo y el camino, y fuertes vientos habían azotado el castillo durante tres días. Paul no había sido capaz de encontrar a Saskia, aunque no era de extrañar, ya que la loba blanca se mimetizaba mejor con las laderas nevadas.

Todas las mañanas, Maire caminaba penosamente por la nieve hasta la puerta del poste y la llamaba. Lo repetía al mediodía y de nuevo antes del anochecer, pero no había ningún aullido de respuesta, ningún lobo que saltara hacia el castillo para alegrarla.

Bastian la interceptó el tercer lunes de Adviento, cuando la sala estaba alborotada por la alegría y acróbatas y volatineros entretenían a los invitados. La siguió hasta la puerta y la agarró por un brazo cuando ella le hubiera pasado de un empujón.

—La loba volverá cuando esté lista, Maire.

Empujándole la mano, ella le dirigió una mirada acalorada.

—No lo hará. Ve con tus invitados y haz de perfecto anfitrión mientras yo hago lo mío.

—¿Lo tuyo? —La agarró por los hombros, girándola para que mirarle a la cara.

La zarandeó un poco cuando se negó a mirarle.

—Esto es tuyo, Maire. Mira a tu alrededor. Cresshawe aún es tuyo, y lo habitan sajones y Normandos por igual. Si te sientes apartada, es por tu culpa, pues mis intenciones son tenernos a todos como un solo pueblo.

—Pero no somos un solo pueblo, Bastian. Por el amor de Dios, ¿no puedes verlo? No se puede obligar a la gente a ser lo que no es, y aún hay demasiada enemistad entre nuestras razas como para ignorarla. Eres Normando. Yo soy sajón. Estamos separados. Siempre estaremos separados.

—Te equivocas. —Aspiró una profunda bocanada de aire frío—. Un día toda Inglaterra

estará unida. Si no lo está, se desmoronará en demasiados pedazos para resistir a los invasores. Si no nos unimos, los daneses vendrán, y los escoceses, e incluso los galeses se apoderarán de porciones de este país y las harán pedazos. La guerra será constante, vecino contra vecino, sin que nadie sepa en quién confiar. Cada barón tendrá su propio país, siempre encerrado en su castillo y temeroso de salir por miedo a ser vulnerable. ¿Es eso lo que quieres? Piénsalo, Maire, porque hacia allí se dirigía Inglaterra hasta que llegó William.

—Eso no es cierto.

Su respuesta fue rápida, pero carente de convicción, y el agarre de él sobre sus hombros se relajó.

—Sí que lo es. Incluso el propio hermano de Harold, Tostig, luchó contra él, trayendo al rey Hardrada de Noruega a Inglaterra para apoderarse de la corona. Escúchame, Maire. William mantendrá a Inglaterra unida bajo un solo gobernante. Los barones aún podrán rebelarse y guerrear entre sí, pero con un rey fuerte, no pasarán de ser riñas infantiles.

Los tensos músculos de Maire se aflojaron bajo sus manos, y ella le miró finalmente, con ojos claros y directos.

—Sé que lo que dices es cierto. Sólo que es difícil de oír.

—Sí, lo es. Pero sepa que William lleva el bienestar de Inglaterra en su corazón, pues es su tierra elegida.

—¿Incluso por encima de Normandía? —Su mirada era burlona ahora, su boca se curvó ligeramente—. Es Normandía lo que él favorece por encima de todo.

—Él nació allí.

—¿Y entonces? Tú naciste aquí, y sin embargo no oigo tus alabanzas a tu tierra natal, sólo a todo lo Normando.

Era una puya punzante, y cierta. Frunció el ceño.

—No ocurre lo mismo conmigo. William no tiene malos sentimientos hacia Inglaterra, sólo sentido de la responsabilidad. Mi aversión es personal.

—¿Culpas a un país de lo que te hizo un hombre?

La burla de ella le enfureció y la miró con feroz resentimiento.

—No culpo a campos y pantanos, no. Pero mis demonios son míos para conquistarlos, y no serán discutidos contigo para que pueda burlarse de mí con ellos más tarde.

—Nunca me burlaría de ti con lo que no has causado, Bastian. En eso estás equivocado.

—¿Me equivoco? No lo creo.

Maire se apartó, agitada, con el ceño fruncido y la boca apretada.

—No soy tonta. Puedo ser testaruda, y en raras ocasiones equivocarme, pero no soy tan tonta como para pensar que eres el tipo de hombre que elige a sabiendas la insensatez por encima de la lógica. Has demostrado lo contrario en tu breve estancia en Cresshawe.

—Elogios inesperados de una fuente improbable, señora.

—Maldito seas, Bastian Louvat. —Ella le dirigió una mirada furiosa—. Debes saber que no puedo evitar aprobar la mayor parte de lo que has hecho aquí. Se han hecho las reparaciones necesarias, se han guardado más provisiones para los tiempos de vacas flacas, y aunque puede que el vestíbulo se parezca más al interior del estómago de una cabra que a la belleza austera que una vez admiré, debo admitir que has puesto mucho cuidado y esfuerzo en mejorar el castillo.

Bastian la miró fijamente, la cólera luchando con la diversión. La luz rosada aún bañaba su rostro y brillaba en sus ojos. Ella bajó las pestañas para ocultar el repentino brillo azul, y su ira se desvaneció.

—Así que no apruebas el mobiliario Normando.

—Son chillones.

—Chillones. —Su ceño se levantó divertido—. Por la cruz, señora, esas colgaduras cubren paredes destartaladas y cuadros toscos que parecen como si alguien hubiera mojado la cola de un perro en pintura y la hubiera soltado en el vestíbulo.

—¡Mejor eso que una exhibición excesiva y un orgullo desmesurado! ¿A quién esperas impresionar? ¿A Oswald? —Ella resopló—. A ese gordo barón no le impresionaría el cetro de oro del Papa. Puede que no se te haya ocurrido, pero a los sajones les impresiona más una abundancia de buena comida y bebida en lugar de una placa de oro y escenas de caza bordadas. Si pensabais influir en Oswald con un alarde de riqueza, deberíais haber asado un buey entero en cada hogar y dispuesto grandes cubas de cerveza para su consumo.

Bastian hizo un gesto de impaciencia.

—Oswald no es el único barón aquí. Y no desplegué oro y tapices para impresionar, sino para civilizar un alojamiento tosco. Escúchame, Maire —dijo con dureza cuando ella se volvió hacia él con fuego en los ojos—, puede que haya nacido en Inglaterra, pero soy Normando hasta los huesos. No pienses en cambiarme, o que mis inclinaciones hacia las costumbres Normandas son sólo de naturaleza temporal. Mi padre nació en Normandía, y mi madre también, y los primeros ocho años de mi vida fueron todos los que pasé en suelo inglés hasta que me convertí en un hombre hecho y derecho. Mi lealtad es al rey William. Se lo debo todo a Normandía. Inglaterra no me dio más que dolor, y no siento ningún amor por el país en sí.

—Sin embargo, ¿nos obligas a acatar tu estandarte y amenazas a los buenos sajones con el desalojo o la muerte? Si no amas a Inglaterra, déjasela a los que sí la aman.

Estaba temblando, con los ojos muy abiertos por las sombras de la ira y los labios temblorosos entre dientes fuertemente apretados. El pelo pálido enmarcaba su rostro con rizos dorados que brillaban suavemente a la luz del sol que se desvanecía. Bastian sacudió la cabeza.

—Aún no lo entiendes, Maire. Inglaterra y Normandía son ahora una sola cosa. Lo que amo de Normandía, lo amaré de Inglaterra. Se necesita algo más que árboles y colinas para hacer

un país. Aquí hay belleza, igual que en Normandía, Francia y España. Pero no es la belleza lo que obliga a un hombre a arriesgar su vida y su honor para conservar su hogar. —Extendió la mano y le cogió la barbilla con la palma, un poco sorprendido de que ella no se apartara bruscamente de él—. Eres hermosa, pero no es tu bello rostro y tu sonrisa encantadora lo que me obliga a arriesgar mi vida para conservarte. Son las cualidades inherentes que posees las que me convocan a retenerte con seguridad.

Sus ojos se abrieron de par en par, las pestañas ensombreciendo sus mejillas mientras le miraba fijamente. Una curiosa mezcla de niña y mujer que le atrapaba el corazón con una tenacidad desconcertante Pero no podía decírselo, no podía traicionar la ternura que a menudo sentía por ella, porque sería su perdición. ¿No se había equivocado al mencionar siquiera a Cosette que la deseaba? Ella había sacado enseguida la conclusión equivocada, como solían hacer las mujeres, y él no se atrevía a arriesgarse a destrozar la frágil alianza que tenía con Maire diciendo algo equivocado.

—Mi lord.... —Ella inhaló audiblemente y luego suspiró.

Él sonrió irónicamente.

—Sin duda, los barones están ya borrachos como cubas, y mis almacenes de los que me crees tan orgulloso se han reducido a lentejas secas y cáscaras de maíz vacías mientras nosotros estamos aquí fuera, en la nieve y el aire frío, para gritarnos. Si crees que hemos terminado por esta noche, Maire, te acompañaré al salón.

—No prometo que hayamos terminado de gritarnos, pero iré contigo dentro si antes me permites llamar una vez más a Saskia.

—S'il arrive que vous avez besoin de moi... c'est ici.

Ella le miró extrañada, y hubo un leve temblor en las comisuras de sus labios. Luego apartó la mirada y se encogió un poco de hombros.

—No entiendo....

—No importa. Esperaré aquí. —Le soltó la barbilla y observó cómo ella se dirigía con elegancia hacia la puerta de la posadera y corría el cerrojo. Tal vez se equivocaba, pero había momentos en los que estaba seguro de que ella lo entendía. ¿Por qué le mentiría? ¿Aún no estaba dispuesta a confiar en él? ¿O seguía dispuesta a traicionarle? Ninguno de los dos eran pensamientos agradables.

Sombras oscuras llenaban ahora el patio, parpadeando sobre la fuente seca y los árboles desnudos, sumiendo los edificios y el suelo en la penumbra. Esta noche era tranquila, sin viento aullante que ahogara el rítmico murmullo de las olas contra las rocas.

Pensó en el cometa-estrella que se había visto sobre Inglaterra durante la última semana de abril de 1066. Algunos lo habían calificado de presagio, porque brilló con su larga estela de fuego durante toda la semana antes de volver a desaparecer. Y ese año William había invadido Inglaterra, otro presagio como el del cometa-estrella.

Pero a diferencia de la estrella cometa, la duración de William sería larga. Los monjes se habían fijado en la estrella cometa, igual que en las demás estrellas brillantes del cielo, y así se fijarían en William de Normandía. Bastian había tomado la decisión correcta, por todo lo que le había costado. No había otra elección que hubiera podido hacer, ninguna otra que perdurara.

Como otros, buscaba a tientas el camino correcto, esperando que una estrella le mostrara la senda. William había sido durante mucho tiempo su estrella, defectuosa, tal vez, pero su misma determinación un faro brillante.

Las bisagras de hierro crujieron y miró hacia la puerta del poste para ver a Maire que venía hacia él, con los hombros caídos por la cansada decepción, sin ningún lobo pisándole los talones. Bastian fue hacia ella y la rodeó con un brazo para sostenerla contra su costado, estabilizándola mientras se abrían paso por los resbaladizos trozos de hielo del patio.

—Saskia debe de estar muerta. —La voz de Maire no tenía tono, pero delataba el profundo

dolor que había bajo sus palabras—. Nunca se había ausentado tanto tiempo.

—La loba no está muerta. ¿La has dejado en algún lugar antes? Quizá haya vuelto allí.

Maire lo miró, con la esperanza brillando en sus ojos.

—No había pensado en eso. La dejé en el bosque con un viejo cazador. Podría haber ido a Sighere. Mañana, yo...

—Espera. La nieve es demasiado profunda. Enviaré a Paul.

—Sighere no le dirá nada a un Normando. —Su voz era agria—. Es viejo, y no tan confiado como algunos de nosotros.

Bastian se rio de eso.

—Que Dios nos ayude a todos, entonces. Espera, ma chérie. Pensaré en otra forma de encontrar a Saskia. No desesperes, pues tengo la idea de que se ha ido lejos cazando gordas liebres de invierno y no le importa volver. Cuando tenga suficiente hambre y frío, vendrá a ti.

—Eso espero. —Maire sonaba desolada—. Ella ha estado conmigo desde que era un cachorro, y aunque te resulte extraño, ha sido mi única amiga estos últimos años. En ningún otro me atreví a confiar.

Bastian se imaginó a una doncella cautelosa, su naturaleza espinosa para mantener alejados a quienes pudieran herirla, y para no acercarse a quienes pudieran morir o dejarla atrás. Conocía bien las emociones que acompañaban a esos temores, pues él mismo había luchado contra ellos: solo en una tierra extraña, enviado lejos por el odio de una mujer, despreciado por su padre. Sí, sabía bien cómo se había sentido.

—Encontraré a Saskia por ti —dijo suavemente, y tiró de ella bajo una escalera abovedada para tomar su rostro entre sus frías palmas. Ella le miró fijamente y asintió.

—Si te lo propones, Bastian, seguro que así será.

Su fe le hizo añicos, e inclinó la cabeza y la besó, casi con fiereza, necesitando sentir su calor y su entrega, necesitando la intimidad. Esta vez no eran los impulsos del cuerpo los que le impulsaban, sino los del corazón.

Hasta que Maire le rodeó el cuello con los brazos para devolverle el beso, y su control se hizo añicos. La estrechó con fuerza contra él, sus manos moviéndose bajo su pesada capa para restregarse por sus curvas, las palmas deslizándose sobre las capas de su ropa con impaciencia. Oculto en las sombras crepusculares de la escalera, se apoyó en ella, presionando su espalda contra la pared con su peso, besándola con hambre, necesitando sentirla a su alrededor, su suavidad y su calor y los pequeños ruidos de excitación que hacía cuando él entraba en ella....

—Bastian… ¿qué estás... aquí?

Le levantó el dobladillo de las faldas, amontonándolas alrededor de su cintura, luego sus manos se movieron para desatar las correas de sus chausses de lino lo suficiente como para liberar la feroz presión. Maire dio un grito ahogado cuando él levantó las piernas para rodearle la cintura y se lanzó hacia delante, su longitud deslizándose en su interior con exquisita fricción. Dulce tormento, el roce de sus muslos desnudos contra los costados de él, la presión de su calor aterciopelado alrededor de su eje y las respiraciones suaves y jadeantes contra su garganta mientras ella se aferraba a él. La tensión se alargaba casi insoportablemente, la liberación temblaba justo fuera de su alcance, otra embestida, otro arrastre de su cuerpo que irradiaba calor y una sensación exquisita por su espina dorsal, y él se aferró con fuerza a su control hasta que oyó el grito de ella en su oído, sintió que su cuerpo se tensaba con la tensión y se estremecía. Entonces, agarrándola con fuerza por la cintura, se abalanzó sobre ella con una última embestida que lo vació todo

La mano de ella tanteó en busca de él en la oscuridad, los dedos acariciándole el pelo hasta ahuecarle la nuca en la palma curvada. Su susurro era suave y repleto.

—Pronto será Navidad, Bastian.

—Joyeux Noël, ma petite choute.

Incapaz de ver a través de las espesas sombras que los envolvían, le acarició la mejilla y desplazó su peso para no hacerle daño. Las piernas de ella seguían abrazadas con fuerza a su cintura, con la capa de ella echada sobre ellas, pero una brisa helada que él no había notado antes refrescaba sus carnes húmedas y desnudas.

Mientras rodeaba su cintura con las manos para liberarla de él, oyó un ruido repentino detrás de ellos y maldijo en voz baja, maldiciéndose por ser tan tonto como para perder la conciencia de su entorno. Bajando a Maire al suelo, deslizó la mano hasta la empuñadura de su daga y se dio media vuelta, colocándola detrás de él.

Una sola sombra se desprendió de las más profundas que había bajo la escalera y se adentró en el vacilante charco de luz que proyectaba una antorcha de pared. Una voz seca dijo con graciosa inflexión:

—Qué forma tan novedosa de celebrar el Adviento, Bastian. ¿No te dejan fornicar en tu propia sala?

Robert. Y a su lado estaba Cosette, con sus ojos verdes de gata brillando en la penumbra con fulgurante agudeza.

Capítulo 15

—Tú me has invitado a venir cuando quieras, sabes, Bastian. —Robert miró divertido a su anfitrión, disfrutando más bien de la avergonzada hostilidad de Bastian. No era frecuente que hubiera podido sorprender a Bastian, y éste era un momento para atesorar.

—Sí —espetó Bastian—, pero no se me ocurrió que llegarías en un momento tan inoportuno, trayendo problemas del brazo.

—¿Problemas? ¿Te refieres a Lady Cosette? —Robert se estremeció ante la mirada de Bastian y se encogió de hombros, extendiendo las manos con impotencia—. No fue idea mía, Bastian, te lo juro.

—Entonces deberías haberte ahorrado el dolor de tener que acortar tu visita, y dejarla atrás.

—¿Permitirás que ella se interponga entre nosotros, Bastian? ¿Después de todos nuestros años juntos? —Robert estudió a Bastian, notando las líneas de tensión alrededor de su boca. Se puso en pie, contrito—. Estoy seguro de que tu esposa no quiso decir lo que dijo. Reflexionará, y una vez que le explique qué Lady Cosette se va a casar con otro, no creo que se sienta tan... dura con ella.

—¿Cosette se va a casar?

—Sí. El rey ha puesto en marcha el acuerdo que la unirá al primo de Malcolm. Espera que forme lazos entre los escoceses e Inglaterra.

Bastian echó una pierna sobre la esquina de la mesa y apoyó su peso en ella.

—Sigo sin entender por qué la has traído aquí, Robert. Sobre todo sabiendo la enemistad que Maire siente hacia ella.

Desafortunadamente, Robert asintió.

—No tenía remedio, Bastian. ¿Crees que quería recorrer los caminos de cabras que pasan por carreteras con este tiempo? El rey celebra la estación en York, arropado en su castillo con buena comida y diversiones, mientras yo he estado atascado con una arpía quejica. —Se levantó de la silla y se acercó al brasero de latón, extendiendo las manos para calentarlas sobre las brasas —. Ha sido infernal.

—Sin duda. Recuerdo la afición de Cosette por su comodidad. —Bastian se pasó una mano por el pelo, toqueteando unos mechones que parecían recién rapados. Miró a Robert con el ceño fruncido—. ¿Desde cuándo se habla de estas negociaciones?

Robert se encogió de hombros.

—Hace un tiempo, creo, pero ya sabe lo reservado que puede ser el rey con los acuerdos. Sólo lo sabía lady Cosette y, por supuesto, los consejeros del rey y Malcolm. Aún puede funcionar, aunque a menudo estos matrimonios concertados nunca llegan al altar.

—Cierto. —Bastian miró hacia la puerta cerrada del solar que compartía con Maire. Se había oído el inconfundible sonido de metal chirriando contra metal que indicaba que también había sido atornillada. No era una buena señal, Robert lo sabía, y apenas podía culparla por estar enfadada.

No sólo se había sentido avergonzada por haber sido sorprendida en una situación tan poco delicada, sino que Cosette lo empeoró con un recordatorio risueño a Bastian de cómo una vez habían sido sorprendidos precisamente en esa situación en Winchester.

—Claro que entonces hacía más calor —añadió, apoyando ligeramente la mano en el brazo

de Bastian y sonriendo ante el sonrojo de Maire—, pero también era de lo más emocionante. ¿No lo recuerdas, Bastian?

No era el tipo de cosa que a un hombre se le debería recordar delante de su mujer, y era bastante obvio que Bastian no lo recordaba. Lanzó a Cosette una mirada furiosa que debería haberla hecho temblar y le soltó la mano. Volviéndose protectoramente hacia Maire, se ofreció en inglés a acompañarla a su habitación.

Maire rechazó bruscamente sus esfuerzos, apartándole de un empujón y espetándole que no tenía por qué escoltarla a ninguna parte.

—Quédese y atienda a sus invitados. Tengo deberes que atender y no quiero su compañía.

Si lo hubiera planeado, pensó Robert, no podría haberle salido mejor a Cosette. Hubo momentos en el viaje en que se había preguntado si a ella le importaba siquiera su compromiso, pues hablaba sobre todo de Bastian, lamentando que el primo de Malcolm no fuera un conde como Bastian, ni tampoco Normando.

Pero ahora no se atrevía a mencionar eso. Ya había suficientes problemas sin remover más.

—Háblame de Bernard, Bastian. ¿Por qué está aquí?

—No tiene otro refugio, según me ha dicho. —La sonrisa de Bastian era irónica—. No hace mucho, no me habría importado. Ahora no estoy nada seguro de dejarle quedarse, salvo para vigilarle.

—¿Sabe William que está aquí?

—Envié un mensajero a York con la noticia. Aún no he recibido respuesta.

—¿Y qué hará si el rey exige que Bernard le sea entregado?

—Echarlo. —Bastian se encogió de hombros—. No creo que William exija eso, pues le concedió la vida y lo liberó después de pagar el rescate.

—Te refieres a Montfort.

Bastian asintió.

—Sí. Un pequeño precio a pagar por la traición.

—Pero se trataba de su hogar. —Robert observó atentamente a Bastian, pero no había señales de arrepentimiento en su rostro—. ¿Alguna vez te has preguntado por qué no te dieron Montfort por tu servicio a William?

El labio de Bastian se curvó.

—Se me ofreció, pero lo rechacé.

Asombrado, Robert le miró fijamente.

—¿Rechazaste el hogar donde naciste?

—No era mío, sino de mi padre y su esposa. No tenía recuerdos felices de ella, Robert, como debes saber.

—Sí, lo sé. Pero aun así, es una gran finca, con una prolija renta.

—Nada me induciría a volver a vivir allí. Y ha sido quemada, según he oído, así que no queda nada de la casa, sólo las tierras.

—Ahora tienes esto. —Robert hizo un gesto con la mano para indicar los muros de piedra —. Me recuerda a unas ruinas antiguas que vi en Italia.

—Influencia romana. Hay pequeñas cámaras extrañas por todas partes, algunas excavadas en el suelo que parecen no tener ningún propósito. Y en las cocinas, hay un horno de azulejos que se eleva hasta el techo, con varias aberturas para cocinar y para la leña, y un lugar para colocar las ollas. Muy ingenioso, y aun así funciona eficazmente. —Bastian se levantó de su posición en el borde de la mesa, mirando de nuevo hacia la puerta solar cerrada—. Su familia ha vivido en estas tierras desde que los romanos estaban aquí, creo. No sabe nada más.

Robert observó con agudeza. Había una suavidad en los ojos de Bastian cuando hablaba de Maire que no había estado allí en York. La atracción había estado ahí, la negativa airada a admitir que la deseaba, pero no esta ternura. Quizá la doncella sajona había conseguido realmente tocarle el corazón. Sería una maravilla. Después de lo que había sufrido Bastian a manos de la esposa de su padre, había salido con una fuerte aversión hacia el sexo débil.

Para Robert, que se había criado con cuatro hermanas cariñosas, había sido preocupante. Le gustaban todas las mujeres, altas o bajas, rellenitas o delgadas, guapas o no tan guapas. Era uno de sus principales defectos, pues nunca podía decidirse por una sola mujer a la que tomar por esposa. Todas eran demasiado tentadoras.

—¿Dónde dormiré, Bastian? No me importa invadir tu aposento, ya que tú y tu señora pueden necesitar, ah, discutir los planes para mañana.

Bastian sonrió.

—Haré que Alain te traiga paja para un jergón aquí. Hace más calor y, además, no hay sitio en ningún otro lugar. Todo el espacio disponible en el vestíbulo y bajo las escaleras ha sido ocupado… y no digas lo que vas a decir sobre las escaleras, Robert de Brionne, o te daré una lección con la hoja de mi daga, lo juro.

Fingiendo inocencia, Robert rio.

—Te equivocas, Bastian. No tengo ningún comentario sobre los huecos de escalera ni sobre quienes los utilizan con fines disolutos.

—Maldito seas, Robert. —Bastian se dirigió a la puerta y mandó llamar a su escudero, luego miró hacia atrás por encima del hombro—. Mantén a lady Cosette fuera de mi camino, y del de Maire, si puedes. Aliviará mis días si no tengo que lidiar con lenguas afiladas y peleas de gatos.

—Haré lo que pueda, Bastian, pero las mujeres tienen mente propia, me temo.

Era un sentimiento que Robert iba a recordar con consternación en los días siguientes.



—¿Por qué no cabalga usted con Bastian, milady?

Maire miró por encima del hombro. Estaba de pie en lo alto de la muralla cerca de la puerta principal, mirando por encima del retorcido camino que caía abruptamente alejándose del castillo.

—Lord Bastian me ordenó que le esperara aquí, Sir Robert.

—Ah. —Robert de Brionne trepó por las piedras desgarradas que formaban la muralla, resbalando ligeramente en un trozo de hielo—. Teme que le hagan daño, sin duda.

—Sin duda, pero difícilmente. Nací aquí y crecí recorriendo estas colinas y páramos a mi antojo. Conozco cada brizna de hierba y cada tramo de ciénaga. Él no.

—¿Le preocupa que Bastian resulte herido?

—Me preocupa que no encuentre a Saskia. —Ella se apartó para contemplar de nuevo el paisaje, estremeciéndose cuando el viento le azotó un mechón de pelo en los ojos.

Robert suspiró.

—¿Le perdonará, milady.

—¿Perdonarle por qué? —Ella miró a Robert con una creciente irritación que no disminuyó cuando él no encontró su mirada—. ¿Qué ha hecho milord para que deba ser perdonado?

—Nada. —Robert levantó la vista hacia ella, una mirada avergonzada—. No fue Bastian quien erró, fui yo quien cometió la locura de entrometerse en una ... una ...

—Por favor, no siga, señor.

—No. —Robert parecía aliviado—. Por supuesto que no. Pero me equivoqué al traer aquí a Lady Cosette, creo, ya que su presencia parece haberla angustiado.

Maire frunció el ceño.

—No estoy angustiada. Molesta, tal vez, ya que la dama es grosera y exigente. Ya se ha instalado en la cámara más confortable, desalojando a los huéspedes que se la habían cedido, y no ha hecho más que ordenar esto y aquello a unos sirvientes que ya están sobrecargados de trabajo y cansados. Y tiene en su séquito a un hombre al que Bastian despidió de su empleo.

—Se refiere a Giles.

—Sí, así es. El hombre fue insolente y grosero, y por eso lo despidieron en York. Ahora está aquí de nuevo, un recordatorio muy desagradable para mí de su audacia.

—Sin embargo, debe estar empleado en alguna parte, milady. No pretendía insultarla cuando Lady Cosette lo contrató como hombre de armas. Ella sólo sabía que había sido despedido del servicio de Bastian.

—Tal vez. Procure que se mantenga alejado de mí, pues encuentro su actitud muy desagradable, así como la de su señora.

—Sí, estoy de acuerdo. ¿Me perdonará por haberla traído aquí? No fue mi consejo el que la trajo, sino el del rey. Supongo que sabe de las próximas nupcias de Lady Cosette.

—Sí. Bastian me lo dijo. —No mencionó que Bastian se había enfurecido con ella por sugerir que la dama tenía en mente otras perspectivas que un marido escocés. Habían discutido acaloradamente, hasta que ella había estado a punto de llorar de rabia y frustración por su ceguera. Por supuesto, él no sabía que ella había entendido bastante bien el recordatorio de Cosette en francés sobre su anterior cita, y por eso no conocía la verdadera causa de su enfado. Pero había visto la mano de Cosette en el brazo de Bastian, había visto el destello triunfante de

luz en sus ojos de gata verde y había oído su ronroneo de satisfacción por provocar una pelea entre ellos.

No debería haber permitido que Cosette viera su angustia, pero el momento había sido incómodo y desconcertante. Más tarde, se había enfadado más consigo misma que con Bastian, hasta que éste había pasado de marido preocupado a animal acorralado. Entonces le había informado fríamente de que se estaba comportando como una tonta y que se inventaba razones para mantenerlo a raya.

Ese comentario había derivado en una furiosa discusión, que terminó con Bastian saliendo de golpe de su habitación y pasando la noche en otro lugar. Ella no quería ni pensar dónde se había ido a dormir. Era todo tan absurdo, su enfado y el de él, que deseó poder empezar de nuevo.

—¿Milady? —Robert la miraba con curiosidad, la nieve empolvaba su pelo con pequeños copos.

Ella logró esbozar una sonrisa, algo de su resentimiento aliviándose ante el evidente arrepentimiento de él.

—El perdón no viene sin penitencia, Sir Robert.

Él pareció dolido, pero asintió.

—Así me lo han dicho demasiadas veces para contarlas. ¿Pero perdonará mi metedura de pata?

—Como no ha sido enteramente culpa suya, lo tendré en cuenta.

Se apartó de la pared, parpadeando ante la nieve que soplaba y obstruía sus pestañas.

—Sin embargo, debe enmendarlo.

Robert la cogió del brazo, solícito en ayudarla a bajar, por lo que ella se abstuvo de decirle

que estaba acostumbrada a correr por lo alto de este muro desde que no era más que una niña.

—Con mucho gusto la enmendaré, milady. Sólo dígame la penitencia.

Permitiéndole guiarla a través del patio con la palma de su mano ahuecando su codo, Maire esperó hasta que estuvieron dentro de la sala, despojados de capas y capotes y sentados en un banco acolchado antes de pronunciar sus condiciones.

—Me gustaría saber más sobre milord Bastian, Sir Robert. Y deberá responder a mis preguntas con franqueza, o no será absuelto de su transgresión.

Los ojos de Robert se abrieron de par en par y la diversión expectante desapareció de su rostro.

—Milady, Bastian no me perdonaría por chismorrear ociosamente sobre él. Me temo que debe nombrar otra penitencia.

—No. —Los criados seguían despejando el vestíbulo, apilando mesas de caballete contra la pared junto a los bancos. Hizo señas a un paje para que les sirviera vino, y observó con especulación el desconcierto de Robert—. Usted es su amigo y no dirá falsedades ni medias verdades sobre él. No deseo saber de antiguas amantes, si es eso lo que le angustia. Eso no tiene ninguna importancia para mí. No, ni siquiera Lady Cosette, salvo que busca abrir una brecha entre nosotros por alguna razón desconocida. De ella, puedo ocuparme a mi manera. Es el pasado más lejano lo que me concierne, las razones que Bastian no me dará de su enemistad con su hermano.

—Ah. —Robert sacudió la cabeza con una leve sonrisa—. Una vez más, Bastian no me agradecería chismes ociosos.

—No quiero cotilleos, Sir Robert. —Su tono cortante le devolvió la mirada con sorpresa—. Quiero la verdad. ¿Se puede confiar en que Bernard no traicionará de nuevo a su hermano?

Un largo silencio se extendió entre ellos. Varios soldados que estaban reunidos junto al

fuego central hablaban en voz baja entre ellos, y dos de los perros del castillo se enzarzaron en una pelea por restos de comida derramados de la comida de la mañana. Una corriente de aire frío agitaba un tapiz en la pared detrás de ellos, y una luz gris entraba por la ventana acristalada para iluminar la sala. Robert se aclaró la garganta y bajó la mirada hacia sus dedos que se cerraban en torno a la copa de vino.

—No es probable que se pueda confiar en él, no. Sin embargo, los hombres cambian, milady, añadió, mirándola, y es muy posible que Bernard haya visto el error de sus actos. Eso no lo sé, ya que sólo he hablado con él brevemente desde mi llegada.

—¿Cree que ha cambiado?

—Milady... —Robert miró a su alrededor con impotencia—. Hágame el favor de hacerle estas preguntas a su marido. Me temo que no soy quien para interrogarle.

El ya acentuado inglés de Robert se había hecho más denso, y ella sonrió un poco ante su agitación. Tomó un sorbo de vino, dándole tiempo para serenarse antes de murmurar:

—Se niega a discutirlo conmigo. Debe contármelo todo.

—¡Mon Dieu! C'est impossible....

—Imposible o no, no hay nadie más en quien confíe para decirme la verdad.

—¿Por qué debe saberlo? —Bastante enfadado ahora, Robert se bebió el vino de un solo trago—. No servirá de nada.

—Al contrario, Robert de Brionne. Si a alguien se le ocurre traicionar a Bastian, me encargaré de detenerlo.

—¿Cree que Bastian se deja embaucar tan fácilmente que permitirá que su hermano le traicione de nuevo? —Robert negó con la cabeza—. No le conoce como cree si cree eso. Bastian no es tonto.

—No, pero ha concedido santuario a una víbora. ¿Cuánto falta para que le muerda?

—Milady, me agota. —La sonrisa de Robert era irónica—. ¿No me dará la paz en esto?

—Sí, tan pronto como haya oído la verdad.

Robert gimió.

—Sois inflexible. Très bien. ¿Qué es lo que desea saber?

—Como he dicho, deseo saber la verdad detrás de los rumores.

Suspirando, Robert miró su copa de vino vacía, haciéndola girar de un lado a otro entre sus dedos distraídamente.

—Comenzó hace mucho tiempo, antes de que Bastian llegara a Normandía y a la casa de mi padre como escudero. Era un niño de sólo ocho años cuando vino con nosotros, pero para entonces ya había sido declarado bastardo por su padre en favor de su hijo menor, Bernard. Fue a instancias de su esposa, la madre de Bernard, que repudió la reclamación de Bastian sobre Montfort. Tuvo que hacerlo a través de la iglesia, ya que la madre de Bastian había sido Normanda, mientras que la nueva esposa de Bernard era sajona.

—¿Dónde está ahora la madre de Bastian?

—Muerta. Murió de fiebre cuando Bastian aún estaba en pañales. Entonces Jean-Bastian se casó de nuevo, para formar una alianza entre sajones y Normandos, según dijo el rey Eduardo.

A Maire se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Así que el padre de Bastian lo dejó de lado en favor de su nuevo hijo?

Robert asintió.

—Hizo que la iglesia declarara ilegal su primer matrimonio por motivos de consanguinidad debido a que la madre de Bastian había estado emparentada por matrimonio con su tío. Eso significaba que Bernard, nacido en Inglaterra de madre sajona, heredaría tierras inglesas. Jean-

Bastian echó a Bastian.

Le envió lejos... la visión de un niño pequeño, confuso y huérfano de madre, era inquietante. ¿Cómo podía un padre hacerle eso a su propio hijo?

La pregunta debió de aparecer en sus ojos, porque Robert alargó una mano para tocarle el brazo, diciendo suavemente:

—Fue mejor que le enviaran lejos, porque su nueva madre era cruel. Cuando llegó a casa de mi padre, aún llevaba marcas de palizas, y las cicatrices permanecen todavía, aunque más hacia dentro que hacia fuera.

Cierto. Ella había visto las cicatrices en él, trofeos de batalla, había supuesto, como llevaban tantos hombres luchadores. Dio un sorbo a su vino, recuperando la compostura.

—Dígame, Sir Robert, qué pasó con su padre y su madrastra.

—Ah, eso se hace más difícil. Para entonces, Bastian ya era todo un hombre, y las circunstancias nos separaron durante un tiempo.

—Una vez me dijo que los caballeros Normandos forman grupos de por vida. ¿Cómo es que no estaba con usted?

La sonrisa de Robert era irónica.

—Su memoria es demasiado larga y buena. Sí, es cierto, pero el servicio de caballero sólo es requerido por nuestro señor durante cuarenta días al año. Durante el resto del año, somos libres de dedicarnos a otros intereses. Bastian había sido llamado a Inglaterra por su padre. Eso fue cuando William aún era duque, y el rey Eduardo aún vivía, aunque el rey estaba trastornado a veces.

—Era religioso, no trastornado.

Los hombros de Robert se alzaron en un encogimiento de hombros que indicaba su

desacuerdo, y ella le fulminó con la mirada.

—Cuénteme el resto.

—Ah, señora... libéreme. Concédame la paz y déjeme escabullirme para lamerme las heridas. Este es un asunto grave, el contar secretos que no son míos.

—No es secreto cuando medio mundo lo susurra, Sir Robert.

—Sí, pero si Bastian quisiera que lo supiera, Se lo diría él mismo.

—¿Debo acudir a su hermano para buscar las respuestas que ansío?

El gemido de Robert fue sincero.

—Me hace una injuria al sugerirlo. Pero escuche esto, milady, lo que le diré a continuación es todo lo que sé al respecto, y eso por el propio Bastian. —Hizo una pausa e inspiró profundamente, y Maire hizo una señal al paje para que trajeran más vino. Robert le dirigió una mirada agradecida y bebió a sorbos antes de dejar la copa y aclararse la garganta—. Bastian fue llamado a Inglaterra por su padre. Para entonces, Harold estaba de vuelta en Inglaterra tras haber naufragado en las costas de Ponthieu y haber sido entregado en las manos expectantes de William. Antes de liberarlo, el duque obligó a Harold a jurar que ayudaría a William en su intento de ser rey. Cuando Bastian llegó a Inglaterra, Jean-Bastian le dijo que como el rey Eduardo estaba a punto de morir, los barones habían elegido a Harold para ser rey. Bastian se sintió muy perturbado al enterarse de esta traición. Advirtió a su padre que si Harold rompía su juramento a William, causaría un conflicto entre Normandía e Inglaterra, pero Jean-Bastian exigió que Bastian eligiera a uno u otro. Le recordó cómo había pagado el entrenamiento y el servicio de caballero de Bastian, y juró que si Bastian aún prestaba su espada a la causa de Harold, compartiría Montfort con su hermano.

—Cuando Bernard se enteró de esta oferta, se puso furioso. No tenía intención de compartir Montfort. Bernard estaba tan furioso que involucró al hombre equivocado en sus

intrigas. Entre ellos, Tostig y Bernard se las arreglaron para que el duque William se enterara de la intención de Bastian de traicionarle y luchar por Harold. Era mentira, por supuesto, pero Tostig tenía el oído de William, pues estaba casado con la cuñada del duque.

—¿Y William le creyó?

Robert sonrió.

—William conocía a su hombre, a ambos. Tostig ya había pedido la ayuda de William para tomar Inglaterra una vez que muriera el rey Eduardo, tonto que era para acudir al mismo hombre que codiciaba la corona para sí. Así que el duque no creyó lo que le decían, pero sabía que el hombre era honorable. No todos fueron tan amables. —Hizo una pausa—. Jean-Bastian había jurado lealtad al duque William como su señor y aún le debía servicio como caballero. El duque le llamó.

—Y Jean-Bastian se negó.

—No. Fue, pero traicionó los planes del duque a los sajones. De no ser por un viento fortuito que retrasó la llegada de William a Inglaterra, todo podría haber resultado muy distinto. Jean-Bastian fue descubierto y perdió la cabeza por ello. Bernard apenas escapó con vida, y perdió Montfort como rescate.

—Y Bastian…

—Fue deshonrado. Humillado. Hubo quienes lo creyeron tan culpable como su padre. Sólo William no lo hizo, y mantuvo a Bastian a su servicio. Ningún hombre se atrevía a decir en voz alta lo que pensaba, pues el rey no era más tolerante con los chismes como rey de lo que lo había sido como duque.

Maire hurgó en el bordado del puño de su manga larga, reflexionando sobre el relato de Robert. Luego levantó la vista hacia él.

—¿Qué pasó con la madrastra de Bastian?

—Se fue. Huyó cuando William ganó la partida y su marido perdió la cabeza. No la han echado de menos, se lo aseguro.

—¿Ni siquiera por su único hijo?

Robert parecía sobresaltado.

—No lo sé.

—Sería prudente pensar en esas cosas. —Maire se puso en pie y dejó su copa de vino apenas tocada sobre el banco—. Si la cruel dama sigue viva, ¿no podría culpar a Bastian de su caída?

—Es posible, pero no probable que ella pudiera hacerle mal. Lady Maire, nadie ha visto ni oído hablar de la viuda en años.

—Sin embargo, su hijo llega a Cresshawe antes de que Bastian regrese de York. Alguien le ha vigilado muy de cerca. ¿A alguien se le ha ocurrido preguntarle a Bernard cómo supo dónde venir?

—No, supuse que toda Inglaterra sabía que Bastian Louvat había ganado un condado. No era ningún secreto. Las noticias vuelan rápidamente.

—No sólo en Inglaterra, parece. —Ella sonrió ante el ceño perplejo de Robert—. Me han dicho que Bernard huyó a la tierra de los escoceses para refugiarse de la ira de William.

—Sí, pero eso no significa nada. Al norte, al sur, las noticias viajan, milady.

—Sir Robert, no pretendo impugnar su inteligencia, pero piense por un momento: ¿por qué abandonaría Bernard una tierra donde está a salvo para venir a otra donde puede correr peligro?

—Señora, plantea usted algunas preguntas interesantes.

—Me ha rondado por la cabeza desde que regresamos de York. No quiero parecer presuntuosa, pero parece que Bastian debería haberlo considerado por sí mismo.

—No ha hablado de su hermano conmigo, milady. Todavía es un tema doloroso para él.

—Será más doloroso aún si es traicionado de nuevo. Podría pensar en ello.

Levantando la vista, vio en la entrada del salón a Lady Cosette, que los divisó y dirigió sus pasos hacia el banco donde se encontraban.

—Sir Robert, discúlpeme, pero acabo de recordar deberes importantes que no pueden esperar.

Robert siguió su mirada y sonrió.

—No me deje a solas con el dragón, milady. Me asusta.

—Bien. Quizá la próxima vez lo piense antes de traer un dragón a Cresshawe. Buenos días, señor.

La suave risa de Robert la siguió mientras salía del salón, asintiendo fríamente a Lady Cosette al pasar.

Capítulo 16

Jurando, Bastian atacó los altos juncos con la parte plana de su espada. Tenía los pies mojados, su caballo cojeaba y se estaba congelando. Todo por un lobo. Dócil o no, estaba dispuesto a matar a la bestia si tenía que vadear el fango y la ciénaga mucho más tiempo.

Se arrodilló, estudiando un banco de nieve. Los juncos marrones sobresalían de la nieve en grupos, crujiendo ligeramente con el viento, y podían verse enormes huellas de zarpas en la blancura húmeda. El hielo formaba pequeños cristales en las hendiduras, lo que indicaba que había pasado algún tiempo desde que se hicieron.

Mirando hacia arriba con el ceño fruncido, escrutó la tierra estéril que le rodeaba. Los límites de Cresshawe se extendían desde la costa marítima hacia el oeste hasta el priorato en el río Coquet, y luego hacia el sur en una línea irregular hasta la bahía, formando una parcela áspera de tres lados. Los páramos cubrían gran parte de ella hacia el interior, con grandes franjas de bosque antiguo que abrigaban las laderas y proporcionaban abundante caza. No lejos de donde ahora se encontraba, el río fluía hacia el este hasta el mar.

El lobo podía estar en cualquier parte. Un halcón planeó sobre su cabeza, una débil sombra parpadeó sobre las blancas laderas de nieve, y un grito agudo rompió la quietud.

Poniéndose en pie, golpeó las riendas contra la palma de la mano con irritación. Maldita sea la bestia. No debería haber prometido a Maire que volvería con el lobo. Era algo más que una cuestión de orgullo si fracasaba; no quería ver la pena en sus ojos, el temor de que su mascota

estuviera muerta. Sin embargo, todas las cosas morían, y si Saskia se había ido, era una verdad que debía aceptar.

Su caballo resopló, con las orejas puntiagudas hacia delante y los cascos delanteros pataleando nerviosos en la nieve. Bastian se volvió para calmarlo. Esta vez no era Drago, sino un apuesto castrado alazán menos propenso a los ataques de mal genio.

El alazán se apartó de su mano extendida, agitando las fosas nasales, y Bastian se detuvo. El olor a humo llegó hasta él en el viento, agudo y acre.

Bastian montó y siguió el olor a humo hasta que vio un fino rizo gris elevarse por encima de las laderas nevadas. Procedía de una arboleda de árboles centenarios, desnudos ahora en invierno, troncos vetustos y grises por la edad y la intemperie. Se acercó. O más exactamente, procedía de una tosca estructura acuclillada bajo los árboles, construida con piedra y madera, cuyo humo salía de un agujero en el tejado de paja.

Deteniendo su caballo en la estrecha pendiente que dominaba la arboleda, Bastian evaluó el posible peligro. Era una cabaña rudimentaria, sin signos de problemas, pero desconfiaba. Hacía tiempo que había aprendido a no fiarse de las apariencias. Los montones de nieve se derramaban sobre una valla baja de piedra y trepaban contra un cenador hecho de ramas de sauce y engalanado con lianas marrones marchitas.

El humo formaba largas serpentinas en el viento, de color blanco grisáceo y a la deriva entre las copas de los árboles. Un destello de humo blanco llamó su atención, y entonces se dio cuenta de que no era humo, sino una bestia peluda que había corrido por el suelo agitando una cola emplumada. Saskia.

Bastian empujó a su caballo ladera abajo, y el bayo volvió a resoplar, con las orejas aguzadas hacia delante mientras se abría paso sobre la hierba muerta y las ramas caídas. Los cascos hacían crujir en la nieve húmeda, y Bastian notó el parpadeo en la ventana sin cerrar de la cabaña. Le habían visto.

Detuvo al caballo castrado cerca de la cabaña. Blancas nubes de escarcha soplaban de las agitadas fosas nasales del bayo, que se movía nervioso en un pequeño círculo.

—Es el lobo lo que busca.

La extraña voz era profunda, palabras sajonas pronunciadas con autoridad, que emanaban de una fuente oculta. Los ojos de Bastian se entrecerraron.

—Muéstrate.

—Sí, en cuanto conozca sus intenciones. ¿Quién viene a mi puerta?

—Bastian Louvat, señor de Cresshawe y también tu señor. Esta cabaña está en mis tierras.

Una carcajada saludó sus palabras.

—He oído hablar de usted, Bastian Louvat. Su fama se ha extendido lejos, y se dice que es un luchador feroz pero nuevo en el señorío.

—Muéstrate. No me interesa hablar al viento.

El cuero crujió cuando Bastian se movió en su silla de montar, y al cabo de un momento una figura salió de detrás de una mata de arbustos cerca de la cabaña. Cojeando, el hombre se acercó, envuelto en pieles de animales con la cabeza y los pies peludos aun colgando. Un largo pelo enmarañado de color gris rojizo le llegaba hasta los hombros y una espesa barba le llegaba hasta la mitad del pecho.

—Tú eres Sighere —dijo Bastian, y el hombre asintió.

—Sí, lo soy. Usted también ha oído hablar de mí.

—Lady Maire ha hablado de ti.

—Ella le envió a por Saskia.

Bastian asintió.

—Sí. ¿Vendrá el lobo a ti?

—Antes que a usted, mi buen amigo Normando. —Una carcajada seca acompañó ese comentario, y Sighere hizo señas a Bastian para que desmontara—. Venga. Hay un guiso caliente en la olla, con caldo de conejo y cebada.

Sin esperar a ver si Bastian aceptaba su hospitalidad, Sighere se dio la vuelta y regresó cojeando a la cabaña, arrastrando una pierna por la nieve y sosteniéndose con la ayuda de una nudosa muleta. Bastian desmontó y cobijó al bayo bajo el tejado inclinado de un pequeño cobertizo construido contra el lateral de la cabaña.

Tuvo que agacharse para entrar por la puerta baja, y enseguida le sorprendió un surtido de olores acre. Había pieles de animales por todas partes. Hileras de dientes desnudos le saludaban desde estantes desordenados y ganchos sobre la puerta y la ventana, diminutas criaturas muertas hacía tiempo y que miraban con las cuencas de los ojos vacías. Un enorme caldero burbujeaba sobre un fuego abierto, con el humo elevándose hacia el gran orificio de ventilación del techo de paja. Le pusieron una taza en la mano, con un fuerte olor a miel y especias.

—Hidromiel —dijo brevemente el anciano—. Nuestro vino sajón.

Sighere mojó una buena ración de estofado en un cuenco de madera y se lo tendió, y Bastian lo aceptó con un murmullo de agradecimiento. Le ofrecieron un trozo de pan moreno, y entonces Sighere bajó su peso sobre un taburete sin la cortesía de esperar permiso u ofrecer una silla a su señor. Miró a Bastian expectante.

—Háble me de milady. Hace demasiado tiempo que no la veo. ¿Se encuentra bien? ¿Habla a menudo de Sighere?

Bastian miró a su alrededor, y a la tenue luz del fuego y de una vela mal humeante, encontró un taburete para su uso. Lo atrajo hacia sí con el pie y se sentó. Sighere estaba comiendo el guiso con los dedos y pan como utensilios. Bastian miró su cuenco.

—Su señora está bien. Pero echa de menos a su lobo.

—Y usted ha venido a buscarlo para ella. —Sighere se relamió los labios, mirando a Bastian por encima de su cuenco—. ¿Por qué no vino por sí misma?

Bastian mojó su pan en el humeante guiso y tomó un bocado. Comió varios bocados antes de responder.

—Le pedí que se quedara en el castillo.

—Ah.

Tras unos instantes, en los que Sighere no hizo ningún otro comentario, Bastian dijo:

—La nieve es profunda. Puede ser traicionera para los incautos.

Sighere asintió, con la concentración puesta en el estofado y no en Bastian. Comieron en silencio, y Bastian empezó a impacientarse. El viejo estaba jugando con él.

—¿Puedes llamar al lobo, Sighere? Quiero llevarla de vuelta a Cresshawe antes del anochecer.

—¿Cómo?

Bastian le miró fijamente. Sighere se encontró con su mirada, con los dedos goteando salsa mientras le miraba con las cejas levantadas.

—He traído una cuerda —dijo Bastian.

—¿Tiene intención de arrastrar al lobo?

—Si es necesario. El lobo me conoce.

—Ah, y por eso acudió a usted tan libremente. —Dejando su cuenco, Sighere se limpió la boca grasienta con la manga—. Saskia es dócil cuando le conviene. Como su señora.

Bastian sonrió ante eso, aunque un poco apenado.

—Creo que tienes razón. Si debo atar al lobo, que así sea. Juré encontrar a la bestia para Maire, y mantendré esa promesa.

—Hay promesas y promesas, milord. La mayoría las hacen hombres que sólo buscan sus propios fines.

La boca de Bastian se tensó.

—Si no volviera a ver al lobo, no me importaría. Pero a milady le complacería tenerla de vuelta. ¿Me ayuda o no?

—Ah, ¿un gran señor Normando pidiendo ayuda a un gamberro sajón? Puedo morir feliz ahora, por haber oído eso.

—Para que no tenga la tentación de apresurar esa felicidad, préstame tu ayuda para convocar al lobo. Maire dice que la bestia te conoce.

—Sí, me conoce. Si la llamo, vendrá. ¿Pero la llamo para su propio dolor? La loba confía en mí. No deseo traicionar esa confianza.

Inclinándose hacia delante, Bastian miró al anciano con severidad.

—Tampoco yo deseo traicionar una confianza. Milady quiere que le devuelvan a su mascota, y juré hacerlo. ¿Le haría daño al animal después de arar a través de la nieve y el campo para encontrarla?

Sighere no respondió durante un momento, sino que observó a Bastian desde debajo del enmarañado estante de sus pobladas cejas. Luego asintió.

—Me preguntaba qué clase de hombre es usted. Algunos dicen que es justo, pero Kerwin le compró por un juramento, así que no sabía si hablaba desde la verdad o desde el miedo. Ha ofrecido paz, pero también ha dado contienda. Su rey es un señor temible. Ningún hombre que lo frustre vive mucho tiempo. ¿Y usted, lord Bastian de Cresshawe? ¿Qué ofrece a la gente de sus tierras?

Fue insolente. Otro lord podría haber matado al anciano allí mismo, pero Bastian había pasado demasiado tiempo entre campesinos como para no reconocer el rígido orgullo y la promesa de una lealtad inquebrantable. Ganarse a un hombre como Sighere valdría por diez barones como Oswald.

Bastian sostuvo la mirada de Sighere y respondió en voz baja:

—Ofrezco paz y prosperidad. No vendrá sin un precio, pero así son las cosas. Aquellos que se unan a mí tendrán mi espada y mi protección. Lo que es mío, lo conservo. No permito que ningún otro abuse de los que me pertenecen.

—¿Y aquellos que se le oponen? ¿Quiénes rechazan su protección?

—Serán tratados como corresponde. En estos tiempos, un hombre que no es amo debe elegir un amo. Yo elegí al mío, y elegí bien. William es un señor fuerte, y mantendrá lo que ha tomado. Igual que haré yo.

Sighere se recostó en su taburete y tiró de su muleta hacia él. Se levantó con la ayuda de la nudosa rama y dio un paso cojeando hacia delante. Luego se arrodilló lentamente y extendió las manos, con las palmas juntas en el mismo gesto de lealtad que juraban los barones.

—Una vez fui un hombre joven y fuerte, maestro de armas de milord, su housecarl, luego su leal cazador cuando ya no pude luchar. Mi posición es baja, pero no carezco de orgullo. Mi honor proviene de servir a un señor honorable. Los sajones somos un pueblo orgulloso, acostumbrados a ser nuestros propios amos de un modo que los Normandos no comprenden. Sin embargo, veo cómo sopla el viento de Normandía, y he visto con mis propios ojos el honor de hombres que no son sajones. Sois un hombre fiero, milord, pero justo. Juro servirle, si no con una espada, con mi honor y mi vida.

Bastian cubrió gravemente las manos del anciano con las suyas y aceptó su juramento.

—Ahora levántate, Sighere. Eres bienvenido en Cresshawe y en mi salón.

Sighere se puso torpemente en pie y permaneció orgulloso un momento, balanceándose un poco con la muleta bajo el brazo pero con el cuerpo rígidamente erguido. Luego sonrió.

—El lobo irá con usted, milord.



Maire palpó el suelo del solar con creciente preocupación. La oscuridad había caído, y aún Bastian no había regresado. El muy tonto no conocía esta tierra como ella. No debería haberse empeñado tanto en ir solo, y si no era ella, al menos llevar a otro que estuviera familiarizada con las ciénagas y el bosque.

Las velas parpadeaban sobre la mesa, y una corriente de aire recorrió la cámara para agitar las colgaduras de las paredes y las cortinas de la cama. Maire hizo una pausa. Permaneció rígida y quieta, escuchando con creciente tensión. ¿Eran ruidos de cascos en el patio? No, por supuesto que ella no los oiría, no aquí en el solar cuando la sala estaba tan llena de gente.

Pero contuvo la respiración cuando llegó un sonido amortiguado desde el pasillo exterior al solar, y se dirigió lentamente hacia la puerta que daba a la antecámara. Todo estaba tranquilo... hasta que la puerta se abrió de par en par y Bastian llenó el portal, oliendo a viento y nieve. Se le hizo un nudo en la garganta, y por mucho que se alegrara de verle, no había ningún lobo a sus pies.

—Milord... ¿estaba usted...?

Un aullido rasgó el aire, y una masa marrón y blanca de pelaje enmarañado empujó a Bastian. Maire se arrodilló, con las piernas demasiado débiles para mantenerla erguida por más tiempo, y Saskia saltó por el suelo para alcanzarla casi de un salto. Una lengua húmeda le rastrilló la cara desde la barbilla hasta las cejas, esparciendo lágrimas de alegría y alivio. Maire

agarró a Saskia por el cuello, apretando su cara contra el pelaje que olía a barro y humo. Su voz se quebró un poco al murmurar:

—Oh, Saskia, loba tonta... ¿dónde has estado?

Bastian la observaba, apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho, la voz seca.

—Te aseguro que no calificaría semejante bienvenida si me ausentara casi una semana de ti.

Entre lengüetazos de lengua húmeda de lobo y aullidos de éxtasis, Maire consiguió decir:

—Se subestima, milord.

Él sonrió cuando ella le miró desde el suelo, intentando inútilmente calmar a la excitada loba.

—Conocí a un amigo tuyo, Maire. Te envió saludos.

—¿Un amigo?

—Sighere.

—Así que fue allí. —Maire sacudió a Saskia con las manos enroscadas en el grueso collar de su cuello, regañándola sin mucha firmeza—. No viniste cuando te llamé, loba malvada. Debería darte vergüenza ser tan voluntariosa.

Saskia se dejó caer sobre el vientre y puso la cabeza entre las patas, pero no había verdadero remordimiento en sus ojos marrón dorado. Unas pestañas blancas con flecos parpadearon brevemente, y luego extendió una pata en un gesto de conciliación. Maire tomó la pata entre sus manos y le dio la vuelta. El barro y el hielo encostraron el espeso pelo blanco entre las almohadillas negras de sus patas, formando bolitas duras. Se inclinó hacia la tarea de liberarlas y, cuando volvió a levantar la vista, Bastian se había ido.

Su marcha silenciosa la dejó sintiéndose repentinamente despojada, y a pesar de su alegría por tener de nuevo a Saskia, no pudo evitar una punzada de tristeza. Hubo momentos en los que pensó que le había conmovido de alguna manera, en los que tal vez sintió cariño por ella. ¿Era ella para él algo más que una posesión? Había ido tras Saskia, pero ¿era porque había jurado recuperar lo que consideraba suyo o porque quería complacerla?

El relato de Sir Robert había explicado muchas cosas. Pero no había tocado el tema de lo que Bastian sentía por ella. Y ella no sabía cómo descubrir la verdad.

Nunca había aceptado bien la derrota, y ahora no era diferente. Saskia le dio un codazo, con la nariz fría clavándose en la copa de su palma, y Maire acarició la gran cabeza, suspirando suavemente. Debería bastarle con ser la señora de Cresshawe y haber recuperado a su querida mascota. Pero ella sabía que ya no era suficiente. A menos que pudiera ganarse el corazón de Bastian como él se había ganado el suyo, nada sería nunca suficiente.

—¿Sigues sentada en el suelo, esposa?

Levantó la cabeza y Bastian estaba allí, con aspecto cansado pero indulgente. Meneó un trozo de carne de cordero y Saskia se incorporó bruscamente para contemplar la golosina con intenso interés.

Apartándose de la puerta, Bastian arrojó el cordero y Saskia saltó ágilmente para atraparlo con sus grandes mandíbulas, mordisqueando la carne con fruición. Luego trotó hasta el otro extremo de la cámara y se despatarró sobre la piedra con el cordero sujeto entre sus patas.

Maire miró a Bastian y éste sonrió.

—Tengo más posibilidades de ganarme al lobo con un suculento hueso que a ti con regalos.

—Quizá no intentó el aliciente adecuado.

—Tal vez. —La sonrisa aún permanecía en la boca de Bastian cuando cruzó hacia ella y le

tendió la mano, y ella puso los dedos en su palma abierta y le permitió que la pusiera en pie—. ¿No deseas saber nada de Sighere?

—¿Es ese su aliciente? Le había creído más inventivo, milord. Joyas, o telas finas de Oriente.

Bastian la hizo girar, cogiéndola por la cintura con un brazo. Su sonrisa se desvaneció, y había una intensidad en su mirada que igualaba a la de Saba.

—Cumplí mi promesa, Maire.

—Sí, señor. —Ella apoyó ligeramente las palmas de las manos en el pecho de él, con voz suave—. No tenía ninguna duda de que lo conseguiría.

Algo de su tensión se alivió, y él levantó una mano para ahuecar la barbilla de ella en su palma.

—Mentirosa.

Ella se rio.

—Sí, señor, a veces lo soy. Debería castigarme por mi voluntarismo.

—Bromeas, pero no creas que no lo he considerado, especialmente cuando estaba hasta las rodillas en ventisqueros.

Ella besó la parte inferior de su mandíbula, a lo largo de la débil y dentada cicatriz que marcaba su piel. El rastrojo oscuro de la barba le hizo cosquillas en los labios.

—Si no hubiera ido, no habría conocido a Sighere. ¿Le gustó?

Sus brazos se curvaron alrededor de ella.

—No era lo que esperaba de un antiguo cazador.

—Es un sajón. Antaño, aquí no había distinciones de clase como en Normandía. Sólo cuando los Normandos trajeron el orgullo de posición a Inglaterra se convirtió en moda decir que

un hombre era mejor que otro.

—No estoy de acuerdo. Hubo reyes sajones, condes y thegns.

—Sí, pero el abismo entre unos y otros no era tan grande entonces. —Ella apoyó su cara contra su pecho, sintiendo el fuerte latido de su corazón bajo su mejilla. Luego sonrió e inclinó la cabeza hacia atrás para mirarle—. Huele a oveja, milord esposo. ¿Desea lavarse el olor o prefiere dormir en el establo?

Bastian hizo una mueca.

—Anoche dormí allí. Uno de mis hombres sugirió que buscara otro alojamiento esta noche, pues mi temperamento molestaba a los caballos.

—Descarado.

—No pude reprenderle. Tenía razón. —Bastian la miró con un brillo en los ojos—. Si me van a obligar a bañarme, exijo asistencia.

—Estoy segura de que podemos arreglarlo. —Maire extendió la mano contra su pecho, apartándolo de ella—. Mandaré llamar a Rudd para que traiga una bañera y jabón, y cubos de agua caliente.

Él le cogió la mano cuando se apartó, sujetándola.

—Y a ti para que me laves la espalda.

La satisfacción burbujeó en su interior al prometerlo, y pensó mientras se dirigía a la puerta que si él aún no le había dicho que la amaba, lo sentía. Pronto diría las palabras, le daría su corazón además de su nombre, y entonces su mundo estaría completo. Pronto.

Capítulo 17

Enero pasó, Y las calendas de febrero se acercaban rápidamente. El invierno había agarrado la tierra con sus garras heladas e impedía que Robert y Cosette continuaran su viaje hacia el norte. Las tardes se pasaban en el gran salón con música, juglares y partidas de ajedrez o backgammon, largas noches perezosas en las que el mejor sitio era junto al fuego ardiente. Incluso a poca distancia de las llamas hacía frío, con corrientes heladas que silbaban por las esquinas y se filtraban entre las capas de ropa para enfriar la carne y el espíritu.

Robert de Brionne estaba impaciente por seguir su camino, por librarse de la dama a la que debía escoltar hasta la corte de Malcolm.

—Es agotador oír sus constantes quejas en mi oído, Bastian. ¿Cómo has podido soportar su insistencia?

—No fue su arte de conversar lo que me atrajo —respondió Bastian secamente, y Robert tuvo que reírse.

—Hay que admitir que es hermosa, de no ser por su lengua afilada. Ah, Bastian, ojalá hubiera aceptado la primera oferta del rey para cortejar la gloria en Normandía. Entonces no estaría aquí con la bella Cosette y tu señora esposa mirándose a puñaladas cada comida.

Bastian se encogió de hombros.

—Maire tiene poca paciencia con las exigencias de Cosette.

—No, tiene poca paciencia con los intentos de Cosette de ganarse algo más que tu atención. —Robert emitió un gruñido de irritación—. Lo juro, a la señora le gustabas menos cuando aún competías por sus favores que lo hace ahora.

—Ah, Robert, ¿de verdad no sabes que así son algunas mujeres? Las hay que huyen al menor indicio de rechazo, y aquellas cuyo apetito sólo se despierta al ser desdeñadas. Si un hombre quiere ganarse el corazón de la bella Cosette, haría mejor en mostrarle su espalda que su sonrisa.

Robert levantó la vista de las llamas que bailaban en el hogar y miró a Bastian pensativamente durante un momento, antes de asentir. Haciendo malabarismos con los dados en la mano, los lanzó al tablero de juego sin mirar cómo caían.

—Es una dama orgullosa. Compadezco al primo de Malcolm, pues no encontrará en ella el consuelo que tú has encontrado en tu dama.

—Hay hombres que prefieren el desafío constante a la armonía. —Bastian cogió los dados, haciéndolos rodar en su palma con un movimiento ocioso. Miró hacia el final del salón, donde Maire estaba con uno de los jóvenes sirvientes sajones.

Robert siguió su mirada. El lobo yacía a los pies de Maire, devuelto de nuevo tras quince días de desaparición. Nadie sabía cómo el animal había abandonado el castillo, pero se había esfumado de repente una mañana, y reaparecido igual de repentinamente sin explicación dos semanas más tarde. Maire había temido que uno de los soldados hubiera hecho daño a la bestia, pero ahora Saskia estaba de vuelta, aunque todavía recelosa cuando los soldados acorazados se acercaban a su vista. Bastante natural, supuso Robert, ya que el lobo había estado a punto de ser atropellado por el hombre de Oswald antes de Navidad. Se volvió hacia Bastian.

—¿Qué noticias hay de Oswald?

—Ninguna. —Bastian frunció el ceño e hizo rodar el dado contra la palma de su mano con el pulgar—. No hizo ningún juramento, ni a mí ni a William. Pero no lo esperaba.

—¿Qué esperabas?

Mirando hacia arriba, Bastian lanzó los dados al tablero de juego.

—Espero que cuando amaine el tiempo, Oswald anuncie sus intenciones con una espada.

—¿Qué precauciones tomas?

—Cresshawe es fuerte. Tengo una red de churls[7] leales en los perímetros que darán la alarma si hay problemas.

—¿Puedes contar con que los churls arriesguen su propia seguridad para dar la alarma? —Escéptico, Robert negó con la cabeza—. Mi experiencia pasada ha sido que miran únicamente por los suyos.

—Sólo si no se les ha convencido del bien mayor que supone confiar en un señor para que les socorra contra la llegada de invasores.

—¿Y los campesinos de Cresshawe confían en ti en tan poco tiempo?

—No en mi. —Bastian indicó a Maire con una inclinación de cabeza—. Es en ella en quien confían. Lucharon por ella antes, con horcas y guadañas, junto a veteranos que deberían haber estado en casa frente al fuego en lugar de enfrentarse a soldados y caballeros. Los vasallos de Creoffrey me han jurado fidelidad, salvo Oswald, y el campesinado ha sido unido por el antiguo maestro de armas de Creoffrey. Si es necesario, vendrán, aunque creo que mi guarnición está suficientemente bien dotada.

—Tienes soldados experimentados que incluso William envidia. —Robert miró el tablero de backgammon y frunció el ceño—. ¿A quién le toca?

Bastian se levantó, estirándose.

—Lo dejo. Tengo en mente otra partida para pasar la noche.

Al girarse en dirección a su esposa, Robert le gritó:

—Entonces espero que ganes esa partida.

Bastian se rio y Robert se sirvió más vino, dejándose caer en el banco junto al juego abandonado. Había momentos en que envidiaba a Bastian, no por sus tierras o su título, sino por la promesa de satisfacción que tenía a su alcance. Tal vez era hora de que dejara atrás su despreocupación y tomara también una esposa. Una mujer hermosa que animara sus noches y habitara un hogar con cosas de mujer. Pensó en su finca de Normandía, vacía salvo por los sirvientes y una hermana viuda. No era grandiosa, pero sí confortable, con amplios campos y viñas sanas que producían un vino excelente.

—¿Tiene que despatarrarse por todo el banco como un vulgar churl, Sir Robert?

Robert suspiró y miró a lady Cosette, que estaba a su lado con la boca pellizcada y los ojos entrecerrados. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y su mirada pasó de Robert a lo largo del salón. No tuvo que mirar para saber que ella observaba a Bastian y a Maire.

—Se le nota el despecho, milady.

La mirada de Cosette volvió a él.

—Bribón. ¿Qué sabe de nada?

—Lo suficiente para ver lo que ven todos los demás. —Sus dedos se apretaron alrededor del tallo de peltre de la copa de vino—. Si no le importa ser el blanco de pobres bromas, le ruego que continúe con sus costumbres codiciosas—. Pero no espere mucha simpatía de mi parte cuando Lady Maire lleve su daga de comer a su garganta blanca como la azucena, señora, porque se habrá ganado su ira con sus torpes intentos de ganarse el afecto de Bastian.

La pálida piel de Cosette había adquirido el color de la ceniza. No habló durante un momento, sino que le miró fijamente con sus ojos verdes ardiendo como fuegos de esmeralda.

—¡No sabes nada de lo que hablas, charlatán! ¿Juzgas a todos por tus maneras de mujerzuela? Sólo soy consciente de la pasada amistad entre Bastian y yo, no…

Poniéndose en pie, repentinamente furioso, Robert la agarró por la muñeca, arrancándole un grito ahogado.

—No me utilice como un incauto, señora, porque no lo soy. ¿Cree que no sé por qué le pidió al rey que me acompañara al norte? ¿Por qué insistió en venir en una época del año en la que los caminos están en su peor momento? —Le soltó la muñeca con un ligero empujón, sin prestar atención a las miradas curiosas de los demás en la sala, su voz un gruñido grave de advertencia—. No le aconsejo que siga considerándome un tonto ingenuo, pues he conocido su juego.

Cosette recuperó su dignidad con la barbilla levantada y la mirada fría.

—Ha derramado su vino sobre mi vestido.

—Le ruego me disculpe de todo corazón. —Robert levantó su copa y escurrió lo último de su vino, luego con una mirada apretada a Cosette, pasó a su lado y abandonó el salón. Hacía aún más frío en el pasillo, las corrientes de aire soplaban entre las rendijas de las enormes puertas dobles custodiadas por soldados armados. Bastian dejaba poco al azar. Había centinelas apostados en los muros y también en las puertas exteriores de Cresshawe.

Aun así, no pudo evitar una opresiva sensación de fatalidad inminente. Se había apoderado de él con fuerza la última semana. Irritable e inquieto, escocido por el desprecio con que Cosette le miraba, deambuló sin rumbo por el largo pasillo. Una sombra parpadeaba en el extremo más alejado del pasillo, donde se habían abandonado las reparaciones recientes a causa de las inclemencias del tiempo. Se habían construido apresuradamente tabiques de madera construidos hasta que se pudo traer a los canteros a Cresshawe. Cuando un suave golpe llamó su atención, como si algo se hubiera caído, se movió en la dirección del sonido.

Mirando hacia abajo, Robert empujó una tabla suelta con la punta de su bota, y se sorprendió cuando se desplazó hacia un lado. Bajo ella, un enorme agujero asomaba negro en el suelo, y se arrodilló a su lado, frunciendo el ceño. No era sólo un agujero, sino una cámara de

algún tipo, vasta y húmeda, con un olor a moho que le hizo pensar en el mar. ¿Un oubliette? Se asomó a ella, con el susurro enérgico del aire húmedo helándole la cara. Una tabla crujió en algún lugar detrás de él y levantó la vista, pero sólo vio una vaga sombra antes de que algo duro golpeara el costado de su cabeza. Un destello de luces blancas giró delante de sus ojos y se precipitó hacia el aire vacío, intentando agarrarse pero fracasando mientras las sombras negras se lo tragaban.



Bastian coaccionó a Maire en una alcoba del pasillo que salía del vestíbulo, con las manos tan insolentes como sus perversas sugerencias. Con severidad, ella le puso la palma de la mano en el pecho, reprimiendo la risa de sus labios mientras le pedía que fuera más cauto.

—Los salones aún están poblados, Bastian. ¿No puedes esperar hasta que lleguemos al solar?

—Me aleccionáis con la modestia, pero te conozco demasiado bien, bella dama. —Él rozó con sus dedos la línea de su garganta hasta su pecho cubierto, sonriendo ante su indignada protesta—. ¿Qué importa, aquí o allí? Hay poca intimidad para nuestro placer.

—Entonces quizá deberíamos pedir una mesa en el vestíbulo para tus muestras de afecto —le devolvió Maire con acritud, y la suave risa de Bastian le calentó la mejilla. Ella trató de maniobrarle hacia un lado, pero él utilizó su peso como palanca, apoyándose en ella con una sonrisa burlona que le hizo saber que sus esfuerzos le parecían divertidos. Ella se mordió la risa y logró fruncir el ceño de forma convincente, pinchándole en medio del pecho—. No das un buen ejemplo a los demás en tu salón, Bastian Louvat.

—Ah, pero sí lo hago. Todas deberían estar casadas y acostadas. —Bloqueando su huida,

le puso las manos en los hombros y la empujó contra la pared con suave fuerza, inclinándose hacia ella para sostenerla, con las manos ocupadas en los cordones laterales de su vestido.

Un gruñido grave emanó del borde de la alcoba, y Bastian miró por encima del hombro, murmurando sobre interrupciones mientras le pedía a Saskia que se estuviera quieta. Sin embargo, el lobo no se callaba, y el gruñido de advertencia penetró en el interés de Bastian por la bata de Maire lo suficiente como para hacerle volverse.

Maire pasó a su lado, frunciendo el ceño hacia su mascota.

—¿Qué pasa, Saskia? —Agitada, la loba levantó las orejas de penacho blanco, los hombros se le erizaron, el cuerpo se tensó como si acechara a una presa. Las enormes patas se movían por el suelo con lenta deliberación, sus agudos ojos fijos en el extremo más alejado del pasillo donde se estaban se estaban realizando.

—Ella ve algo, Bastian.

—Sombras. —La agarró por el brazo—. Ven. Iremos al solar, si insistes.

—No, Bastian. Hay algo que perturba a Saskia.

—Desde Oswald, cada soldado que ve la perturba. —No soltó su agarre. La impaciencia ribeteaba sus palabras—. Hay guardias apostados por todo el castillo, Maire. Si hubiera problemas, me habrían informado. Ahora ven, antes de que…

—Bastian, he oído algo.

Jurando en voz baja, Bastian exhaló un suspiro exasperado, con la resignación en su tono ahora al decir:

—Vayamos a ver qué ha alarmado tanto a tu loba que rechazarías las necesidades de tu marido.

Ella le lanzó una mirada de reproche.

—El deseo y la necesidad son cosas diferentes.

—No siempre, bella dama, no siempre.

Pero él avanzaba por el pasillo, sus zancadas largas y decididas junto al paso acechante del lobo. Maire no estaba realmente asustada, pues como había dicho Bastian, había guardias por todo el recinto, pero había oído algo que sonaba ajeno, desesperado, tal vez.

Varios pasos detrás de Bastian, no vio la causa cuando éste se detuvo de repente y se arrodilló en el suelo, exclamando en voz alta. Saskia gimoteó, luego echó la cabeza hacia atrás y aulló, dando zarpazos al suelo.

—Jesús, el suelo debe de haber cedido. Maire, tráeme una linterna y busca a Alain. Creo que alguien se ha caído en un agujero dejado por los obreros. Ve rápido.

Maire no esperó a oír más, sino que corrió velozmente a buscar a Alain y a algunos guardias. Recogieron cuerda y antorchas antes de regresar, y cuando llegaron hasta Bastian, éste levantó la vista con rostro adusto.

—Es Robert. Date prisa. Dame un trozo de cuerda. Ilumina esta zona… Maire, retrocede. Sólo estorbas. Necesito algunos hombres para que me bajen allí… por el amor de Dios, pronto descubriré qué tonto dejó abierto este agujero.

Maire retrocedió, un poco indignada por haber sido despedida tan sumariamente, pero demasiado preocupada por Robert para protestar por las bruscas órdenes de Bastian. Varios hombres agarraron el extremo de la cuerda, apuntalándose mientras Bastian se rodeaba la cintura con el otro extremo y se deslizaba por el borde del agujero hacia la oscuridad.

Apoyada contra la pared, esperó tensa, mientras los hombres hacían fuerza contra el peso de Bastian y las antorchas parpadeaban inquietantemente sobre el agujero abierto.

—¿Qué nueva diversión es ésta? —La voz familiar y cáustica de Cosette se inmiscuyó en el ensimismamiento de Maire, que se detuvo a observar la actividad—. ¿Tu marido intenta huir

de nuevo de tus amorosos brazos?

Maire apretó los labios para no pronunciar las palabras que tenía en la punta de la lengua y se aferró a la pretensión de que no entendía las burlas de Cosette en francés.

—No seas tan engreída, sajona. Si no fuera por el rey, Bastian estaría en mis brazos en lugar de en los tuyos. De hecho, pronto se cansará de ti. Le conozco. Nunca ha permanecido mucho tiempo con una mujer. Tus votos no significarán nada cuando se canse de vivir como un burdo campesino...

Apartándose del muro, Maire se alejó antes de ceder a la abrumadora tentación de hacer un daño a la altiva lady Cosette. Estaba más allá de su comprensión cómo Bastian podía haberse interesado por una criatura tan vanidosa, o por qué Robert la observaba con ojos tan atentos. Era encantadora, sí, pero mezquina. Sin embargo, no podía decírselo a Robert, pues él sólo pensaría que estaba celosa, al igual que Bastian.

Pero ahora había cosas más importantes que la preocupaban, pues bajo el castillo había una profunda caverna que había estado allí desde la época de los romanos. Rezó para que Robert no estuviera malherido.

Cosette se acercó a uno de los guardias que sostenía una antorcha en alto y le preguntó la causa de la conmoción. Cuando le dijeron que Sir Robert se había caído, lanzó un suave grito de verdadera preocupación. Un poco sorprendida, Maire observó cómo la viuda se apartaba a trompicones y se aferraba ansiosamente a un poste para ver cómo continuaba el rescate.

Jadeantes por el esfuerzo, los guardias empezaron a tirar de la cuerda, retrocediendo lentamente por el suelo para no romperla con una tensión repentina. La cabeza de Robert apareció por la abertura, con sangre en la frente y enmarañando su pelo. Lo pusieron cuidadosamente a un lado y Cosette se arrodilló junto a él de inmediato, murmurando suaves seguridades.

Maire observó estoicamente cómo arrojaban una vez más la cuerda hacia Bastian, y sólo se

relajó cuando su oscura cabeza asomó de la cavidad bostezante. Se arrodilló entonces y rodeó a Saskia con los brazos, frotando el suave pelaje entre sus manos mientras Bastian se movía al lado de su amigo.

—Alguien me golpeó —murmuró Robert entre dientes, intentando incorporarse—. Te caíste en el agujero, Robert. —Bastian lo dejó de nuevo en el suelo, con suavidad pero con firmeza, sus manos recorriendo las extremidades de Robert para comprobar si tenía alguna rotura. Una pierna rota podía matar a un hombre si no se atendía adecuadamente y, a veces, incluso con los mejores cuidados, la corrupción se instalaba y provocaba la pérdida de un miembro. Bastian se sentó tras un momento y sonrió—. Sigues entero, salvo por tu cabeza agrietada.

Robert parpadeó, sus ojos pasaron de Bastian a Cosette y viceversa.

—Alguien me ha pegado.

—Alguien debería pegarte —dijo Cosette con acritud—. Eres un idiota por andar por ahí como un niño. ¿No tienes sentido común? No puedo ir a Escocia sin mi enviado. Mi posición exige que esté debidamente atendida, y es muy posible que hayas retrasado mi matrimonio otro mes con esta ridícula incautación.

Un ceño se frunció en la frente ensangrentada de Robert e hizo una mueca.

—Cosette… —Hizo una pausa para lamerse los labios y forcejear para incorporarse, luego acercó su cara a la de ella, sobresaltándola para que retrocediera un poco—. Cesa tu arpía palabrería. Me recuerdas a una pescadera.

Maire se tapó la boca con una mano para sofocar la risa. Las facciones de Cosette expresaron tanto asombro como sorpresa, y Bastian tuvo que girar la cabeza para ocultar una sonrisa. El rostro de Cosette se puso carmesí, luego blanco, y se puso en pie con un jadeo indignado. Robert parpadeó malhumorado y exigió a Bastian que le ayudara a ponerse en pie. Bastian se negó.

—Descansarás esta noche, viejo amigo.

Antes de que Robert pudiera protestar, Bastian se agachó y se lo echó al hombro, llevándolo por el pasillo hasta la antecámara exterior del solar. El caballero Normando no era un hombre pequeño, pero Bastian lo cargó tan fácilmente como si hubiera sido un niño, y Maire se apresuró detrás para ver que se colocaba un jergón para comodidad de Robert.

Pero incluso cuando la cabeza de Robert estuvo vendada y se le acostó sobre un jergón de paja y lino fino, se mostró inquieto e insistió en que le habían golpeado.

—Te digo, Bastian, que me golpearon. ¿Me crees tan tonto como para caerme en un agujero?

—Cálmate, Robert. ¿Quién aquí en Cresshawe tendría motivos para hacerte daño? ¿Le has hecho algún mal a alguien de aquí?

—No, por supuesto que no. —Hizo una pausa, frunciendo el ceño—. Le gané a Tremont al ajedrez dos veces, pero él no parece del tipo que se tomaría tan a mal perder unas monedas en una apuesta amistosa.

Bastian intercambió una mirada divertida con Maire.

—No, Tremont nunca ha mostrado tendencia a deplorar la pérdida de una apuesta honesta. Descansa ahora. Mañana buscaremos respuestas a tus inquietudes.

Echando la cabeza hacia atrás, Robert cerró los ojos, pero una leve sonrisa tocó las comisuras de sus labios y murmuró:

—Te alegrará saber que en ocasiones tienes razón, Bastian.

—¿Sobre qué?

Robert no contestó, sino que volvió la cabeza hacia la pared y expulsó un largo suspiro de cansancio. En un momento estaba roncando suavemente.

Pasándose una mano por el pelo, Bastian miró a Maire con el ceño fruncido.

—¿Piensas que está trastornado por la caída?

—No. Creo que alguien debió golpearle.

—Dios santo, no tú también. —La irritación le delineó la frente y le hizo un gesto de impaciencia—. ¿Ves peligro en cada sombra, Maire?

—Es una posibilidad, Bastian. Has tomado un castillo que muchos han codiciado. ¿No crees que otros pueden resentirse por tu logro?

—No fui yo quien cayó en un agujero.

—No, pero Robert es tu leal compañero. Quizá vio algo que no debía ver.

Bastian murmuró una maldición, pero había un brillo especulativo en sus ojos.

El brillo se agudizó cuando Bernard apareció en la puerta para preguntar por la salud de Robert. Encogiéndose de hombros ante la ceja levantada de Bastian, respondió a la pregunta no formulada de su hermano.

—Estaba discutiendo con tu capitán en sus aposentos cuando uno de los hombres de armas nos habló de ello. ¿Cómo fue herido?

Cruzando los brazos sobre el pecho, Bastian miró a Bernard como si esperara que hiciera un anuncio esperado.

—No estamos seguros de cómo se produjo su herida, Bernard. Lo encontraron en el agujero al final del pasillo.

—¿Un agujero? —Los ojos azules de Bernard se entrecerraron un poco—. ¿Tienes un agujero en el suelo tan grande como para que un hombre se caiga por él?

—Hay una cámara debajo. Una cámara antigua, sellada de no ser por este agujero hecho por los obreros.

Maire estudió a Bernard. No parecía perturbado, más curioso que preocupado. Muchas veces había buscado rastros de parecido con su hermanastro, pero había encontrado poco, salvo la forma en que sus ojos se entrecerraban cuando estaba irritado. Donde el pelo de Bastian era de un negro reluciente, espeso y brillante y casi azul a la luz del sol, Bernard tenía el pelo claro, rubio oscuro con vetas castañas.

Era alto, pero no tanto como Bastian, y la fuerte determinación que marcaba el rostro de su hermano estaba ausente en el suyo. Mismo padre, diferente madre, Normando y sajón combinados. ¿Era esto lo que Bastian quería? ¿Lo que quería el rey? ¿Una alianza Normanda y sajona que estaría siempre en conflicto?

Suspiró y se acercó a la mesa para servir vino. Tendiendo una copa a Bernard, vio reflejada en su rostro la sorpresa ante su ofrecimiento. Aceptó el vino con una rápida mirada a Bastian, como si esperara ser reprendido.

—Bernard —dijo ella, desviando su atención—, hace mucho tiempo, los romanos construyeron en este lugar. La mayoría de los edificios ya no existen, pero quedan vestigios. Los diseños de los azulejos del gran salón fueron realizados por los romanos y, según mi padre, se construyeron agujeros de estufa bajo el edificio original para proporcionar calor a través de respiraderos en el suelo. En ocasiones, los animales conseguían entrar, arrastrándose para morir hasta que Creoffrey ordenó sellarlos. Sin duda, el agujero que descubrieron los obreros era uno de esos.

—Es un pozo profundo para ser un agujero de fogón —observó Bastian—. Es el doble de mi altura o más.

—El tiempo ha erosionado mucho de lo que una vez hubo aquí, como estás descubriendo.

Bastian asintió.

—Mi menguante bolsa me lo dice con bastante rapidez. Pero cuando acabe, Cresshawe podrá resistir el asedio y el asalto.

—¿Esperas tal cosa? —Bernard miró fijamente a Bastian por encima del borde de su copa —. ¿Esperas un asalto aquí?

—Tal vez. —Bastian le dirigió una mirada evaluadora—. Están los barones que aún no han jurado, como sabes, y aún queda Malcolm al norte.

Bernard bajó la mirada.

—Los condes Edgar y Cospatric pretenden atizar la rebelión allí y obtener la ayuda de Malcolm. Haces bien en prepararte.

—Sería un necio si no supiera que los traidores pueden acechar en cualquier rincón —dijo Bastian en voz baja, y las manos de su hermano temblaron cuando se llevó el vino a la boca.

Bebió y, apretando con fuerza la copa, dirigió a Bastian una mirada abrasadora.

—Fue hace mucho tiempo, Bastian. Era demasiado joven y demasiado orgulloso.

—No hace tanto tiempo. Y aún eres joven, aunque la juventud no es excusa para la traición. —Bastian hablaba ahora en francés, un suave gruñido de acusación.

—No. —Bernard aspiró profundamente y respondió en ese idioma—. No es excusa. Me creí lo bastante fuerte y sabio para apoderarme de lo que quería, para quedarme con lo que era mío. Quise vengarme cuando nuestro padre te ofreció la mitad de Montfort. Juré no dejar nunca que otro usurpara mis derechos, me costara lo que me costara. No quería perder lo que apreciaba.

—Sin embargo, ahora soy yo quien tiene más que perder, así que no se te ocurra traicionarme de nuevo.

Bernard le dirigió una mirada amarga.

—Tú eres quien más tiene que perder, quizá, pero es porque eres quien más tiene.

Maire le miró fijamente. Como un eco del pasado, oyó sus propios gritos de desafío a su padre, oyó su juramento de no permitir que nadie le quitara lo que era suyo. Y oyó la respuesta

de su padre, su cansada admonición de que a menudo había que tomar decisiones difíciles, y la venganza no tenía cabida en una decisión sabia. Creoffrey había tenido razón, y hubo momentos en los que deseó poder decirle que su hija por fin había llegado a esa conclusión.

Antes de Bastian, había albergado tanto odio en su corazón que era casi imposible ver más allá. Pero desde su regreso a Cresshawe, mientras ella le había visto construir no sólo nuevas estructuras sino lealtad en el pueblo que su padre había intentado proteger, esas emociones se habían desvanecido. Había profundidades en este lord Normando que ella nunca había considerado, facetas de su carácter que eran tan nobles como las de cualquier sajón que hubiera conocido.

Había comenzado la noche de su regreso, cuando él había jurado mantener a salvo lo que era suyo... mantenerla a salvo a ella.

Bastian seguía mirando con dureza a su hermano, sus ojos empañados y fríos mientras le decía que esta discusión podía esperar.

Amargamente, Bernard dejó su copa de vino y se encaró con él.

—Nunca aceptarás mi arrepentimiento, ¿verdad, Bastian? Es más fácil odiarme que perdonarme.

—No te odio, Bernard. Tampoco confío en ti. Si quieres el perdón, ve a ver a un sacerdote. Te permito quedarte aquí sólo para gobernar tus movimientos. No por ninguna otra razón. No debería sorprenderte.

—No me sorprende. —Bernard le dirigió una mirada sombría—. Realmente te pareces más a nuestro padre de lo que recordaba.

Un gruñido como el del lobo levantó los labios de Bastian, y su mano se alzó para golpear a su hermano en la cara, haciéndole tambalearse. Mientras Bernard caía de rodillas, Saskia se puso en pie de un salto, agazapada y cautelosa. Maire la llamó y se arrodilló junto al animal para

sujetarla, mirando a Bastian con alarma.

—Bastian, no hagas esto. No resolverá nada.

Pero su mirada permaneció fija en su hermano, sus palabras cortantes:

—Ve al solar, Maire. Esto no es para tus ojos ni tus oídos. Y llévate a ese lobo maldito contigo.

—¿Olvidas que tu amigo yace herido en ese jergón? ¿Tendrías a todos alborotados por una disputa con tu hermano? Déjalo estar, Bastian. Lo que haya entre vosotros esta noche, lo habrá mañana. —Bernard se limpió la sangre de la comisura de los labios con el dorso de la mano, su voz tranquila—. Con tu permiso, Bastian, me quitaré a mí mismo de tu protección.

—Esto no es un santuario, Bernard. Esto es tu prisión. No irás a ningún sitio al que yo no te permita ir.

Maire miró impotente a su marido. Ahora no había suavidad en él, ni piedad, sólo una intención dura y despiadada que era tan aterradora como dolorosa. Sin embargo, ella lo comprendía. Lo había sentido ella misma después de la muerte de Derian, cuando todo lo que le quedaba era peligro y la traición. Y no podía decir que Bastian estuviera equivocado, pues ¿no había desconfiado ella misma de Bernard?

En silencio, Maire se puso en pie y engatusó a Saskia con ella, dirigiéndose al solar que compartía con Bastian y cerrando la puerta tras de sí. Siempre había dos caras en un asunto, y las decisiones debían sopesarse cuidadosamente.

A veces, no sabía en quién confiar.

La tensión aún separaba a Bastian y a su hermano cuando Robert y Cosette se preparaban para partir hacia Escocia una noche antes de las calendas de marzo. El tiempo había amainado, la nieve se derretía pero seguían reinando los vientos fríos.

Maire salió a despedirse de Robert, triste porque se marchaba, ya que había proporcionado mucha alegría en el tiempo que había estado en Cresshawe. Le sonrió mientras esperaba junto a su caballo.

—¿Vendrá de nuevo, Sir Robert?

Sonriendo, Robert dirigió una mirada hacia Bastian.

—Si su feroz señor esposo lo permite. Me temo que me he quedado demasiado tiempo.

—Siempre lo haces, Robert. —Bastian le devolvió la sonrisa—. Pero mataré al ternero cebado cuando vea que te acercas, así que ten por seguro que en tu ausencia, sin duda olvidaré lo molesto que puedes llegar a ser.

—Por lo cual, te estoy agradecido. En tu madurez, te has vuelto casi ecuánime. Cuida de tu encantadora dama, Bastian.

—No lo dudes ni un momento. —La mirada de Bastian se desvió hacia Lady Cosette, que sentada en su caballo, envuelta en ricas pieles y túnicas, les contemplaba con una expresión incomprensible, ya que no entendía ni una palabra de inglés. Se despidió cordialmente de ella en francés y ella le hizo señas para que se acercara.

Maire se puso ligeramente rígida, pero no traicionó por lo demás que detestaba las insinuaciones de Cosette. Se acercó a la dama, su estatura era tan grande que Cosette sólo tuvo que inclinarse un poco para alcanzarle desde lo alto de su montura. Le acarició la cara, su delicada mano enguantada se detuvo en su mandíbula, y su suave susurro llegó incluso hasta Maire.

—Has sacado lo mejor de un mal asunto, Bastian, y te admiro por ello. Tu promesa de

honrar tus votos es digna del más grande caballero, pero no renunciaré a toda esperanza de que algún día nos sea posible estar juntos.

Bastian estrechó la mano de Cosette con la suya, con voz llana.

—Albergáis una esperanza vana, milady. Estoy casado, y a milady esposa no le gusta que la dejen de lado.

Suspirando, la hermosa boca de Cosette se curvó en una sonrisa pensativa.

—Sé que de no ser por mi insensata jugada, podrías haber sido feliz conmigo. Y me apena verte atrapado en un matrimonio sin amor, cuando podrías haber sido feliz conmigo.

Maire se quedó helada, como si no viera ni oyera, pero fue consciente de la rápida y ceñuda mirada de Robert hacia ella. Si él sabía que ella entendía su conversación, no la traicionó, y ella se lo agradeció.

—Sueña lo imposible, milady. —La voz de Bastian era áspera, pero Maire no sabía si de emoción o de irritación. Le quitó deliberadamente la mano de la cara y dio un paso atrás—. Le deseo lo mejor en su viaje, y rezo para que su matrimonio le resulte agradable. No es probable que volvamos a vernos.

Una ligera sonrisa curvó la boca de Cosette.

—Puede que me veas antes de lo que piensas, Bastian, así que no te desanimes.

Cuando Bastian dio un paso atrás y se volvió hacia Robert, Cosette miró a Maire con una expresión de triunfo tan inconfundible como desconcertante. Maire no apartó la vista, sino que sostuvo la mirada de la dama con una arrogancia pareja, hasta que fue Cosette la que apartó la vista, frunciendo un poco el ceño ahora mientras recogía las riendas de su palafrén y hacía girar al animal hacia la puerta.

Bastian se puso al lado de Robert, mirándole con una sonrisa irónica.

—Entrega a la dama sana y salva a la corte de Malcolm, Robert.

—La custodiaré bien. Mi honor depende de que cumpla con mi obligación. —La boca de Robert se torció—. Tampoco deseo soportar su ira si los obstáculos retrasan nuestro propósito mucho más tiempo. Ya me ha reprendido por haber sido tan tonto como para romperme la cabeza en tu pasillo.

Bastian frunció el ceño.

—Los obreros juran que estaba bien cubierto, Robert. Aún no sé cómo se produjo que te hirieran.

Encogiéndose de hombros, Robert miró de nuevo a Maire.

—Ya ha quedado atrás y ahora estoy sano. Adiós, bella condesa. Resiste a tu marido con celo vigoroso cuando intente tiranizarte. Es un señor terrible cuando está de mal humor.

—Sé bien cómo soportar su temperamento, Sir Robert. —Ella logró esbozar una sonrisa — . Si me alejo de él, no me molesta.

Robert rio ante eso, y tomó las riendas de su caballo. La cota de malla chasqueó suavemente y su espada repiqueteó contra la silla mientras montaba. Les hizo un saludo de despedida, y dirigió la caravana a través de las puertas abiertas.

Fue un momento agridulce para Maire, pues aunque echaría mucho de menos a Robert, se alegraba de ver por última vez a lady Cosette. Se había negado a darle a Cosette la satisfacción de ser la causa de una disputa entre ella y Bastian, aunque varias veces había estado a punto de perder los nervios con ambos. ¿Acaso Bastian no veía cómo la dama maniobraba con él?

Desde luego, no daba ninguna indicación de que lo hiciera, pero tampoco traicionaba ningún sentimiento hacia ella. Era una situación que dejaba a Maire inquieta, con demasiadas preguntas y ninguna respuesta.

Afortunadamente, otros asuntos urgentes la distraían. Pronto terminaría la Cuaresma y se

sembrarían los campos. Era su deber como chatelaine llevar el castillo a su máximo potencial.

Bastian se acercó a ella cuando Robert y Cosette desaparecieron de su vista en el bosque, sonriendo ligeramente.

—Pensé que nunca se irían.

Levantó las cejas.

—Yo tampoco, pero no por la misma razón, creo.

—Sin duda. —Él la cogió de la mano—. Ahora ven. Con todo su séquito fuera de mi salón, debería haber rincones tranquilos allá donde miremos.

—¿Has olvidado a los obreros?

—No, dulce dama, pero conozco algunos rincones. —Levantando la mano de ella hacia sus labios, Bastian sostuvo sus ojos con una mirada acalorada que prometía placer.

Su corazón dio un vuelco. Había pasión indisimulada en sus ojos que no se diluía con ningún anhelo secreto por otra dama. ¿Podría ser que el interés sólo estuviera de su lado? El sentido común le hacía pensar que sí, pero el miedo a perderle se entrometía en los momentos más inoportunos para aguijonearla con la duda. Sin embargo, ella no le permitiría adivinar sus temores, no traicionaría la preocupación de que se hubiera casado con ella cuando aún amaba a otra.

Maire no retiró la mano del apretón de Bastian, sino que se fue con él de buena gana, olvidándose de todo menos del apremiante deseo de complacerle, de complacerse a sí misma y de saborear por un rato la dulzura del amor. La distracción más placentera de todas.

El deseo impaciente de Bastian la arrastró, y ella no protestó cuando él tiró de ella hacia las sombras suaves y oscuras de un almiar aderezado con el olor rancio del heno viejo. La paja brumosa subió en espiral cuando él extendió su longitud sobre un dulce montículo y la arrastró hacia abajo con él, sus ojos perversos de risa y calientes de necesidad.

—¿Nos quedamos un rato, chérie

—¿Aquí? ¿Revolcándonos en el desayuno de un burro? —Ella apoyó una mano en su pecho, incapaz de evitar que una sonrisa se dibujara en sus labios cuando él le cogió la mano y apretó la boca contra su palma.

—Sí. Es un lugar de lo más agradable, ya que a los burros no les importa y los mozos de cuadra están lejos este día. —Su boca pasó de la palma de ella a su muñeca, apartando el largo puño bordado de su vestido—. Aquí nunca hay suficiente intimidad. Aunque no me importa que los demás sepan que disfruto con mi esposa, no me complace exhibir mis talentos —le dirigió una mirada— o la falta de ellos, a todo el que quiera escuchar.

—¿Talentos, Bastian? —Ella se tragó una burbuja de risa—. ¿Te refieres a tu precocidad con mis encajes?

—Entre otras cosas. —La ajustada manga de la gunna que llevaba bajo el kirtle le frustró por un momento, y se la arrancó con el ceño fruncido—. Creo que prefiero la forma en que te vestías antes. Lamento haber desechado tus breves prendas.

Maire la observó sonriente mientras él empezaba a desatar los cordones de sus costados, tirando de ellos con una impaciencia que delataba su necesidad. Levantó la mirada hacia ella.

—Podrías ayudar, esposa.

—Sí, pero entonces tendrías tu deseo con demasiada facilidad. Es mi opinión que un hombre debe trabajar por lo que desea, o no lo aprecia plenamente cuando es suyo.

—Tú… —presionó un beso en su hombro desnudo mientras le apartaba la cota de malla—, …eres más sabia que… —la cota de malla se deslizó sobre su cabeza y navegó por el aire—, … cualquier mujer que yo haya… —ahora la cota de malla se deslizó libre, y ella se tumbó sobre la paja acolchada de lino y hierba dulce mientras él movía las manos sobre su cuerpo con un hambre que no podía ocultar—, …jamás conocida, ma biche.

Ella cerró los ojos. Un escalofrío hizo temblar su carne cuando su boca caliente encontró el punto bajo su oreja que le arrancó estremecidas respuestas. ¿Él la amaba? ¿O sólo amaba amarla? Ella deseaba saberlo, deseaba que él le indicara que pensaba en ella como algo más que una posesión, que la amaba. Ah, Dios, ella sabía que le amaba, con el corazón y el cuerpo y el alma, y con cada aliento que respiraba. Lo controlaba todo lo que podía. Si él no la amaba, ella nunca podría admitir sus sentimientos por él.

No, era mejor así, perderse en la pasión y no permitir que la emoción hiciera añicos su frágil nueva satisfacción. Después de todo, Lady Cosette no había podido apartar a Bastian de ella, aunque la dama ciertamente lo había intentado. Él tenía honor, y se quedaría con ella aunque no la amara. Eso siempre lo tendría. Quizá algún día aprendería a amarla por algo más que sus tierras y su juramento al rey.

Bastian se puso de rodillas sobre ella, sus ojos oscuros brillando con agudo deseo, su boca tensa por la necesidad. Su sherte y su túnica habían desaparecido, su pecho desnudo brillaba broncíneo a la luz polvorienta del establo mientras sus manos se movían hacia los cordones de sus polainas de lino. Su mirada no vaciló; saboreaba la visión de él, este hombre magnífico que era su marido, este caballero con tensas bandas de músculos en el pecho y el vientre, y la evidencia rabiosa de su deseo ante ella.

Rozando con sus manos los muslos desnudos de ella, Bastian los separó con urgente suavidad. Sus dedos trazaron caricias desde sus rodillas hasta el sedoso montículo entre sus piernas, y cuando éstas empezaron a temblar, él las atrapó y tiró hacia delante. Sobresaltada, sus ojos se abrieron de golpe mientras él la sujetaba con las piernas colgadas sobre sus hombros, su boca presionando con besos donde acababan de estar sus manos, su lengua una llama que abrasaba su carne temblorosa. Ella gritó pero él la sujetó con firmeza, raspando su barba matutina contra sus tiernos muslos en una erótica abrasión.

Conmocionada y al mismo tiempo palpitante de necesidad, aspiró bocanadas de calor

líquido que convirtieron su sangre en fuego fundido. Las manos de Bastian se movieron hacia sus pechos, acariciándola, sus pulgares rastrillando sus pezones tensos mientras su lengua recorría aquel centro dolorido de excitación. Ella emitió un sonido ferviente, incoherente, pero él pareció comprender lo que deseaba cuando ella no lo hacía.

Nunca había soñado con sensaciones tan exquisitas, y había algo tan excitantemente peligroso en esto, tumbada desnuda en la paja con Bastian encima de ella, con el pecho desnudo y los leggings abiertos para que su rampante masculinidad quedara al descubierto en una exhibición abierta de su deseo. Gimiendo y retorciéndose bajo su lengua y sus manos, intentó aferrarse a la extraña excitación cantarina que recorría su cuerpo, pero se le escapó. Un frenesí creciente la llenó de una ansiedad cada vez mayor, y entonces todo estalló en un estallido de fuego como un cometa arrastrando chispas. Jadeando su nombre, cerrando los puños llenos de paja mientras se elevaba, sintió el feroz calor girar a través de ella en un maremoto de liberación. Era abrumador, agotador, y la dejaba sin fuerzas y sin pensamiento.

Apenas fue consciente de que Bastian la bajaba a la paja y se movía sobre ella, su cuerpo una dura presión contra ella, sus labios en su oído mientras murmuraba dulces palabras. Y entonces él estaba dentro de ella, su duro cuerpo deslizándose dentro de ella con exquisitos temblores, empujando, lentamente y luego con más rapidez hasta que la presión empezó a aumentar de nuevo y ella se elevó para igualar sus empujones. Sus manos se movieron para sujetarle, para curvarse alrededor de los tensos músculos de sus brazos mientras él apalancaba su cuerpo sobre el de ella para impulsarse con fuerza, llevándola hacia arriba y una y otra vez, hasta que se desplomó sobre ella en la paja, húmedo y exhausto y débil de satisfacción.

Parecieron horas antes de que él se revolviera, moviéndose de entre sus muslos con un suspiro de pesar y apartándole el pelo húmedo de los ojos para que ella los abriera y le mirara. Una bruma de saciedad iluminó su rostro y curvó su boca en una sonrisa.

—Me satisfaces, ma chérie. —Por ahora, era suficiente.

Capítulo 18

-¡Bastian, ¡no puedes hacer esto!

Maire lo miró fijamente, con su ermoso rostro blanco de ira. Un paje sobresaltado se escabulló para agacharse detrás de las mesas de caballete apiladas contra la pared del vestíbulo y evitar quedar atrapado en su disputa. La luz de abril entraba a raudales por la ventana acristalada en lo alto de la pared, empañada por las motas de polvo. Bastian apoyó su pie calzado en el banco que había entre ellos. Su voz era tensa.

—Voy a hacerlo. Se les dio a elegir, Maire. Ellos han hecho la suya, ahora yo haré la mía.

—Pero destruir hogares... cosechas y ganado... no puedes pretender hacer eso, Bastian. Dime que no serás tan cruel.

Su boca se tensó. ¿Por qué tenía que mirarle así? Las sombras llenaban sus grandes ojos azules como nubes en un cielo de verano, como si él fuera algún monstruo desenterrado para asolar la tierra. Luchó por encontrar una forma de hacerla comprender. No era su elección. Era la de Oswald. Ella debía ver que si permitía que un hombre le desafiara, nunca tendría el control de sus tierras. Había observado bien al lado de William, y visto la eficacia de sus métodos. Era cruel, sí, pero necesario si alguna vez se quería conquistar Northumbria. La mitad de la región yacía ahora humeante y carbonizada, escombros donde antes habían estado nuevos campos verdes, huesos donde antes habían pastado ovejas y ganado. Pero los barones rebeldes estaban cediendo. Sin tierras, alimentos ni refugio, no podían ofrecer una resistencia organizada.

—No es un asunto que podamos discutir, Maire —dijo largamente—. No lo entenderás por muchas veces que te lo cuente. Mis puntos de vista no han cambiado.

Temblorosa, su voz temblaba de pena y furia.

—Si lo haces, te juro que no te lo perdonaré.

Él la miró desapasionadamente.

—Entonces que así sea.

Maire le dirigió una mirada de total incredulidad, luego giró sobre sus talones y huyó del vestíbulo. Sus faldas amarillo mantequilla se arremolinaron en torno a sus tobillos. Maldita sea. Debería intentar comprender su postura. Había adoptado una postura. Si se desviaba de ella, ninguno de sus vasallos le respetaría. Sin respeto, no podría mantener ni una sola piel de tierra.

Una leve y avergonzada tos llamó su atención, y miró a su alrededor para ver al capitán Tremont de pie no muy lejos de él. Era obvio que Tremont había oído su discusión, pues no podía mirar directamente a su señor.

—Los hombres esperan, milord.

—Estaré allí enseguida. —Alcanzando su espada, la abrochó alrededor de su cintura y sobre su hauberk. Sus espuelas tintinearon suavemente al pasar junto a Tremont, sus zancadas largas y decididas. Puede que ella le odiara por esto, pero por Dios, seguía siendo su esposa.

Maire no estaba en el solar, ni en la antecámara donde esperaba encontrarla, y el temperamento de Bastian no mejoraba ante la perspectiva de interpretar al marido escarmentado que busca a su enfadada esposa. Con cada cámara vacía, su temperamento se calentaba más, de modo que para cuando la encontró, su irritación se había convertido en ira.

No ayudaba que estuviera sentada en una piedra plana junto al mojón que guardaba los cuerpos de sus padres. Un poco más allá, bajo una alta haya, yacía la tumba de Derian, su primer marido y compañero de viaje, siempre un héroe a sus ojos. Pero Derian era un héroe que lo había

perdido todo, y no tenía intención de hacer lo mismo.

Apretando las rodillas contra el pecho, Maire miró al frente y ni siquiera le dirigió una mirada cuando dijo su nombre. Una brisa levantó un mechón de su pelo que se había soltado de una larga trenza rubia para enroscarse sobre su hombro. Aún hacía fresco, aunque abril en Cresshawe era más cálido, y sin embargo ella no llevaba capa alrededor de sus esbeltos hombros.

—Maire —repitió con más fuerza—. Debes acatar mis órdenes cuando me haya ido. —No hubo respuesta—. Antoine le Bec será el maestro de armas en mi ausencia. Sus órdenes son no permitirte salir de Cresshawe por ningún motivo. Esto significa que no debes pasear tu lobo, ni buscar hierbas y raíces en el bosque, ni visitar Sighere. Si hay necesidad de salir del castillo, envíe a otro.

Se volvió al fin, con los ojos azules despreciativos bajo el fruncido retorcimiento de sus cejas.

—No soy una flor tan frágil como para marchitarme al primer signo de tu ira, Bastian.

—Bien lo sé. Sin embargo, lo que ordeno, lo hago por tu bien. Oswald sabe que no toleraría su desafío por mucho tiempo. Ahora que la Cuaresma ha terminado y la Pascua ha pasado, estará esperando y vigilando a mis fuerzas. Tendré tu promesa de que no abandonarás Cresshawe, Maire.

—Tendrás mi promesa cuando yo tenga la tuya de que no llevarás a cabo esta destrucción que has planeado.

Se agachó y la arrancó de su roca, con la mano enroscada tan fuertemente alrededor de su brazo que ella se estremeció. Con la otra mano, le levantó la barbilla para que tuviera que mirarle a los ojos.

—No intentes darme lecciones, Maire. No es momento para disensiones. Es importante que lo entiendas. No debes arriesgarte a que te tomen como rehén.

—Dios no quiera que te desprendas de una moneda por...

Su mano se tensó hasta que pudo ver marcas rojas en la piel cremosa de su mandíbula y mejillas.

—No es la moneda lo que me importa. Tu vida bien podría ser un premio para algunos que me envidian lo que he ganado. No te creas capaz de eludir su captura. Un solo error podría bastar para que el desastre cayera sobre tu cabeza. Ahora júrame que no abandonarás Cresshawe.

—¿Qué harás si no lo juro? ¿Matar a mi lobo como amenazaste una vez? —Brillantes lágrimas brillaban en sus ojos, pero si eran de pena o de rabia, él no podía saberlo.

—No. Nunca mataría a tu lobo para arrancarte tu aquiescencia.

—No es cierto, Bastian. Quizá hayas olvidado, pero yo no, cómo juraste matar a Saskia si no me desvestía para ti.

—Nunca amenacé con matar a la bestia. Dije que sería una pena que el lobo tuviera que pagar por tus pecados, y así habría sido. Pero nunca quise dañar a una bestia inocente sólo para obtener tu cooperación. Habría sido demasiado fácil desvestirte yo mismo.

Se sacudió el pelo suelto de los ojos y colocó la mandíbula en una línea familiar de desafío. Hacía tiempo que esa expresión obcecada no se posaba en sus bellas facciones, y a él le apenaba verla ahora.

—Muy bien. Si quieres mi voto, te lo doy.

—Las palabras, Maire.

—Juro que no abandonaré a Cresshawe.

—Júrame que no abandonarás el castillo.

—Bastian, se me debe permitir ir a los establos, o al almacén para…

Su agarre se tensó en el brazo de ella.

—Sabes a lo que me refiero. Todo lo que hay dentro de estos muros está a salvo. Es fuera de los muros donde está el peligro. No puedo distraerme preocupándome por ti cuando estoy persiguiendo a barones rebeldes en su propio terreno, así que será mejor que me lo jures ahora antes de que me vea tentado a dejarte encadenada.

Ella bajó la mirada y él intentó no notar el ligero temblor de sus labios. Un pulso latía enloquecido en su garganta y su piel estaba cenicienta. Al cabo de un momento, ella volvió a mirarle.

—Juro permanecer aquí, milord, como ordenas.

Él la estudió. Ella no apartó la vista, sino que le miró fijamente, pálida pero desafiante. Incierto, trató de juzgar su temperamento. ¿Se atrevía a confiar en ella? Ni siquiera estaba seguro de que fuera sincera con él sobre su falta de francés, ¿mantendría su palabra jurada? De mala gana, le soltó el brazo y asintió.

—Es lo mejor, Maire.

—Sí, señor, si usted lo dice, debe ser verdad.

Irritado, empezó a darse la vuelta y a alejarse, pero se detuvo y la alcanzó. Arrojándola a sus brazos, la estrechó con fuerza contra él y la besó con fiereza.

—Te mantendré a salvo si tú lo permites, chérie.

Brillantes lágrimas salpicaron sus curvadas pestañas, y ella enroscó los dedos alrededor de su muñeca y suspiró.

—Mantente a salvo, Bastian. Para mí.

—Sí, bella dama, por ti volveré. —La sonrisa de sus labios era un poco vacilante, y él apartó una lágrima de rocío de su mejilla con el pulgar. Fue suficiente para que ella supiera que él sólo quería protegerla de aquellos que pudieran causarle daño. La besó de nuevo, suavemente esta vez, un ligero roce de sus labios contra su boca, y luego la dejó allí, en la arboleda de

árboles jóvenes que custodiaban el mojón funerario.

Tremont y los soldados montados esperaban. Paul sujetaba a Drago con las riendas apretadas, pues el destrier ya se había puesto a hacer espuma, con el vapor saliendo de su piel caliente. Nubes de escarcha soplaban de los orificios nasales escarlata, y las cadenas de las guarniciones traqueteaban cuando el animal sacudía su enorme cabeza.

Bastian montó, y salieron de Cresshawe con su estandarte izado, el portaestandarte cabalgando cerca. El débil sol de abril brillaba sobre la hierba escarchada al borde del camino. El viento agitaba las olas del mar formando espumosas puntillas en la superficie de la ensenada y doblaba los largos y flexibles juncos mientras se dirigían a Rothbury.

Era un asunto sombrío y no le gustaba, pero debía hacerse.

Oswald debía ceder.

Siguieron el río Coquet hasta llegar al priorato de Brinkburn, y descansaron allí antes de seguir adelante. El tiempo aguantó, aunque cambió a una ligera llovizna que mojaba los caminos. La noche fue fría, pero no heladora, y no perturbó el sueño de los soldados acostumbrados a las duras condiciones de la marcha.

El segundo día llegaron a los lindes del bosque de Rothbury. Era un bosque espeso, tachonado de peñascos y arroyos crecidos por la escorrentía del deshielo primaveral. El río era demasiado caudaloso para vadearlo al amparo de la oscuridad, pero sin duda Oswald ya había oído hablar de su aproximación. Bastian estaba en lo cierto en esa suposición, y cuando llegaron a la fortaleza en lo alto de un montículo de tierra, estaba cerrada a cal y canto contra ellos, las puertas cerradas y tripuladas con arqueros y lanceros apostados a lo largo de las murallas. Bastian envió un mensajero con una oferta de clemencia para todos salvo Oswald si se le cedía la fortaleza. La respuesta fue una andanada de flechas y gritos desafiantes, como había previsto.

Bastian se dispuso a asediar a Oswald, ordenando a sus hombres que construyeran gatos para resguardar su asalto a las murallas de madera y ordenando que mojaran las flechas en brea.

No esperaba un asedio largo, pues las empalizadas de Oswald eran de madera y vulnerables al fuego. Mientras sus hombres obedecían estas órdenes, Bastian envió fuerzas para asolar aldeas y campos, para llevarse el botín que quisieran, para destruir los recursos de Oswald y poner a su pueblo de rodillas. No era una parte de la guerra que le gustara, pero sabía bien que permitir al barón rebelde cualquier apoyo sólo alargaría el conflicto.

Junto con su orden de arrasar, también había dado el severo edicto a Tremont de que las mujeres y los niños debían ser perdonados, que la violación sería vista con la mayor dureza y que cualquier hombre que desobedeciera sería pasado a cuchillo. El capitán Tremont, recordando la ira de Bastian cuando sirvientes desarmados fueron asesinados en la toma de Cresshawe, transmitió estas órdenes en los términos más tajantes.

Bastian esperaba que esta gente doblara la rodilla ante él, y aunque pretendía infundir respeto y temor, no deseaba ganarse un odio inquebrantable como cruel señor Normando. Se concedería clemencia a los que se rindieran, por lo que Oswald sería visto como el causante de sus pérdidas. Era una táctica que había visto que le había ido bien a William, ganándose la lealtad de aquellos a los que conquistaba. Ya fuera por miedo o por respeto, no importaba.

Lo que sí le importaba a Bastian era la consideración de Maire. Ella no perdonaría la matanza desenfrenada de sajones. Incluso si no hubiera deseado evitar derramar la sangre de aquellos que le debían servicio, menos aún deseaba la enemistad de la doncella sajona que se había convertido en su esposa. Había asaltado su ciudadela con pasión y determinación, y las animosas rendiciones que había conseguido le dejaron con ganas de aún más. Sin embargo, ella guardaba tan bien su corazón que él seguía sin estar seguro de ella. Cuando pensó que quizás ella sentía algo más que un cariño pasajero por él, ella se volvió, con los ojos brillantes y la cabeza levantada con desafío, su lengua lo suficientemente afilada como para desollarle hasta los huesos.

La guerra era más segura que la mente de una mujer, pensó con fastidio. En la batalla, él

sabía qué hacer. Con su mujer, estaba demasiado a menudo perdido. Ella pasaba de la dulzura complaciente al desafío sibilante en un abrir y cerrar de ojos. A veces era suficiente para poner nervioso a un hombre.



Robert de Brionne estaba inquieto. Su aceptación por parte del rey Malcolm vasallo fue cordial, su hospitalidad abundante, pero hasta el momento no había señales del sello del rey sobre los términos del matrimonio de Cosette. Se inquietó por el retraso, pero sus peticiones de explicaciones fueron hábilmente desoídas por lord Niall, que le dedicó sonrisas y artimañas destinadas a calmar sus recelos.

Cuando transcurrió la segunda quincena sin que el rey de los escoceses dijera nada ni diera señales de esponsales, Robert anunció su intención de partir con la dama a menos que se le mostraran pruebas de sus buenas intenciones.

Niall, acariciándose la barbilla pensativamente, miró a Robert con una ceja levantada y una leve sonrisa.

—Yo no haría eso, si fuera usted, Sir Robert. Podría malinterpretarse.

—No hay ningún malentendido. —Robert miró a los hombres que se acercaban silenciosamente para flanquear a Niall con un repentino recelo—. No ha cumplido su trato. Lady Cosette debía casarse con la sanción del rey, y sin embargo no veo ningún enviado de Malcolm, ni aún un novio.

—Se retrasa inexplicablemente, Sir Robert, como se le ha dicho más de una vez. —Los ojos de Niall se entrecerraron con astuta hostilidad—. ¿Cree que somos reacios a casar a nuestro vasallo con una dama elegida por William?

Robert respiró hondo.

—Sí, lo creo. Se dijo que las negociaciones habían concluido, pero ahora hay demasiado retraso, a mi parecer.

—Qué desafortunado.

—Quizá la dama y yo debamos partir, y cuando el rey desee asegurar el pacto, regresaremos.

—Ah, eso no sería prudente, Sir Robert. Sois nuestros invitados de honor, y nos tomaría a mal que intentarais abandonar nuestra hospitalidad. No es una corte Normanda, quizás, con un exceso de seda y comestibles, pero somos más civilizados a nuestra manera. Y sabemos cómo honrar a los invitados.

—Me siento más prisionero que invitado —dijo Robert sin rodeos, y supo por el encogimiento de hombros despreocupado de Niall que tenía razón. Sus músculos se tensaron. Era un truco, como había empezado a sospechar—. ¿Qué se espera de nosotros, lord Niall?

—Nada más que su cooperación, amigo mío. —Niall sonrió—. Sabemos que el nuevo conde de Cresshawe ha montado un asalto contra nuestro aliado, Oswald de Paxton. Nos gustaría que le mandarais decir que si desea conservar a los suyos, se retire de Northumbria.

Era una sugerencia críptica que tenía grave importancia. Robert hizo una pausa antes de responder. Si Oswald se aliaba con Malcolm, eso dejaba a Cresshawe en grave peligro, pues las fuerzas de Bastian estarían divididas, el castillo vulnerable.

—¿Y si no se retira, lord Niall?

Encogiéndose de hombros, el viejo lord se recostó en su silla y juntó las manos, yemas de los dedos contra yemas de los dedos.

—Entonces su señora esposa no le será devuelta.

Robert miró fijamente a Niall con creciente ansiedad.

—¿Dónde está ahora su señora?

Niall sonrió.

—Ella está ahora, o pronto lo estará, bajo la custodia de Oswald. Pero no tema por ella. He acordado aceptarla como mi invitada hasta que estemos seguros de que Northumbria está segura en nuestras manos. Es su parte en esto, Lord Robert, persuadir a Bastian Louvat de que debe aceptar nuestras demandas.

—¿Y si me niego?

—No lo hará. Puede que arriesgue su propia vida, pero no la de la bella Cosette. No sería caballeroso por su parte, y es bien sabido cómo os enorgullecéis los Normandos de las hazañas caballerescas.

El desprecio subrayó sus palabras, y Robert se puso rígido. Si Malcolm apoyaba esta insurrección, entonces nada podría evitar la guerra, pues William no la sufriría. Miró a Niall.

—¿El rey Malcolm está implicado en esto?

Niall se encogió de hombros.

—El rey tiene otras preocupaciones en este momento, pero si tenemos éxito, nos apoyará.

—Tonto. Malcolm no está en posición de desafiar a William. ¿Por qué lo haría?

—Por las recompensas, por supuesto. Como yo. Por cierto, Sir Robert, ¿ha conocido a milady esposa?

Robert le miró con recelo.

—No, no la he conocido.

—Ella es conocida por usted, creo. Y sin duda conocida por Lord Bastian.

En otro tiempo, Robert se habría asombrado, pero ahora sólo fue una prueba más de la sospecha de traición cuando Lady Adela entró en la cámara, con expresión triunfante.

—Robert de Brionne, hace mucho tiempo que no te veo. Dime, ¿cómo está mi hijo?

—Si se refiere a Bernard, estaba bien la última vez que lo vi.

—No, me refería a mi otro hijo: mi hijastro bastardo, Bastian. ¿También se encuentra bien?

—Señora, tengo la sensación de que usted conoce la respuesta a eso mucho mejor que yo. —Robert luchó contra su creciente frustración—. ¿Enviaste a Bernard a Cresshawe? Huesos de Dios, ¡tiene mucho por lo que responder, señora!

Las risas saludaron su furiosa demanda, y Lady Adela intercambió una larga mirada con su marido antes de que Niall se volviera hacia Robert.

—¿Y bien, Sir Robert? ¿Qué ha decidido?

Al cabo de un momento Robert asintió, con el corazón oprimido y la voz ronca.

—Enviaré un hombre a Lord Bastian con su maldito mensaje.

Niall asintió satisfecho.

—Excelente. Y ya que se queda con nosotros un tiempo más, Sir Robert, usted y la dama pueden seguir disfrutando de nuestros agradables pasatiempos.

—No disfruto siendo rehén —espetó Robert.

—¿Rehén? No, me confunde. Sólo sois nuestros invitados durante un tiempo, hasta que Lord Bastian se convenza de que hacer la guerra a Northumbria es de lo más imprudente.

—Me temo que ha elegido a un lobo para convertirlo en perro faldero, Lord Niall. No creo que le guste su mordedura.

—No temo la mordedura de un mestizo. Nuestras fronteras están sitiadas y haremos lo que

haya que hacer para asegurarlas.

—Entonces tenga cuidado de no ganarse la ira del león además de la del lobo, porque William no se tragará este insulto sin tomar represalias.

Niall sonrió con indiferencia.

—William está lejos, y debe preocuparse de los disturbios en otras zonas. Aquí, donde los condes sajones se alinean con los escoceses, yace mucha tierra que hemos considerado nuestra durante mucho tiempo. No la cedemos gustosamente.

—No es vuestra para cederla. Se librará una amarga batalla por esto, Lord Niall, no se equivoque.

—No lo creo. Bastian de Cresshawe es un solo hombre.

—Olvida a Leofric y a Eadwine.

—¡Pah! Eadwine es viejo y Leofric vacilante. Si Oswald triunfa, Leofric inclinará sus fuerzas de nuestro lado y el lobo será invadido. Podríamos haber tenido ya las tierras si no fuera por Bastian Louvat. Si hubiéramos sabido que sólo estaban en poder de una doncella y su canoso comandante, las habríamos tomado mucho antes de que él llegara.

—Sin embargo, la doncella las mantuvo contra usted con éxito, según he oído.

Niall se levantó bruscamente.

—Eso no importa ahora. Estáis aquí, y cuando Lord Bastian reciba nuestra oferta, tomará su decisión. Le ruego que sea a nuestro favor, o lamentará este día, Sir Robert.

Indignado pero en inferioridad numérica, Robert sólo pudo mantener su propio consejo mientras le mostraban la cámara que había ocupado desde su llegada. El viejo zorro había maniobrado con astucia y ahora Bastian debía hacer el siguiente movimiento. ¿Arriesgaba a su amigo de la infancia o a su esposa y sus tierras? El corazón de Robert estaba apesadumbrado y,

mientras llamaba a un hombre de la comitiva con la que había viajado hasta aquí, sabía con sombría certeza lo que haría si fuera Bastian. Por lo tanto, le convendría pensar en una forma de extraerse a sí mismo y a lady Cosette de lo que seguramente sería una posición peligrosa, y así librar a Bastian de tener que decidir.

El mensajero llegó, nervioso pero alerta.

—Sí, Sir Robert, me ha convocado.

Robert asintió.

—Giles, aunque sé que hubo disputas entre usted y Lord Bastian, debe dejar eso atrás. Él te reconocerá a ti y a mi sello. Entrégale este mensaje y mi anillo....



Estaba cerca del anochecer. Sombras púrpuras y carmesíes teñían el horizonte, reflejadas en las brillantes olas de la ensenada que acunaba el castillo de Cresshawe. Maire estaba de pie en lo alto de la muralla apretando los brazos contra su cuerpo, contemplando el agua. El viento tiraba del dobladillo de su kirtle azul y agitaba su pelo suelto alrededor de su cara. Bastian llevaba fuera más de una semana, habían pasado largos días y noches desde que partió para asediar a Oswald. Sólo había llegado un mensaje, y eso poco después de la partida de Bastian, el cansado mensajero cubierto de barro y motas de espuma de su caballo mientras transmitía la noticia de que Bastian había asediado y le aseguraba que se encontraba bien.

También había una nota personal de él, y ella había leído sus pulcras palabras con un poco de dificultad, ya que su formación era escasa. Aun así, sabía lo suficiente como para descifrar el mensaje que le había enviado, y esa noche había metido el arrugado pergamino con su sello bajo la almohada.

Él pensaba a menudo en ella. Esperaba que hubiera hecho caso de su orden y de su juramento, y que estuviera a salvo en los confines del castillo. Había sido firmado con una floritura, Bastian Louvat, conde de Cresshawe.

A su lado, Saskia empezó a caminar, sus enormes patas se deslizaban por la parte superior del muro mientras el animal elegía un camino sobre las piedras irregulares. Maire siguió la mirada de la loba por encima de la almena y vio a lo lejos débiles columnas de humo que se elevaban por encima de las copas de los árboles hasta emborronar el cielo oscuro. Se le hizo un nudo en la garganta.

Se removió inquieta. En el patio de abajo se oyó el estruendo de los soldados, y ella miró con inquietud hacia abajo mientras los hombres empezaban a correr de un lado a otro con precipitado propósito. Un aire de sombría preparación vestía sus movimientos, mientras se arrastraban calderos de los almacenes, se sacaban pieles de cuero y el olor de la brea calentándose se elevaba en el aire. Para cuando llegó al bailey, la actividad era febril, caótica.

Buscó al teniente le Bec, castellano en ausencia de Bastian, encargado de mantener la seguridad del castillo. Hablaba un inglés rudo, pero estaba demasiado apurado para hacer algo más que decirle que habían llegado noticias de la aproximación de un ejército.

—Hombres del norte, milady, por lo que sabemos —añadió, y luego se alejó antes de que ella pudiera hacer más preguntas.

¿Hombres del norte? ¿Daneses? ¿O escoceses? Se apresuró a llegar al castillo y encontró el salón alborotado. La sala estaba siendo despojada de los objetos de valor que serían escondidos en una de las bóvedas subterráneas que Bastian había restaurado. Los sirvientes se encargaron de retirarlo todo, hasta el frágil acristalamiento de la ventana.

Era un procedimiento organizado, llevado a cabo bajo la rápida y capaz dirección del escudero, Alain. Ella le encontró en el pasillo exterior del salón.

—Alain, dime, ¿qué sabes?

—Poco más que usted. Rudd no te molestes con ese tapiz, lleva en su lugar las vasijas de oro y plata a la cámara acorazada.

Maire agarró el brazo del escudero cuando éste hubiera pasado de largo, demasiado agitado para preocuparse por la propiedad.

—¡Maldito seas, Alain de Montbray, dime qué palabra ha llegado a tus oídos antes de que te despelleje por desobediente!

Aquello detuvo al escudero, que la miró con ojos fríos.

—Debo lealtad a milord, no a usted, con todo el perdón por mi brusquedad, Lady Maire.

—Sí, pero soy una de las preciadas posesiones de Lord Bastian, así que no sea tan insolente como para permitir que me pierda en la confusión.

Su velada amenaza le convenció, y suspiró impaciente.

—Los escoceses se acercan. Están ataviados para la guerra. Es una gran fuerza, y con sólo una tropa para defender nuestros muros, el teniente le Bec ha enviado un mensaje urgente a Lord Bastian de que estamos bajo ataque. No creo que nos invadan, ya que nuestras defensas son robustas, pero podría ser difícil para el conde relevarnos si está en pleno asedio a Oswald.

El miedo recorrió su espina dorsal, pero asintió.

—No estoy desacostumbrada al asalto, como recordarás. Tengo experiencia en ello. ¿Han sido convocados nuestros vasallos?

—Se han enviado mensajeros a Leofric y Eadwine. Se ha advertido a las ciudades que cierren sus puertas, las que tengan murallas, y a los aldeanos que se pongan a cubierto de los invasores. A las ciudades costeras se les aconseja que saquen todos los barcos mercantes de sus puertos. Eso es todo lo que se puede hacer por el momento.

—Es suficiente. Mantendremos el castillo hasta que milord llegue para defendernos.

Alain la miró extrañado, con una pequeña sonrisa en una comisura de los labios.

—Parecéis segura de que vendrá, milady.

—Vendrá.

—¿Y si le retrasa Oswald? ¿Entonces qué?

—¿Buscas preocupaciones, Alain?

—No cuando hay preocupaciones en abundancia sin buscarlas. —Alain se movió de un pie a otro, ansioso por irse. No le retrasó más y se apresuró hacia su propia cámara, con Saskia pisándole los talones.

La loba estaba inquieta con los hombres armados corriendo de un lado a otro, y dio a conocer su angustia con gemidos retumbantes y breves aullidos. Maire la consoló brevemente y luego se dirigió al cofre de madera colocado contra la pared más alejada del solar. Oculto en el fondo estaba el gladius que había sido suyo durante mucho tiempo, bajo lo que quedaba de la armadura romana. Las correas de cuero de la armadura estaban desgastadas. Sacó la espada corta y la levantó en una mano con una sonrisa de satisfacción. Mucho mejor que su delicada daga para comer, que era todo lo que Bastian le permitía llevar. Esta vieja espada había perdurado a través de los tiempos, mantenida afilada en la piedra de afilar, cuidadosamente apreciada por muchos antes que ella.

Ahora se la ató a la cintura, abrochando las hebillas que la sujetaban sobre su kirtle azul. Al instante, se sintió mejor. Si era necesario, podría defenderse.

Saskia echó hacia atrás la cabeza y aulló de nuevo, los labios negros oscuros contra el blanco de su pelaje, los ojos rasgados. La loba sintió el peligro y reaccionó con inquieta anticipación.

—Calla, tonta —la tranquilizó Maire, acariciando el espeso pelaje blanco de la gola de Saskia—. No hay nada que temer. Resistiremos hasta que llegue nuestro señor, y juntos

expulsaremos a los invasores. Esta vez, lucharemos juntas.

Saskia pasó una lengua por la mejilla de Maire, pero no cesó en su inquieto merodeo por la cámara. La espera iba a ser larga, y Maire abandonó finalmente el solar para reunirse con los demás en el vestíbulo.

La loba venía detrás de ella, con un gemido grave en la garganta mientras seguía a Maire por el pasillo, ahora extrañamente vacío de guardias. Todos habían sido llamados a vigilar los muros y las puertas.

El vestíbulo estaba vacío del fino mobiliario Normando de Bastian. Poco quedaba que indicara que tapices tejidos habían cubierto las paredes desnudas, o que saleros dorados y nefas de plata habían guardado especias para su comida. Incluso los almohadones de plumas que acolchaban sillas y bancos habían desaparecido.

Alain era bastante eficiente, al parecer. Sonrió y se dirigió al extremo más alejado de la sala donde permanecía en su sitio la mesa dormida, una enorme y pesada losa de roble que había servido a su padre y a su padre antes que él. Motivos de antiguas deidades celtas seguían grabados en los lados y el armazón de la mesa, intrincados remolinos y espirales que recordaban la ornamentación del colgante de su madre. Al pensarlo, levantó una mano para tocar el collar de ámbar y plata que llevaba al cuello.

En la confusión, era muy posible que se hubiera perdido... o que se lo hubieran llevado. Debería estar en la cámara acorazada con los demás tesoros, a buen recaudo hasta que hubiera pasado el peligro. Dándose la vuelta, salió de nuevo del vestíbulo, Saskia una sombra blanca deslizándose tras ella con los pelos de punta y los ojos alerta.

Debajo de Cresshawe, en las profundas cámaras excavadas eones antes por invasores que hacía tiempo que habían abandonado Inglaterra, Bastian había elegido una única cámara acorazada para guardar los objetos de valor. Se había colocado una puerta de hierro en la única entrada, y una cerradura aseguraba la puerta con una gruesa aldaba. Era una cámara de buen

tamaño, con paredes cinceladas de roca que estaban húmedas por el frío aire mohoso del mar. Enormes cofres se extendían a lo largo de las paredes, forrados de madera especiada que había sido tratada con brea para soportar la humedad y evitar que el moho se adhiriera a los pernos de las preciosas telas.

La puerta estaba entreabierta y una única antorcha iluminaba la húmeda cámara con luz vacilante. Maire se quitó el colgante y se colocó frente a uno de los cofres. La tapa era pesada, tan alta como su cintura y curvada, un cofre enorme en verdad.

Con un esfuerzo, consiguió abrirlo, haciendo fuerza con el peso de la tapa. Estaba impaciente por volver a la sala, y enrolló el colgante de plata y ámbar en un cáliz con incrustaciones de joyas, luego bajó lentamente la tapa, resoplando por el esfuerzo.

Cuando Saskia gruñó, Maire se giró rápidamente, dejando caer la tapa lo último con un fuerte estrépito. El sonido fue amortiguado por la gruesa piedra, rápidamente sofocada en la penumbra. La luz de las antorchas parpadeó. La loba se agachó, con los dientes enseñados y los hoces rígidos a lo largo de la línea de su espalda.

Los invasores no podrían haber traspasado los muros en el tiempo que ella tardó en bajar a la bóveda, se tranquilizó Maire, y avanzó hacia Saskia con pasos cautelosos.

—¿Quién va ahí?

El sonido de su demanda se desvaneció rápidamente. Justo al otro lado de la puerta se movió una sombra, y ella puso la mano en la empuñadura de su espada. Con el corazón palpitante, se aclaró la garganta y volvió a exigir que se mostraran.

Seguía sin obtener respuesta, y los bajos gruñidos de Saskia se convirtieron en violentos estruendos. Con una mano en el lomo del lobo y la otra alrededor de su espada desenvainada, Maire se acercó a la puerta de la cámara acorazada. Sin duda, el lobo acababa de percibir un soldado armado al otro lado de la puerta, aún receloso desde el incidente con el hombre de Oswald.

Reinaba el silencio en las entrañas del castillo. Sus pasos hacían un inquietante sonido de arrastre sobre el suelo de piedra, y extendió una mano para empujar la pesada puerta y abrirla más. Todo sucedió tan deprisa que no tuvo tiempo de pensar. Alguien la agarró de la muñeca, hubo una maldición, gruñidos gruñones y el destello del acero, y ella estaba clavando su espada corta en la figura ensombrecida de un hombre, vagamente consciente de un mechón blanco de pelaje antes de que el hombre gritara. El feroz ataque de Saskia provocó más maldiciones y gritos, y entonces otro hombre estaba allí, y una espada se elevó en el aire, un brillo plateado en la tenue luz mientras descendía en un arco mortal.

Maire gritó al mismo tiempo que el lobo, un agudo aullido de terror y dolor y odio que rebotó en las paredes con ménsulas de la sala exterior a la bóveda en ecos ensordecedores. Un último aullido, luego Saskia cayó, su cuerpo blanco chorreando sangre de un profundo tajo en las costillas. Maire luchó para liberarse del hombre que la sujetaba, intentando alcanzar al lobo, pero fue arrastrada. Volviéndose, arremetió con la espada, cortándola en un tajo perverso que encontró resistencia temporal contra la carne y el hueso vulnerables antes de soltarse. El sonido de una herida mortal rasgó el aire, y uno de los hombres se tambaleó y cayó al suelo cerca del cuerpo de Saskia, con su espada repiqueteando inútilmente sobre la piedra.

El otro hombre la sujetó con fuerza, con el brazo alrededor de su cuello aunque eran de la misma estatura, y Maire le agarró el antebrazo entre los dientes y lo mordió con fuerza. Gruñendo de dolor, la estampó con fuerza contra la pared. Las luces estallaron ante sus ojos como la breve llamarada de mil velas. El gladius salió volando de su mano. Le retumbó la cabeza. La pena y la rabia la ahogaron, y su pelo se enredó delante de sus ojos de forma que apenas podía ver. Lentamente, empezó a arrastrarla de vuelta a la bóveda, aunque ella seguía luchando débilmente.

Se le ocurrió que las maldiciones del hombre eran en lengua sajona, jadeantes y furiosas pero familiares. No se trataba de un enemigo Normando que se atreviera a matar a su lobo y asaltarla, sino de otro sajón.

Con un tremendo estallido de fuerza alimentado por la furia, se deshizo de su agresor y lo envió con fuerza contra la pared. Se lanzó hacia la puerta, pero él la atrapó y la hizo girar, golpeándola contra uno de los pesados arcones con una fuerza suficiente para aturdirla por un momento. Jadeante, sobre las manos y las rodillas, miró hacia arriba a través de la maraña de su pelo mientras el hombre se inclinaba para recuperar su espada de entre las piedras. La luz de las antorchas se deslizaba por la hoja manchada de rojo en runrunes de luz reflejada.

—Has ensangrentado tu espada sobre tu propio hombre, mi buena dama —llegó la burla ronca, y a Maire se le heló la sangre. Se rio con dureza—. Sí, tu valiente salvador fue abatido por el mismo al que pretendía ayudar.

Maire lanzó una mirada hacia el cuerpo inmóvil en el suelo, pero su rostro estaba vuelto hacia otro lado. Vislumbró un cabello rubio y cerró los ojos. El odio y la pena brotaron en una marea abrumadora, y luchó contra la oscuridad invasora que amenazaba con envolverla. Debía estar alerta para desbaratar a este enemigo, pues tenía la funesta sensación de que podría acabar no sólo con Cresshawe, sino también con Bastian.

Abriendo los ojos, se repuso lo suficiente como para impulsarse hacia arriba y enfrentarse al regodeante hombre que sostenía su espada.

—Mátame y sin duda morirás.

—Ah, pero, señora, su muerte no es lo que hará que el lobo Normando corra a encontrarse con su propio destino....

Capítulo 19

Bastian montó su destrier, rechazando sombríamente las excusas del alcalde del pueblo de que no había visto a Oswald. El asedio había concluido con el asalto, la ruptura con éxito de los muros de la fortaleza y la toma de la tenencia de Oswald. Sin embargo, Oswald había escapado. No había rastro de él. Tampoco ninguno de sus hombres podía decir adónde había ido. La búsqueda les había llevado desde el bosque de Rothbury hacia el norte, hasta las otras posesiones de Oswald.

—Quémenla —ordenó Bastian, lanzando una última y breve mirada a la aldea que había albergado al barón rebelde. Encendieron antorchas y prendieron fuego a los tejados de paja a pesar de los lamentos de los ocupantes que intentaban sacar las pertenencias que podían antes de que las llamas lo consumieran todo. Bastian observaba desapasionadamente. Había pasado casi una semana buscando a Oswald. No había tardado mucho en efectuar la caída de la fortaleza, pero la búsqueda del barón rebelde se había extendido muy lejos, a través de pueblos y aldeas como esta última que había opuesto una breve resistencia. Había sido rápidamente sofocada a espada y fuego. Pero nada de Oswald.

El capitán Tremont se acercó, con la cara manchada de hollín. Las llamas proyectaban sobre ellos sombras espeluznantes, carmesí como la sangre y parpadeando salvajemente.

—Milord, estuvo aquí, pero huyó antes del amanecer. Un aldeano afirma que cabalgó hacia el norte.

—Un poco más al norte y estaremos en el regazo de Malcolm —replicó Bastian. El olor a humo era espeso y asfixiante. Subía de las cabañas en llamas en nubes negras que borraban la luz del sol.

Volviéndose Drago hacia los aldeanos agrupados en un círculo apretado como gansos asustados, les dirigió una mirada severa.

—Escuchar esto, habitantes del feudo de Oswald, pues lo que os digo bien puede salvaros la vida este invierno, cuando los vientos soplen fríos y vuestros almacenes se vean vacíos. Os he dejado vuestras vidas y vuestro ganado. No he matado a vuestros hijos, ni pisoteado vuestros campos recién plantados. Pero saber esto: si os encuentro dando cobijo a este barón rebelde, volveré. Y arrasaré campos, tiendas y bestias hasta que no quede nada. Vuestros hijos llorarán de vientre vacío y el cielo será vuestro único techo, pues no os dejaré nada más. Esta es ahora la tierra de William, y cualquier hombre que me desafíe, desafía al rey. Prestar atención a mi advertencia y os mostraré clemencia. Ignorarla por vuestra cuenta y riesgo.

Rostros demacrados y aterrorizados miraban a Bastian desde debajo de melenas desgreñadas, y algunos de los hombres se tiraban de las trenzas en gestos de servilismo. Acercó a Drago a uno de ellos y le señaló con la punta de la espada.

—Tú. ¿Qué sabes del paradero de Oswald?

Tembloroso, el hombre miró a sus compañeros, pero ninguno le ofreció consuelo. Unos pocos se apartaron, como si temieran estar demasiado cerca de un hombre señalado por el conde. Soldados Normandos cargados los rodearon, cabalgando de un lado a otro para prender fuego a las casas de campo y a los pesebres de maíz. El hombre así señalado tragó duro, y sus palabras fueron ásperas y entrecortadas.

—No sé nada, milord, de verdad. Estuvo aquí, dicen. Es todo lo que sé.

—Pero otros aquí lo saben. Esperaré hasta que uno de vosotros se presente para decirme lo que quiero saber, pero no esperaré mucho.

Dando la vuelta a Drago, Bastian cabalgó una corta distancia y se detuvo bajo las cobijadas ramas de un enorme roble. Era un trabajo sucio. Pero era necesario. Había aprendido a intimidar al lado de William, y había elegido al hombre que creía que tenía más posibilidades de conseguir la información que quería. En el espacio de unos instantes, el hombre se acercó a él, amasando su gorra entre las manos mientras se acercaba.

—¿Y bien? —Bastian bajó la mirada, inexpresivo, y el hombre movió la cabeza.

—Milord, no serán noticias bien recibidas, pero se dice que Oswald cabalga hacia el sur, hacia la costa. Hacia Cresshawe....

Bastian le miró fijamente. Oswald no podía tener muchos hombres con él. ¿Qué podía esperar conseguir? Sin embargo, era preocupante, e incluso mientras concedía clemencia al hombre y perdonaba la vida a la aldea, se quedó pensativo. Una sensación de urgencia le acució mientras giraban hacia el sur, en dirección a Cresshawe. Algo malvado estaba en marcha.

Empujaron sus monturas con fuerza, hasta que la espuma enjabonó los cuellos y los costados de los animales y moteó las piernas de los jinetes con motas blancas. Cuando estuvieron a pocos kilómetros de Cresshawe, vieron la primera señal de problemas: columnas de humo ascendentes procedentes de pueblos quemados.

Malhumorado, Bastian aminoró el paso mientras cabalgaban, contemplando la evidencia de las casas de campo en ruinas, aún humeantes bajo el escaso sol de abril. El camino estaba desierto, y oyó a Tremont maldecir con dureza en voz baja ante la destrucción generalizada. Parecía como si toda Northumbria yaciera carbonizada y humeante bajo el cielo.

Se acercaba el anochecer cuando doblaron la ensenada y Cresshawe apareció por fin a la vista. Al otro lado de unas aguas tan lisas como la plata pulida, el castillo parecía sereno e imperturbable, y Bastian sintió un momento de alivio. Ningún humo se elevaba por encima de las murallas en ruinas para señalar una destrucción como la que él había visto. Maire estaba a salvo.

Instando a Drago a que acelerara, bajó a toda velocidad por el camino lleno de baches, con el viento de su brutal paso azotándole la cara y oliendo a mar. Cabalgaba tan rápido que cuando una figura se asomó en el camino por delante, se libró de una colisión por muy poco. Maldiciendo, dio un tirón para esquivar al hombre, y el tirón desacostumbrado de las riendas contra el cuello de Drago hizo que el destrier resoplara y se encabritara, con sus enormes pezuñas golpeando el aire con una potencia letal.

Bastian tardó varios instantes en controlar al caballo, y mientras forcejeaba con las riendas, Tremont se lanzó hacia delante, con la espada en alto para derribar al hombre en el camino. El áspero grito de Bastian impidió que el capitán completara su golpe.

—¡Alto! Le conozco. —Controlando a Drago con un feroz esfuerzo, Bastian miró al hombre que se ponía en pie tambaleándose—. ¿Me buscabas?

Envuelto en pieles de animal, con el pelo gris rojizo enmarañado y cayéndole sobre los hombros, Sighere murmuró algo en voz baja mientras volvía a meter la muleta debajo de él.

—Sí, aunque es una maravilla que aún viva. —Señaló con el extremo de su muleta hacia Cresshawe—. Los traidores le acechan, milord.

—¿Oswald?

—Sí, pero más que eso, hay traidores dentro del castillo. —Apoyándose ahora pesadamente en su muleta, Sighere avanzó a trompicones, mirando a Bastian a la luz mortecina —. Le han traicionado, milord.

Bastian se armó de valor. Pensamientos sobre Maire parpadearon brevemente en su mente antes de alejarlos. No lo haría-ni siquiera para retirar su legado....

—¿Quién me ha traicionado?

—No conozco el nombre, pero el traidor es rubio de pelo y cara. Un sajón de nacimiento, aunque es amargo admitirlo.

No Maire....

Bastian miró hacia Cresshawe que yacía serenamente bajo la hermosa puesta de sol, la luz que se desvanecía dorando de oro y carmesí los altos muros. Tal vez su hermano se había prestado de nuevo a la traición.

Una noticia amarga, pero no tanto como antes. Esta vez, casi se lo había esperado. Volvió a mirar a Sighere.

—¿Oswald controla ahora el castillo?

—Sí, milord. Cayó en sus manos esta misma mañana, justo después de que cantara el gallo. No hizo falta fuerza, sino engaño para ganar la entrada, y temo por su señora.

—Como yo, Sighere. Como yo. —Medio avergonzado por su breve duda sobre Maire, resolvió confiar en ella, ahora más que nunca. Bastian pensó en su propio truco para entrar en Cresshawe, pero desde entonces había tomado medidas para evitar que otro entrara de la misma manera. La puerta estaba vigilada y bien cerrada por dentro. Ahora no era una simple cerradura, sino una aldaba con las llaves en posesión del castellano. ¿Cómo se había hecho? ¿Alguien había dejado entrar libremente al traidor?

El capitán Tremont se acercó con un codazo.

—¿Sitiamos, milord?

Bastian negó con la cabeza, frunciendo el ceño.

—De poco nos servirá, me temo. Lo he planeado bien. Cresshawe no es una fortaleza de madera vulnerable al fuego, sino de piedra y bien provista de suministros. No, Tremont, tendremos que encontrar otro camino. —Hizo una pausa, la rabia hinchándose en él ante la idea de que Maire sufriera algún daño a manos de Oswald. Suavemente, a través de sus dientes apretados, dijo—: Pero juro que si tengo que arrasar mi propio castillo piedra a piedra, encontraré la manera, y si Maire ha sido dañada, ni siquiera el infierno podrá ocultar a Oswald de

mi venganza.

Se hizo el silencio, con sólo el ronroneo de caballos sin aliento y el tintineo de cota de malla y bridas para llenarlo. Al cabo de un momento, Sighere se adelantó cojeando.

—Su gente está detrás de usted, milord. Kerwin, Leofric, Eadwine. Todos ellos.

Bastian desvió la mirada hacia el viejo cazador. No pudo decir nada ante la rabia que aún ardía en su garganta, pero asintió secamente, y Sighere sonrió.

—Los aldeanos hicieron lo que les ordenó. Ahora le esperan, milord, con horcas y guadañas, o con las armas que usted elija para que empuñen contra el rebelde que pretenda dañar a nuestro señor.

—Entonces, ¿los sajones van a vengar a los Normandos, Sighere?

—No, señor. Los compatriotas deben vengar a los compatriotas.

Bastian respiró hondo, avergonzado por su cáustico comentario.

—Es justo que sea así. Convócalos ante mí, Sighere. Idearé una forma de recuperar lo que es nuestro.

—Sí, milord. Responderán a su llamada.

El capitán Tremont observó cómo el viejo cazador se alejaba cojeando, desapareciendo entre los altos juncos junto al camino y luego en las profundas sombras del bosque más allá.

—¿Cree que los sajones vendrán de verdad, milord?

Bastian volvió a Drago hacia Cresshawe y asintió mientras decía con una convicción que no sentía:

—Vendrán, Tremont.

El perfecto rostro ovalado de Cosette era tan sereno como el de un niño. Robert se aclaró la garganta.

—Dígalo otra vez, milady.

—Ya me ha oído, Sir Robert. No finja ignorancia. Ha sabido todo el tiempo lo que quería, así que ¿por qué fingir inocencia ahora?

Apretando las manos en la espalda para no golpearla, Robert dijo con calma:

—He sabido que quiere lo que no puede tener. A Bastian Louvat.

—Bastian aún será mío.

—¿Y sus esponsales con el hijo de Niall?

—Tan falsos como el mensaje que le envió a Bastian. —Ella sonrió. Trazando un dedo sobre el suave pelaje de un manguito de piel de conejo, le miró con ojos evaluadores—. No me diga que realmente no lo sabía.

—¿Saber que he traicionado a mi mejor amigo? No, no lo sabía. Pero no tengo tanta experiencia en la astucia como parece tener usted, Lady Cosette.

Ella se rio como si él le hubiera hecho un cumplido.

—Todo es una ilusión, Sir Robert, como con el humo y los espejos que usan los magos en las ferias. Nada es real. Me he pasado toda la vida viviendo una mentira. —Ella le deslizó una sonrisa secreta—. Incluso mi preocupación por su herida era una mentira. Nos encontró por casualidad mientras discutíamos la toma del castillo por Oswald, y antes de que pudieran detenerle, se golpeó. Sin embargo, no estaba previsto que cayera por el agujero.

—¿Quién me golpeó, Oswald? Se había ido de Cresshawe. Dudo que se hubiera escabullido sin ser notado.

—No sea tonto. Por supuesto que no fue Oswald. ¿Cree que puede estar en dos sitios a la vez? Hay quienes en el castillo no quieren a la dama, y con gusto la verían derrocada de su posición. Ve, Robert, no soy la única a la que le disgusta.

—Maldita sea... —Respiró hondo para calmar su temperamento—. ¿Cree que el rey aceptará esto dócilmente?

—Si debo molestar a William con mi pequeña treta, pronto verá que es lo mejor. Después de todo, fue el rey quien primero me envió a Bastian con la posibilidad de casarme.

—William no es un hombre al que complacer, milady. No sería beneficioso para Inglaterra o para Normandía que se casara con Bastian Louvat. Sus tierras son pequeñas, su influencia nula. Si le envió con Bastian, no fue por la razón que cree.

Ella le dirigió un ceño molesto.

—No sea tan ciego, Sir Robert. Intenta ver más allá del momento, hacia el futuro. Oswald quiere a Maire. Niall quiere Northumbria y William quiere Inglaterra. Yo quiero a Bastian. Si entrego a la tosca esposa sajona de Bastian a Oswald, ella volverá a estar con los suyos. Con ella como rehén, los rebeldes sajones tendrán influencia para exigir la paz y la soberanía sobre sus propias posesiones, ya que Bastian no querrá poner en peligro a su esposa. Con el tiempo, Bastian se dará cuenta de que ella no significa nada para él, pero para entonces, Niall tendrá un firme control sobre Northumbria una vez que su aliado, Oswald, haya conseguido asegurar sus propias tierras. Bastian seguirá teniendo a Cresshawe, y gracias a mi influencia con el rey, yo tendré a Bastian. Él pronto verá el sentido de aliarse con Niall en su lugar. ¿Ve con qué sencillez funciona?

—¿Por qué cree que tendrá influencia con William? Su esposa es su prima, pero eso no es garantía de que disculpará su traición a su barón.

—Tonto. Eso es lo bueno: él nunca lo sabrá. A menos que sea tan imbécil como para decírselo, pero por supuesto, se arriesga a ser implicado si lo hace. Y yo estaré encantada de

contarle cómo me obligó a acompañarle. —Sonrió entonces, y sus ojos parecían muy verdes—. Podría señalarse fácilmente que insistió en acompañarme a Escocia, y que no advirtió a Bastian, su mejor amigo, de que Niall pretendía ponerse del lado de los sajones. Todo el mundo sabe que me desea. Se creerá que traicionó a Bastian y también al rey si menciona mi participación en ello.

Robert no pudo evitar una carcajada airada.

—Me asombra el funcionamiento de su mente, milady, más bien como los retorcidos túneles de una madriguera de conejos. Ay, hay tantos agujeros en su esquema que está condenada al fracaso.

Fríamente, Cosette dijo:

—No veo cómo puede fracasar. Oswald tomará a Maire y la retendrá mientras Niall negocia los términos con William. Bastian influirá sin duda en el rey e incluso después de que William ceda Northumbria a los rebeldes y a los escoceses, seguirá reteniendo a Cresshawe. Con su esposa fuera de juego, huiré hacia él en busca de refugio y él me acogerá. Por fin estaremos juntos.

Con creciente furia, Robert sacudió la cabeza.

—Pequeña tonta, lo único que ha hecho es poner en peligro la vida de Bastian, además de quitarle sus tierras y su esposa. Oswald es demasiado listo para aceptar su plan, aunque es muy posible que le haya dicho lo maravilloso que es. Quiere a Cresshawe, no a Maire. Y Niall quiere toda Northumbria, no sólo las posesiones de Oswald, de las que podría apoderarse si mantiene suficientes posiciones fronterizas contra el rey. Sin duda ha iniciado una guerra que no olvidará, y nunca tendrá a Bastian. Él no le quiere a usted. Quiere a Maire.

—Me quiere a mí. ¿Y qué sabe usted de eso? No sabe distinguir entre el amor y el aborrecimiento, o no me seguiría como un perro, porque le aborrezco.

Su comentario burlón aguijoneó con fuerza a Robert, que exhaló un suspiro agudo y furioso.

—Me ha utilizado igual que intentó utilizar a Bastian. ¿Creía que Bastian se preocupaba por usted? Nunca le importó más que como un capricho pasajero. Y me llamas tonto... está condenada a la decepción, pues él no renunciaría a la dama que ama por una ligera de faldas como usted.

—¡Bestia repugnante! Eres tan patético... Te veré muerto, ¡lo juro!

Furiosa, Cosette arremetió, abofeteando a Robert con fuerza en la cara. El golpe, aunque leve, fue lo bastante fuerte como para hacerle retroceder un paso, y los largos años de guerra y entrenamiento le hicieron reaccionar con una represalia instintiva. La cabeza de Cosette crujió sobre su esbelto cuello y salió volando hacia atrás contra una pesada mesa antes de que él pudiera atraparla. Luego se desplomó en el suelo y se quedó inmóvil.

Robert la miraba fijamente, respirando con dificultad, con el pecho dolorido por la rabia reprimida. Al ver que Cosette no se movía, se alarmó y fue a arrodillarse a su lado. No tenía pulso. Tembloroso, permaneció arrodillado durante un largo momento.

La había matado. Ah, Dios, había matado a una mujer, y a una que había deseado aunque no la amara.

No supo cuánto tiempo permaneció allí arrodillado. Pero cuando recobró la conciencia, estaba oscureciendo. La luz de las ventanas se desvanecía y se hacía tenue. Levantó a Cosette en brazos y la llevó casi con ternura hasta la amplia cama del otro lado de la cámara. Colocándola sobre el colchón, subió la colcha hasta su barbilla, luego dio un paso atrás y cerró las colgaduras de la cama alrededor de su forma inmóvil.

Con Cosette muerta, bien podría contar sus días con un dedo en la corte de Niall. Si tenía que morir, bien podría ser luchando en lugar de como un toro a la espera del matadero. Era hora de poner en práctica sus preparativos para la huida.

Cuando hubo caído la noche y las sombras eran profundas, Robert se deslizó por la ventana y saltó al suelo de abajo. Era una caída empinada, y aterrizó con fuerza de modo que tuvo que recuperar el aliento un momento. Luego se puso en pie y se arrastró hasta los setos salvajes que bordeaban el jardín de la tosca mansión de Niall. Desde que llegó, se había fijado en el horario del centinela que patrullaba, y ahora esperaba en silencio hasta que hubiera pasado. Sabía que disponía de poco tiempo para emprender la huida, y cuando la sombra del centinela se desvaneció, se escurrió a través del espinoso seto y esprintó campo a través hacia Northumbria.



Se habían encendido fuegos nocturnos a la vista de Cresshawe, faros en la noche para indicar a Oswald que había llegado. Bastian se apoyó en el enorme tronco de un viejo roble, contemplando el castillo con amargos pensamientos. Aún le molestaba que Oswald hubiera logrado eludir su captura y reunir suficientes hombres para formar un asalto. Incluso con traición, se necesitaban algunos hombres para asaltar las murallas, pues el teniente le Bec no cedería la puerta sin una lucha encarnizada. Pero, ¿cómo lo había hecho Oswald?

¿Tanta de su propia gente estaba en su contra? ¿Ninguna de las insinuaciones que había hecho desde la toma de Cresshawe había cambiado nada? El abismo entre sajones y Normandos nunca había parecido tan grande, y Bastian luchaba contra un desánimo abrumador. Un puñado de fieles era reconfortante, pero necesitaría más que unos pocos simbólicos para mantener estas tierras.

Y Dios, le había jurado a Maire que la protegería con su vida, y sin embargo ella estaba cautiva de Oswald mientras él estaba aquí fuera, irritado por la distancia que los separaba. Quería montar en Drago y cabalgar directamente hacia Cresshawe, exigir que Oswald saliera para resolver esto en un juicio por combate. Pero sabía que sería un gesto inútil, ya que Oswald había

dejado claro que no tenía intención de luchar contra Bastian, ni en combate singular ni en batalla.

—¡Viene un jinete!

Bastian se enderezó, volviéndose hacia el camino mientras uno de sus centinelas desafiaba al hombre montado. Hubo un breve intercambio, e incluso cuando Bastian se dirigía a grandes zancadas hacia ellos, el jinete desmontó y fue llevado hasta él, flanqueado por dos soldados.

—Giles. —Los ojos de Bastian se entrecerraron—. ¿Qué haces aquí? Creía que estabas con Lady Cosette y Sir Robert.

Giles se arrodilló. El barro cubría sus botas y espuelas, y respiraba con dificultad.

—Estaba, milord. Me han enviado con un mensaje.

—¿De Robert?

Giles asintió, aún sin aliento, sus palabras salían en un resuello sinuoso.

—Le pide que le preste ayuda en su necesidad, milord.

—¿En necesidad de qué? ¡Suéltalo, hombre!

—Está secuestrado, él y Lady Cosette, y ruegan vuestra ayuda. —Hurgando en una bolsa de su cintura, Giles sacó algo y lo sostuvo en alto. La luz de una hoguera se reflejaba débilmente en el oro, y Bastian lo cogió, girando lentamente el anillo para mirar el familiar sello de Brionne.

—¡Cristo santo! —Bastian sopló con fuerza entre los dientes—Levántate, Giles. Toma vino y pan para calmarte. Tremont, tráele una capa y haz que atiendan a su caballo. Ante Dios, tengo ganas de prender fuego a toda Northumbria, así que oigamos rápido este cuento.

Estaba oscuro. La luz de las antorchas se había reducido a un silbido chisporroteante, las chispas

posándose en el suelo de la bóveda y apagándose. Maire se estremeció ante el dolor palpitante de su cabeza. Quería gritar su angustia en voz alta ante la dolorosa visión del pelaje ensangrentado de Saskia. Pero no podía mostrar debilidad ante el regodeante hombre que la observaba con tanta satisfacción.

—Hace tiempo que eres una espina clavada en mi costado —dijo con voz chirriante. Con una mano, se limpió la sangre de la mejilla, muestra de su feroz lucha contra él. Sus ojos brillaban, la boca torcida por el odio—. Lord Creoffrey te dejó salirte con la tuya con demasiada frecuencia. Debería haberte golpeado a diario, en lugar de mimarte.

Maire miró fríamente a Godric.

—Mi padre era un hombre justo.

—Tu padre —remedó Godric—, era un tonto. Un tonto débil. Permitió que le llevaras de las narices cuando debería haberte casado con un hombre capaz de mantener estas tierras, no con ese inútil lisiado.

La rabia ardía ardiente en los ojos de Maire.

—¡Derian era más hombre de lo que tú podrías ser jamás!

—Un retorcido desperdicio de hombre es lo que era. Todos supimos cuando Creoffrey permitió que te casaras con él que estábamos condenados. Sin embargo, no podíamos hacer otra cosa que permanecer impotentes y mirar, cuando sabíamos que un día llegarían invasores a los que no se les detendría. Eso fue antes de que llegaran los Normandos, pero los escoceses y los daneses siempre acosaban nuestras fronteras hasta que temíamos salir de las sombras del castillo por miedo a que nos masacraran como a ovejas indefensas. Ya no más.

—¿Quién es ese nosotros del que hablas? Sólo te veo a ti, un retorcido esclavo sajón que morirá rápidamente una vez que Lord Bastian regrese.

Godric rio. Apuntó su espada hacia ella, mirándola a lo largo de la hoja como si juzgara

dónde clavarla mejor.

—Somos suficientes, lo juro. Lord Oswald ya está dentro de las puertas, y Cresshawe vuelve a ser sajón.

—¡Le abriste las puertas! Ah, insensato. Si los sajones hubieran triunfado, el rey Harold aún estaría en su trono. Sin embargo, incluso si Harold hubiera ganado en Hastings, Inglaterra estaría perdida para nosotros. No fue sólo esa batalla, no fue sólo ese hombre, sino muchos los que han intentado separarnos durante demasiado tiempo. Estaba destinado que Inglaterra cayera, y deberíamos alegrarnos de que fuera ante William, que al menos es capaz de unirnos en una sola nación en lugar de cien pequeños reinos dirigidos por esos condes pendencieros que sólo piensan en sus propios intereses.

Respiró entrecortadamente. Era cierto. Ella sabía que era cierto.

Y ahora, la honestidad la obligaba a admitirlo.

Furioso, Godric se levantó bruscamente, y la letal punta del gladius romano le rozó el pecho cuando le ordenó que se pusiera en pie. Ella lo hizo, lentamente, y observó distraída que su kirtle estaba destrozado por un lado, dejando su pierna izquierda desnuda casi hasta la cintura. Los ojos de Godric bajaron y luego subieron de nuevo a su rostro, sus labios se curvaron en una mueca de desprecio.

—Oswald no es un tonto insensato como Creoffrey, sino fuerte por derecho propio. No sólo te tiene a ti como rehén, sino también al hermano del lord. Y no doblará la rodilla ante los Normandos, no, ni dejará que sus rameras hijas calienten sus camas como tú has hecho. Oswald recuperará la gloria sajona y nos devolverá lo que los Normandos nos han robado.

A la altura de los ojos del sajón que sostenía su espada, le dirigió su mirada más desdeñosa.

—Cuando llegue Lord Bastian, lamentarás esto de todo corazón.

—Lord Bastian ha llegado, pero no encuentra la manera de entrar en el castillo. —Godric rio con dureza—. El lobo está a nuestra puerta, pero lo ataremos bien para que no vague más por Inglaterra.

Maire se estremeció.

—Nunca lo harás, Godric. Es demasiado fuerte para ti.

—Está atrapado entre dos fuerzas, y no escapará de nosotros. Tenemos hombres aquí, y hombres detrás, y mientras él espera y piensa en asediarnos, nosotros le aplastaremos lentamente entre ambos. Y tú, eres el cebo que lo mantiene aquí.

—Mientes.

—No, no es mentira. Él espera. Está demasiado distraído para adivinar el destino que le aguarda, y no lo sabrá hasta que sea demasiado tarde. —Haciendo un gesto con la espada, Godric la hizo retroceder hasta la puerta abierta de la cámara acorazada—. Ven ahora, pues lord Oswald espera arriba la llave del corazón del lobo.

Maire tropezó cuando él la empujó hacia delante, intentando no mirar el cuerpo supino de su lobo desparramado sobre las piedras. La pena le obstruyó la garganta mientras la escoltaban desde el pasillo resonante fuera de la bóveda hasta los escalones poco profundos del piso principal. Las evidencias de la batalla estaban por todas partes, en cuerpos sin vida y puertas rotas, y a lo lejos aún podía oír los débiles estruendos de la resistencia que se estaba librando. Entonces fue empujada ante lord Oswald, que la miró con sombría satisfacción.

—Lo has hecho bien, Godric. No pensé que atraparías tan rápidamente a la compañera del lobo Normando.

—La seguí, milord. Pensó esconder su tesoro en la bóveda.

—¿Lo hizo? —Lord Oswald sonrió y levantó la cabeza para escuchar los gritos procedentes del exterior de la sala—. Somos vencedores, pero debemos desconfiar de la astucia,

pues aún no está todo asegurado. Llévala de vuelta a la bóveda, Godric. Ella nos conseguirá nuestros fines, y no debemos arriesgarnos. Cuando la sala y la mujer sean mías, el resto será mío.

La barbilla de Maire se alzó.

—Eres un necio si crees que Bastian Louvat cederá una sola piel de tierra, Oswald. Ni por mí, ni por nadie cedería lo que es suyo.

—Sí, señora, cederá para mantenerla a salvo. Porque sabe que no tendré gran reticencia a matar a un traidor a los sajones. Y lo haría más fácilmente de lo que la desposaría para evitar que extienda sus favores entre los Normandos.

—¿Traidora? Yo no, Oswald de Paxton, yo no. Mi lealtad está con el pueblo sajón de modo que me repugna verlos masacrados en venganza. ¿Y usted?

Oswald hizo un gesto de impaciencia.

—Se esperan algunas muertes cuando los hombres hacen la guerra. Es un pequeño precio a pagar por la libertad.

—No habrá libertad en esta tierra hasta que haya paz. Y los hombres como usted aman más la guerra que la paz.

—Tiene razón, Oswald.

Maire se volvió hacia la voz, y sus cejas se alzaron al ver acercarse a Bernard. El hermano de Bastian apenas la miró, pero sus modales eran tan despreocupados que ella se puso rígida. No había angustia en él, ninguna señal de que hubiera ofrecido resistencia a los invasores. Su labio se curvó con desprecio.

Oswald se volvió hacia Bernard.

—No se trata de quién tiene razón. Eso ya está decidido. ¿Estás con nosotros?

—Eso depende.

Las cejas pobladas se inclinaron sobre los ojos de Oswald.

—¿Depende de qué? Eres sajón, ¿verdad? Tu padre murió por la causa de Harold.

—Mi padre murió por su propia causa —esbozó Bernard una carcajada—. Fue un simple error. Apostó a que ganaría el hombre equivocado. Cuando perdió, lo perdió todo.

—Y huiste a Malcolm.

Bernard se encogió de hombros.

—Sí, pero vivo. Mi cabeza, te darás cuenta, sigue sobre mis hombros.

—Y tú merodeas en una fortaleza Normanda, comiendo al antojo de un Normando.

—Soy más rehén que huésped. —La mirada de Bernard se desvió hacia Maire. Había una extraña luz en sus ojos—. Dígale, milady, lo bien que me considera Bastian.

—Tan bien como cualquier traidor, creo. —Ella le devolvió la mirada con frialdad.

—¿Lo ves, Oswald? Tú y yo somos parecidos. Valoramos nuestro pellejo por encima de todo.

—No me manches con tu pincel, porque no soy un cobarde.

—¿No lo eres? Veo que no te quedaste en Paxton para recibir a Bastian. ¿Será que el lobo Normando te infunde miedo después de todo?

—¿De qué lado te declaras? —gruñó Oswald—. Hablas demasiado para mi gusto.

De nuevo Bernard se encogió de hombros.

—Es mi manera.

La incertidumbre arrugó el ceño de Oswald mientras miraba a Bernard con los ojos entrecerrados. Un clamor se levantó en el pasillo fuera de la sala, y el señor sajón miró hacia las puertas cuando los sonidos de la lucha se hicieron más fuertes. Las hojas de las espadas chocaron

con dureza metálica, y volvió a mirar a Maire con repentina decisión.

—La dama debe esconderse bien, Godric.

—¿Me tienes miedo, Oswald? —Maire rio suavemente—. Pero es Bastian Louvat quien te desgarrará miembro a miembro cuando venga…

—¡Vete de aquí, zorra arpía! —gruñó Oswald, pero la aprensión nubló sus ojos—. Has sido mancillada por ese lobo Normando que posee tus tierras, pero no lo serás por mucho más tiempo. Como sois el tesoro de Louvat, milady ramera, así seréis guardada a buen recaudo con sus otros preciadas posesiones. Llévala abajo, Godric, y confínala en la bóveda hasta que la llevemos al norte.

Maire se puso rígida. ¿Al norte, a Malcolm? Oh, Dios, Bastian nunca sería capaz de liberarla entonces. No sin luchar una guerra....

—Yo la llevaré —se ofreció Bernard, pero Oswald negó con la cabeza—. No. Ven conmigo y ayúdame con tu espada. Necesito guerreros capaces para resistir a estos hombres que Louvat ha dejado para vigilar su castillo.

Así que Godric volvió a arrastrarla hacia abajo, obligándola a adelantarse con una áspera presión hasta que llegaron a la puerta abierta de la bóveda.

Apartó la mirada del cuerpo del hombre que seguía frente a la puerta, pero vio que el cuerpo de Saskia había sido retirado. Sin duda, algún hombre pronto llevaría una piel de lobo blanco a la espalda, un pensamiento penoso que le quemó el pecho.

Entonces Godric la empujó hacia la pared forrada de muebles tallados.

—Métete en el cofre.

Los ojos de Maire se abrieron de par en par. Echó un vistazo al cofre. Era enorme, pero confinado.

—Me asfixiaré.

—No, tonta. Hay agujeros laterales para el aire.

—No....

Pero Godric la empujaba inexorablemente hacia delante, la punta de la espada presionando su piel hasta que pudo sentir cómo rezumaba sangre urticante de un corte en su hombro. Pernos de tela llenaban el fondo del cofre, y Godric los arrojó a un lado, luego le hizo un gesto para que subiera.

—Sube o serás atada en las almenas para que Bastian Louvat la vea. Eso le hará correr a toda prisa, ¿no crees?

De mala gana, Maire subió al baúl, levantando las rodillas y estremeciéndose al cerrar de golpe la pesada tapa. La cercanía y las sombras la rodeaban, oliendo débilmente a especias. Pudo oír el tintineo amortiguado del metal y supo que él había abrochado la aldaba. Mientras se acurrucaba en el baúl, se le ocurrió que si mataban a Godric, nadie la encontraría antes de que muriera asfixiada.

Embutida en la oscuridad, pensó en Bastian y rezó para que triunfara sobre sus enemigos y la rescatara. Y cuando lo hiciera, ella ejecutaría la más terrible venganza contra los traidores

.

Bastian observó las brasas moribundas del fuego. Pronto amanecería.

No había dormido en toda la noche, dándole vueltas a sus opciones mucho después de que Tremont y los demás se hubieran arrebujado en sus mantas para dormir. Con Oswald al frente y Niall a su espalda, estaba atrapado. El único movimiento inteligente sería retirarse. Pero eso daría a los rebeldes el control indiscutible de Cresshawe. Niall y Adela le habían dejado claro que, a

menos que cediera el castillo, Robert y Cosette seguirían siendo rehenes y tal vez sufrirían algún daño. Sin embargo, Maire era ahora rehén, retenida por Oswald como garantía de que cedería. Si ella fuera libre, él tendría la libertad de desafiar a Oswald. Pero hasta entonces, arriesgaba su vida. Cerrando los ojos, Bastian apoyó la cabeza contra el tronco del árbol que le daba cobijo. Faltaban dos días para las calendas de mayo. Las noches seguían siendo frescas, pero los días eran cálidos y suaves. Llevaba una cota de malla ligera, demasiado tenso para desarmarse, demasiado inquieto para dormir. Daba vueltas y vueltas en su cerebro la espantosa idea de que su hermano le había traicionado una vez más. Esta vez, a Oswald y Adela. Antes, a su padre. Dios, ¿por qué no merecía el amor y la lealtad de su propia parentela? Y ahora Bernard había aprovechado la primera oportunidad para traicionarlo de nuevo. Maire tenía razón. No debería haber confiado en él.

Ahora se encontraba en una posición condenable. Si no descubría una manera de liberarse de esta espiral, se vería obligado a retirarse para salvar a Maire y a Robert. Pero incluso entonces, no había seguridad de que Oswald o Niall no mataran a sus rehenes.

Su mano se cerró en un puño sobre su rodilla. Maldición, si no se hubiera esforzado tanto por hacer a Cresshawe impermeable a los asaltos. Parecía que había sellado su propio destino, pues ahora no podía tomar el castillo. No había adivinado que un día se encontraría con una barrera, y había asegurado todas las entradas. Ni siquiera un topo podría entrar....

Bastian se incorporó y abrió los ojos. Maire había dicho algo no hacía mucho, sobre las cámaras bajo el castillo. Si los animales habían conseguido entrar, tal vez hubiera aún un camino para los hombres.

Levantándose, se dirigió rápidamente hacia sus hombres y los despertó a patadas. Había mucho que hacer antes de que amaneciera y no podía perder ni un momento.

Tambaleante, Tremont le miró, poniéndose en pie con dificultad.

—Estoy despierto, milord.

—Armaos. ¿Recordáis cómo íbamos ataviados cuando tomé a Cresshawe por primera vez? Poneos ahora un atuendo similar y preparaos para venir conmigo.

Para cuando llegaron a la ladera bajo el castillo, sus pies y piernas estaban mojados de chapotear entre charcos de marea y altos juncos. El oleaje chocaba contra las rocas. En las profundas sombras, Bastian buscó el montón de escombros que había retirado de una de las cámaras subterráneas. Tras la caída de Robert, había explorado varias de ellas, y una se había extendido mucho más que las demás. Quizá hasta el interior.

—Milord —murmuró Tremont, tropezando con las rocas—, ¿hay alguna señal que debamos buscar?

—Es muy probable. Pero no sé cuál sería.

Kerwin, el antiguo comandante de Maire, sugirió que buscaran en el lado de sotavento de la ladera.

—Allí es menos empinado, milord, y es más probable que nos dé refugio para no ser vistos.

—No, éste es el lado que conduce a las cámaras subterráneas. —Bastian se arrodilló, frustrado por la repentina sensación de inutilidad. ¿Cómo iba a encontrarlo si no sabía dónde buscar? El tiempo se agotaba. Pronto amanecería y los hombres de Oswald les verían. Cualquier esperanza de sorpresa se perdería. ¿Dónde estaba esa maldita niebla cuando la necesitaba?

Agazapado en las sombras crepusculares, Bastian forzó la vista para encontrar cualquier cosa que pudiera indicar una abertura. Entonces parpadeó, pues un jirón de blanco revoloteó un instante a la luz irregular de la luna y desapareció. Un truco de luz. Sin embargo, sus instintos le guiaron en esa dirección, y se arrastró sigilosamente hacia el breve parpadeo. Afortunadamente, el oleaje ahogó el leve tintineo que hizo su espada contra la piedra.

De repente, un sonido débil pero familiar le detuvo. Alto, débil, se filtraba entre los otros

sonidos nocturnos, un quejido familiar como el de un perro. O de un lobo.

Kerwin también lo oyó y dijo con cautela que había algo más adelante en la ladera. Bastian escarbó sobre las rocas, y la luna asomó brevemente por detrás de una nube para brillar tenuemente sobre una pequeña mancha blanca. Ahora se movía con más rapidez.

Pero cuando se acercó vio que era Saskia. Se arrastraba sobre su vientre, jadeante, el pelo blanco enmarañado con algo oscuro. Se arrodilló junto a ella y alargó una mano para encontrarse con el pelaje húmedo y pegajoso. Sangre. Reconoció el olor y el tacto de inmediato. Saskia gimoteó, y él hizo un gesto a Tremont y Kerwin, que estaban de pie mirando gravemente al animal.

—El lobo está herido, milord. —La voz de Kerwin era sobria—. ¿Todavía se aferra a nuestra señora?

—Sí. Ella nunca se iría del lado de Maire voluntariamente.

—Así que intentaron matarla.

La lengua húmeda de Saskia rastrilló la mano de Bastian, y sus labios se apretaron.

—Casi lo han conseguido.

—¿Cree que la arrojaron aquí?

—No, creo que consiguió arrastrarse hasta aquí. Ahora sé cómo ha estado saliendo del castillo sin que lo supiéramos. Ha encontrado el túnel oculto. —Acarició la cabeza de Saskia, odiando lo que debía pedirle a esta valiente criatura, pero sin conocer otra manera—. Maire. Encuéntrala, Saskia. Maire.

Las palabras en inglés hicieron que la loba se pusiera en pie con dificultad. Bastian tocó su costado, vio que la herida era profunda y que había perdido mucha sangre. Usarla ahora podría matarla. Sin embargo, debía hacerlo. Hablando suavemente, acariciando la gran cabeza, la instó con palabras suaves, y Saskia se tambaleó en un círculo cerrado, gimoteando.

Después de un momento, cuando pensó que tal vez estaba demasiado débil para manejarlo, la loba giró hacia la ladera. Bastian se movió a su lado, sosteniendo al animal lo mejor que pudo mientras ella se movía con determinación tambaleante. Entonces la vio en un resquicio de luz de luna, la ligera grieta que ofrecía entrada. Parecía apenas lo bastante grande como para que un hombre se colara por ella. Apresuradamente, Bastian apartó algunas piedras y se deslizó dentro. El aire húmedo le dio la bienvenida, pero era claramente el comienzo de un túnel. Miró por encima del hombro.

—Tremont, envía a la loba de vuelta al campamento con uno de los hombres. No me atrevo a arriesgarla más, pues está débil y podría delatar nuestra presencia.

Uno de los hombres sujetó a Saskia con cautela y Bastian y los demás se arrastraron hacia el oscuro túnel. Se abrieron paso penosamente por la empinada y estrecha pendiente, y varias veces Bastian tuvo que deslizarse sobre el vientre o tirar de costado para poder pasar.

Parecía llevarle demasiado tiempo según sus cálculos, de modo que empezó a pensar que el túnel no llevaba a ninguna parte y que habían perdido un tiempo valioso. Entonces vio una tenue y delgada astilla de luz. Era tenue, pero un faro al fin y al cabo, y se arrastró el resto del camino con más rapidez, sujetando su espada con las manos y deslizándola sobre las rocas dentadas para escurrirse por la última parte estrecha. Detrás de él, podía oír la respiración agitada de sus hombres y sabía que ellos hacían lo mismo. Tremont jadeaba.

—Milord... ¿estamos cerca? Me temo que... no puedo soportar cuartos tan... estrechos....

Bastian rio suavemente, exultante al ver la forma clara de un aplique que sostenía una antorcha. Cuando lo alcanzó, se detuvo para asomarse con cautela. Reconoció que se trataba del pasillo que conducía a la cámara del tesoro, y parecía estar vacío. En un momento estaba de pie de nuevo, el alivio por haberse librado del confinamiento cambiando a una sombría determinación ahora que estaba de nuevo en el castillo. Aún le esperaba lo peor. Debía ver cuántos de sus leales hombres vivían aún y liberarlos, luego abrir las puertas antes de atreverse a

buscar a Maire. El castillo debe estar asegurado.

Moviéndose rápidamente por el pasillo, se mantuvo cerca de un lado y en las sombras, haciendo señas a sus hombres para que le siguieran. Todos sabían lo que debía hacerse. Si Dios y la fortuna estaban con ellos, tendrían éxito.

Al doblar una curva del pasillo, vio el cuerpo de un hombre tendido sobre el suelo de piedra en un charco de sangre que se extendía. Empezó a pasar con poco más que una mirada, luego se detuvo y dio media vuelta. En el mismo instante que Tremont, reconoció al hombre y se arrodilló a su lado.

—Alain....

—Vive, milord. Mire usted, respira.

El pecho de Alain subía y bajaba en rápidos jadeos. Sus párpados aleteaban y una mano se movía ligeramente. Bastian se inclinó cerca para oírle.

—Señora... peligro....

—¿Está viva, Alain?

Lamiéndose los labios, Alain hizo una mueca, las burbujas moteaban su boca con restos de sangre.

—Sí... pero la tienen... a ella.

—¿Dónde? —preguntó, pero Alain había vuelto a caer en la inconsciencia.

Entregando al escudero al cuidado de uno de los otros hombres, Bastian tomó el resto y continuó por el corredor. Algunas de las antorchas se habían apagado, pero había suficientes encendidas como para que pudiera ver pruebas de la ocupación enemiga. Sus labios se apretaron con furia ante los estragos que habían causado en tan poco tiempo.

Tremont cogió a dos soldados y se dirigió a las celdas de la prisión para liberar a

cualquiera de los hombres de Bastian retenidos allí, mientras Bastian cogía a los otros tres y se deslizaba hacia el vestíbulo principal. Justo delante asomaban dos guardias, y les hizo un gesto en silencio. Un momento después ambos guardias habían sido despachados, con las gargantas limpiamente cortadas de oreja a oreja. Bastian levantó la vista con una sonrisa temeraria.

Kerwin rio suavemente.

—El diablo se ha desatado de nuevo, milord.

Se oían forcejeos y Bastian avanzó hacia ellos. Debían golpear duro y rápido, pues ahora que el elemento sorpresa había desaparecido, la ventaja la tendrían los mejor armados y más capaces. Si Tremont no conseguía abrir las puertas para sus hombres, bien podrían morir en estos pasillos.

Espada en alto y preparados, Bastian y su pequeño grupo irrumpieron en el pasillo, despachando a cualquier enemigo que se interpusiera en su camino, bramando gritos de guerra a pleno pulmón.

La lucha más encarnizada tuvo lugar a la entrada del gran salón, donde seis hombres salieron en tropel a su encuentro con fuego en los ojos. Bastian y los tres hombres que le acompañaban lucharon salvajemente. Kerwin libró la batalla con feroz energía, abatiendo a los que se le oponían con una fuerza que revelaba el poder de un hombre mucho más joven en lugar de este veterano canoso. No era un sajón luchando contra sajones, sino un hombre luchando por su señor y sus tierras, y Bastian sabía que no volvería a dudar de su lealtad.

Se abrieron paso hasta la sala, y Bastian se quedó jadeando justo dentro de la entrada, examinando rápidamente la cámara dañada. En el extremo más alejado estaban Oswald y Bernard, y la amargura en la garganta de Bastian subió tan caliente y alta que por un momento pensó que se ahogaría con ella. Levantó su espada ensangrentada, con la venganza y el odio en los ojos, mientras se acercaba a los hombres que esperaban.

Oswald lucía una leve sonrisa que debería haberle advertido, pero Bastian no estaba

preparado para los dos hombres que irrumpieron de detrás de las mesas de caballete apiladas a un lado. Aun así, giró sobre las puntas de los pies, con la espada extendida en un malvado arco que alcanzó a uno de los hombres por el costado y lo dobló sobre la hoja de Bastian. Liberando la hoja, giró de nuevo para alcanzar al otro hombre justo por debajo del hombro. Sucedió con rapidez y se acabó.

Volviéndose, Bastian miró hacia el estrado y se detuvo. Bernard sostenía su espada con una empuñadura casi negligente, la punta dura contra la garganta de Oswald.

—Suelta tu arma, Oswald —dijo en voz baja, una leve sonrisa curvando sus labios—, o tendrás dos bocas abiertas en lugar de una.

—Maldito seas —se le escapó a Oswald—. ¡Eres un traidor a tu propia especie!

—No, Oswald. Soy sajón hasta la médula, sin tener en cuenta el nacimiento de mi padre. Pero también soy lo suficientemente inteligente como para haber aprendido quién es el mejor hombre. Y ese hombre no eres tú, ni los otros condes proscritos. Es William, y son hombres como mi hermano, los que tienen la fuerza suficiente para mantener estas tierras contra los daneses y los escoceses. Debes llamar a Malcolm para que te dé fuerza, y eso es peor que los Normandos. Ahora suelta tu espada, y vivirás para enfrentarte a la justicia de mi hermano.

Maldiciendo aún, Oswald sostuvo su espada a un lado, con los ojos brillantes de odio. Sus dedos apretaron y aflojaron alrededor de la empuñadura ensangrentada, y Bastian se puso en marcha, observando la intención en los ojos de Oswald antes de que lo hiciera Bernard.

Girando con fuerza, Oswald consiguió atrapar a Bernard con fuerza contra el costado, incluso mientras éste esquivaba para eludir la estocada de la espada en su garganta. Pero no se retorció lo suficiente, pues la espada de Bernard le atravesó el costado del cuello de un tajo limpio que manó sangre. Mientras Oswald se desplomaba, con las rodillas golpeando con fuerza contra el suelo de piedra, Bernard giró con un paso curiosamente grácil y se dejó caer lentamente de rodillas, las manos deslizándose por la hoja de su espada sin prestar atención al afilado filo.

Ya tenía los ojos vidriosos cuando Bastian le alcanzó, cogiéndole mientras se lanzaba hacia delante y la herida abierta en su costado manaba torrentes de sangre sobre ambos.

—Ah, Dios, Bernard....

Haciendo muecas, su hermano levantó la vista. Su mano se aferró a la manga de Bastian, agarrando con fuerza.

—Perdo... name, Bastian....

—Sí, Bernard, estás perdonado de todo. Pero no hables ahora. Guarda tus fuerzas hasta que...

—No. —El puño en su manga se apretó—. Es... en vano. —Se estremeció, y sus labios formaron débiles palabras que Bastian se inclinó cerca para oír—. Quédate con lo que... te has ganado, hermano. —Inspiró de forma húmeda y áspera y sus párpados se agitaron—. Tu señora está... en... la cámara acorazada. Intenté... ayudarla.

—Ella está a salvo, Bernard. Te has redimido muy honorablemente. Ahora descansa, hermano, porque te lo has ganado.

Una débil sonrisa tembló en los labios de Bernard, luego su cuerpo se contorsionó y dio un suspiro gorgoteante que fue el último. Bastian le miró fijamente, con la garganta apretada por la emoción, y rezó para que su hermano le perdonara por sus oscuras sospechas.

—Milord.

Bastian levantó la vista. Kerwin estaba de pie, respirando con dificultad, con los ojos llenos de simpatía pero sus modales urgentes.

—¿Sí, Kerwin?

—Tremont ha abierto las puertas. Nuestros hombres están dentro y llevan las de ganar. ¿Qué debemos hacer con los traidores?

Bastian miró el cuerpo sin vida de Bernard y cerró suavemente los ojos azules que no veían con el borde de la palma de la mano.

—No los pasemos a cuchillo todavía. Siempre hay tiempo para que un hombre ofrezca penitencia. A los que juran lealtad se les dará otra oportunidad.

Se puso en pie y se volvió hacia la entrada.

—Encuentra al hombre con la llave de la bóveda y envíamelo.

Capítulo 20

Maire intentó no respirar. Espaciaba sus respiraciones, metiendo aire profundamente en sus pulmones antes de volver a soltarlo lentamente. Pero se sentía mareada. Era una prueba de resistencia, se dijo a sí misma, y esperaría. Bastian vendría a por ella. Tenía que venir.

Cerró los ojos. Le dolía un corte de espada en el costado, pero la sangre había dejado de fluir. Ahora, su vestido sólo estaba húmeda por ella y se ponía rígida al secarse. El tiempo pasaba muy despacio. ¿Era aún de noche? ¿O había amanecido? Pensó en su loba aunque intentó no hacerlo. La visión de Saskia tendida sin vida sobre las piedras hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas, pero no podía permitirse el lujo de llorar cuando el aire estaba tan escaso.

Entonces pensó en Godric, y en el odio que había alimentado hacia ella todos estos años. Sólo había sido un esclavo al servicio de su padre, y menos que eso para los Normandos. Y él no podía soportar que ella hubiera dado todo a Bastian lo que de verdad importaba. Pues lo había hecho. Había sucedido lentamente, de modo que ella no se dio cuenta de cuánto había cedido hasta que estuvo hecho. Pero no se arrepentía. Bastian era un señor digno, y merecedor de su corazón.

Pensó en el juramento que había hecho una vez de no ceder nunca voluntariamente. En cierto modo, había cumplido ese voto. Había sido una rendición a regañadientes, pero ahora era completa y voluntaria. Desde que Bastian se había ido, ella había pensado mucho en lo que él

había dicho, y sabía que tenía razón. Si no controlaba a los barones, lo perdería todo. Oswald debería haber cedido, al igual que Leofric y Eadwine. Le avergonzaba haber protestado por la aparente crueldad de Bastian. Él había sabido mejor que ella lo que debía hacerse.

Apoyando la cara contra sus rodillas estiradas, trató de imaginar el rostro de Bastian. Los ojos oscuros bordeados de pestañas negras, el a menudo burlón rizo de su boca, la tenue cicatriz que cosía su mandíbula... casi podía sentir cómo la besaba, sentir su cuerpo fuerte y robusto apretado contra el suyo....

Estaba tan cerca y ella no podía respirar. El pecho parecía hacerse más pequeño. La estaba aplastando, derrumbándose sobre ella hasta que quiso gritar pero no se atrevió a usar el aire. Sus manos se enroscaron en garras y se sumió en una bruma sin sueños, cualquier cosa con tal de escapar de los confines del pecho.

Sentía un zumbido en los oídos y la respiración atrapada le susurraba sobre los brazos cruzados. Se estaba muriendo. La encontrarían demasiado tarde. Casi no le quedaba aire, los agujeros del cofre eran demasiado pequeños...

Un fuerte ruido retumbó. Apenas podía respirar. Sólo le quedaba un poco de aire. Estaba muy congestionada. Le dolían los pulmones y empezó a dolerle el pecho. Quería morir tranquilamente, pero su cuerpo no se lo permitía. Privada de aire, se arqueó involuntariamente, sacando los brazos hacia fuera, arañando las paredes de su pequeña prisión. De nuevo el ruido, apenas perceptible ahora por encima del atronador latido de su corazón. Golpeaba en sus oídos, un estruendo espantoso, y ella emitía ruidos torpes que le hacían daño en la garganta. Se empujó contra el techo de su prisión con ambas manos, desesperada por respirar, y trató de aferrarse a su conciencia que resbalaba. Pensó entonces en Bastian, e intentó visualizar su rostro.

No podía encontrar la llave para abrir la cámara acorazada. Bastian se quedó mirando la sólida puerta de hierro. Había sido construida con las bisagras hacia dentro, para que nadie pudiera abrirla desde el exterior. Sin prestar atención a la sangre que se coagulaba en el suelo, se paseó frente a la cámara acorazada mientras Tremont y Kerwin buscaban otra llave.

Finalmente, ordenó derribar la puerta y los hombres acudieron con pesados bastones y hachas. Los golpes la abollaron fuertemente, pero no cedió. Tremont trató de consolarlo.

—Hay aire en abundancia en la bóveda, milord. Puede que tenga hambre y sed, pero no le pasará nada.

Bastian asintió sombríamente. Inspeccionó la puerta de cerca. Los cerrojos sujetaban las tiras de hierro que recubrían la madera. Si se soltaran todos los pernos, la madera podría astillarse o quemarse, y ceder así la entrada. Dios del cielo, llevaría mucho tiempo lograrlo, pero como había dicho Tremont, la bóveda era espaciosa.

Un aullido rasgó el aire a su espalda, y Bastian se volvió, frunciendo el ceño al ver que arrastraban hacia ellos a un joven sajón con la cabeza y la boca ensangrentadas.

Fue Kerwin quien lo empujó brutalmente hacia delante, con un puño agarrando el cuello del joven.

—Este es Godric, milord. Os ha traicionado, me temo, al dar entrada a los hombres de Oswald. Tiene todas las llaves.

Godric se puso de rodillas ante Bastian, con el rostro blanco pero aún desafiante. Era obvio que había recibido un trato duro, pues tenía un ojo hinchado y cortes grabados en la cara.

Bastian le miró sin compasión.

—Te has buscado una muerte dura, Godric.

El odio brilló en los ojos del sajón.

—Sí, puede que lo haya hecho, pero el lobo gobernará aquí sin su compañera.

Algo en el rostro del hombre heló la sangre de Bastian, y cuando Kerwin esposó al prisionero, Bastian levantó una mano para contener el siguiente golpe.

—¿Está la dama en la cámara, Godric?

—Sí, así es. Y allí morirá.

Bastian le miró desapasionadamente, aunque el miedo había brotado en su pecho ante la certeza en la voz de Godric. Se encogió de hombros despreocupadamente, como si rebatiera la afirmación.

—Hay aire suficiente para que sobreviva hasta que derribemos la puerta. La bóveda es grande.

—Sí, Normando, la bóveda es grande.

Kerwin sacudió al hombre con saña.

—Danos la llave.

—Tiré la llave al pozo.

Cuando Kerwin retiró el puño, Bastian le detuvo.

—Espere. Hay algo que no ha dicho. Dime, Godric, lo que sabes.

El triunfo se posó en el maltrecho rostro, y los labios de Godric se despegaron de sus dientes en un gruñido.

—Su señora está, en efecto, en la cámara acorazada, como he dicho. Descansa muy cómodamente en una prisión de madera y hierro.

Bastian se arrodilló frente a él, y había ronca amenaza en cada palabra cuando dijo suavemente:

—Cuéntame el resto, o suplicarás por la muerte mucho antes de que te libere de tu dolor.

Sus miradas estaban niveladas, el único ojo abierto de Godric un pálido brillo mientras sonreía.

—Como tu mayor tesoro, la puse a salvo donde guardas tus sedas más finas. Ella está donde ni la lluvia ni la humedad pueden moldearla, ni el aire mohoso empañar su traicionero escondite....

Bastian levantó la vista y vio su propio horror reflejado en los ojos de Tremont ante la insinuación. Se levantó entonces rápidamente, ignorando el grito salvaje de Godric mientras Kerwin se lo llevaba a rastras.

—Milord —comenzó Tremont impotente—, si ella está en uno de esos cofres...

—Trae hombres para aporrear la puerta.

—Milord…

—¡Maldito seas, Tremont, tráelos! Ah, Dios, si él la ha matado lo desollaré vivo y me pondré su piel como capa... no. Espera. Tremont, tráeme un pequeño trozo de metal. Tal vez... Ah, soy tonto por no haberlo pensado antes. Debe ser delgada y resistente. Deprisa, Tremont, porque cada momento que perdemos es precioso para ella.

Haciendo acopio de toda su concentración, Bastian se arrodilló frente a la puerta abollada y respiró hondo. No se trataba de una simple cerradura como las que estaba acostumbrado a forzar de niño. No, se trataba de una cerradura hecha con intrincados bombines que él mismo había ideado. Tremont puso en su palma abierta una delgada varita de metal, y Bastian dirigió toda su feroz atención a la cerradura.

El sudor le escocía los ojos y dos veces tuvo que contener el temblor de su mano mientras maniobraba lentamente la ganzúa de acero para introducirla en la cerradura, con los dedos doloridos por el esfuerzo. Un bombín chasqueó suavemente con crujido metálico, y él hizo una

pausa, luego movió el acero con minuciosa lentitud.

Cuando otro bombín chasqueó, probó con la puerta, pero ésta aún resistía. Lentamente, con la respiración áspera en la garganta, cuyo sonido áspero le llenaba los oídos, volvió a mover la varita de acero. Esta vez, cuando probó el cierre y presionó el picaporte, la puerta crujió estrepitosamente sobre sus goznes y giró hacia fuera. Bastian retrocedió dando tumbos, recuperó el equilibrio y se puso en pie tambaleándose.

Sedas y sábanas estaban esparcidas por el suelo, y se dirigió primero a un cofre, luego a otro, gritando el nombre de Maire. Tremont y los demás se colocaron detrás de él, abriendo los cofres.

—¡Éste está cerrado, milord!

Bastian giró sobre sí mismo y cogió una pesada maza de uno de los hombres. Un golpe, dos, y entonces el candado se abrió de golpe. Agarró la tapa y la levantó, con el corazón en la garganta al ver la forma sin vida acurrucada en el fondo del baúl.

Con ternura, la sacó de la diminuta prisión y la estrechó contra sí, sin atreverse apenas a esperar que aún estuviera viva. ¿Cuánto tiempo había estado allí?

Bastian se arrodilló en el suelo de piedra y depositó a Maire suavemente sobre un montón de sedas desechadas. Le tomó el pulso en la garganta, luego en la muñeca, y detectó un leve aleteo que le animó.

—Vino, Tremont. Trae vino. Apártate y dale aire, por el amor de Dios. Ah, Maire, Maire... ¿qué te he hecho?

Su kirtle estaba desgarrado hasta la cintura, los pliegues azules caían de sus esbeltos muslos, y su brillante cabello estaba enmarañado bajo su cabeza. Su rostro estaba tan pálido e inmóvil, sus labios mordisqueados ensangrentados, y él le cogió la mano entre las suyas y se la frotó, sin saber qué más hacer.

Entonces una suave respiración le levantó el pecho y sus largas pestañas marrones se agitaron ligeramente. Deslizó un brazo bajo sus hombros para sostenerla, y cuando Tremont trajo una copa de vino, se la acercó a los labios. El líquido rojo cayó en cascada sobre su boca y bajó por su barbilla hasta la garganta, brillante como la sangre. Se estremeció ante la visión.

—Pequeña, chérie, amor mío, corazón mío. Ah, Dios, ¿me perdonarás alguna vez?

Ella tosió cuando él le acercó el vino a los labios, y lo apartó débilmente.

—No —dijo ella con voz cruzada—, ni aunque me ahogues.

Sobresaltado, Bastian no movió enseguida la copa. Fue Tremont quien se acercó por encima de su hombro y se la quitó de la mano, murmurando que tal vez ella necesitaba más aire que vino.

Maire abrió los ojos, parpadeando un poco ante la luz y los rostros que la rodeaban. Luego dirigió su mirada a Bastian, carraspeando:

—Fue Godric quien me encerró aquí. Oh, Bastian, ¡nos traicionó a todos!

—Lo sé. Calla, corazón mío. No te preocupes por Godric. Estoy seguro de que Kerwin le dará su justa recompensa por lo que ha hecho.

Su mano se enroscó en la manga de su túnica de lino, y ella negó débilmente con la cabeza.

—No, quiero vengarme de él. Ha causado tanto dolor... mató a Saba, Bastian. — Su voz se quebró ligeramente—. Mató a mi amada Saskia, y uno de los hombres de Oswald se la ha llevado para convertirla en piel...

—No te angusties. La última vez que la vi estaba mordisqueando con asombroso vigor el guantelete de cuero del hombre que puse para custodiarla. Sin duda, la próxima vez que veamos a tu lobo, llevará al pobre Pierre como pellejo en su lugar.

Para su sorpresa, la grata noticia no la hizo regocijarse, sino que la deshizo. Se derrumbó

entre sollozos estremecedores en sus brazos, y él la abrazó con fuerza, meciéndola de un lado a otro como si fuera una niña pequeña, canturreándole palabras suaves en francés e inglés, cariños y palabras de amor, promesas salvajes de que siempre haría brillar el sol para ella, que nunca dejaría que lloviera sobre ella, y cualquier otra cosa que se le ocurriera decir para consolarla. No era una emoción familiar para él, y se sintió torpe y desmañado, pero no pudo detener el torrente de palabras que brotaban de su boca y de su corazón.

Pasaron varios instantes antes de que se diera cuenta de que estaban completamente solos, al parecer Tremont había reunido a los hombres y les había dado intimidad.

—¿Estás mejor, corazón mío? —murmuró cuando cesaron sus sollozos y ella se aferró a él en silencio. Ella asintió.

—Nunca he estado mejor. Bastian, ¿querías decir todo eso?

Él se estremeció, avergonzado y más que un poco reacio a confirmar todas las frases floridas que había pronunciado. Pero respiró hondo y asintió, mirándola mientras yacía en sus brazos.

—Sí, chérie, quería decir cada palabra. Salvo la parte sobre el sol y la lluvia. Me temo que mi influencia no se extiende a los cielos.

Ella rio suavemente.

—Oh, no me sorprendería que así fuera. Pero me refería a la parte de amarme. ¿Lo haces?

—Sí. Te amo, Maire. Con todo mi corazón y mi alma, y con cada aliento. No volveré a decepcionarte.

—Nunca me has decepcionado, Bastian. Eres mi roca, mi fuerza, un hombre de honor que mantiene sus juramentos. No, nunca me has decepcionado, pero me temo que yo a ti sí.

Se encogió de hombros.

—Me has molestado a veces, pero nada peor. Cuando uno hace un juramento, lo cumple, y lo sé bien.

Ella le sonrió y él le limpió los rastros de lágrimas de sus pálidas mejillas. Tras un momento, respiró hondo y dijo con pesar:

—Ahora que estás a salvo, debo dejarte de nuevo, pero es necesario. Te dejaré a Tremont y Kerwin como guardias, y no habrá aquí nadie que no sea leal.

—¡Déjame… no, Bastian! —Sus dedos se apretaron alrededor de su muñeca, y sus ojos se llenaron de pánico—. No te vayas-¿No estamos a salvo aquí?

—Sí, chérie, más seguros que nunca, porque ahora sabemos en quién podemos confiar. Pero me han traído noticias de Robert y Cosette. Están secuestrados por Niall y mi madrastra. Suplican mi ayuda.

—¡Tu madrastra! Dios mío. Niall te atrae allí para matarte y poder llevarse a Cresshawe. No vayas… avisa al rey, y él…

—Maire. No puedo abandonar a Robert, pues ha sido mi amigo durante mucho tiempo. Debo ir.

Ella gimió entonces suavemente, y él la abrazó, con una leve sonrisa en la boca de que ella se preocupara tanto por él. Tras un momento, se levantó y llevó a Maire al solar que compartían, quedándose sólo el tiempo suficiente para asegurarse de que estaba bien custodiada y descansaría.

Llamando a su lado sólo a unos pocos hombres de confianza, montó en Drago y cabalgó desde Cresshawe para reunir a los demás y marchar hacia Niall y rescatar a Robert y Cosette. Sólo rezaba por llegar a tiempo de salvarlos.

Maire estaba preocupada, Bastian llevaba fuera casi quince días, con un solo mensaje suyo, y eso más para Tremont que para ella. Cada mañana subía a las almenas para contemplar más allá de la ensenada el camino por el que él se acercaba. No se quedaba mucho tiempo, pero volvía a menudo.

Saskia estaba muy débil, pero sus fuerzas volvían poco a poco. Llevaba cachorros cuando Godric la atacó y los había perdido. Ahora, delgada y frágil, la loba quería seguir a Maire a todas partes, y lanzaba un gran aullido cuando se veía obligada a quedarse atrás. A menudo, Tremont enviaba a un hombre para que llevara a la loba al salón por ella, ya que Saskia se arrastraba hasta allí si la dejaban en el solar.

Sólo cuando Maire fue a visitar a Alain, que había quedado prácticamente inválido por el asalto, Saskia no intentó acompañarla. Un persistente sentimiento de culpa en Maire le hizo buscar a Alain en su lecho de enfermo, pues él había acudido en su ayuda y había sido su espada la que casi le costó una pierna. Pero si estaba resentido, no lo demostraba. En lugar de eso, se entretuvo enseñándole traviesos epigramas en francés y latín.

—Para impresionar a tu señor marido cuando vuelva —le dijo Alain con una sonrisa socarrona que no le dejó ninguna duda de que Bastian estaría de todo menos impresionado. Aun así, ella se los aprendió, más para alejar su mente del hecho de que Bastian no había regresado que para otra cosa.

Cresshawe volvía a estar seguro. Se estaban haciendo reparaciones y el sonido de los obreros llenaba el aire la mayor parte de los días. En los campos de más allá, los cultivos estaban plantados y nuevos brotes verdes llenaban los surcos con la promesa de una excelente cosecha. Desde el castillo se habían enviado hombres con suministros para ayudar a reconstruir los pueblos incendiados, y la gente respondió con tributos de ganado y bienes. Cresshawe, situada en la misma punta de un promontorio que se adentraba en el mar, vigilaba la ensenada que conducía

a la floreciente nueva ciudad de tierra firme. La prosperidad se avecinaba, con la promesa de paz una vez que Northumbria estuviera sometida.

Tremont lo consideraba casi logrado, pues William había devastado la mayor parte de la región septentrional.

Maire se movió inquieta desde la sala hasta las murallas de nuevo, para contemplar las murallas y vigilar a Bastian. ¿Qué haría ella sin él? Su reencuentro había sido tan breve, y aunque se sentía reconfortada al saber que él la amaba, aún sería más amargo perderle ahora.

El crepúsculo proyectaba tenues sombras rosas y púrpuras sobre la tierra, suavizando las afiladas crestas de los árboles, y hacia el mar, ella podía ver una bruma que se deslizaba lentamente. Cuando descendió hasta cubrir el suelo con brumosos sudarios que ocultarían cualquier señal de hombres que se aproximasen, renunció a su vigilancia. Desanimada, se alejó de la muralla hacia las empinadas y sinuosas escaleras que conducían hacia abajo. Abajo, en el patio, los hombres se ocupaban de sus asuntos, atendiendo a los animales domésticos, sacando agua de los pozos, reparando los arreos y limpiando las armaduras. Entonces se oyó un grito. Un perro ladró y uno de los sabuesos aulló cuando ella estaba cruzando el patio hacia el edificio principal.

Miró por encima del hombro y se detuvo, frunciendo el ceño cuando un hombre corrió hacia las puertas y empezó a tirar de las cadenas del molinete que abría las pesadas puertas de hierro y madera. Otro hombre sacó la barra de su gruesa aldaba metálica y ésta emitió un gemido de protesta. Lentamente, las puertas empezaron a abrirse, y ahora Maire oía el retumbar de los cascos en el camino fuera de las murallas.

La niebla rociaba densamente el aire, brillando sobre el metal y la piedra y formando nubes nebulosas alrededor de las chisporroteantes antorchas de las murallas. Apretó las manos en los pliegues de su kirtle, temblando aunque la noche no era fría. ¿Era un mensajero de Bastian, tal vez?

Pero el ruido era demasiado grande para un solo caballo, incluso amortiguado por la niebla ondulante. Se oyó un «halloo», y ella vio a través de la niebla perlada el estandarte familiar contra el cielo gris, escarlata y negro. Era su distintivo, había sido su símbolo mucho antes de que él hubiera venido a Cresshawe, y ahora le era muy querido.

Se quedó quieta allí, cerca de la fuente, donde el agua salpicaba ahora desde caños con forma de pez para caer en cascada en el estanque donde antaño había corrido sangre sajona. Un miedo repentino se apoderó de ella, de que le hubieran herido, tal vez, como al pobre Alain, o de que Lady Cosette cabalgara detrás de él, aferrándose a su salvador con manos delicadas que siempre hacían que Maire se sintiera tan grande y torpe...

Entonces Bastian estaba allí, cabalgando a la cabeza de la fila junto al portaestandarte, su familiar destrier agitando la tierra húmeda con grandes cascos, mordisqueando el bocado metálico en su boca y resoplando ferozmente. No menos fiero era su solitario jinete, ataviado con una armadura cubierta de barro y una larga espada Normanda, su casco brillaba húmedo bajo la luz titilante de las antorchas.

Maire vio cómo Paul corría hacia delante para coger las riendas del destrier y Bastian desmontaba en un tintineo de cota de malla y armas. Se quitó el casco y se lo metió bajo el brazo, y se volvió para mirar al jinete que tenía al lado, diciendo algo que ella no pudo oír.

Era Sir Robert, y debía de estar herido porque Bastian se estaba acercando para cogerle del brazo mientras desmontaba mucho más despacio que antes. No había rastro de lady Cosette, y Maire casi se avergonzó del estallido de alivio que sintió. Esperaba que la dama hubiera permanecido en la tierra de los escoceses.

Avanzando, se detuvo justo fuera del vacilante charco de luz de las antorchas, devorando hambrienta a Bastian con la mirada, ansiosa de que estuviera ileso y siguiera siendo el mismo hombre al que amaba. Y entonces, por fin, él se volvió y la vio, y le tendió un brazo con una sonrisa. Ella fue hacia él, mareada de placer y sintiéndose débilmente tonta al mismo tiempo,

pero incapaz de contenerse. Su cota de malla estaba húmeda y fría contra su piel, pero a ella no le importó mientras se dejaba arrastrar por su abrazo. Olía a cuero y a barro. Agarró sus manos con fuerza y se las llevó a los labios, besando sus dedos.

Luego le sonrió y su voz era ronca.

—Froides mains, chaudes amours...

—Je t'aime... de tout mon coeur.... —Bastian se echó hacia atrás y la miró inquisitivamente, y ella se encogió de hombros—. Je parle français, mon époux.

—Sí, te oigo hablar francés —dijo Bastian en inglés, y miró por encima del hombro cuando Robert fue lo bastante grosero como para reírse. Luego le devolvió la mirada con una sonrisa perezosa — . Se me ha ocurrido en varias ocasiones que puede que sepas más de lo que traicionas. Probablemente debería encajonarte las orejas, moza descarada.

Ella le sonrió.

—No creo que quieras hacer eso, esposo mío. Aún soy diestra con mi daga.

—Ah, y sin duda la usarías. —Bastian suspiró, y deslizó un brazo alrededor de los hombros de ella—. Veo que tendré que quedarme en casa más a menudo, porque cuando vuelvo eres de lo más indisciplinada. Ahora ven y cuéntame las novedades. ¿Reparó Tremont la puerta de la cámara acorazada? Iré enseguida a verla si lo hizo, pues le dije lo que debía hacerse en el mensaje que le envié.

Ella se apartó de él, disgustada de que se preocupara más por las reparaciones del castillo que por ella, pero cuando levantó la vista, vio la risa en sus ojos y supo que le estaba tomando el pelo.

—No veo por qué te preocuparía la puerta acorazada —dijo entonces, dando un paso atrás para que Bastian pudiera darle a Robert su brazo para que se apoyara en él mientras caminaban por el patio—. Ahora todo está tranquilo aquí.

—Así lo vi a mi regreso. Fue un viaje mucho más tranquilo que el que me llevó hasta Niall.

Ella le dirigió una rápida mirada y luego miró a Robert.

—¿Está malherido, Sir Robert? ¿Debo adelantarme y hacer que un rophe[8] prepare su instrumental?

Robert negó con la cabeza.

—No, es una pequeña herida. Me acaban de volver a dar una punzada y ahora ha empezado a curarse, pero me ha dejado dolorido y cojeando como un perro de tres patas. Su marido no es el más gentil de los rophe.

—Era yo o Sighere, y ya ves cómo él cojea —replicó Bastian—Podrías haber acabado despellejada, con la cabeza expuesta en su pared como un zorro sonriente.

—¿Sighere fue contigo? —Maire les miró con sorpresa—. No, pero nos vimos obligados a parar en su casa de campo a nuestro regreso cuando la pierna de Robert empeoró. —A pesar de las protestas de Robert, Bastian lo levantó y lo llevó por el empinado tramo de escaleras hasta el vestíbulo. Luego lo dejó en el suelo y se volvió hacia Maire. Le tendió la mano—. Robert puede encontrar su propio camino ahora, y tenemos mucho que discutir, esposa. Ven.

Ella puso su mano en la de él y fue con él a la antecámara del solar que compartían, donde le ayudó a quitarse la armadura. Estaba costrosa de barro y con manchas rojizas oscuras que ella no quiso examinar de cerca, y la dejó a un lado para que Rudd la limpiara. El muchacho se había vuelto bastante hábil últimamente, asumiendo las tareas que Alain aún tardaba demasiado en hacer. Un día, había prometido Alain, Rudd podría convertirse en escudero, y después en caballero si encontraba un padrino. Era un sueño improbable, pero Maire pensó que muchos sueños improbables se habían hecho realidad.

Trajeron agua caliente y una bañera, con botes de jabón y paños gruesos, y Maire bañó con

cariño la espalda de Bastian y le lavó el pelo, con el corazón henchido mientras realizaba tareas que antaño nunca habría considerado. Habían traído comida a la cámara y Saskia se despertó para tomar su bocado, volviendo cojeando a su lecho de paja y harapos en la esquina para roer alegremente un hueso carnoso.

Entonces Bastian se levantó de la bañera, el agua salpicando todo el suelo, su cuerpo mojado y reluciente a la suave luz de la vela y la antorcha. El corazón de Maire dio un vuelco, pues reconoció el brillo de sus ojos cuando le tendió una mano.

Súbitamente tímida, indicó la bandeja de comida con un movimiento del brazo:

—Esposo, tu cena te espera.

—Déjalo. Tengo mucha hambre, pero no de comida. Ha pasado demasiado tiempo desde que estuvimos juntos y me parece que no puedo esperar.

—Bastian....

Pero Bastian se movió hacia ella de una sola zancada larga, barriéndola e ignorando su jadeante protesta de que estaba mojado mientras la llevaba de la antecámara al solar. Un fuego ardía en un brasero de latón, y una sola vela parpadeaba en un alto soporte sobre la pequeña mesa cerca de la cama. La tumbó y se estiró sobre ella, con la piel húmeda, caliente y oliendo a sándalo. Ella enterró la cara en la curva de su cuello y su hombro y respiró profundamente.

Él se movió hacia un lado, sonriéndole perezosamente mientras trazaba una línea imaginaria alrededor de su boca con un dedo.

—Soñaba contigo por las noches, cuando estaba tumbado en el frío suelo escuchando a Robert o a los otros hombres roncar. Y nada deseaba más que estar contigo.

Le cogió la mano y la giró para besarle la palma y los callos.

—Y ahora lo estás.

—Sí, chérie, ahora lo estoy. Y tengo intención de quedarme. Este es mi hogar y mi corazón, y estoy cansado de la guerra.

Maire respiró hondo de felicidad, luego hizo la pregunta que la había preocupado desde que él había regresado.

—Bastian, Sir Robert ha regresado, pero pensé que el mensajero había dicho que tanto él como Lady Cosette necesitaban tu ayuda.

Bastian se apoyó en un codo, con su largo cuerpo extendido junto a ella, y se acomodó un rizo de su rubio cabello detrás de la oreja.

—Lady Cosette está muerta, me temo.

—¿Muerta? ¿Cómo?

El silencio giró entre ellos, entonces Bastian suspiró y sacudió la cabeza.

—Es una historia que es mejor contar una vez y luego olvidar. Ella nos traicionó a todos, y por razones tontas. En una... lucha... con Robert, fue asesinada. Robert tuvo la suerte de escapar con vida de Niall y Adela, y estuvo a punto de perderla en el camino. Si no me hubiera topado con él cuando lo hice, ahora también estaría muerto. Hubo una lucha encarnizada, pero Niall se ha retirado. No creo que él y mi madrastra planeen más planes nefastos durante un tiempo. Este último le costó caro. —Sonrió ligeramente—. William está negociando una tregua con el rey Malcolm. Hacen trueques de un lado a otro como hacen a menudo los reyes, de modo que Niall puede encontrarse ahora luchando tanto contra Inglaterra como contra Escocia. La muerte de Cosette no complacerá a William, aunque sin duda no se sentirá tan afligido cuando se entere de su traición. No es hombre de lamentar mucho tiempo el destino de los traidores, como ya sabrás. Tampoco Malcolm se complace ya en ofrecer santuario a los condes rebeldes, así que Niall está perdiendo a todos sus aliados.

La besó, rozando con su boca los labios de ella, con los ojos medio velados por un roce de

sus pestañas que no ocultaba el brillo sensual.

—Pero estoy cansado de discutir sobre condes rebeldes y reyes astutos. Prefiero una conversación más placentera. Dime, mi dulce, ¿sigues haciendo esos soniditos sin aliento cuando te beso aquí... y aquí... o incluso… aquí?

Ella jadeó, su cuerpo se arqueó cuando su boca errante encontró un punto sensible. Tenía las faldas subidas por la cintura, sus manos provocaban deliciosos escalofríos que iban de los dedos de sus manos a los de sus pies, y apenas era consciente cuando estaba tan desnuda como él, tumbada en el calor de sus brazos y el cobijo de su cama, devolviendo sus caricias con una avidez que delataba su pasión contestataria.

Y cuando Bastian se deslizó en su interior, ella se levantó para ir a su encuentro, con los brazos alrededor de su cuello y su amor por él tan grande que pensó que se haría añicos con él. Sus manos se enredaron en su pelo negro, que había vuelto a crecer hasta cubrirle el cuello, y ella lo mantuvo inmóvil y lo besó con creciente necesidad. Durante mucho tiempo había anhelado que él estuviera con ella así, sus manos en sus pechos, su boca, el ardiente barrido de su lengua sobre la carne y los labios temblorosos... se había acabado demasiado pronto, pero la tempestad que los arrasó dejó a Bastian descansando contra ella con somnolienta satisfacción. Levantó la cabeza y le besó la boca, luego la estrechó contra sí mientras se deslizaba hacia un sueño cansado. Maire sonrió, satisfecha.

Más tarde, cuando la excitación de su regreso se hubiera calmado y ella tuviera toda su atención, le hablaría del bebé. Nacería antes de las calendas de noviembre, como ella. Y ese niño sería muy querido, hijo de padres que no eran sajones y Normandos, sino ingleses. Un país, un pueblo. Para siempre, aunque no sería fácil. Pero un día, todos estarían unidos y no habría más división.

Maire pensó que Creoffrey se alegraría de saber que Cresshawe pronto resonaría con la risa feliz de sus herederos.

En la antecámara, Saskia levantó la cabeza y aulló, un grito gorjeante que reverberó por toda la cámara. Un regalo y una promesa, le había dicho Derian a Maire cuando le había regalado el cachorro de lobo comprado a los mercaderes daneses. Mientras Cresshawe estuviera custodiado por un lobo, estaría a salvo.

Y entonces Maire recordó a la vieja arpía junto al mar, y las palabras que no habían tenido sentido para una joven afligida:

—El lobo traerá grandes penas y luchas a la tierra, pero después vendrá la paz durante un tiempo, y con ella... el amor. Un gran amor, milady, y la lealtad de por vida de un lobo será suya....

Sí, era cierto. Cresshawe estaría siempre a salvo, pues ofrecía un hogar para todos ellos, junto a sus seres queridos.

Notas

[1] Una kirtle es una prenda que usaban hombres y mujeres en la Edad Media europea. Con el tiempo se convirtió en una prenda de una sola pieza usada por las mujeres desde finales de la Edad Media hasta el período Barroco.

[2] El destrero o destrier era el tipo de caballo de guerra más valioso de la época medieval. Era el caballo que montaban los caballeros en batallas, justas y torneos.

[3] Un Bailey era una muralla exterior.

[4] Samhain es una fiesta gaélica que se celebra el 1 de noviembre y que marca el final de la temporada de cosechas y el comienzo del invierno o la «mitad más oscura» del año. Las celebraciones comienzan en la tarde del 31 de octubre, ya que el día celta comenzaba y terminaba al atardecer

[5] Un sherte es una prenda interior parecida a un pantalón que consistía en un par de piernas separadas que se unían en la cintura y se ajustaban alrededor de los tobillos..

[6] Chausses era un término medieval para calzas, que también se usaba para armaduras de piernas; rutinariamente hecho de piel.

[7] Traducción del inglés-Un churl , en su significado más antiguo en inglés antiguo, era simplemente "un hombre" o más particularmente un "hombre libre", pero la palabra pronto pasó a significar "un campesino no servil"

[8] Rophe era como se denominaba en la edad media a un médico.